

DAD
CIÓN

VARIAS

DBRAS

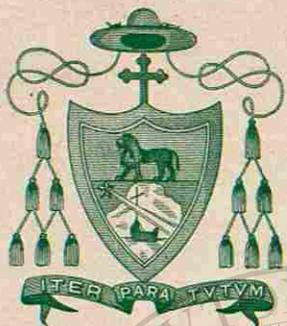
PQ6186

.B4

1858

c.1

004968



1080026679

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Miscelanea.

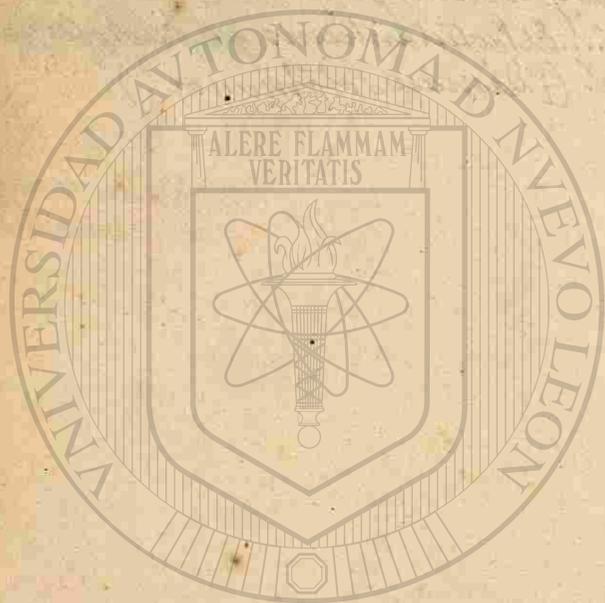
1. "El Belem" Dulce periódico.....
2. "Discurso sobre la excelencia de la Religión Católica", por el Card. de la Luzerne.
Traducido por el Pbro. José Mariano Dávila y Arrillaga.
3. "La Mentira"... El Protestantismo y el filosofismo
Pbro. D. e. (¿Dámaso Sotomayor?)

EL BELEM

DULCE PERIÓDICO,—MORAL, CIVILIZADOR,—DIVINO Y HUMANITARIO,—
DE PLACER Y DE AFLICCIÓN .

Dos reales son el precio
De este diario:
Si no gustas de coplas
Téno por caro;
Pero son bienes
Que en el cielo devengan
Los intereses.

No es mucho que se venda
Porque el Dios Niño
Que hoy nace Rey de reyes
Será vendido;
Pero su importe
Ha de enjugar el llanto
De muchos pobres.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



MEXICO
IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE
Calle de Cadena número 13
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

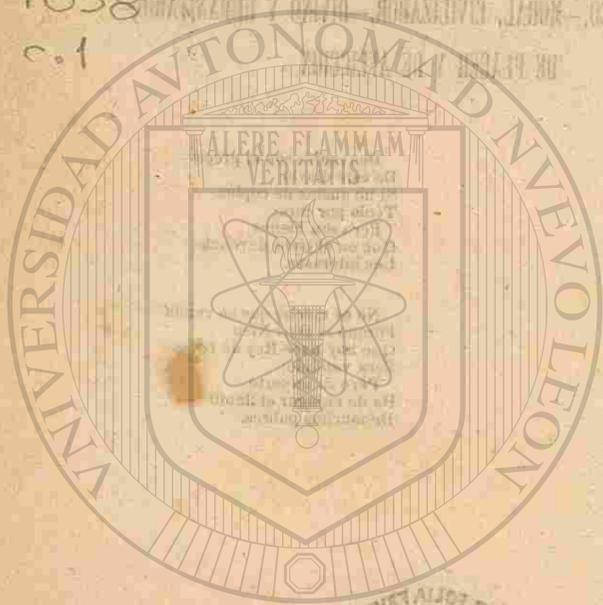
1858
42121
VALVERDE Y TELLEZ

PO6186 EL BELEM

.B4

1858

c.1



FONDO MATERIO VALVERDE Y TELLEZ

EL BELEM.

Docena y media de siglos
 Y aun mas hace que empezó
 En Nazaret, de Judea,
 A media noche y con sol.
 Solo la verdad sustenta,
 Aunque tiende á la pasion,
 Toda autoridad sostiene,
 Y hace al mundo guerra atroz.
 Es suscritor todo aquel
 Que en Adam prevaricó,
 Y durará tanto cuanto
 Duran las obras de Dios.
 Puso un tesoro de sangre
 Por fianza el fundador:
 Precio de los abonados
 Fé, esperanza y religion.
 Una vez en cada un año
 Aquí traducen su voz
 En idioma en que escribieron
 Mena, Quevedo y Leon.

004968

Pastores son y zagales
Del sacro Pindo español
Los que toman á su cargo
Ogaño la redaccion.

Está impreso en buen carácter;
Breviario y más que entredos;
Consta de tantas columnas
Como amigos tengo yo.

Tiene tres caras: no es mucho
Para lo que es moda hoy,
Y una plana reservada,
¡Oh dicha! al pavo y turrón.

La primer cara la ocupa
La amistad, si no el amor;
Segunda, la poesía;
Tercera, la devocion.

La cuarta está reservada
A los anuncios en voz
Que estampa la compañía
Del filósofo Cenon.

La amistad sirve de imprenta,
Y dichoso el editor
Si ve sonrisa en los labios
Y afecto en el corazon.

¡Queréis su lema? Pues dice:
"Gloria en los cielos á Dios,
"Y en la tierra paz al hombre
"Que tenga buena intencion."—MOLINS.

EMPIEZA AQUI DEL BELEM—EL

ARTICULO OFICIAL.

La majestad soberana
Que en trono de eternidad,
De los cielos y la tierra
Rige el gobierno imperial;
A mí, pecador indigno
De merced tan singular,
Humildemente postrado
Ante el místico sitio,
Donde anunciaron al mundo
La buena nueva de paz,
Secretarios del Altísimo,
Mateo, Lucas, Marcos, Juan,
Y Pedro, el gefe escogido
De poder y autoridad,
Y Pablo, el doctor divino
De doctrina y de moral;

Pastores son y zagales
Del sacro Pindo español
Los que toman á su cargo
Ogaño la redaccion.

Está impreso en buen carácter;
Breviario y más que entredos;
Consta de tantas columnas
Como amigos tengo yo.

Tiene tres caras: no es mucho
Para lo que es moda hoy,
Y una plana reservada,
¡Oh dicha! al pavo y turrón.

La primer cara la ocupa
La amistad, si no el amor;
Segunda, la poesía;
Tercera, la devocion.

La cuarta está reservada
A los anuncios en voz
Que estampa la compañía
Del filósofo Cenon.

La amistad sirve de imprenta,
Y dichoso el editor
Si ve sonrisa en los labios
Y afecto en el corazon.

¡Queréis su lema? Pues dice:
"Gloria en los cielos á Dios,
"Y en la tierra paz al hombre
"Que tenga buena intencion."—MOLINS.

EMPIEZA AQUI DEL BELEM—EL

ARTICULO OFICIAL.

La majestad soberana
Que en trono de eternidad,
De los cielos y la tierra
Rige el gobierno imperial;
A mí, pecador indigno
De merced tan singular,
Humildemente postrado
Ante el místico sitio,
Donde anunciaron al mundo
La buena nueva de paz,
Secretarios del Altísimo,
Mateo, Lucas, Marcos, Juan,
Y Pedro, el gefe escogido
De poder y autoridad,
Y Pablo, el doctor divino
De doctrina y de moral;

Hoy, por último traslado
 De su escelsa voluntad,
 Me manda esta media noche
 Que os venga á comunicar:
 —Que aquella Virgen Santísima,
 Prole bendita de Adam,
 Vástago de régia stirpe,
 Por David, y por Judá;
 Esposa elevada al tálamo
 Del Paráclito inmortal
 Que fulgura en el triángulo
 De la Santa Trinidad;
 Hija humilde de los hombres,
 Y Emperatriz celestial
 De los nueve coros de ángeles
 Que al lado de Dios están.
 De cuya sien las estrellas
 Son la diadema imperial;
 Los rayos del sol, su túnica,
 Y la luna pedestal.
 Cabe un humilde pesebre
 De un reducido portal,
 Do consagrarán grandezas
 De la mas pobre humildad,
 Suceso que no bastaran
 Dignamente á sublimar
 Los aposentos magníficos
 De la régia majestad,
 Ha parido hoy en Belem
 Un infante celestial,
 Que ha de ser Rey de los reyes
 Por toda la eternidad.
 Que hoy ha dado á luz del mundo

Al Príncipe singular
 Que no tiene en este mundo
 Su reinado terrenal;
 Pero que al mundo descende,
 Moisés divino, á guiar
 Por el Saráh de la vida
 La pobre raza mortal
 A la conquista de un cielo,
 Donde su ley fundará
 En la herencia de su Padre
 Reino que fin no tendrá.
 —Y sigue la escelsa Madre,
 Que un Dios parido nos ha,
 Despues del parto glorioso,
 No solo en salud cabal,
 Sino ¡oh prodigio inaudito!
 Que nunca á ser volverá,
 En integridad incólume
 De pureza virginal.

I.

Por tanto manda y previene
 La suprema autoridad
 Que preside á los consejos
 Del destino universal:
 Que en correspondiente pompa
 A tanta celebridad
 Cielo y tierra solemnicen
 El nunca visto natal.
 Que hasta las humildes pajas
 Do el recién-nacido está,

Vengan hincados de hinojos
 Postrada al suelo la faz,
 Reyes que desde el Oriente
 En adoracion traerán,
 Los perfumes de la Arabia,
 Los tesoros del Catay.
 Y que mientras que á mostrarles
 La profética ciudad,
 Las estrellas por el cielo,
 Peregrinando vendrán,
 A las rústicas majadas
 Un arcángel llevará
 La nueva de que ha nacido
 El Pastor universal;
 A quien, más ricos que reyes,
 Los zagales llevarán
 El incienso de su fé,
 Y el oro de su humildad.
 —En tanto verán los cielos
 Coros de ángeles cruzar,
 A cuyo estruendoso vuelo
 Espantado Satanás
 En el fondo del infierno
 Mande las puertas cerrar;
 Mientras que en el seno oscuro,
 De hinojos el viejo Adam,
 Circundado de los Padres,
 Oyendo, y llorando está
 Cual resuena entre las nubes
 El angélico cantar
 —“¡Gloria á Dios en las alturas!
 “Y al hombre en la tierra, paz!”

II.

Manda al *ministro de Estado*
 Que para immortalizar
 Hazaña de tanta gloria,
 Y de tanta heroicidad,
 Se prepare una *Gran Cruz*
 Que el infante tomará,
 Que al infierno ha de vencer,
 Y que al mundo ha de salvar:
 Cruz, que hincada en el Calvario,
 A los cielos tocará,
 Con dos brazos, que estendidos,
 De Oriente á Poniente irán.
 Cruz, cuyo purpúreo esmalte
 La sangre de un Dios será,
 Que ha de fecundar á rios
 La herencia estéril de Adam.
 Cruz, que guirnalda de espinas,
 Y una leyenda tendrá
 Con letras, que misteriosas,
 Todas las lenguas leerán.
 Cruz, que no ornará fastuosa
 La soberbia mundanal,
 Sin pretensiones efímeras
 De irrisoria potestad.
 Sino que cuando afrentosa,
 La deicida ciudad
 La haya clavado en el Gólgota
 Patíbulo criminal,
 En el punto cielo y tierra,

La vengan á disputar,
 Por blason de toda gloria,
 Y de toda santidad....
 Lábaro ardiente en las nubes
 La verá Roma triunfar:
 Toda nacion la tremole,
 Como su estandarte real.
 Por sus aspas los ejércitos
 Las águilas trocarán....
 Sea el florón que corone
 Toda diadema imperial,
 Toda cúpula de templo,
 Toda bóveda de altar.
 Sea el signo que atestigüe
 Toda dudosa verdad;
 Principio de toda empresa,
 Corona de todo afán,
 Ayuda en todo peligro,
 Conjuro de todo mal.
 Bendecirán con su signo
 Los sacerdotes de paz:
 Llevaránla por el mundo
 Como invicto talisman,
 Los guerreros en su espada,
 Para morir y lidiar,
 Al pecho los caballeros,
 Y al hombro, con humildad,
 Todo aquel que labra un surco,
 Con sudor, y con afán.
 Ante su brillo, los ángeles
 Velen su espléndida faz:
 Solo á su signo en los aires,
 Huya al infierno Satán....

Y porque este nacimiento
 Borra la muerte, de hoy más
 En toda tumba cristiana
 Esta Cruz se plantará.

III.

Por *Gracia*, manda la Gracia
 Con que la raza mortal
 Puede recobrar el cielo,
 De que desterrada está....
 Gracia de indulto de infierno,
 Y redencion general
 De la esclavitud antigua
 En poder de Satanás....
 Gracia de eternos tesoros
 De perdon, y de piedad,
 Dones, y premios de gloria,
 Que merecer y lograr,
 Más ricos, é inagotables
 Por la humana actividad,
 Que los frutos, y alimentos
 Del sustento natural;
 Y más sin número y término
 En la inmensa variedad
 De las acciones é ideas
 De la humana libertad,
 Que son inmensos y varios
 En el mundo material,
 Los giros de las estrellas,
 Y las ondas de la mar....
 Por *Justicia*, ley tan justa
 Que es la suprema bondad,
 Y ley de sabiduría,

Que es órden universal;
 Ley de amor desconocida
 Desde que, en torpe disfraz,
 A amor convirtió en flaqueza
 La seducción infernal. . . .
 Ley de universal familia,
 Y ley de eterna hermandad,
 Donde siempre Abel se llama
 Nuestro enemigo mortal. . . .
 Ley, sagrado complemento,
 Acta santa adicional
 De aquella carta divina,
 Que en los truenos del Siná
 Promulgó, quien pudo solo
 En diez preceptos cifrar
 Toda perfeccion del alma,
 Como ha podido pintar
 Con siete rayos de luz
 Toda belleza visual. . . .
 Justicia, tan compensada
 De inapelable equidad,
 Que tiene al divino amor
 De intérprete y tribunal. . . .
 Justicia que tiene un cielo
 De tanta felicidad,
 Que el mismo Dios á nuestra alma
 Se dá por siempre á gozar;
 Y justicia, en que hay infierno
 De tanta severidad,
 Que la cifra de sus penas
 Es el no poder amar. . . .
 Y es el no poder morir,
 Y no tener que esperar! . . .

IV.

Es, donde es amor justicia,
 Gobernacion, caridad:
 Caridad, fecunda, inmensa,
 Inefable, universal,
 Nunca nombrada en la tierra,
 Nunca soñada quizá. . . .
 Al calor de cuyos rayos
 Cambiara el mundo moral,
 Cual cambia el temple del aire,
 Cuando el sol sale del mar.
 A cuyo influjo benéfico,
 Tendrá alivio todo mal,
 Toda tiranía, freno,
 Correccion, toda maldad.
 Llamaráse todo imperio
 Autoridad paternal,
 Y lo que antes, sumision,
 Dirán los pueblos, lealtad.
 Libre el albedrío, libre
 El pensamiento inmortal,
 La opresion no será ley,
 Sino fuerza corporal.
 No más el hombre del hombre
 Dueño y señor se dirá,
 Ante Aquel que crió hermanos
 Todos los hijos de Adam. . . .
 Todo abuso de poder
 Traicion al cielo será;
 Toda rebelion de fuerza,

Suicidio de libertad.
 Será divino el trabajo,
 Más que noble, pues será
 Aula del Dios humanado
 El taller de un menestral.
 Habrá para todo enfermo
 Un lecho de caridad:
 Será santa la pobreza,
 Visita de Dios, el mal.
 Veráse un día á los príncipes
 Los piés al pobre lavar,
 Partir con los apestados
 Su lecho, túnica y pan. . . .
 Y á una reina de Castilla
 Veréis con sublime afán,
 Consuelos llevando, y lágrimas,
 Y arrodillada rezar
 Ante el jergon de un enfermo
 Que agoniza en un desvan. . . .
 Hasta la mansion del crimen,
 Hasta el cadalso serán
 Santificados en nombre
 De aquel Reo celestial
 Que han de prender Malco y Judas,
 Y ha de escarnecer Caifás.

V.

Al ministro de la guerra

Nada quisiera mandar,
 Quien viene, manso cordero
 A morir por los demas.

Solo combatir nos manda
 Como enemigo mortal
 Nuestra propia carne, y nuestra
 Rebelada voluntad;
 Solo al mundo revestido
 De su pompa y vanidad;
 Solo al alma que se encubre
 Con la piel vieja de Adam.
 Paz los ángeles cantaron
 Esta noche, y al dejar
 Jesus al mundo, en un ósculo
 Mi paz os dejo, dirá. . . .
 Si empero, á Dios despreciando,
 Osare extranjero audaz,
 La tumba de vuestros padres
 Con pié sacrilego hollar,
 Guardas de la eterna herencia
 De la progenie de Hispan,
 Señor, Dios de los ejércitos,
 Proclamad al Dios de paz,
 Y *el Cordero de Belem,*
 Será *el Leon de Judá.* . . .
 Vendrá al templo de una cueva
 Vuestra causa á consagrar:
 Su estandarte un santo apóstol
 Por los aires os traerá:
 Batallaréis en su nombre,
 De Gijón, á Gibraltar,
 Desde Clavijo, al Salado,
 De Caltañazor, á Oran. . . .
 Ante un rosario, en Lepanto
 Tragará á la luna el mar.
 San Lorenzo alza un trofeo

Más grande que el Escorial;
 Y si rendido al cansancio
 De tantos siglos de afan,
 A la sombra de sus templos
 Duerme el leon nacional,
 Cuando el revuelo de un águila
 Venga su sueño á turbar,
 Y con rugidos de espanto
 Le oiga el mundo despertar,
 Rebato de mil campanas
 Eco á su bramido harán. . . .
 Cada cruz traerá un soldado,
 Cada claustro un general,
 Y una legion de valientes
 Cada pendon parroquial.
 Habrá una Virgen del Cármen
 En Bailen, y en San Marcial,
 Y de las invictas águilas
 Bastará el vuelo á postrar
 Pobre hueste guarecida
 Tras la Virgen de un Pilar.

VI.

Un *Ave Maris Stella*
 Leo en el sello real
 De *la marina* que manda
 La hermosa Estrella del mar.
 A cuyo oriente en las nubes
 Se ahuyenta todo huracan,
 Y que serena las olas
 Con su sonrisa de paz.
 Y de ella un pliego sellado,

Cuyo nema al desgarrar,
 Con tres prodigios, de asombro
 Cielo y mar se postrarán.—
 Por el primero en las olas,
 Da camino de verdad
 A los hijos de la fé
 Con la antorcha del Imán.
 Manda el otro que en el coro
 De una oscura catedral,
 Josué cristiano, Copérnico
 Haga inmoble al sol parar,
 Y el giro de orbes y mares
 Claro revele al mortal.
 Y otro hay que á una reina hispana
 Manda *en plus-ultra* cambiar
 El lema que en dos columnas
 Escribió remota edad. . . .
 Y porque hay perdido un mundo
 De esos mares mas allá,
 Y es fuerza hermanar la tierra
 Con su antípoda mitad;
 Y que llegue, do el sol llega,
 La lumhre de la verdad;
 Manda que bajo la enseña
 Que en la Alhambra brilla ya,
 Almirante de *la fé*,
 Como ella, humilde y audaz,
 Como ella, viendo en el cielo
 Lo que no se ve en el mar,
 El marino de Isabel
 Vaya ese mundo á buscar,
 Y Cristóforo le nombra,
 Porque á Cristo llevará.

VII.

La Hacienda tiene un gran libro
 De la deuda universal,
 Escrito en dos anchas hojas
 De dos árboles, no mas.
 En la del árbol de Edén,
 Bajo una poma falaz
 Estampó—"Deuda insolvente"
 Con sus lágrimas Adam.
 Y en la del leño del Gólgota
 Una sangrienta señal
 Entre una cruz y un cordero
 Rubrica—"Pagada está."
 —Las arcas de su *Tesoro*
 No encierran otro caudal
 Que una diminuta cédula
 Con esta promesa real:
 "Inagotables riquezas
 En el cielo encontrará
 Todo aquel que en nombre mio
 Su hacienda á los pobres dá."
 Y mas abajo, con signos
 De la garra de Satán,
 Entre un azadon y un túmulo
 Este registro infernal:
 —"En el centro de la tierra
 El oro guardado está.—
 Aproxímese á mi reino
 Quien lo quisiere encontrar."

VIII.

A *Instruccion*, ciencia y doctrina,
 Término no puede dar
 Quien es la palabra misma
 De la increada verdad.
 A quien divino Maestro
 Los que le oyeren, dirán,
 Y que en dos montañas dijo,
 —Al universo enseñad.—
 Por eso, cuando al Empíreo
 Se remonta celestial,
 Los hombres no tienen lengua
 Para su doctrina ya;
 Y bajan lenguas del cielo
 Con que la puedan hablar.
 Por eso el saber, do arcano
 Fué en la docta antigüedad,
 Para un filósofo el mundo,
 Para otro la humanidad,
 Para el mundo y para el hombre
 Es ciencia de Dios, de hoy más,
 Que en medio se ven del cielo
 Como la tierra lo está.
 Las lumbreras de la fé
 Giran por su inmensidad,
 Como esos miles de estrellas
 De rutilante brillar.
 Y porque tanto esplendor
 No ofusque al flaco mortal,
 Y tenga su mente inquieta

Límite de autoridad,
 Luce una antorcha infalible
 Sobre una eterna ciudad,
 Como del cielo en la cúpula
 La inmoble estrella polar.
 Por eso en los siglos lóbregos
 De la mas bárbara edad
 Aprenden de un catecismo,
 El párvulo y el zagal,
 Ciencia que ignoró Aristóteles,
 Ni soñó Platon jamas.
 Por eso tras mil portentos
 De ciencia, en que el cielo hará
 Que no sepa ningun hombre
 Mas que Agustin y Tomas;
 Tras el cántico inaudito
 De aquel poeta titan,
 Que, no cabiendo en el mundo,
 Cielos é infernos oirán;
 Tras las santas creaciones
 De aquel arte colosal
 Do afrenta del Partenon
 Sea toda catedral. . . .
 Tras el monstruo de armonía
 Que en sus bóvedas bramar
 Hará en conciertos de música
 Truenos de una tempestad;
 Tras de aquel extraordinario
 Prometeo monacal,
 Que ponga el rayo en las manos
 Del atrevido mortal.
 Pentecostés nuevo, al último
 Habrá un dia singular,

Que no bastando la pluma
 Ni el pincel original
 A la letra de la ciencia
 Y al color de la beldad,
 Mande la mente divina
 De Aquel que sabe engendrar
 De una bellota una selva,
 Y de un átomo, un vivar,
 Que tome formas y gérmenes
 De generacion vital
 Cual las flores y los árboles
 El pensamiento fugaz,
 Y den á pluma y pinceles
 Su múltiple eternidad,
 Gutemberg, con una biblia,
 Finiguerra en una paz.

IX.

De entonces, solo quien puede
 Por su nombre apellidar
 Las estrellas al salir,
 Y las aves al volar,
 Podrá revelar los genios
 Que el orbe renovarán
 Con el vuelo y esplendor
 De inspiracion celestial.
 Podrá enumerar los mundos
 Que en creacion ideal,
 Tabla y lienzo han de fingir,
 Mármol y bronce imitar.
 De entonces rayará el dia

Que los cielos abrirán
 Sus transparentes abismos
 A los ojos de un cristal.
 Y aquel que fijando el curso
 Sobre el sometido mar,
 Trueque el hombre alas de viento
 Por las llamas de un volcan.
 O que, vivo meteoro,
 Le mire el mundo volar
 Sobre los carros de fuego
 De la leyenda oriental.
 Y el que, por último, alcance
 La atónita humanidad,
 Que, cual dá la mente al brazo,
 Su instantánea voluntad,
 Cual baja al sol de la tierra
 Un rayo de claridad,
 Vuele de un polo á otro polo,
 Y de un mar al otro mar,
 Sobre invisible centella,
 La palabra de un mortal....
 Que esa palabra fulmínea
 Palabra de un Dios será,
 Cuando la oracion de un pueblo
 Conduzca al pié de un altar;
 O si desciende bendita
 De un trono pontifical
 Sobre el vagido primero
 Del escogido mortal
 Que viene en nombre de Dios
 Sobre un gran pueblo á reinar.
 Que esa lengua milagrosa
 Es revelacion quizá

Para los ojos mas ciegos
 De una palpable verdad,
 Que el mas etéreo elemento
 De materia corporal
 No es mas que ciego vehiculo
 Pasivo, inerte y fatal
 Del espontáneo motor
 Del querer y del pensar,
 Sirviendo sumiso y dócil
 Al pensamiento inmortal,
 Cual sirve el aire á su voz
 Y la luz á su mirar.

X.

Mas quien tiene un ministerio
 De instruccion tan singular
 No dió al olvido *el fomento*
 De la vida corporal.
 Y en la ocasión de las nuevas
 Que EL BELEM os viene á dar,
 Os anuncia que no en vano,
 El progreso universal
 Estrechando las distancias
 De la humana sociedad,
 Haciendo de tantos pueblos
 Una familia no mas,
 Todos los climas y zonas
 Abarca la cristiandad.
 Al alcance de su mano
 Hoy vuelve á tener Adam
 Todos los frutos que fueron

Su primitiva heredad:
 —Y Aquel que ordenó á su pueblo
 Su fuga de libertad,
 En el convite simbólico
 Rápido conmemorar,
 Hoy en novísimo anuncio
 De que cumplidas están
 Las sacrosantas promesas
 De redencion general,
 Manda que en ledo alboroque
 De su fausta navidad,
 Celebre todo cristiano,
 Dulce, alegre, fraternal,
 Pascua de nuevo convite
 De santa comunidad.
 Manda que en bello contraste
 De la pobreza en que está,
 No haya tristes, no haya pobres
 La noche de su natal.
 Manda que en dulce memoria
 De aquel licor virginal,
 Que, en pasion anticipada
 Humillando su deidad,
 Probó con labios hambrientos
 Su humana necesidad;
 Vosotros probeis los néctares
 Por cuyo invento, piedad
 Alcanzó el viejo Noé
 Del diluvio universal.
 Y á tragos leche de almendras,
 Y de las Navas bebais,
 Y el turrón comais simbólico,
 Y el morisco mazapan,

La nata y miel que Isaías
 Al nacido Emmanuel dá;
 Y el pavo que nos trajeron
 Los indios del rey Gaspar....
 Que ceneis... de noche buena...
 Jesus os manda cenar,
 Festin de su advenimiento,
 Y de vuestra libertad...
 Que ceneis... hasta otra noche
 En que él tambien cenará...
 En que sentado al banquete
 De su propio funeral,
 Dé el brindis de la salud
 De toda la humanidad...
 Relieves, de cuya mesa
 Espléndido os dejará,
 Preparado de su mano
 Otro celeste manjar.
 Será su carne gloriosa,
 Será su sangre inmortal
 Que es ambrosía de gloria
 Y elixir de eternidad....
 Cenad, en tanto, de fiesta,
 De apetito, y de solaz;
 Cenad pascua de recuerdo
 Del trabajo corporal,
 Y del dominio del hombre
 Sobre su suelo natal.
 Cenad el pobre viático
 De esta existencia fugaz
 Con los frutos de la tierra,
 Y con los peces del mar....
 Comed el pan amasado

Con vuestro sudor y afán....
Mañana, el pan de los ángeles
En las gradas de un altar.

Y así, tendréislo entendido
Y que se cumpla ordenad
Por los dilatados ámbitos
De toda la cristiandad;
Y para que se disponga
Su cumplimiento especial,
En aquella ilustre casa
De la hispana capital,
Donde de Dios bendecidas
Y del amor conyugal,
La religion tiene un templo,
La poesía un altar,
La amistad un culto, y votos
De eterna felicidad.

—Rubricado.—PASTOR DIAZ.
—Lugar del sello real.

TELEGRAFO.

¡Gran portento!
Adam á los hijos de Eva.
Virgen-Madre. Buena-nueva.
Redencion.

EL NACIMIENTO.

¡Gloria á Dios! sonó en el cielo:
Y apenas oye la voz,

Un ángel parte veloz
Y hácia Belem tiende el vuelo.

Acuden pobres pastores
Con pura y sencilla ofrenda:
Y mostrándoles la senda,
Brotan de la tierra flores:

Mientras clarísima estrella
A los magos aparece;
Pero menos resplandece
Que del Niño la faz bella.

Por no turbar su reposo
Calla la mar, calla el viento:
Y hasta el mismo firmamento
Sigue el curso silencioso.

MARTINEZ DE LA ROSA.

Insértese del BELEM
En la seccion oficial,
La profética real orden
Que adjunta á este oficio va;
Profética, pues no debe
Tener validez legal,
Hasta que el siglo vigésimo
Se encuentra ya en la mitad
De su carrera.—Madrid,
De este reino capital,
24 de Diciembre,

Víspera de Navidad,
Del año 1800
57.... y no mas,
A su amigo el de Molins
B. L. M.

8—á (1)

MINISTERIO DE FOMENTO.—INSTRUCCION UNIVERSAL.—(NEGOCIADO 103.)—PENÍNSULA Y ULTRAMAR.

Illmo. Sr.:
De órden de S. M.
(Q. D. G.) Don Alfonso,
Rey de España y Portugal,
Dispondrá esa direccion
Que á la mayor brevedad
Se cierren todas las cátedras,
Bibliotecas y demas
Establecimientos públicos
En que á los niños se dá,
Y á los jóvenes y adultos
El pasto intelectual.
Razones de economía,
Conveniencia y equidad
La supresion aconsejan
De un gasto superfluo ya,
Supuesto que á consecuencia

(1) Que no faltará esta noche
A la hora de cenar.

De la inmensa cantidad
De *saber* con que dotaron
Al pais en general
Los gobiernos de la augusta
Madre de S. M.,
(Especialmente del siglo
Pasado hácia el promediar),
La omnisapiencia española
Ha llegado á un punto tal,
Que *todos* lo saben *todo*
Y es ya escusado estudiar.
Repetidos testimonios
De abuelos y de mamás,
Prueban que todos los párvulos
¡Portento fenomenal!!.....
Políglotos consumados,
Sin estudio, sin afan,
Hablan latin, griego, asirio,
Turco, frances y aleman,
Salomones infantiles,
Sabios menores de edad
Son hoy en nuestra nacion
El cotidiano pan.
Los fisiólogos esplican
Tan rara precocidad
Suponiendo que *tal vez*
¡Quién sabe? acaso, quizá
La erudicion se transmita
Como el pecado de Adam,
De los padres á los hijos
Por sucesion natural,
Si tanto saben los niños,
Los hombres ¡qué no sabrán?

Asombro es ya de las gentes
 La española sociedad.
 Sobre estética departen
 Los viejos en el hogar:
 Cada sereno es un Newton,
 Cada aguador un Pascal:
 Los primeros en la guerra,
 Los primeros en la paz,
 En letras, artes y ciencias
 Hemos llegado al *¡no hay más!*
 Por consecuencia precisa
 De la superioridad
 Que sobre todos tenemos
 En el arte militar,
 Nuestras son ya ambas Américas,
 Nuestras las costas de Orán,
 Y no es ya suelo extranjero
 El suelo de Gibraltar.
 Tan pasmoso es el progreso
 De la ciencia medical,
 Que hoy vive poco el que vive
 Una vida secular.
 Baste decir para prueba
 Del adelanto industrial,
 Que viajar en globo es propio
 Ya solo de algun patan.
 Comparados con los dramas
 Que hoy compone cada cual,
 Son zupia los de Breton,
 Rubí, Hartzenbusch y Eguilaz.
 Solo la jurisprudencia
 Algo arrineonada está,
 Porque la ha inutilizado

La comun moralidad.
 En cambio, es llegado el caso
 De haber de desocupar
 Los dos antiguos museos
 Del Prado y la Trinidad,
 Cuyas estatuas y cuadros
 No merecen figurar
 Junto á las mil maravillas
 Que produce nuestra edad.
 Esto supuesto, ¡á qué escuelas,
 Donde nada hay que estudiar?
 Suprimalas, pues, V. S.,
 Y suprimase ademas
 A sí propio hasta que pase
 Este aluvion, este mar
 De ciencia en que está anegada
 La generacion actual,
 Y á que es fuerza poner coto
 So pena de naufragar,
 Pues que el esceso del bien
 Puede conducir al mal.

Dios guarde á V. S.—Lisboa,
 De estos reinos capital,
 24 de Diciembre,
 Víspera de Navidad,
 Del año 1900.
 Y 50.—

RABADAN.

De la pública instruccion.—Al director general.

CORTES.**CAMARA DE LOS-LOROS:***Presidencia del—señor cotorra.*

El mantel—se pone á eso de las dos.—

A fin de hacer paladar,—se sirvió el anterior acta,—y la cámara compacta—la tragó sin rechistar.—

Se mandó, como es debido,—pasar á la comision—una caja de turrón—para ver el contenido.—

VARIOS DE LOS COTORRONES.—¡Que se abra! ¡Que se abra!!—

LA COMISION DE TURRONES.—¡Cómo!.... Pido la palabra.—

EL SEÑOR CATACOLMENAS,—miembro de la comision.— Señores....

[*Gran confusion:—se oye al orador apenas*].—EL PRESIDENTE. [*En sus trece*].—¡Orden! ¡Esta boca es mia!—[*Entre tanta algarabía—el turrón desaparece:—Gritos y campanillazos:—á poco el ruido cesa—y queda sobre la mesa—la caja hecha ya pedazos*].—

PRESIDENTE. Orden del dia.

EL SEÑOR UNICO-DIENTE.—Antes, señor presidente,—pido la palabra á usía.—

PRESIDENTE. ¡Para qué?

DIENTE. Para preguntar,—ó mas bien interpelar,—al señor ministro de—los anfibios acerca—del bautizo del Jerez.

EL PRESIDENTE. Otra vez.—El ministro está en su

alberca;—donde se ha armado una buena—porque pretenden los patos—sacar los piés de los platos—y no asistir á la cena.—

[*Aparece en el salon,—de gran uniforme un viejo—cotorron, muy cotorron,—Presidente del consejo—de ministros. Sensacion.—Hablan ambos presidentes;—sube el viejo á la tribuna,—y calándose los lentes,—dice:*]

Queridos oyentes:—há poco, entre doce y una,—el gobierno ha recibido—este parte de Belen:—

“La Virgen Santa ha parido—un Niño: el recién-nacido—y la Madre, siguen bien.”

Se añade que unas criaturas—con alas, andan á oscuras—gritando de sierra en sierra:—[“*Gloria á Dios en las alturas—y al hombre paz en la tierra!*”]—Por lo que pueda tronar,—hemos doblado el reten,—y el gobierno piensa obrar—con energía.... [*Muy bien!—magnífico. Eso es hablar!*].—

PRESIDENTE.—

Orden del dia.—

Prosigue la discusion—sobre dar una pension—á las viudas de Pavía.—Tiene la palabra en pro—del dictámen, Papagayo.—

PAPAGAYO. ¡Por qué no?—Señores.... Yo no desmayo....—

LAS TRIBUNAS. Trueno y rayo!—Yo si me desmayo! ¡Y yo!—

EL PRESIDENTE. Paciencia!—

PAPAGAYO. Iba diciendo—que no desmayo, aunque entiendo—que es muy grande mi abstinencia.—Yo no vengo aquí á luchar—por la parte que me toca;—pues sepa el amigo *Roca*,—que sólo suelo cenar—por la noche y con la boca.—Hoy por primera vez—en estas lides batallo;—

CORTES.**CAMARA DE LOS-LOROS:***Presidencia del—señor cotorra.*

El mantel—se pone á eso de las dos.—

A fin de hacer paladar,—se sirvió el anterior acta,—y la cámara compacta—la tragó sin rechistar.—

Se mandó, como es debido,—pasar á la comision—una caja de turrón—para ver el contenido.—

VARIOS DE LOS COTORRONES.—¡Que se abra! ¡Que se abra!!—

LA COMISION DE TURRONES.—¡Cómo!.... Pido la palabra.—

EL SEÑOR CATACOLMENAS,—miembro de la comision.— Señores....

[*Gran confusion:—se oye al orador apenas*].—EL PRESIDENTE. [*En sus trece*].—¡Orden! ¡Esta boca es mia!—[*Entre tanta algarabía—el turrón desaparece:—Gritos y campanillazos:—á poco el ruido cesa—y queda sobre la mesa—la caja hecha ya pedazos*].—

PRESIDENTE. Orden del dia.

EL SEÑOR UNICO-DIENTE.—Antes, señor presidente,—pido la palabra á usía.—

PRESIDENTE. ¡Para qué?

DIENTE. Para preguntar,—ó mas bien interpelar,—al señor ministro de—los anfibios acerca—del bautizo del Jerez.

EL PRESIDENTE. Otra vez.—El ministro está en su

alberca;—donde se ha armado una buena—porque pretenden los patos—sacar los piés de los platos—y no asistir á la cena.—

[*Aparece en el salon,—de gran uniforme un viejo—cotorron, muy cotorron,—Presidente del consejo—de ministros. Sensacion.—Hablan ambos presidentes;—sube el viejo á la tribuna,—y calándose los lentes,—dice:*]

Queridos oyentes:—há poco, entre doce y una,—el gobierno ha recibido—este parte de Belen:—

“La Virgen Santa ha parido—un Niño: el recién-nacido—y la Madre, siguen bien.”

Se añade que unas criaturas—con alas, andan á oscuras—gritando de sierra en sierra:—[“*Gloria á Dios en las alturas—y al hombre paz en la tierra!*”]—Por lo que pueda tronar,—hemos doblado el reten,—y el gobierno piensa obrar—con energía.... [*Muy bien!—magnífico. Eso es hablar!*].—

PRESIDENTE.—

Orden del dia.—

Prosigue la discusion—sobre dar una pension—á las viudas de Pavía.—Tiene la palabra en pro—del dictámen, Papagayo.—

PAPAGAYO. ¡Por qué no?—Señores.... Yo no desmayo....—

LAS TRIBUNAS. Trueno y rayo!—Yo si me desmayo! ¡Y yo!—

EL PRESIDENTE. Paciencia!—

PAPAGAYO. Iba diciendo—que no desmayo, aunque entiendo—que es muy grande mi abstinencia.—Yo no vengo aquí á luchar—por la parte que me toca;—pues sepa el amigo *Roca*,—que sólo suelo cenar—por la noche y con la boca.—Hoy por primera vez—en estas lides batallo;—

y soy un hombre, ¡pardiez!....—como todos.... que me callo—cuando me dan buen Jerez.—Vea si no la comision—mi historia dia por dia....—Preso estuve en un balcon.—

PRESIDENTE. A la cuestion,—y no haga su biografía!—

PAPAGAYO. Y en verdad,—yo no encuentro dos ochavos—de razon ni de equidad—en que tengan viudedad—las viudas de los pavos.—Solo lo comprenderia—quedando ellas obligadas—á perecer en su dia,—cuando ya tuviesen cria—y se hallasen bien cebadas.—[*Señates de aprobacion.*]

UN LORO MUY AMARILLO,—miembro de la comision—Señores: [*Grande atencion.*].—Agua y un azucarillo.—Señores: ¿en dónde estamos?—¿Qué república tenemos?—¿En qué poblacion moramos?—Bien se conoce que *semos*....—[*Silbidos.*] *Semos ó samos*—ó somos.... Dejad que hable....—Yo desprecio esos rumores....—Decia que es lamentable—lo que sucede, señores.—Yo detras de esta cuestion—llamada de municipios,—veo una cuestion de principios—de difícil digestion.—Conviene, pues, tratar antes....—señores.... nadie se asombre—si le es permitido al hombre—comerse á sus semejantes;—si es por su constitucion—carnívoro este animal;—y ved con cuánta razon—llamé constitucional—á esta difícil cuestion.—La constitucion de Adam,—promulgada en el Edem,—le manda que engañe el pan,—tostando en una sartén—desde el cerdo hasta el faisán.—Yo leo en crónicas viejas—que empezó sus latrocinios—en la miel de las abejas,—la leche de las ovejas—y otros varios lacticinios.—Sufriria que abusase—el hombre así de su clase,—comiéndonos sin piedad.—Era en usufructo.... pase!—pero diablo! en propiedad!—Así fué: los inhumanos—halla-

ron un modo nuevo—de affigir á sus hermanos,—y se comieron ¡villanos!—á nuestros hijos en huevo.—Luego la torpe aficion—creció tanto, que en alhóndigas—nos venden hechos jamon,—picados en salchichon,—y lo que es mas, en albóndigas!—¿Por qué esta iniquia tirana?—¿No dábamos á esos fieros—plumas, marfil, seda, lana,—cerdas, almizcle, badana—y cuernos para tinteros?—¿No eran dueños absolutos—de la tierra y de sus frutos?—¿No están ahí las legumbres?—¿Pero comerse á los brutos....!—¿Así marchan las costumbres!—Esta, esta es la cuestion—clara, concreta y suscita;—la abolicion de esa quinta;—sí señor; la abolicion—de esa atroz contribucion—de sangre, que á tantos bravos—condena á morir esclavos—entre guisantes y habas.—La cuestion no es de las pavas—la cuestion es de los pavos.”—

PAPAGAYO. Esas teorías—absurdas y paradójicas—son delirios, utópias,—absurdos, filomanías—disolventes, demagógicas!—Abolir todo alimento—animal!.... No lo concibo;—pues pudiera el hombre hambriento,—mediante un pronunciamiento,—comerse al gobierno vivo.—Señores: los intereses—de peces, aves y reses—no se rozan con vosotros,—puesto que ni los ingleses—se han metido con nosotros.—O somos loros ó no—el mismo que há poco habló—contra las carnes tan bien,—se nutre de la sartén—como el ministerio y yo.—Un loro es un animal;—pero no un contribuyente;—y cumple como otro tal,—hablando aquí bien ó mal—para divertir la gente.—Comamos y hablemos, pues;—comamos y hablemos mucho;—muera y pague Juan ó Andrés;—que si yo digo, esto es....—porque á mi amo se lo escucho....—He dicho.

[*Bravo!*—*¡Oportunas razones!*—*¡Salga el autor!*—*¡Bis!*—*¡Que le den aceitunas!*]

PRESIDENTE. Celador;—que despejen las tribunas.—

LOS DE LA IZQUIERDA. Muy mal.—[Gritos, bravos, algazara.]—

UN MOCHUELO COLOSAL—pido la palabra para—una alusion personal.—

PRESIDENTE. No la doy.—

—A votar!

—A cenar!

—¡Vinos!!

UNO. ¡A cómo estamos hoy?

MOCHUELO. O hablo, ó me voy,—presidente de asesinos!—

—[¡Nada, á votar!]

Votacion.—

La gana la oposicion.—

EL PRESIDENTE. Yo parto...—

Se levanta la sesion.—

Eran las tres menos cuarto.—

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

CORREO ESTRANJERO.

De regiones estrañas y distantes
Hay nuevas por el último correo,
No menos lisonjeras que importantes;
Por donde quiera habrá fiesta y jaleo.
¡Qué cenas se preparan, qué festines,
Bastantes á colmar todo deseo!

En la China los mismos mandarines
Si no adorando, respetando á Cristo,
De nidos se hartarán de colorines:

De gusanos de seda harán un pisto,
Y fumarán, merced á la Inglaterra,
Opio barato, con furor no visto.

En la India, si bien están en guerra,
Ha de haber suspension de hostilidades,
Y paz por cuatro dias en la tierra:

Y se solazarán en las ciudades
Juntos con los cipayos los ingleses,
Con más amor que en otras navidades,

Descubrirán al cabo los siameses
Que el elefante blanco no es divino;
Calcularán mejor sus intereses;

Y en vez de amar á númen tan mezquino,
Armados de cuchillo y de caldera,
(Cual la fábula cuenta del cochino)

Darán al blanco bruto muerte fiera;
El cual, en cochifrito succulento,
Como si un tierno lechoncillo fuera,

Ha de ser sabrosísimo sustento
Del gran emperador Vicrapandote,
De amazonas impávidas sin cuento,

Y aun del sumo y terrible sacerdote,
Que sobre el ara del nefando númen
Con su alfange segó tanto cogote:

Si no sucede así, que nos emplumen,
Ni será mala en el Japon la fiesta,
Porque es aquella gente de cacúmen,

Y en todo su pericia manifiesta.
Tendrán los persas singular jolgorio,
Y aunque pese al Corán y al Zandavesta,

En las almas creerán del purgatorio,
Y se hartarán de pavo y de turrone,
Como el más fiel cristiano y más notorio;

LOS DE LA IZQUIERDA. Muy mal.—[Gritos, bravos, algazara.]—

UN MOCHUELO COLOSAL—pido la palabra para—una alusion personal.—

PRESIDENTE. No la doy.—

—A votar!

—A cenar!

—¡Vinos!!

UNO. ¡A cómo estamos hoy?

MOCHUELO. O hablo, ó me voy,—presidente de asesinos!—

—[¡Nada, á votar!]

Votacion.—

La gana la oposicion.—

EL PRESIDENTE. Yo parto...—

Se levanta la sesion.—

Eran las tres menos cuarto.—

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

CORREO ESTRANJERO.

De regiones estrañas y distantes
Hay nuevas por el último correo,
No menos lisonjeras que importantes;
Por donde quiera habrá fiesta y jaleo.
¡Qué cenas se preparan, qué festines,
Bastantes á colmar todo deseo!

En la China los mismos mandarines
Si no adorando, respetando á Cristo,
De nidos se hartarán de colorines:

De gusanos de seda harán un pisto,
Y fumarán, merced á la Inglaterra,
Opio barato, con furor no visto.

En la India, si bien están en guerra,
Ha de haber suspension de hostilidades,
Y paz por cuatro dias en la tierra:

Y se solazarán en las ciudades
Juntos con los cipayos los ingleses,
Con más amor que en otras navidades,

Descubrirán al cabo los siameses
Que el elefante blanco no es divino;
Calcularán mejor sus intereses;

Y en vez de amar á númen tan mezquino,
Armados de cuchillo y de caldera,
(Cual la fábula cuenta del cochino)

Darán al blanco bruto muerte fiera;
El cual, en cochifrito succulento,
Como si un tierno lechoncillo fuera,

Ha de ser sabrosísimo sustento
Del gran emperador Vicrapandote,
De amazonas impávidas sin cuento,

Y aun del sumo y terrible sacerdote,
Que sobre el ara del nefando númen
Con su alfange segó tanto cogote:

Si no sucede así, que nos emplumen,
Ni será mala en el Japon la fiesta,
Porque es aquella gente de cacúmen,

Y en todo su pericia manifiesta.
Tendrán los persas singular jolgorio,
Y aunque pese al Corán y al Zandavesta,

En las almas creerán del purgatorio,
Y se hartarán de pavo y de turrone,
Como el más fiel cristiano y más notorio;

Y los antes heréticos jamones,
De Mahoma á despecho y de los magos,
Pasto darán á guebros y á santones.

Piensen echar los turcos muchos tragos,
Y turcas pillarán para ellos nuevas,
Más fieles en su amor y en sus halagos.

Hasta en el suelo de la infausta Tébas,
Gente que allí por su desgracia habita
Ha de cenar embalsamadas brevas.

Y el mas austero y místico eremita,
(Si acaso hubiere alguno en el desierto),
Al instinto cediendo que le incita,

Sin mesa, ni manteles, ni cubierto,
Por no olvidar su austeridad del todo,
Probará las manzanas del Mar muerto,

Que están rellenas de ceniza y lodo.
De ver será el tostado beduino
Sobre el veloz koclan correr beodo,

Y olvidando su secta y su destino,
Saquear el templo santo de la Caaba;
Sembrando por do quiera su camino

De pluma y huesos de engullida pava.
Y cerca del Cedron, que los piés besa
De la santa ciudad del turco esclava,

Bajo ancha tienda cubrirá su mesa
El errante israelita ya cristiano;
Y con ansia que escita y embelesa,

Paz no dará á los dientes ni á la mano.
Ni en las orillas del fecundo Nilo
Faltará quien con brío sobrehumano

Se engulla un escamoso cocodrilo,
Dentro de la necrópoli medrosa,
A cuyas negras sombras pide asilo.

Mas ¿qué mucho, si en zambra bulliciosa
A son de tamboril y haciendo muecas,
Del Niger en la márgen calurosa,

De gato se hartarán y frutas secas
Las razas por su pinta condenadas
A no tener ni libertad, ni pecas?

Mas las que ya no están esclavizadas,
La gente negra que en Liberia habita,
¡Qué tortas ha de hacer y qué empanadas!

Natas habrá en Haití, y papa frita,
Porque Soulouque, emperador haitiano,
Ya á Baltasar, y ya á Nabuco imita,

Y un banquete prepara soberano:
Por no oler á sus grandes, ni á sí propio,
El comedor perfumará con guano.

Los indios del Brasil hacen acopio
De monos con arroz para la cena,
Y de mate mejor que el té y el opio;

Y devoran tambien en Noche-buena
Multitud de lagartos y tatúes,
Y una serpiente boa toda llena

De pavos mil, que allí llaman perúes.
Los indios no cristianos, envidiosos,
Se cenarán sus propios manitúes,

¡Qué espléndidos, qué alegres, qué famosos
Son los santos banquetes de este día!
¡Qué dientes, al presente, están ociosos!

¡De cuán diversos puntos nos envía
Noticias el telégrafo, flamantes,
Que sorprenden y causan alegría!

Una de las pirámides gigantes,
Las momias del Egipto se han cenado,
Y se han vuelto á la tumba como antes.

Del elefante blanco ha regalado
Vicrapandote al gran Mogol el cuero
Lleno de rico vino delicado.

Nana-Saib ha caido prisionero:
Los ingleses, creyéndole becada,
En salmí se le comen todo entero.

El Leviatan ha hecho una trastada,
Y se ha engullido ya cuatro vapores.
En fin, do quiera hay cena regalada,
Mas la nuestra es mejor que las mejores.

Por el correo extranjero,
J. VALERA, y J. FERNANDEZ.

CORREO DE PROVINCIAS.

Segun digimos ayer,
Nada de provincias viene;
Tan solo de la Coruña
Nos escriben lo siguiente:
—“Hoy se ha notado en la plaza
Que los besugos se mueven,
Porque entre ellos ha corrido
El rumor de que los venden.
Resentidos hace un año
De que un publicista célebre
Defendiera al pavo orondo
De la pena de Diciembre,
Cuando tan sabio escritor,

Pues que se llama Lafuente,
Bastante mas que de pavos
Debiera saber de peces;
Y siendo ilegal y absurdo
Y contra todas las leyes
Que se les llamen pescados
Aun antes de que los pesquen;
Intentan echarse al agua
Y declararse rebeldes,
Aunque se callan, sabiendo
Que el pez por la boca muere.
La autoridad ha tomado
Las medidas mas urgentes,
Y ha dispuesto que esa noche,
Todas las tiendas se cierren;
Porque ellos buscando el agua
En las tabernas se meten.
Yo sin prejuzgar el caso
Puedo asegurar á ustedes
Que no es justo que el besugo
Pague costas que no debe.
Ellos siguen escamados,
La espina dentro la tienen,
Llevan los ojos abiertos,
No son ranas, y se teme
Que en combinacion secreta
Con los mismos que los venden,
Hagan que cueste muy caro
A cuantos besugos cenén.
Pudriéndose están de ira,
Y me aseguran que el gefe
Del motin tiene dispuesto
Que callen y se indigesten.

A esta hora en que yo escribo
 No hay nada, solo se sienten
 Las olas algo revueltas
 Que murmuran contra el muelle.

SELGAS.

Ayer, cuando el correo de provincias
 A nuestras manos trajo la desgracia
 Ocurrida en las aguas de Laredo
 Con la de Sparus aguerrida escuadra,
 Que Elipertius Optatus desde Grecia
 Condujo hasta los mares de Cantabria,
 No nos pesa decirlo, con reserva
 Quisimos acoger la nueva infausta.
 Pero hoy que nuestro colega *el Pesebre,*
El Rabel, la Zambomba y la Chicharra
 Confirman la noticia, no podemos
 A los lectores de EL BELEM callarla,
 Sin que el silencio que hasta aquí guardamos
 Se atreva á interpretar la pavocracia
 De una manera vil, que con desprecio
 Los redactores de EL BELEM rechazan.
 Decimos esto, porque no queremos
 Sin réplica dejar ciertas palabras,
 Con que embozadamente nos alude
 Un tal.... periodiquín de la mañana
 Que en vano un día y otro nos provoca
 Porque su nombre demos á la estampa.
 Sepa nuestro cofrade, y de camino

Vaya este rehilete á *la Zagala*
 Y al *Eco del Pastor*, y á tantos otros
 Patriotas nuevos que á EL BELEM le ladran,
 Que no le han de morder por mas que quieran,
 En materias de honor, y que se engañan
 Los que presumen que han de cohibirnos
 Hasta el punto de hacer que nuestra causa
 Quede sin defensores en la prensa,
 Como siempre los tuvo en la campaña.

Allí, donde no vimos los patriotas
 Que solo acuden á llenar la panza,
 Llegando á mesa puesta para hartarse
 De pavos, de turrone y batatas.

Pero dejemos hoy estas miserias
 Sacrificando en aras de la pascua
 Rivalidades que borrar queremos
 Por siempre de las luchas culinarias;
 Y demos cuenta del horrible caso
 Que pronto cubrirá de oprobio á España,
 Estractando del *Eco de Laredo,*
 Testigo presencial de la batalla,
 Los hechos más notables de ese día
 Con mengua escrito en la bandera hispana,
 Y de que Grecia y las naciones todas
 Estrecha cuenta pedirán mañana.

Era de noche, dice nuestro colega,
 Y al derecho de gentes confiada,
 Sobre el regazo de la mar dormida
 Tranquila estaba la Sparense escuadra
 Rechazando los rayos de la luna
 Con el vivo fulgor de sus corazas.
 La majestad de la callada noche
 Era inmensa; jamas en nuestra playa

Se ha visto un cielo azul más trasparente,
 Ni más serenas las azules aguas.
 Así pasó la noche, cuando apenas
 Se hubo asomado Febo á la ventana,
 Se oye un silbido y otro, y aparece
 Cercada por do quier la noble escuadra,
 Sin que logre escapar un solo buque
 A la traicion del pescador pirata.

En vano los Salmones, los Pajeles,
 Los Congrios, las Merluzas y las Rayas,
 Con otros mil valientes capitanes
 Que hay en cada bajel, y pronto saltan
 Sobre cubiertas de rizada espuma
 Blandiendo fuertemente las agallas,
 En vano corren todos decididos
 A cortar por sí propios la redada
 En que traidoramente ha sido envuelta
 Del fiel Besugo la aguerrida escuadra.

Los Acantoterigios generosos,
 Descendientes del Griego; los que honraba
 En sus mesas Homero, celebrando
 A dos carrillos tan sabrosa Iliada;
 Los que el gran Ciceron tuvo entrediente
 Cuando la ley Licinia preparaba;
 Los que en los mares de Venecia un dia,
 Sacando la cabeza sobre el agua,
 De Antonio el Padovano, fervorosos
 Y humildes, escucharon una plática;
 Esos, lectores, son los que murieron
 El veinte de Diciembre en la mañana,
 Sin que hubiera cuartel para uno solo,
 Sin que aquella ictiopófaga canalla
 Perdonara á las hembras, ni á sus hijas,

Pues todas por igual fueron pescadas;
 Y al despuntar de la naciente aurora,
 Era un mar de cadáveres la playa.

Aquí un millar de Sparus Centrodontus
 Daba en seco la triste boqueada;
 Otros mil, más allá, contra la muerte
 Luchaban agitando las agallas.

Mientras que en medio de la mar alzóse
 Un remolino de cabezas varias,
 Resto de aquella armada valerosa
 Que huyendo de la sangre en que nadaban,
 En fúnebre cortejo congregados
 Y con los ojos fijos en la playa,
 Oyeron de un Atun estas sentidas,
 Breves y elocuentísimas palabras:

“Esos, Pez, ¡oh dolor! que vez ahora
 Cadáveres no mas, mústias escamas,
 Fueron un tiempo besuguera tropa!
 ¡No olvideis, compañeros, su desgracia!
 Juremos aquí mismo no bañarnos
 En agua dulce, ni saltar en playa,
 Sin que háyamos vengado la perfidia
 De viles mercaderes y piratas.

“Esa sangre inocente que han vertido
 Y que tiñendo está vuestras escamas,
 Aquí la siento hervir, y á borbotones
 Se me quiere salir por las agallas.
 No más moderacion, no mas cordura,
 Guerra al esparavel y á la almadrava,
 Y á la red, y al anzuelo; y si es preciso
 Hacer con otros peces alianza,
 Hagámosla en buen hora, dando el diezmo
 Al Delfín, Tiburon y Pez-Espada,

Y que ellos vengan á quebrar las redes
Con que hoy nos intimida la canalla.

“Muy grato me es, dignísimos amigos,
Añadió el orador tras de una pausa,
Ver cómo sacudís vuestras aletas
Aplaudiendo mis débiles palabras,
Y esta honra inmerecida que recibo
En la espina dorsal llevo grabada.

“Pero antes que dejemos estas olas,
Donde muy pronto habremos la venganza,
Fijad la vista en la sangrienta arena,
Clavad los ojos en la horrible playa,
Y ved aquella turba maldecida
Que tanto gozo tuvo en la redada,
Vender al fin, por un puñado de oro,
Los mártires ilustres de la escuadra.
Ved cómo el maragato codicioso,
Más ancho de conciencia que de bragas,
Comprando los cadáveres á cientos,
Con hielo los embute en la banasta,
Y va á la corte á pregonarlos vivos,
Por ver si al pueblo de Madrid engaña.

“Y ese pueblo ictiopófago maldito,
Gente sin corazón y sin agallas,
En las del pobre pez mete la mano,
Y arrancando una á una sus escamas,
A su casa le lleva y.... Permitidme
Que ya no os diga más... Faltan palabras
Para espresar el bárbaro apetito
De esas horribles fiestas sicilianas,
En que cada español come un besugo,
Pudiéndose escribir en cada casa:
Aquí reposa el pez de Noche-Buena,

Séale al infeliz leve la salsa.”

Así el Atun dió fin á su discurso;
Mas viendo á la asamblea consternada,
Dijo:—¿Qué es esto, ilustres compañeros?
¡Venganza os pido, y respondeis con lágrimas!
La gloria de los héroes nunca muere,
Envidiadla, besugos, envidiadla.
Ellos son inmortales! Si en Laredo
Hay gente que los pesca y que los mata,
Tambien hay quien ungiendo su cadáver
Con aceite, vinagre y nuez moscada,
Entre hojas de laurel embalsamado
Le hace correr los ámbitos de España.

“Y en la imperial Toledo, en Orihuela,
En Valencia, en Sevilla y en Granada,
No de mármol grosero, ni de bronce,
Ni de esas otras mil materias bastas,
Sino del mazapan más esquisito,
De la almendra más rica y más preciada,
Sobre columnas recamadas de oro
Al Pez y solo al Pez se alzan estatuas.

FLORES.

EL BELEM.

Es con gran satisfacción
Que vemos por fin triunfando
Los fueros de la razon;
Merced á la alta *mision*
Que *venimos* predicando.

Pasó un año, mes por mes;
 ¿Y qué hizo el señor marqués?
 Tal cual lunes nos abría,
 ¿Y qué era la órden del día?
 ¡Unos bollos y unos tés!

Nuestra lógica condena
 Lo que es digno de reproche:

Buena noche es noche buena;

Y el llamaba buena noche

A tanta noche sin cena!

A este cargo formulado,

Bien sabemos que ha objetado

El subterfugio ridículo

De que la cena es artículo

Que no está presupuestado.

Pues lo *presupuestaremos*,

Y habrá *presupuestación*;

Presupuestacionaremos;

Y cena y verbo tendremos

Que no tendrá conclusion.

¿Quiere *bill de indemnidad*?

Pues dé una *cena-verdad*.

Dos años fué suprimida.

Crée el marqués que esa maldad

Pasó *desapercibida*?

Mientras por Roma y París

Llevaba su orgullo loco,

¿Qué nos dejó? Ni un anís.

Tuvimos hambre, y por poco

Nos cenamos el país!

Y él, cenando con Champaña,

Dejando y tomando trenes,

Iba por Francia y Bretaña,

Por *Gand*, por *Bale-campaña*,

Y por *Génova*, y por *Genes*.

¡Dura acaso aquella edad

En que el oro del Perú

Era nuestra propiedad?

Es eso entender de *gu-*

bernamentabilidad?

Si el marqués es *hombre serio*,

Adopte nuestro criterio,

Y evitará toda crítica:

Haga cena el ministerio,

En lugar de *hacer política*.

Haga música también:

Es decir, toque el piano.

Y en tanto irá este Belen

Deshaciendo bien á bien

El idioma castellano.

VENTURA DE LA VEGA.

Por una manzana

¡Funesta comida!

Estaba perdida

La hacienda de Adam.

Hoy viene á decirnos

Un Dios que se humana:

“La hacienda perdida por una manzana,

“Se restaura con célico pan.”

Hoy medra la estirpe

Del hombre mezquino,

Al Verbo divino
Llegándose á unir.
Satan, que negocia
Con carne y con mundo,
Su próxima ruina presiente iracundo,
Al ver tanto la carne subir.

—
“¡El hombre ha subido!
(Pronuncia indignado)
“¡Mas Dios ha bajado!
“¡Ay, hombres, de vos!”
Y atájale Judas,
Patron de usureros,
Diciendo á su bolsa:—“¡Dan treinta dineros!
“Pues Dios baja, ¡vendamos á Dios!”

—
Y en tanto los hombres,
Que míseros gimen,
Su deuda redimen
De gracia en un mar.
¡Quién puede entenderos,
Oh cuentas de amores!
¡Que queden hoy ricos los tristes deudores,
Y que pague quien debe cobrar!
—
¡Que al libro de Vida
Con sangre inocente
Partidas aumente
La muerte cruel!
¡Y que á la profana
Sibila de Cumas
Respondan triunfantes las místicas sumas
Que cautivo formaba Daniel!

Misterio tan hondo
Los términos pasa;
Que Dios es sin tasa,
Y es cero el mortal.
Mas ya que, benigno,
Ni aun ceros desecha,
El quiere ponernos á mano derecha,
Cuando ajuste la cuenta final.

GONZALEZ PEDROSO.

Merece libertarse del olvido
Un rasgo de interes bien entendido;
Y por eso está bien que aquí se eunte:
El rasgo á que se alude es el siguiente.
¡Quién no conoce el turrón,
Sabrosa composicion
De almendra con miel ó azúcar?
El de la hermosa región
Que baña y fecunda el Júcar?
Con mérito diferente
El de Alicante y Jijona,
Tiénenle ambos eminente;
Dudando el inteligente
Cuál merece la corona.
Sin contar otros famosos
Y de nombres variados,
Que, turrónes engañosos,
Son con títulos pomposos
Mazapanes disfrazados.

Pero hay un nuevo turrón,
Aunque lo es solo por mote,
De postdática invencion,
Que hoy es el mas crudo azote
De nuestra infeliz nacion.

Y encierra tanta malicia
Que las entrañas nos vicia;
Pues á pillarle estimula,
No la pobre humilde gula,
Mas la ambicion ó codicia.

Con prodigioso despacho
Se vende en los ministerios,
Y á él se arrojan sin empacho
Los que llaman hombres serios
Y el mas imberbe muchacho.

Aquí entran las dudas mias.
¿Cuál turrón es el mejor,
El de las confiterías
Y de la plaza Mayor,
O el de las secretarías?

Esto volvía en su mente
Al venir las Navidades,
Un triste, en quien cabalmente
Concurren las calidades
De goloso y pretendiente.

En pretension enfadosa,
Enseñando el frac la urdiembre,
Vida ha pasado afanosa,
Hasta la noche gloriosa,
Honor del frío Diciembre;

Cuando recibió á la par
Un convite y una cita:
Y el convite era á cenar,

Siendo la cita á esperar
En la antesala maldita.
Mas la maldita antesala,
Aunque oscura y aunque fría,
Aumentos le prometia,
Cuando la brillante sala
Solo placer le ofrecia.

¡Terrible era la eleccion!
Dudó; mas tras lucha fiera
De una con otra pasion,
Tomó su resolucion
Que espresó de esta manera:

Bellos versos, rica cena,
Sociedad fina y amena,
Eso escojo, eso prefiero.
¡Viva el turrón verdadero!
Sea buena la Noche-buena.

Y aun quien dudare de esta anecdotilla,
No obstante verla inserta en gacetilla,
Por fuerza ha de decir, el ojo al plato,
Esto *se non e vero e ben trovato*.

ALCALÁ GALIANO.

ESPIRITU DE LA PRENSA.

Échese usted á buscar
Espíritus de la prensa
En noche en que nadie piensa
Mas que en reir y cenar.

Pero hay un nuevo turrón,
Aunque lo es solo por mote,
De postdática invencion,
Que hoy es el mas crudo azote
De nuestra infeliz nacion.

Y encierra tanta malicia
Que las entrañas nos vicia;
Pues á pillarle estimula,
No la pobre humilde gula,
Mas la ambicion ó codicia.

Con prodigioso despacho
Se vende en los ministerios,
Y á él se arrojan sin empacho
Los que llaman hombres serios
Y el mas imberbe muchacho.

Aquí entran las dudas mias.
¿Cuál turrón es el mejor,
El de las confiterías
Y de la plaza Mayor,
O el de las secretarías?

Esto volvía en su mente
Al venir las Navidades,
Un triste, en quien cabalmente
Concurren las calidades
De goloso y pretendiente.

En pretension enfadosa,
Enseñando el frac la urdiembre,
Vida ha pasado afanosa,
Hasta la noche gloriosa,
Honor del frío Diciembre;

Cuando recibió á la par
Un convite y una cita:
Y el convite era á cenar,

Siendo la cita á esperar
En la antesala maldita.
Mas la maldita antesala,
Aunque oscura y aunque fría,
Aumentos le prometia,
Cuando la brillante sala
Solo placer le ofrecia.

¡Terrible era la eleccion!
Dudó; mas tras lucha fiera
De una con otra pasion,
Tomó su resolucion
Que espresó de esta manera:

Bellos versos, rica cena,
Sociedad fina y amena,
Eso escojo, eso prefiero.
¡Viva el turrón verdadero!
Sea buena la Noche-buena.

Y aun quien dudare de esta anecdotilla,
No obstante verla inserta en gacetilla,
Por fuerza ha de decir, el ojo al plato,
Esto *se non e vero e ben trovato*.

ALCALÁ GALIANO.

ESPIRITU DE LA PRENSA.

Échese usted á buscar
Espíritus de la prensa
En noche en que nadie piensa
Mas que en reir y cenar.

El trance me inspira miedo.
¡El rubio Apolo me valga!
Pero salga lo que salga,
Ahí va este alegre remedo.

—Nuestro apreciable colega
El *Estómago* ofendido
Con el rumor que ha corrido
De que al gobierno se pega,
Embiste contra el diario
Que se titula el *Ayuno*,
Diciéndole que es un tuno
Hipocriton y falsario.
¡Un turrón es la cuestión!
Siempre imparciales nosotros
Diremos que, más que otros,
Sabemos comer turrón.

—Esta actitud de la prensa
Preocupa al gabinete,
Que es recto como un florete,
Y en grandes reformas piensa.
Hoy en su órgano el *Pandero*
Un gran manifiesto dá:

Quito de aquí, pongo allá,
Este quiero, este no quiero:
Tres de ingreso permanente,
Dos de gasto incuestionable:
Hé aquí un programa admirable:
Plaudite. Aplauda la gente.

Es muy significativo
El silencio, en este juego,
Del diario palaciego
Apellidado el *Tío Vivo*,
Pues á una simple ojeada

Comprende el más mentecato
Que tiene un ojo en el plato
Y el diente en la rebanada:

Lo cual dá á esta gran nacion
Desde Arnedillo hasta Ronda

El carácter de una fonda,
Y el aspecto de un meson.

El filósofo sensato
Jamás encuentra una idea
Que, puesta en forma, no sea
La superficie de un plato.

Sentémonos, también yo.
(La prensa sufra esta vez.)

Aquí hay progreso *al Jerez*,
Y hay orden si hay fricandó.

Para sabios consumidos
Hay *consomés* de doctrinas:

Para inteligencias finas
Hay *vol-au-vent* de partidos.

Hay mazapan del *Estado*,
Y frituras del *Clamor*:

La *Discusion* dá el licor,
Y la *Esperanza* el helado.

Pero EL BELEM, edicion
De esta noche, es quien más dá,

Pues brinda con el maná
A un Parnaso retozon.

Que esta noche es noche buena
Y no es noche de dormir,

Y el que escriba ha de escribir
Solo el *In Domini Cena*.

ESTRELLA.

REVISTA DEL AÑO DE 1857.

Lector, pues que la suerte ha decidido
 Que yo tambien me vea aquí metido
 En aqueste BELEM nuevo y extraño,
 Y su ilustre editor me compromete
 A escribir la *Revista* de este año,
 Escúchame benévolo, y direte
 Bravas cosas del gran *cinuenta y siete*.
 Y tú, el mayor portento que á mi vista
 Se ofrece al dar principio á mi *Revista*,
 Yankee *Hume*, Merlin ultramarino,
 Culto hechicero, brujo sin segundo;
 Tú que hojeas el libro del destino,
 Y á la francesa Atenas así asombras
 Dando *soirées* de espectros y de sombras;
 Tú que, corresponsal del otro mundo,
 De allá nos das sentencias y proloquios,
 Y andas con los difuntos en coloquios;
 Un espíritu amigo de poetas
 Evoca en mi favor, que las secretas
 Causas me comunique
 De tanto y tanto célebre suceso,
 Y el influjo sidéreo me explique
 Que su enlace produce y su progreso.
 No sacian ya del hombre la arrogancia
 Las mas extraordinarias invenciones:
 A mayores blasones
 Aspira cada dia, y su jactancia
 Dominar cree ya la mar, la tierra,

Y que un dia á su antojo alzando el vuelo,
 Irá á tocar el límite del cielo.
 Raudo cruzar con el vapor los mares
 En navíos enormes, no es bastante
 A su delirio loco;
 Y á la ciencia y al arte tiene en poco,
 Si no le dan una ciudad flotante.
 ¿Qué es el imaginarlo?—En el momento
 Sigue la ejeucion al pensamiento.
 Nace orillas del Támesis undoso
 El monstruo prodigioso
 Gigante del Océano altanero
 Que al britano poder dará renombre:
 Y por aclamacion el mundo entero
 De *Leviatan* le aplica el propio nombre.
 No hay guarismo que espique su gran porte:
 Hablar del *Leviatan* por toneladas
 Es medir el Atlántico á pulgadas.
 Un ejército irá, si hay de transporte;
 Serán los tripulantes muchos miles;
 A viajeros no se pone tasa:
 De hallar vengan seguros mesa y casa.
 Habrá á bordo paseos y pensiles,
 Con cascadas, estanques y canales;
 Un rico manantial de aguas termales
 Contra dolencias que hacen grande estrago;
 Una iglesia, un teatro, un rio, un lago;
 Y aunque impropia del siglo de las luces
 Es la lucha feroz que los anales
 De España achacan á invencion de moros,
 Porque acudan tal vez los andaluces,
 Habrá en el *Leviatan* plaza de toros.
 Fondas para comer serán doscientas:

Prodigiosas viandas succulentas
 Se servirán en ellas,
 Y al uso inglés, millares de botellas.
 En lugar de salmon, por más boato,
 En cada mesa entero un ballenato.
 Platos de entremés habrá á millones;
 Cocos en vez de nueces y avellanas,
 Y en lugar de sardinas, tiburones.
 No bastando trompetas ni campanas,
 Llamarán á la mesa en justos plazos
 Andanadas de á ochenta cañonazos.
 Tal es el *Leviatan*, ¡gran maravilla!
 Y si acaso juzgare un aristarco
 Que es demasiado bulto para un barco,
 Responderá el inglés lo que en Castilla
 Decimos del caballo: "Buque grande
 Hemos menester, ande ó no ande."
 También preguntan otros: ¿en qué puerto
 Podrá dar fondo el monstruo de los mares?
 ¡Buen reparo por cierto!
 Yo no diré que venga al Manzanares;
 Pero malo ha de ser que en todo el mundo
 No se halle un solo puerto ancho y profundo
 Que darle pueda abrigo:
 Y si faltase, ¿habría inconveniente
 En fabricar un puerto espresamente,
 Y que le llevé el *Leviatan* consigo?
 Entrada en rumbo y via de grandeza,
 ¿Quién pone coto á la osadía humana?
 El sexo á quien natura soberana
 Dió por noble atributo la belleza,
 Quedarse atrás no quiso
 (Que, para malo ó bueno, andar delante

Es el afán de la mujer constante:
 ¡Acordaos, si no del Paraiso!)
 Y no pudiendo hacerse Leviatanes,
 De construccion naval la gigantesca
 Regla aplicó á las faldas, ¡oh qué gresca!
 ¡Hinchado amaneció París un dia!
 Eclipsados quedaron los gabanes
 Ante aquella enagüesca demasia;
 Los Racklanes hundidos; tamañitas
 Quedaron las levitas,
 Y en vergonzosa humillacion los fraques!
 Triunfaron sin rival los miriñaques,
 Pues hasta la amplia capa,
 Si se pone en cotejo, mal escapa.
 Pasó la moda el alto Pirineo;
 Y una vez ya en España,
 Llegó en 57 á su apogeo:
 A poder del compacto almidonado,
 Más que mujeres, tiendas de campaña
 Parecen nuestras damas en el Prado.
 Mas siendo el almidon insuficiente,
 Un artificio se inventó escelente:
 Especie de tonel de aros flexibles
 Con que no hay movimientos imposibles;
 Pues ciertas actitudes y aun asientos
 Exigen mil variados movimientos.
 ¡De jaulas dieron nombre al aparato!
 Apostaría un brazo á que fué un hombre,
 Y un hombre con el bello sexo ingrato,
 Quien inventó tal nombre.
 ¡Ah menguado! ¡Conozco bien tus maulas!
 Mas dime, tú, que á ira me provocas,
 Al decir que las damas van en jaulas,

¿Quieres llamarlas pájaros ó locas?
 Ello es, en fin, que apenas se concibe
 Cómo á tal falda basta una cabeza;
 Cómo hay pobre marido que suscribe
 Para un traje á comprar toda una pieza;
 Cómo hay quien tanto lave y tanto planche;
 Cómo.... ¿Pero qué mas? hasta á las calles
 Ha sido necesario dar ensanche;
 Que á los modernos talles
 Son las calles antiguas callejuelas;
 Y el pomposo tontillo, ó guarda-infante,
 Que inventaron allá nuestras abuelas,
 Fuera hoy miriñaquillo vergonzante,
 Y puesto en parangon de las enaguas
 Pareceria funda de un paraguas.

Hablando de mujeres y su gloria,
 Naturalmente ocurre al pensamiento
 La nueva musa trágica, el portentoso
 Que de Italia eterniza la memoria:
 Adelaida Ristori, que la inedia
 Del clásico teatro á calmar vino,
 La olvidada tragedia
 Reviviendo con arte peregrino.
 ¡Oh admiracion! ¡oh pasmo!
 ¡Nunca en el popular anfiteatro
 Se vió tal frenesí, tal entusiasmo!
 Madrid entero se agolpó al teatro.
 Émulas de la corte, en competencia
 Ofrecen á la actriz nueva corona
 La arábica Valencia,
 La siempre culta y rica Barcelona,
 El rico, el pobre, el sabio, el ignorante,
 Todos aplauden con furor insano;

Y fué el mayor prodigio
 Que España toda desde aquel instante
 Al influjo del mágico prestigio
 Se encontró que entendia el italiano!
 ¡Oh poder de la moda! ¡oh raro hechizo!
 ¡Oh pueblo, monstruo instable y movedizo!
 No sé yo si jurar Madrid podria
 Que era muy natural y muy sincera
 Su repentina trágico-manía;
 Mas de cualquier manera,
 Yo á la tragedia auguro mal suceso
 Si nuestra escena agita con exceso.
 La que al pueblo español siempre cautiva
 Es la musa festiva,
 Y en general le aflige y desagrada
 Esa triste ensalada
 De incestos y adulterio,
 Y al poder de los Hados inclemente
 Ver incesantemente
 La escena convertida en cementerio.
 Juzgan muchos, y no de los más legos,
 Que es en la edad moderna anacronismo
 Ese helénico puro clasicismo;
 Y con perdon de los señores griegos
 (Y sin hacer agravio á la Ristori)
 Es enfadoso para más de cuatro
 Eso de no poder ir al teatro,
 Sin que pare la fiesta en *gori-gori*.
 Consuelo de la trágica amargura
 Vino á ser para el pueblo contristado
 La grande esposicion de agricultura.
 Con ella España á Europa ha demostrado
 Que en frutas, frutos, árboles, verdura,

Minerales, ganado,
 En cuanto el suelo dá, y el sol fecunda,
 Si ella tuviera humor, y trabajara,
 Su riqueza seria sin segunda;
 Pero es modesta España, y no quisiera
 Por nada de este mundo se pensara
 Que aspira en cosa alguna á ser primera.

Grata hasta ahora ha sido mi tarea:
 Las glorias de la paz cantó mi lira,
 Con que el ánimo alegre se recrea:
 Mas ya mudando el tono,
 Y obedeciendo al númen que me inspira,
 De guerras y discordias el encono,
 Con débiles acentos,
 En lastimera voz daré á los vientos!

¡Oh México obcecada y parricida,
 Contra tu tierna madre convertida!
 Dime, pueblo infeliz, ¡tan duros lazos
 Son de un pueblo tu hermano los abrazos?
 ¡Y solo en daño suyo hollar consientes
 El derecho sagrado de las gentes!
 ¡Vuelve en tí, noble España Americana!
 La justicia es poder.—Sé justa; aplaca
 Esos manes sangrientos que á tu hermana,
 A la europea España,
 Del atentado atroz de Cuernavaca
 Piden venganza con siniestra saña.
 ¡Plegue al cielo que aun antes que concluya
 El año cuya historia voy narrando,
 Los fratricidas odios aplacando,
 La concordia y la paz nos restituya!
 Quédense allá las guerras
 Para las semi-bárbaras naciones,

Y en apartadas tierras
 Bátanse el cobre, indios y bretones.
 Nana-Saib con su gente
 Al britano poder en el Oriente
 Hace temblar: desolacion, estragos
 Causa al inglés, derrotas y reveses;
 Y aunque amigos de tragos los ingleses,
 No pueden ya pasar tan malos tragos.

Entretanto en la China
 Sigue la consabida rebugina:
 Y al ocaso la Union americana
 A fuerza de virtud republicana
 Con crisis mercantiles se alborota:
 Bien que, donde la buena fé es quimera,
 No es lo extraño ver tanta bancarota,
 Sino el que quede alguna banca entera.

¡Toda desastres y sangrientas lides
 Habrá de ser la tierra eternamente!
 ¡Oh, cuándo del infierno los arvides,
 Y la maldad del hombre juntamente
 Un término tendrán?—Quizá por eso
 Anhelando dar fin á tanto esceso,
 Para el trece de Junio sostenia
 Cierta sabio que el mundo acabaria,
 A poder de no sé qué jugarreta
 Que proyectaba hacernos un cometa.
 Alarmó la noticia á mucha gente,
 Y á más de un pecador empedernido
 Se le vió confesar devotamente.
 Lo que no pienso que haya sucedido
 Es que por miedo al fiero cataclismo
 Se haya vuelto un avaro generoso,
 O casto algun Don Juan libidinoso;

Que aun mirándose al borde del abismo,
 No pueden ciertos vicios y pasiones
 Dejar de avasallar los corazones.
 Por ejemplo: sé yo de una coqueta
 Que al oír el anuncio tremebundo,
 Pensaba aprovechar el fin del mundo
 Para coquetear con el cometa.

Pero el tal fin del mundo no llegó,
 Y pienso que el lector lo creerá,
 Si no tal vez porque lo digo yo,
 Porque es suceso que á la vista está.

Y mil signos y mil de larga vida
 Los cielos nos conceden mas propicios,
 Volviendo la esperanza ya perdida
 Al pecho sus inmensos beneficios.
 Ventura y bienandanza nos promete
 En su fausto final *cinquenta y siete*:
 Dichosos y contentos
 En él á un tiempo mismo celebramos
 Dos grandes nacimientos:
 El del Niño Jesus conmemorando,
 Y el del príncipe Alfonso festejando.
 Ea! amigos: cantemos y bebamos,
 Y toda sea fiesta y alborozo.

Ea! amigos: bebamos y cantemos,
 Y todo sea dicha y puro gozo.
 De Belem el establo contemplemos,
 Y al angélico coro
 Uniendo nuestro canto,
 Tres veces repitamos: ¡Santo, Santo,
 Santo el Hijo de Dios en carne humana!
 De incienso, mirra y oro,
 Con los magos de Oriente

Presentemos la ofrenda reverente.

Y tú, Madre del Verbo soberana,
 Concebida sin mancha, Virgen pura,
 Cuya casta inocencia ni aun se empaña,
 Pues es Dios el que mora en tu clausura.
 Protectora santísima de España,
 Gracias mil á tus plantas tributamos!
 ¡Y no es verdad, amigos? ¡No tocamos
 Con el dedo de la alta Providencia
 El insigne favor?—Ved su clemencia;
 En el curso del año que ya espira
 (Parece una mentira!)

No obstante tanta intriga y gatuperio,
Solo una vez mudamos Ministerio!!!.....

Mas como ya el actual lleva un trimestre,
 Me temo crisis para San Silvestre.

A. M. SEGOVIA.

REVISTA DE TRIBUNALES.

AL SR. DIRECTOR DEL PERIÓDICO EL BELEM.

24 de Diciembre, 1857.

No sé, mi querido amigo,
 Por más que sudo y me afano,
 Cómo tengo de dar mano
 A lo que exiges de mí.

Revista de Tribunales
 En toda una Noche Buena!

....No de procesos, de cena
Se trató en ella hasta aquí.

Ya el mundo cerró los suyos,
Que no hacen, cierto, gran falta,
Segun se han dado de alta
Las pasiones y el error.

Y si en vacacion holgada
Reposan los magistrados,
Quizá algunos desdichados
Darán gracias al Señor.

El de Dios.... La humilde frente
Ante su nombre bajemos....

¡Ay! lo que en él pediremos,
Más que justicia es piedad.

Y allí no ha de haber *Revistas*,
Ni taquígrafos mendaces,
Ni leguleyos audaces
Que confundan la verdad.

¿De cuál, pues, querido amigo,
He de hablarte en esta Noche?

¿Adónde diré á mi coche
Que me lleve para oír?

Yo bien sé que en cada casa
Una *ejecucion* se apresta;
Porque sin sangre no hay fiesta,
Cual no hay vivir sin morir!

Lo quiere el uso inhumano
Que al pobre pavo condena,
Y cada vez su cadena
Más y más remachará.

Pero ese es hondo misterio
De la apartada cocina....
El *Cuarto Poder* no inclina

Sus miradas hasta allá.

Ellos no son ciudadanos;

Ellos no tienen derecho:

Contra lo que el hombre ha hecho
¿Dónde hallarán compasion?

Si hay dolor en sus entrañas,

Y hay en su mente elocuencia,

No por eso á su sentencia

Han de obtener *casacion*.

No hay, pues, materia al presente

Para lo que usted me pide:

Hoy la justicia no mide

Con su vara este país.

Ya seguirán otros dias

En los que arderá su fuego....

Y cada palo de ciego

No será grano de anís!

Y gritarán los letrados,

Y no entenderán los jueces,

Y fallarán muchas veces

Tan bien como yo me sé.

Y entre risas y entre lloros,

Que barajará el destino,

Pasará algun desatino

Como artículo de fé.

Y el cuadro que allá en Granada

Diseñó mano maestra,

Poniéndolo como muestra

Sobre el Régio tribunal,

Seguirá siendo el emblema,

En su concepto profundo,

De la justicia del mundo,

Ya civil, ya criminal.

¿Le conoce usted por suerte?
—Dos tristes que litigaron,
Y que desnudos quedaron
Cual su madre los parió.

Mas el que ganó el debate,
En prenda de su victoria
Y como padron de gloria,

.... El proceso se llevó!—

Tal verídico retrato
Ostentó su faz doliente;
La que si el hombre demente
Por bella quiso tener,
Fué tan solo porque el hombre
Desbarra desatentado
Desde que tomó el bocado
De manos de la mujer.

No se duela usted por ende
De que hoy falte la *Revista*:
Cene como un optimista,
Engulla pavo y turrón,

Y si el suscriptor demanda
Cuando tomare el periódico,
Ese pasatiempo exótico
De mentido Cicerón;

Dígale que en este día
En que nace el gran Consuelo
No hay mas ley que la del Cielo,
Que es la cierta, la veraz:

La que el angélico Heraldo
Proclamó desde la altura,
La que anuncia la ventura,
La que predica la Paz!

J. F. PACHECO.

LAS DOS VENIDAS DE CRISTO.

REVISTA A ESCAPE, RELIGIOSA, POLITICA Y ESTETICA.

DEDICATORIA.

Al Exmo. Sr. marqués de Molins.

Marqués de Molins ilustre,
Por vuestra tarjeta sé
Que habeis contado conmigo
Para enjergar un BELEM.
De tal obra será autor
Todo el que asista á comer,
Con gracia ó sin ella, el pavo
Que allá dispuesto teneis.
Mas si EL BELEM es periódico,
Como nada escrito hé,
Un documento curioso
Voy á daros para él;
Y es documento tan raro,
Que nadie lo llegó á ver,
Ni sospechó su existencia
El sabio que su autor fué.
Era éste un viajero anciano
De la ciudad de Betleem,
Que adivinó el nacimiento
Del Niño Dios de Israel.
Por el estado del mundo

La fecha fijó tan bien,
 Que cuadra con su relato
 Lo que en la Biblia se lee.
 Tomó como fundamento
 La esplicacion de Daniel
 De la estatua que vió en sueños
Nabuchodonosor rex.
 Vió todos los continentes,
 Y la América tambien,
 Pues antes de descubrirla
 Colon, la descubrió él.
 Leyó en el imperio chino
 El Fo-Hí, Chang-Tí, Hoa-Ssé,
 Y era un hombre enciclopédico
 Sin conocer á Voltaire.
 Diríjese á los ancianos
 Y levitas de la grey
 Pequeña y desparramada
 Que espera al Dios de Moisés,
 Que los Esenios persiguen
 Y toda otra secta infiel:
 Y el manuscrito es siriaco,
 Y éste su contesto es:

FRUTA MADURA (es el título).

Viene el rey al pueblo-rey.

A vosotros los fieles de Betleem
 Un cansado viajero de Judá
 Salud envia, y gozo y parabien:
 Que lo que ansiabais á cumplirse va.
 El gran libertador que en el Edén

Fué al hombre prometido, ya quizá
 Nació á triunfar del infernal dragon
 Trayendo al mundo paz y redencion.

Una secreta voz dentro de mí
 Repite lo anunciado al padre Abraham.
 Y cuanto en los Profetas aprendí
 Del que los pueblos esperando están,
 Engañase la gente baladí,
 Que estraviada por arte de Satán,
 Se imagina que el reino del Señor
 Ha de venir con pompa y vano honor.

Las setenta semanas de Daniel
 Se acaban; luego el Cristo ya nació:
 Luego el reino del santo de Israel,
 Y de Judá la ruina, al fin llegó!
 ¿Dó está el violento Assar? Ni sombra hay dél.
 ¿Dónde el persa opresor? Tambien se hundió.
 El culto griego es el histrion servil
 De Roma, y Roma es cortesana vil.

Cayó el cetro de manos de Judá,
 El nuevo templo vísteis erigir:
 Predicho fué que Cristo nacerá
 Cuando una Virgen llegue á concebir.
 Sueño tal vez del corazon será,
 Mas jurara que anoche ví lucir
 Un astro nuevo, ignoto, aquí en Betleem
 Que una alba hermosa reflejó en Salém.

De estirpe de David hay en verdad
 Dos esposos dignísimos aquí:
 Pureza, honor, decoro y humildad
 En la jóven pareja unidos ví.
 Ella es toda inocencia y castidad,
 Y aunque al parto cercana, para mí

Tengo que no es humana su preñez,
Pues la flor virginal brilla en su tez.

Ni necesita más preparacion

La trabajada humanidad á fé:

A Oriente, á Ocaso, al Austro, al Aquilon

¿Hay gente ya que en ansiedad no esté?

Del Indo al Bétis claman redencion

Los que Roma oprimió so el férreo pié:

Derrumbarse el coloso debe ya,

Pues en basas de arcilla el hierro está.

Sabeis que cuanta tierra (1)

La luz del sol alumbra,

Buscando cosas nuevas

Fogoso recorrí:

Del Asia los imperios,

El que hasta el cielo encumbra

La estirpe de sus dueños,

La raza de Fo-Hí;

Como marchitas plantas

Sedientas de rocío,

Esperan de sus héroes

La prometida flor,

El celestial renuevo,

El holocausto pío,

Entre Dios y los hombres

Divino mediador.

Las indias tradiciones

Con ansia he registrado,

Y anuncian la venida

(1) Para no insertar los siguientes versos volviendo al fin de cada línea, ha parecido mejor dividirlos por el emistiquio: cada dos renglones forman, pues, un solo verso.

De un santo Jesudú,

Flagelo de tiranos,

Por un pastor criado,

Espanto del infierno,

Delicia de Withnú.

La aparicion de Mithra

Que Zoroastro nombra,

Aguarda Persia esclava

De un astro á la señal;

El *Hijo de la Virgen*

Ha de ahuyentar la sombra,

Los males estirpando

Su influjo divinal.

A un olvidado mundo

Que duerme entre dos mares,

Y al cual llevó sin duda

Maldito Cham su fé,

Que eleva hasta las nubes

Sangrientos sus altares,

Tras largas tempestades

Y náufrago aporté.

Allí una raza imbele,

Perdida en las florestas

De un nuevo paraiso,

Vuelta al oriente está:

Del Sol al hijo espera;

Dedícale en sus fiestas

Humanas hecatombes,

Y alegre á morir vá.

El tártaro en sus páramos,

El sármata en sus hielos,

El corredor escita,

El bárbaro mongol,

El geta en el Euxino,
 El griego muelle en Délos,
 Las tribus vagabundas
 Que en Libia abrasa el sol;
 Todos conversan, todos,
 Del santo prometido:
 Nombráronle el oráculo
 De Delfos y Platon;
 Tesoro bajo símbolos
 Impuros escondido,
 Hoy Hélade no entiende
 La antigua prediccion.
 De Cúmas la Sibila
 La edad última canta,
 En la mantuana lira,
 Y al rey que ha de venir,
 Y trémulo á sus ecos
 El mundo se levanta,
 La Paz y la Justicia
 Su reino al predecir.

Aun duran en la tierra
 Las vívidas centellas
 De aquel sol esplendente
 Que iluminó el Siná;
 En sus tinieblas hoscas
 Las miran como estrellas
 De salvacion las gentes
 Que castigó Jehová.
 Nosotros solo, hermanos,
 Original y viva
 Guardamos la preciosa
 Promesa del Señor:
 Bebemos en la fuente

Que de Moisés deriva:
 Nosotros, sí, veremos
 Con gozo al Redentor!
 Presentimientos vagos
 Agitan al romano:
 No sabe que en su seno
 Sin honra y sin virtud,
 En medio de sus crímenes
 Y de su orgullo vano
 Germina sordamente
 Del mundo la salud.

Rumor creciente se oye
 De Roma en las fronteras,
 Conmuévense las razas
 Só el yugo de la paz:
 El panteon ya pueblan
 Deidades extranjeras;
 La Europa toda estréchase
 Cual del lictor el haz.

Ya la segur de Rómulo
 Fatídica campea
 Sobre los rotos cetros
 Que Augusto anonadó:
 La prepotente enseña
 Del principado ondea,
 Y la unidad romana
 Sangrienta descolló.

Las águilas cautivas
 Los parthos le devuelven,
 La Armenia de él recibe
 Castigo, leyes, rey;
 Los seros, los escitas,
 Los sármatas á él vuelven

Las palmas suplicantes,
 Y su capricho es ley.
 En holocausto ofrécese
 Por él el indio Brama:
 Jamas igual prestigio
 La autoridad logró:
 Nada es el hombre en Roma,
 Que á Octavio dios aclama:
 Él habla, ya el decrepito
 Senado enmudeció.
 Más fuerza en el tirano,
 Y en la nacion más crimen,
 Más gloria y más oprobio,
 Más ciego obedecer,
 Más bajos los que sufren,
 Más viles los que oprimen,
 Mayor desprecio humano,
 Jamas podremos ver!
 Ahora, hermanos mios,
 Pues veis al viejo Augusto
 Manchar el sacerdocio,
 Y de su fé abjurar,
 Y el simulacro antiguo
 Rodar de Marte adusto
 Al mundo libertado
 Podeis ya saludar.

El genio del arte
 Que el cielo reparte
 Y á Dios encamina del hombre el amor,
 Humilde rastrea,
 Y activo se emplea
 En dar á los vicios matiz seductor.

Metrópoli altiva! del mundo eres norma:
 Cartago y Corinto te imitan la forma:
 De nuevo en sus mares se ven reflejadas,
 Mas no se conocen, renacen violadas!
 Y tú, predilecta del cielo, Judea,
 A quien el romano disfraz tanto afea,
 Tambien te doblegas al mando ominoso
 Que te abre á los juegos del griego vicioso,
 Y ves ya en Sebaste lo que es Cesarea!
 Cual ave sangrienta de hermoso plumaje
 La reina del Tibre feroz se engalana:
 Jónicas volutas, corintio follaje
 Reviste la austera columna romana;
 Cariátides áureas sustentan los trabes,
 Vitruvio conciso, Rutilio disertó,
 Cimentan de Roma con Grecia el concierto,
 De cien nuevos templos fulguran las naves;
 Mas el de Quirino se mira desierto.
 En circos, teatros, y públicos juegos
 La gente de Rómulo apaga sus fuegos.
 Ya de los histriones aprende la risa,
 Y pobre parecele aquel ancho foro
 Dó en cada edificio contempla un tesoro,
 Dó pórfido y jaspes y mármoles pisa.
 Avara de sangre la arena espaciosa
 De Tauro Statilio, cual hembra dolosa
 Que llama al mancebo, dó muerte le espera,
 Se ostenta con galas de gentil manera,
 Bella, perfumada, de goces ministra,
 Dó todo lo encuentra quien bien la registra,
 Dó á los libertinos se ofrecen seguros
 Con puertas secretas, fórnices impuros.
 ¡Ay pueblo romano,

Que en torno del podio leopardo te empinas
 Y horrendas miradas de muerte fulminas,
 Y al pié del tirano
 Te arrastras gusano!
 ¡Ay, curia de nobles y viles patricios,
 Viviente oficina de todos los vicios;
 Al tiempo que tantas provincias vencisteis
 La escoria del mundo tambien recogisteis!
 Vosotros Cipiones, Flaminius, Metelos,
 Mummios y Marcelos,
 Vosotros que á Roma llevásteis despojos
 De cuanta riqueza brilló á vuestros ojos
 En las sometidas naciones estrañas,
 La muerte llevásteis á vuestras entrañas!
 Las joyas del Asia, los mármoles griegos
 Robásteis, oh ciegos!
 Con ellos, del vicio la lenta ponzoña
 Que en Roma la austera pujante retoña,
 Que á la loba fiera de Quirino mata,
 Que cuanta ignominia causásteis rescata!
 ¡Oh Roma, si en tanto delirio tú dudas
 Que á Grecia aventajas en muelles pasiones,
 El foro, ese bosque de estatuas desnudas,
 Del arte que enerva te diga los dones.
 Los pórticos tuyos, los baños pintados
 Por hijos de Apeles que homró Siracusa,
 Te digan los triunfos que ostenta ganados
 De amor que afemina la lúbrica musa!
 Ten cuenta, tirana, que acaba tu gloria,
 Que Druso ha alcanzado tu postrer victoria
 Que el jóven caudillo, tu sola esperanza,
 De palmas cubierto cayó en la asechanza;
 Que de Asia los ritos nefandos é impíos

Te quitan los bríos,
 Que el lodo deslumbra tu verde corona,
 Que falta á tus vates de Dios el aliento:
 Ovidio te queda, Maron te abandona;
 Ya solo te mueve del vicio el acento!
 Encienden tu sangre Propercio y Catulo
 Tu mente fascinan Meliso y Tibulo,
 Tu brillo, tu ciencia, tu altiva grandeza
 Cual leve fantasma pasó con presteza;
 Agripa, Marcelo, Mecenas, Horacio,
 Desierto dejaron el áureo palacio,
 Y esas eminencias en vida adoradas,
 Cadáveres yacen en tumbas heladas.
 Coloso de hierro y arcilla sangriento,
 Terrible, ruidoso será tu escarmiento:
 Tu fango, tu sangre manchó á cien naciones;
 En ellos á hundirse van ya tus legiones;
 Si Varo altanero victorias te augura,
 La voz del Profeta tu ruina asegura!
 Desquiciase el templo, tu Augusto envejece;
 De tus enemigos la jactancia crece:
 Consuélente, infame, tus noches malditas,
 Las fiestas inmundas que en Capri meditas,
 Los largos festines, las danzas obscenas,
 Ceban con esclavos sabrosas murenas,
 Tragar en dos cenas el oro del mundo,
 Dormirte beoda, y el sueño profundo
 Sacudir en medio de aullidos feroces
 Y mortales voces
 De magos y augures, ciprios y caldeos,
 Y de falsos dioses impuros y feos,
 Que ahuyente la ruina del gran Panteon
 Al nacer la aurora que alegra á Sion!

CONCLUSION.

Aquí acaba el buen juicio
Y prosigue el traductor:

Una pregunta, lector:

Si era el mundo antiguo impío,
¿Es el mundo actual mejor?

Si se trata de conquistas,
Enfadán los moralistas;
En habiendo torpes listas,
Permitida es la opresion.

Los antojos son razones,
Y cánones los cañones;
Tan torcido anda el derecho
Hacia el polo del provecho,
Que del fuerte á la ambicion
Nunca niega su sancion.

¡Qué feliz hoy la familia!
Hasta el niño su vigilia
Dá á la civilizacion:

Cuánto escede á la tarea
Del esclavo, la que emplea
El obrero de Lyon!

Voy al culto: dificulto
Se haya visto cual está
De la diosa Gula el culto:
Cómo progresando va!

Si los platos son baratos,
Es el dueño un pelagatos,
Es un godo el Anfitrión!
¿Quién pretende que se cene

Con lo que cualquiera tiene?
Trufas y tokai, de ene
En cualquier banquete son;
Y en breve, así se progresa,
Aunque cueste de oro un monte,
Mecenas tendrá en su mesa:
Un *foie-gras* de Mastodonte.
Busca el gloton cada hora
Goces de febril anhelo,
Todas las fibras explora
Del paladar: sabe el cielo
Qué proyectos atrevidos
Allá en su cerebro bullen:
Quizá envidia á los que engullen
Los niños recién-nacidos!
Pues no es grato el alimento
Si no cuesta gran caudal,
O no fué un martirio lento
La muerte del animal.
¡Tenga el víctima paciencia!
No hay placer si no hay violencia
En lo físico y moral:
(Y por esto vergonzosa
Va siendo la tan hermosa
Pudicicia virginal!)
Vuelvo al culto: ídolos viles
La gran Roma tuvo á miles
En su regio panteon;
Mas al fiero cocodrilo
También damos hoy asilo:
¿Y en dónde? En el corazón!
Los augures embusteros
Se reían los primeros

De Minerva y de Belial;
 Mucho Horacio lo afeaba,
 Mas poco, en suma, importaba
 Siendo dioses de metal.
 Agora es otra la plaga:
 La risa burlona vaga
 Quizá en el labio traidor
 Que, indigno de Judas mismo,
 Liba el fuego del abismo
 En la sangre del Señor!
 En lo malo no tenemos
 Que aprender de los romanos;
 Si á su lado nos ponemos
 En cuerpo de Estado, vemos
 Cuán pobres somos y enanos!
 Fué un amor de patria ciego
 De Roma la gran palanca;
 Hoy razon social y banca
 Libertad y patria son;
 Y de nuestro patrio fuego,
 Va al suyo, si no me engaño,
 Lo que del kópis de antaño
 Dé Germánico al morrion.
 Doy punto. El mundo obstinado
 Cual estaba, así se está:
 Si el antiguo fué agotado,
 El moderno, ¡qué será?
 Si Jesus la vez primera
 Bajó con pobreza y llanto,
 No le esperen la postrera
 Sin gloria, fragor y espanto.
 Resistid las tentaciones,
 Suave anzuelo de la vida:

Paso, pasito, Epulones,
 Con la segunda venida!
 En ella mi miedo fundo,
 No más Babilonia, no;
 "Ojo al plato" dice el mundo;
 "Ojo al Cristo" digo yo!

P. DE MADRAZO.

REVISTA COMERCIAL.

En estrecha relacion
 Con la alta banca europea,
 Haremos que digna sea
 Del público esta seccion.
 Tenemos corresponsal
 En Boston, Roma, Edimburgo,
 Canton, Lóndres, Petersburgo,
 París, Nápoles, Funchal:
 Y de segundo en segundo
 El telégrafo nos cuenta
 La oscilacion de la renta
 En los mercados del mundo.
 Solo no se nos alcanza,
 Hoy en el místico establo,
 Si mueve el fiel Dios ó el diablo
 De la mercante balanza.
 Que el tráfico de la tierra,
 Mirando desde Belen,
 En el confuso vaiven
 De los efectos que encierra.

De Minerva y de Belial;
 Mucho Horacio lo afeaba,
 Mas poco, en suma, importaba
 Siendo dioses de metal.
 Agora es otra la plaga:
 La risa burlona vaga
 Quizá en el labio traidor
 Que, indigno de Judas mismo,
 Liba el fuego del abismo
 En la sangre del Señor!
 En lo malo no tenemos
 Que aprender de los romanos;
 Si á su lado nos ponemos
 En cuerpo de Estado, vemos
 Cuán pobres somos y enanos!
 Fué un amor de patria ciego
 De Roma la gran palanca;
 Hoy razon social y banca
 Libertad y patria son;
 Y de nuestro patrio fuego,
 Va al suyo, si no me engaño,
 Lo que del kópis de antaño
 Dé Germánico al morrion.
 Doy punto. El mundo obstinado
 Cual estaba, así se está:
 Si el antiguo fué agotado,
 El moderno, ¡qué será?
 Si Jesus la vez primera
 Bajó con pobreza y llanto,
 No le esperen la postrera
 Sin gloria, fragor y espanto.
 Resistid las tentaciones,
 Suave anzuelo de la vida:

Paso, pasito, Epulones,
 Con la segunda venida!
 En ella mi miedo fundo,
 No más Babilonia, no;
 "Ojo al plato" dice el mundo;
 "Ojo al Cristo" digo yo!

P. DE MADRAZO.

REVISTA COMERCIAL.

En estrecha relacion
 Con la alta banca europea,
 Haremos que digna sea
 Del público esta seccion.
 Tenemos corresponsal
 En Boston, Roma, Edimburgo,
 Canton, Lóndres, Petersburgo,
 París, Nápoles, Funchal:
 Y de segundo en segundo
 El telégrafo nos cuenta
 La oscilacion de la renta
 En los mercados del mundo.
 Solo no se nos alcanza,
 Hoy en el místico establo,
 Si mueve el fiel Dios ó el diablo
 De la mercante balanza.
 Que el tráfico de la tierra,
 Mirando desde Belen,
 En el confuso vaiven
 De los efectos que encierra.

Es de tan vario conjunto
Y cuadro de tal portento,
Que apenas el pensamiento
Puede ofrecer un trasunto.

Mas aunque echemos el quilo,
Hoy sabrán nuestros lectores
El rumbo de los valores;
Pero tomemos el hilo.

Desde Adan, primer banquero
Que quiebra y nos sacrifica,
Hasta el que ogaño trafica
Con el hambre y el dinero.

No sé, si fué mal negocio,
De su mujer los caprichos,
Que andaba con malos bichos
En sus momentos de ocio;

No sé qué fué; mas Adan
Era rico, y de repente
Con el sudor de su frente
Tuvo que ganarse el pan.

Sus hijos, que en caracteres
Cambiaban, como en semblante,
Al verse en quiebra flagrante,
Cambiaron en pareceres.

Abel prorumpe sumiso:
"Si el trabajo es una pena,
Yo cumpliré mi condena
Y volveré al Paraiso."

Mas grita con voz que asorda
Cain: "mi padre quebró;
¡Pero debo por él yo
Sudar la gota tan gorda?"

Venza al trabajo la insidia,
Y la fuerza á la razon,
A la honradez la ambicion,
Y á la modestia la envidia."

Es decir, los sucesores
En bancarota cabal
Dijeron: "no hay capital.
Vamos á crear valores."

Vendió el hermano á su hermano,
Y á tanto osó la codicia,
Que la Suprema Justicia
Al fin cortó por lo sano.

Dios dijo: "pueblo bestial,
Para lavar tanta mancha
Hoy te mando en mi revancha
El diluvio universal."

La crisis vino y se fué,
Mas desoló al mundo entero:
Hubo solo un cosechero
Que se salvara, Noé.

Pues si bien aficionado
A tomar alguna copa,
Y á andar ligero de ropa,
Era piadoso y honrado.

Mas las lecciones pasadas
Por lo visto no sirvieron:
Sus descendientes volvieron
Otra vez á las andadas.

La humanidad reincidente
No halla obstáculo ni freno:
El hombre se hunde en el cieno,
El crimen alza la frente.

El agio se preconiza
 Por rey de la sociedad;
 Poder, justicia, amistad...
 Hasta el honor se cotiza.

Todo, todo representa
 En el confuso embolismo
 Del comercio; el hombre mismo
 Es objeto de la venta.

Y cual telas que el valor
 Cambian por finas ó bastas,
 Lo clasifican en castas
 Para apreciarlo mejor.

Ya con tantas mercancías
 Moloc, Astarte, Belial
 Y otros la razon social
 Fueron de mil compañías.

Unas por objeto tienen
 El esterminio y la guerra;
 De luto cubren la tierra
 Y de sangre se mantienen.

Sus gastos no encuentran fin,
 Pues no lo alcanza la muerte:
 Es director el mas fuerte,
 Y la ganancia el botin.

Los gerentes por la espada
 Se distinguen, y tambien
 Por llevar sobre la sien
 Una rama ensangrentada:

Y llámense Faraon,
 Alejandro, César, Mario,
 Cambises el Sanguinario,
 Aníbal, Breno, Scipion,

Todos, todos son lo mismo
 A los humanos que gimen,
 Echen ó no sobre el crimen
 El manto del heroismo.

Otras con planes más serios
 A fin mas alto caminan,
 Pues sus socios adivinan
 Del porvenir los misterios.

De la conciencia tahures,
 Ministros de Dios se aclaman,
 Y ya vestales se llaman;
 Ya pontífices, ya augures.

Traficantes del error,
 La ignorancia los ampara:
 Y es la trípode ó el ara
 De sus tiendas mostrador.

Mucho del crédito abusa
 Esta casta negociante,
 Y en su papel circulante
 Siempre la cifra es confusa.

Se apellidan sacrificios
 Sus grandes operaciones,
 Oráculos sus cupones,
 Y sus pólizas auspicios.

De falsa mision en nombre
 Con víctimas se alimenta,
 Y el líquido de su renta
 Es el dominio del hombre.

Así otras cien se formaron,
 Y segun sus beneficios,
 Tribus, senados, comicios,
 Etcétera se llamaron.

Pero el oro en parte inédito,
Y el cambio múltiple y vario,
Primero fué el numerario
Faltando, y despues el crédito.

Aunque en remota ocasion,
Ya en la bolsa de Babel
Con la copia del papel
Se engendró tal confusion,
Que los cambistas el arte
De comprenderse perdieron,
Y echando pestes se fueron
Con la música á otra parte.

MARQUES DE AUÑON.

VARIEDADES.

TEATROS.

Dice Don Caralampio Guadalupe,
Complutense doctor, que charla docto
En su libro en latin *Lectiones octo*,
Que no es fácil que ocupe,
Segun fisicas leyes regulares,
Un cuerpo á un tiempo mismo dos lugares;
Y á mas de dos lugares estendida
La tal dificultad que no es pequeña,
Crece á la par en proporcion debida,
Segun Don Caralampio nos enseña.
Ahora bien, las dramáticas funciones

Durante el año trasponiente, dadas,
Harto vistas están, y revistadas:
Conque, *recedant vetera*;
Las que hoy en dilatados cartelones
Ofrecen á Madrid príncipe y circo,
Novedades *et cetera*,
Cuatro son á la vez: *satis idcirco*,
Suficiente por tanto considero
Que de una dé razon un revistero;
Pues fijo en la butaca de un teatro,
No pudo estar en dos, ni en tres, ni en cuatro,
Segun prueba el doctor, nada zolochó,
Don Caralampio, en sus lecciones ocho.
Para artículo de hoy, he preferido
La funcion de la Cruz, local sin ruido,
Con nueva y escelente compañía,
Y una comedia tal que prometia
Rato dar por demas regocijado.—
“Señor, que ese local está cerrado.—
Muy en su punto la objeccion encuentro.
Cerrado estaba, mas conmigo dentro.”
Lope, Tirso, Alarcon, los seis autores
Que ornan la embocadura
Del teatro español, que en paz descansa,
Por ver que en un anuncio se asegura
Que escribió Moratin *La niña boba*,
Con que á Lope y Solís se injuria y roba,
Quieren huir de allí. Saltan y vánse.
Y de la Cruz la soledad oscura
Bañando en resplandores,
Improvisan festivos en su escena
Funcion de Noche-buena,
Que representan juntos

Cómicos celebérrimos difuntos:
 Rueda, Cisneros, Prado,
 Rojas por cinco padres disputado,
 La hermosa Andrade, cuya voz encanta,
 La tierna Dido, la Riquelme santa.
 —Aquí, lectores nuestros,
 Con un inconveniente se tropieza.
 Los seis citados ínclitos maestros,
 A ley de Juan Palomo,
 El de *yo me lo guiso y me lo como*,
 No han remitido á censurar la pieza:
 Casera diversion juzgan que ha sido;
 Y á mí se me figura
 Que si aquí la divulgo inadvertido,
 No está de línea roja muy segura
 Crítica de comedia sin censura;
 Y aunque guardar silencio harto me cueste,
 Y cotidiano achaque de periódicos
 La recogida sea,
 Dolores me asaltaran espasmódicos
 Si armando yo un belem, prohibieran este.
 Solo diré que la moral idea
 De la comedia anónima,
 Digna en lo general de casta pluma
 Seráfica ó Gerónima,
 Divertido vejámen es en suma,
 Con sobrada razon, sin hiel ni saña,
 Del teatro, cual hoy se ve en España,
 Salpimentados en comun cazuela
 Ingenios con actores,
 Danzantes y cantores,
 Musa triste y jovial, drama y zarzuela,
 “Yo (prorumpo el gracioso Gil Benito,

Papel de chiste lleno),
 Yo en los autores de hoy hallo un poquito....
 No, dos poquitos son (repone ameno),
 Poquita novedad, poquito bueno.”
 Respecto á los actores, ha querido
 La Riquelme que calle:
 Dama de gran saber y lindo talle,
 Dejóme convencido
 Con testos de los sacros oradores
 Anselmo y Agustín: no es bien, señores,
 Que en vano se agustine y me enanselme:
 Cumpla su voluntad la gran Riquelme.
 En lugar de entremes ó tonadilla,
 Que á esa gente de estómago soberbio
 Fuera servirles por salmon, papilla,
 Lope se descolgó con un proverbio.
 De éste voy á indicar el grave asunto,
 Sin deslindar las partes del conjunto.
 Pueblo fué del condado de Bigorre,
 O Bigorra (es igual), uno en que habia
 Ruinoso templo, con fornida torre,
 Que tres leguas en torno se veia.
 Una lámpara ardia
 Toda la noche en ella
 Delante de una bella
 Imágen de María,
 Y en su seno, sin mancha recogido,
 El Niño Dios en el portal nacido.
 Siempre que un aldeano
 De los de allí la torre descubria,
 Reverente á la Virgen saludaba,
 Y al fruto de su vientre bendecía.
 Para un pais lejano

Sale del pueblo aquel el jóven Pio;
 Y al ver la torre por la vez postrera,
 Levantando en el aire la montera,
 Con lágrimas de fé grita devoto:
 “¡Niño de omnipotente poderío!
 ¡Madre del desterrado!
 Regid mis plantas: en los dos confío.”
 Vase al pais remoto;
 Vuelve, de años cargado,
 (Cincuenta por lo menos han pasado);
 La noche le sorprende en el camino;
 La luz al cabo de la torre brilla,
 Y Pio descabalgá y se arrodilla,
 Y del favor divino
 Reconoce el poder. ¡Harto bien puso
 Jóven la confianza!
 Hijo y Madre cumplieron su esperanza.
 Con aquel espectáculo, confuso
 El guía del viajero, le pregunta
 Por qué se apea y llora
 Y se descubre, se arrodilla y ora.—
 —“Es porque allí despunta
 La luz del campanario,
 Que á su Patrona enciende el Pueblo mio:
 La Virgen de Noel, nuestra Señora.
 —Mudó ya de parroquia el vecindario;
 La tiene junto al rio:
 La vieja se cayó, la torre queda;
 Y la Virgen (pues esto
 De santo en calle con razon se veda)
 Logra en la parroquial más digno puesto.
 La luz que asoma allí (por de contado
 Mayor que la que hubo),

Es de un reloj, al que ilumina un tubo
 Del nuevo gas de pringue de pescado;
 Y (como usted repara)
 La torre del lugar se ve más clara.”
 El buen anciano aquí, dos veces pío,
 Con espresion de lástima y desvío
 Replicó, meneando la cabeza:
 “Seve más claro, sí; mas no se reza.
 La imágen del que vive y nunca pasa
 Quitais de las alturas,
 Y ¡máquina poneis que el tiempo tasa,
 Dado á las criaturas!
 Para cebar la luz que miro enfrente,
 Dén tierra y mar despojos;
 Pero dejad la de Belem patente,
 Y alúmbrenos el alma por los ojos.”
 Esto ya se prolonga en demasía:
 Quede la conclusion para otro dia.
 Me llaman, ademas, cerca del Prado,
 Y en este mi arrabal tan retirado,
 No hay quien alquile coches.
 Voy á cenar, lector: felices noches.

HARTZENBUSCH.

REVISTA DE MODAS.

La MODA es mujer y consorte natural del MODO. Para saber si en casa hay orden y gobierno, averiguad "quién manda en casa."

—PAUSANIAS.—PENSAMIENTOS PÓSTUMOS.

Esto reza no mas con las señoras,—

Carísimas lectoras;

Y os llamo así "carísimas" primero

Por lo mucho que os quiero;

Segundo, porque he oido

(Y os lo he repetir, cuadre ó no cuadre)

A un marido y á un padre,

(Y á tal, que ni era padre, ni marido):

Que en encajes y seda,

Moños y flores,

(Velámen de la rueda

De los amores),

No sois avaras;

Y carísimas siendo,

Les sois tan caras!....

Mas yo á fuer de periodista,

Pese al Coloso de Rodas,

Sigo á las modas la pista,

Y os escribo mi revista,

Que es la Revista de Modas.

La moda... ¡Qué es la moda?... La moda es el destino!

Hizo un verso Alejandro; llámóse "Alejandrino!"

Que, al pasar por dó quier los grandes hombres,

Ya que no dejen más, dejan sus nombres!

Y no hizo más de un verso el Macedon,

(Teniendo vocacion),

Porque sus huestes pasaron el rio,

Y andaba por las márgenes Darío

En su persecucion.

El verso, sin embargo,

Se estiró, al verse solo, y se hizo largo;

Y desde entonces los versos

Largos, aun los más perversos,

Entre vecinos

Del Helicon,

"Alejandrinos"

Fueron y son.

Mas yo sé de un poeta, que equivoca las manos,

Y en vez de "alejandrinos" los hace darianos,"

Pero, ¡qué nos importa

La poesía,

Que en mil ritmos aborta

Su algarabía;

Y al tejer metros,

Forzando consonantes,

Evoca espectros?

Ea, lectoras discretas;

Si no lo tomáis á mal,

Dejemos á los poetas

Con sus melosas cuartetos

(O quintillas, que es igual).

Con redactaros una Revista

De frases claras, prosaicas todas,

Cumplo mi encargo de periodista,
Yo, que á la moda sigo la pista,
Pues mi Revista será de modas.—

Los novios más usuales

(Aviso á las doncellas)

No tienen cuatro reales;

Y con suspiros sentimentales,

Dote, y no dotes buscan en ellas.

¡Ay!... infelices, las que nacen bellas,

Sin capitales!!!—

Carísimas lectoras, por favor,

Contad una por una las estrellas

Al abrir el capítulo de amor!

Pues allá en el tocador,

O al emprender un viaje,

Teneis por traje mejor,

No el de tal forma ó color,

Sino el más cómodo traje;

Ved el consejo que os doy á todas,

Leyentes de mi artículo de modas:

Aunque maridos hay de varios modos,

Pues maridos al fin han de ser todos;

Modas á un lado dejad,

Como quien huye el mundanal ruido,

Y escoged en puridad

Por pura comodidad,

El mas cómodo marido.—

Y habrá lectora

Que muy tranquila

Pregunte ahora,

Cuál es la estampa que mas se estila.

Pues mi casera,

La de los parches de tacamaca,

Me ha preguntado anoche en la escalera,
Si se estila estar gorda ó estar flaca.

Mas vosotras, lectoras,

Que sois (cual si lo viese) encantadoras;

Como tésis primera,

Sabed que unos riquísimos cabellos,

Negros, rubios, castaños.... ¡Como quiera!

Siempre de moda son, porque son bellos.

Los tipos de beldad son bobería;

Siempre, con morenez ó con blancura,

Segun mi teoría,

Será de las hermosas la hermosura!

Y la mujer más bella,

El ángel terrenal, la deidad pura,

La sin par y la sola, siempre es ella,

Cuando ella es el amor y la ventura.—

Bien lo sabeis, lectoras; que yo en eso,

Aprendiz me confieso;

Y en tales prolegómenos, es claro

Que aun discípulo vuestro me declaro.—

Los ojos más de moda, los más lindos....

Pero ¡voto á los pindos!

(A mas del Pindo aquel los hay modernos);

Se me antoja, al hablaros

De los ojos más lindos, relataros

Una memoria de mis años tiernos.—

Una niña de quince,—cuando apenas

Frisaba yo en los veinte;—cierto día

Del perfumado mes de las verbenas,

(Ya del trémulo sol en la agonía),

Con sus pupilas de cambiantes llenas,

Y húmedas sus pestañas, me decia:

“Negros tiene los ojos!.... No los miro

Frente á frente jamas... y es que recelo
 Que se me exhale el alma en un suspiro!"...
 —Y sepultó la frente en su pañuelo.
 La niña enamorada
 Con el amor ausente,
 Y en ensueños de vírgen arrullada,
 Sus ojos entornó y hundió la frente,
 Por ver, entre las sombras de su mente,
 La inolvidable luz de una mirada!
 Yo respeté su sueño.—Parecía
 Que el aura entre las flores,
 Por aromar su sueño, las mecia,
 Y que en la selva umbría
 Cantaban á su amor los ruseñores;
 Mientras la vírgen, pálida de amores,
 "Son tan negros sus ojos".... repetía.
 Al fin le dije: Niña, no sabes cual te engañas...
 Sin tan queridos ojos, por ser ¡ay! tan queridos,
 Lumbre son de tus ojos, y afan de tus entrañas,
 Y á su mirar tu seno responde con latidos;
 —No al color atribuyas su irresistible encanto,
 Ni digas "son tan negros!" sino "los quiero tanto!!"
 Porque si azules fuesen los que te van al alma,
 Supieran, cual los negros, aniquilar tu calma;
 Y su azul adoraras, como su negro adoras;
 Y en penas ó alegrías
 De tus febriles horas,
 Con miradas azules soñarías!
 "Son tan negros!" murmuras... mas no aciertas:
 Las niñas á tu edad, son inespertas!
 Con su fuego te inflammas,
 Que no con su color... y es que sus puertas
 Tu pobre corazon les tiene abiertas,

Y que los amas tú, porque los amas!
 Como la niña lloraba tanto,
 "Niña" le dije, "niña, no llores!"
 Y con sonrisa, bañada en llanto,
 —Dulce, repuso, suena su canto!
 Pero, ¿qué cantan los ruseñores?
 —Los ruseñores, entre el follaje
 Cantan amores, le respondí,
 Dando á las auras algun mensaje....
 —Pero, ¿qué cantan?—Óyelo.—Dí.
 —Sobre el color de los ojos
 Hablan contigo su canto;
 Que han notado tus enojos,
 Y que están los tuyos rojos,
 Porque los escalda el llanto.
 Oye la dulce cancion de amores,
 Que te dedican los ruseñores!
 Dije; y la niña prestó el oido,
 Turbios sus ojos clavando en mí:
 Y al repetirme con un gemido
 "Pero, ¿qué cantan?" canté yo así:
 Corazon que, en tiernos años,
 Por unos ojos te pierdes;
 Para entender sus amaños,
 No mires si son castaños,
 Negros, azules ó verdes.
 Que todos los colores
 Por la espresion iguales,
 Reflejan los amores;
 Sin que distingas en sus cristales
 A los leales
 De los traidores.
 Ojos que miran amando,

Miran siempre convenciendo;
 Y, aunque apagarlo simulen,
 Siempre el amor salta dentro.
 Y ni son los matices ni los colores
 Lo que á los ojos hace tan bellos;
 Sino el rayo de amores
 Que luce en ellos.
 "Dame tu amor... ó me mato!"
 Dicen unos ojos negros;
 Y dicen unos azules:
 "Dame tu amor.... ó me muero!"
 Y aunque apagarlo simulen,
 Siempre el amor salta dentro;
 Y ojos que miran amando,
 Miran siempre convenciendo.
 Y todos sus colores,
 Por la espresion iguales,
 Reflejan los amores;
 Sin que distingas en sus cristales
 A los leales
 De los traidores.
 Corazon que en tiernos años,
 Por unos ojos te pierdes;
 Para entender sus amaños,
 No mires si son castaños,
 Negros, azules ó verdes.—
 Pero ¡qué nos importa
 La poesía,
 Que en mil ritmos aborta
 La algarabía;
 Y al tejer metros,
 Forzando consonantes,
 Evoca *espetros*?

Mi revista, lectoras, mi revista
 De modas ha de ser, y es evidente,
 Que os debo hablar de modas simplemente,
 Pues á las modas sigo la pista.—
 De algunas hablaré, mas no de todas;
 Que están ya los espíritus confusos,
 Desque, perdidas las costumbres godas,
 Invadíónos el uso de las modas,
 Y nos dejó la moda de los usos.—
 En esta Navidad, toda casada
 Que se estime (es la frase)
 Cantará á su marido esta tonada,
 (Y la soltera *aussi*, cuando se case):
 Esta noche es Noche-buena,
 Y mañana Navidad:
 Dame la bota marido,
 Que me quiero emborrachar.
 Que en la semana actual, dama ninguna
 Se dé mano de gato;
 Pues se ha puesto de moda, por fortuna,
 Un especial cosmético, y barato.
 Digamos, y eso basta,
 Que es una dulce, cándida pasta
 Que suaviza y colora, como emblanquece,
 Y buen humor engendra:
 Se llama, nos parece,
Sopa de almendra.
 El traje de rigor es muy sencillo:
 Cuello redondo y blanco—de manteca
 De Soria, sin bordar (pero muy hueca):
 Si color de garbanzo, ó amarillo,
 Se prefiere quizás—cuellos más grandes,
 De manteca tambien (pero de Flandes).

—Las de nerviosa y súpita viveza,
Las que hacen, sin querer, gestos y dengues,
Y las que agitan mucho la cabeza,
Para adquirir aplomo y mas fijeza,
Se pondrán gorgueritas de merengues.

Ni alfileres, ni broches
Se usan en tales noches:
Para prender los velos
Y los lazos y chales,

Púlanse del besugo las dorsales
Y los ojos del tal, para gemelos:

Aun son de uso y estilo
Las pulseras elásticas: el hilo,

En vez de goma fina,
Será de gelatina;
Y se ensartan, por bolas,

Naranjas de Setuval, ó acerolas.

Si se gastan pendientes,
O son de azúcar-piedra perinolas,
O granos de granadas transparentes.

En trenzas tres, iguales,
Repartirán las niñas sus cabellos,

Para formar con ellos
Tres letras iniciales;

Simbólico tupé
De una Ge, y una Eme, y una Be.

Para el discreto y bravo entendedor,

La *Eme* significa *Baltasar*,

Y así la *Ge*—*Melchor*,

Y así la *Be*—*Gaspar*.

Si por ventura hay cena,

La cena pastoril de Noche-buena,

Con rum rum de zambomba y villancicos:

Los cenadores,
Grandes y chicos,
Tendrán miel sobre hojuelas;
Y á guisa de pastores

Horquillas usarán por tenedores,
Y en lugar de cucharas, castañuelas.

Antes irán por cláusula preciosa,

A la misa del gallo;

Y despues de guisallo,

Se comerán el gallo de la misa.

Y al final de la cena, las señoras,

Puches harán y pastoriles juegos,

Y danzas tejerán enredadoras;

Y, al verlas de pastoras,

Irémonos detrás, como borregos.

Y si en tal sociedad, hay tres señoras,

De la musa soplados, es forzoso

Que canten al rabel, con mil amores,

“El dulce lamentar de tres pastores,

Salicio *Juntamente* y *Nemoroso*.”

Y aquí pido perdon á Garcilaso,

Pues con dolor del alma le estropeo,

Para salir del paso;

Pues no sé ya si veo, ó si no veo.

Y tú, pobre lectora (si hay alguna

Que haya llegado al fin de esta laguna);

Ten en cuenta una cosa:

Aunque malo mi artículo, es tan bueno,

Que, como tú le observes cuidadosa,

Serás para tu amor, *dulce y sabrosa*,

Más que la fruta del cercado ajeno.

E. F. SANZ.

TOROS.

Ni la lluvia permite ni la escarcha
 Que haya fiestas de toros estos días:
 Hijas del can en llamas encendido,
 El sol abrasador las ilumina:
 Él dá fuerza á los *vichos*; y á los diestros
 Infunde audacia en la bizarra lidia
 Para mostrar que la fiereza bruta
 Se ha de rendir del hombre á la pericia.
 En las heladas márgenes del Sena,
 O del Danubio en las regiones frías,
 En buen hora censuren nuestro *circo*:
 En él se muestra con la frente erguida
 El diestro combatiente, que no espera
 La muerte recibir, ni es su divisa
 El feroz *morituri te salutant*,
 Oprobio de las damas tiberinas.
 El gladiador hispano, sonriendo,
 Al indómito bruto desafia,
 Y manejando el *trapo* con destreza,
 Su fuerza burla, su fiereza humilla;
 Y al caer desplomada la alta roca
 En sangre propia la cerviz teñida,
 Inmensa aclamacion los aires llena;
 Y tomando la roja clavellina
 Que el cabello sujeta, se la arroja
 Al triunfador la pudorosa niña
 De esbelto talle y brilladores ojos
 De la bella sin par Andalucía.
 Lectores del BELEM, pues que no hay toros
 En la estacion que atravesamos rígida,

De erudicion pasmosa os daré muestra
 Con una tauomáquica noticia.
 ¡Sabeis en qué, los cándidos pastores
 El frío de la noche entretenian,
 Cuando el divino Redentor del mundo
 En un portal misérrimo nacia?
 Pues lidiaban un toro alegremente,
 Segun la relacion larga y verídica
 Que traduciendo estoy de un libro hebreo.
 ¡Mirad si nuestras fiestas son antiguas!
 Pero sonó la voz de los querubes
 Paz ofreciendo á la conciencia limpia
 De los hombres sencillos, y en la altura
 Gloria á Dios anunciando; y en seguida
 Al humilde Portal corre la fiera,
 Y al tierno Infante póstrase sumisa.
 Por eso tiene todo nacimiento
 La figura de un buey que se arrodilla.
 ¡Más feroces los hombres le aguardaban
 Para amargar el cáliz de su vida!
 ¡Más feroz que aquel bruto no domado
 Le niega hoy la humanidad impía!
 No importa, no; los siglos de los siglos
 Serán su triunfo, y con su mano amiga,
 Desde la Cruz del Gólgota en que muere,
 Al hombre salvará, que en Él confía.
 Ya, suscritores del BELEM, preveo
 Que tacharéis de falsa mi noticia:
 “En invierno y de noche, ¿cómo hay toros
 “De las hogueras á la luz rojiza?”
 ¡Las pruebas me pedís? Yo no doy pruebas:
 No soy historiador: soy periodista.
 NOCEDAL.

PALIMPSESTO.

Comiença la muy sotíl et mucho onrada et mucho complida propheçia d'España, fecha et ordenada con divinal inspiration por el noble et grand sabidor D. Merlin de Bretaña; et va puesta en metros de maestria real et escondida por arte comuna.

Merlin fabló d'España
Et dixo esta propheçia,
Estando en la su Bretaña,
A un maestro, que ende avia.

Don Anton era llamado
El maestro que vos digo,
Sabidor et muy letrado,
De don Merlin mucho amigo.

Este mesmo sabidor
Ansy le fué preguntar:
—“Don Merlin, por el mi amor,

Sepádesme declarar
La propheçia d'España;
Ca yo querría saber
Por vos alguna façaña
De lo que se há de faser.”

Merlin, sabidor sotíl
Dixo luego esta raçon:
—Tresçientos años et mil
Aprés de la Incarnaçion,
Los ochenta cumplirá

La Era de esta façaña;
La mar fonda passará
De bestias muy grand compañã.
Et muchas priesas sin falla
Contesçerán veramente,
Et será resçia batalla
En las tierras de Poniente.

Regnará un Leon Coronado
En la su linde postrera,
Et fuerte et apoderado
De mucha gente guerrera.

Sabidor et de raçon,
Vevirá contínuo en lucha,
Muy bravo de coraçon
Et con fée çendrada et mucha.

Estante el Sol á Oçidente,
En tiempo deste Leon
Regnará un Leon Dormiente,
Muy manso de coraçon.

Et el Leon Coronado
Que en este tiempo regnar,
Será sin amor reptado
Del Puerco d'Allend el mar.

Et sallir s'ha el Puerco-Espin,
Señor de la grand espada,
De tierras de Ben-Marin
Con mucha fiera mesnada.

Et con sus perros marinos
Aguas fondas sobrarã:
Montes cobrirã et caminos;
En la España aportará.

Passará por Ponte-Seca
Grand poder á maravilla;

Et con los fijos de Meca
Zercará chripstiana villa.

Puerto es noble d'aquend mar
En tierras de la Frontera:
Vernále el Drago ayudar
Que ama la çevil Ramera.

Todos y se ayuntarán
Con el Puerco apoderado:
Estas nuevas liegarán
Luego al Leon Coronado.

Et dando fuerte bramido,
De esprito armará su gente;
Et oyendo el apellido,
Despertará el Leon Dormiente.

Los leones se abraçarán
Amos con muy grand plaser;
Al Estrecho amos vernán,
Cobdiciosos de vencer.

Et el puerco y arriscado,
Non saldrá de la montaña;
Et el leon coronado
Bramará con muy grand saña.

Et las sus haçes veriles,
Liz de muerte trabarán,
Et del puerco, et de sus viles
Muchas bestias matarán.

Et por oteros et breñas
Cabdellando sus criasones
Guardando sus nobles señas,
Yrán entramos leones.

El dormiente arrancará
Al Dragon de la Ramera:

El Coronado fará
Façaña muy verdadera.

El Puerco será vencido:
Mas pero fuirá de muerte:
Será á Marruecos volvido
Con muy grand desonra fuerte.

La su espada perderá
Que fué siempre noblesçida
Et nunca la cobrará
Por tiempos de la su vida.

A la su Cova gentil
Tornará el bravo leon,
Et con esprito sotil
Dará leys á su criason

Et d'otro Leon Sapiente
Avrá la sabidoría,
Et el don, quel'dió el Potente,
Pará vevir, noche et dia.

Aprés el Leon finando,
Ansy finará la gente
Cuemo finca el pulso, quando
Fina el coytdo et doliente.

Cient et veynte et quatro años
Su tierra en lucto vivrá,
Mas pero atales sosaños
Garça real sobrá.

Et su volar altanero
Passará los amplos mares
Et só un ceptro señero
Avrá los mundos á pares.

En pos, en edad lontaña
Nascera de su semiente,

Por nueva salut d'España,
Otra Garça, assaz valiente.

Su nido real, fambriento
Oteará negro falçon;
Serán su defendimiento
Las leyes del sabio Leon.

Dios, que buenos reys mampara,
Et su bien fará colmado,
Et de la su estirpe clara
Dalle há un fijo bienfadado.

Amor, fieltat, lealtança,
Traherále á su cuna en pecha
La comunal alegrança
De su noble grey maltrecha.

El Apostólgo Sancto,
Que há las clayes de vertut,
Lo cobrirá só el su manto
En las fuentes de salut.

Et del Leon poderoso
Que al Puerco fizo vencido
Prophetando generoso,
Pornále el nombre temido.

Nombre que avrá ya la estoria
Apostado en tal logar,
Que traya á toda memoria
La esperança de goçar.

Fardido, discreto et sabio
A Dios et la ley somiso,
La paz verná de su labio
Al rengno entre sí deviso.

Estonce, Leon rugiente,
Fará tremesçer la tierra

Et cresçerá la su gente,
Dando á entramos mundos guerra.

Et del Africa en los litos
Las sus señas fulgirán,
Et con sus moros malditos
De Marruecos morrá el Can.

Et Francia et ansy Bretaña
Su amor avrán en ventura,
Mas ¡guay! si el Leon s'assaña
Non vevirán en folgura.

Sus naos apoderadas
Et sus ferradas galeas
En son triumphal respetadas
Yrán por lueñes mareas.

De Dios siempre bienamado,
De las sus gentes bendito,
Será en la fuessa llorado
Con vero planto infinito.

Et sus fijos et sus nietos
Prez avrán en su labor,
Et sabidores et retos
Darán á España claror."

Estas palabras apuestas
Del comienço fastal fin,
Ansy cuemo son compuestas,
Prophetólas don Merlin.

Non las quiso declarar
Aqueste grand sabidor:
Oytlas apaladinar,
Si dello avedes sabor,

Aquel *Leon coronado*,
Conqueridor sin mansiella,

Será Alfonso, el venturado,
Rey de Leon et Castiella.

El otro *Leon dormiente*,
De cor noble et natural,
Et rey será de Poniente,
Alfonso de Portugal.

Et el bravo *Puerco-Spin*,
Señor de la grand espada,
Será el rey de Ben-marin
Que á Tarifa avrá cercada.

El *Dragon* de la frontera,
Será de Granada el rey;
Granada la grand *Ramera*
Que vivrá só falsa ley.

Los bravos *Perros marinos*,
Que aportarán en España,
Mores serán marroquinos
Que y perderán grand compañía.

La *Ponte Seca* del mar
Las galeas serán sin falla;
Las bestias que han á passar
Los que morrán en batalla.

La *Espada* que dix Merlin
Que el grand Puerco y perderia
La onra es de Benamarin
Que se y perderá aquel dia.

La *Cova gentil*, que euento,
Será la onrada Castiella;
Las leys, el ordenamiento
Que el Onzeno Alfonso siella.

El *Don*, que avrá luenga vida,
Magüer yaga en abandono,
La ley será de Partida,

Que á las fembras dará el trono.

Et la *Garça*, cuya seña,
Fará tremir á Lusbel,
Una Cathólica dueña,
Que avrá su nombre Esabel.

Et l'otra *Garça real*,
Si el mi prophetar se funda,
Será una dueña cabdal;
Su nombre Esabel Segunda.

El su fijo bienfadado
Será Don Alfon Dozeno,
Que en la pila su afijado
Será de Pio Noveno.

Por él la antiga semiella
Brotará en qualque façaña;
Grand, cuemo Alfon de Castiella
Será el Alfonso d'España.

La propheçia conté
Et la torné en decir plano:
Verla hedes, mia fée,
En lenguaje castellano.

Copras de muy bien fablar,
Segun dixo Don Merlin;
¡Plegue á Christus las llevar,
Fasta el fin de la su fin!

AMADOR DE LOS RIOS.

CARTAS MADRILEÑAS.

*Grande penuria de asuntos.—Sobre la cosecha escasa.—
No hay fiestas ni matrimonios.—Muerte de la chismo-
grafia.—Ni un solo salon abierto.—No se come ni se bai-
la.—No hay cenas de Noche-buena,—ni tertulias litera-
rias.—*

No es floja la obligacion—que me he impuesto con mis cartas,—Eduardo, cuando no ocurre—digno de contarse nada;—pues parece un cementerio—la corte de las Españas,—sin tertulias, ni saraos—ni bailes de confianza.—¿Sabeis á lo que atribuyo—desanimacion tamaña?—A que segun los anuncios—va á ser la cosecha escasa,—y recela todo el mundo—que los granos, que ya estaban—por las nubes, se remonten—á las estrellas mañana.—

No hay gusto, te lo repito,—para festines ni danzas;—y están mústios y mohinos—hasta pollos y muchachas.—Así, si baja uno al Prado—no tropieza con un alma;—y lo mismo en el Retiro—ó en la Fuente Castellana.—En los teatros tambien—la concurrencia es escasa;—aunque solo están abiertos—el Real, el de la Cebada,—los del Príncipe y del Circo;—el de Paul y el de la Zarza;—y en fin, el de Variedades,—al que de llegar acaba—*une troupe* parisiense—de actrices, que gozan fama—si no de buenas artistas,—de tener muy lindas caras.—Pues con tales alicientes—no arriendo yo su ganancia;—porque no hay allí ni una—localidad no abonada.—

De salones nada digo,—Eduardo, que en la semana—únicamente reciben,—con la gracia acostumbrada,—los

domingos la Montijo;—los lunes la de la Barca;—los martes la de Pomar;—los miércoles la de Austria;—los jueves Madame Turgot;—los viernes la Torrealta;—los sábados la Weisweillen,—y en todas partes se baila.—Pero con una tristeza!—con un furor! con un ansia!—A veces junto á las pollas—suelen ser las que más saltan—muchachas que tienen nietos,—y nietos que peinan canas!—

Respecto de matrimonios,—ni de uno solo se trata;—y esto te parecerá,—como á mí, cosa muy rara;—más subirá tu estrañeza—de punto cuando te añada—que son ellas las que no—tienen de casarse gana.—Así, por mas que los hombres—ofrecen su mano blanca,—no hay mujer jóven ni vieja—que se decida á aceptarla.—Y dí, ¿no juzgas que es esta—señal evidente y clara—de un cercano cataclismo—como que el mundo se acaba?—Hay niñas que cuando dan—á un amante calabazas,—suelen dorarle la píldora—con estas dulces palabras:—“No admito porque usted es rico,—y soy desinteresada.—Ah! por qué no es usted pobre!—Entonces sí que le amara!”—¿No te lo digo? fenómenos—á cualquiera sobresaltan, haciéndole sospechar—si tendremos ya echa el arca.—Hay otro indicio terrible,—caro amigo, que me espanta;—y es el ver que ha enmudecido—la parlera chismografia.—Solo ha habido siete duelos—esta semana pasada;—y en los siete “¿quién es ella?”—todo el mundo preguntaba.—La marquesa de la Paz—se fugó ayer de su casa—con D. Valentin de Guerra,—antiguo oficial de guardias.—Anoche de diez divorcios—en el Suizo se hablaba;—y en el Casino tambien—de una historia estraordinaria—en que hizo el primer papel—*une gaje*, esto es, una *jaula*,—merced á la cual un pollo—libró como en una tabla.—

Bien lo ves; no vale un bledo—todo cuanto en Madrid pasa,—y un pueblo de cien vecinos—podria darle quince y falta.—Por fortuna el porvenir—nos trae risueñas y gratas,—de saraos y banquetes—mil alegres esperanzas.—

Dicen que habrá grandes bailes—muy pronto en el regio alcázar,—y se anuncian infinitos—en fechas no muy lejanas.—Los marqueses de Molins—uno brillante preparan;—los duques de Fernan Nuñez—darán otras fiestas varias;—y los señores de Osuna,—dignos siempre de alabanza,—á seguir tan bello ejemplo—se disponen sin tardanza.—

En cambio, tristes serán—la Noche-buena y las pascuas;—pues cenas únicamente—hay unas mil anunciadas.—

Soy tu verdadero amigo—

PEDRO FERNANDEZ.

P. D.—Sabrás como no tenemos—ni tertulias literarias,—sino en casa de Molins—el lunes cada semana;—y los viérnes desde Enero—las habrá en la de Cruzada.

FRAGMENTO DE UNA CARTA DE UN NOVEL DIPLOMÁTICO, ESCRITA Á UN AMIGO DE SU PUEBLO, DESDE UNA CORTE ESTRANJERA (1).

Con gozo he visto en tu amistosa carta,
Que al cabo rompe tu silencio eterno,
De tus sueños sin fin la alegre sarta.

Juzgaba que, al mirarme en este infierno,
Absorbido en los vuelos de tu mente,
De mi existencia te se daba un cuerno.

Pero, ¡ay de tí! tu condicion no miente:
Tu jóven corazon devora impío
De amor, de gloria y de ambicion el diente.

Quisiera verte aquí, para que el frío,
El ímpetu amansando que te incita,
Calmara esos barruntos y ese brío.

Mas, á decir verdad, tan sibarita
No te juzgaba yo: si aun fuera moda,
A ermitaño meterse ó cenobita,

Debieras sin dudar tu vida toda
Macerarte con áspero cilicio,
Que dicen que las carnes incomoda.

En mi vida, que envidias, un suplicio
Vieras no mas; y el pensamiento impuro
Purgaras con cristiano sacrificio.

¡No es glorioso por lecho el suelo duro
Tener, y alimentándose de yerba,
Contra la indigestion vivir seguro?

(1) Por no tener bastante espacio de que disponer, no se inserta íntegra esta composicion.

¡Podrás negarme que la bula enerva
 Y que la privacion de los placeres
 Es solo á torpes ánimos acerba?
 Y el encanto fatal de las mujeres,
 A no alejarte estoico de su vista,
 ¡Cómo evitarle si sensible fueres?
 Por más que firme la razon resista,
 Por más que pienses que se esconde en ellas
 Para hacer, el demonio, tu conquista,
 ¡Cómo no has de ceder? ¡ay! son tan bellas,
 Tan seductor su acento y tan ardientes
 De la luz de sus ojos las centellas!
 ¡Ah! ¡cómo resistir si cerca sientes
 Su aliento halagador, y una sonrisa
 Llega á mostrar las perlas de sus dientes!...
 Mas ¡qué delirio! Cual voluble brisa
 El tonto cambia de mi musa austera,
 Y á tan grata ilusion se rinde aprisa....

L. A. CUETO.

LA NOCHE-BUENA.

EFEMÉRIDES (1).

Al director de EL BELEM—ya que le tengo presente—
 con el debido respeto—le digo y hago presente:—Que ig-
 norando lo acordado,—no hallándome, yo presente,—de

(1) Este artículo se leyó la noche del lunes 25, por no haberle alcan-
 zado, como á otros, su turno, en la del jueves ó Noche-Buena.

que se escribiera en verso—el periódico presente,—la otra
 noche confiado—me hice en su casa presente—con un
 artículo en prosa,—que es el que traigo al presente.—
 Mas al ver tanto y tan bueno—que en verso se hizo pre-
 sente,—la prosa me pareció—que no era digno presente,
 —ni de la noche pasada, ni de la noche presente;—así se
 lo dije entonces—y lo repito al presente.—Y aunque me
 citó Cervino,—y yo me hallaba presente,—no quise in-
 fringir la ley,—ni la infringiré al presente.—Antes *in pe-*
nam peccati,—por palabra de presente,—hice voto de ex-
 piarle—ante el Parnaso presente.—Y el voto fué: “En la
 primera—ocasion que se presente—he de ser yo mas poe-
 ta—que todo el que esté presente.”—Esclavo de un con-
 sonante—juro ser; sólo al presente:—Supongo habréis
 advertido—que el consonante es *presente*.—Pero ya cum-
 plido el voto—justo será me aligere—del corsé del con-
 sonante—que oprime con duro muelle;—y en traje de *ne-*
gligé—sin poética *toilette*—en elástico asonante;—sin de-
 jar el sonsonete;—se me permita hacer cargos—ó al me-
 nos se me dispense—que demande ó que pregunte—ó
 apostrofe ó interpele—al director de EL BELEM—qué ra-
 zon pudo moverle—á preceptuarnos que en verso—todo
 EL BELEM se escribiese.—Bien para ciertos artículos,—
 los de gacetilla entiéndese:—compréndolo de espectácu-
 los:—mas lo de las *efemérides*!...—Por Dios que esto
 es antilógico!—lo que pasó *in illo tempore*,—ya en las na-
 ciones gentílicas,—ya en las del cristiano régimen,—*¡pa-*
só en verso, ó pasó en prosa?—los Adanes, los Abeles—
¡vinieron en verso al mundo?—*¡Se salvaron los Noés—*
del charco haciendo coplitas?—Las plagas de Egipto sie-
 te—*¡fueron en verso? ¡lo fueron—las Tablas de los Moi-*
seses?—*¡Nació en verso el Redentor?*—*¡era de verso el*
pesebre?—*¡degolló Herodes en verso—á los pobres ino-*

centes?—¿Piensas que habló el rey Gaspar—como Alfonso el de las leyes?—¿ó que hablaban los pastores—como Pastor Nicomedes?—Y viniendo ya á otros tiempos,—á los tiempos mas recientes,—están escritos en verso—la *Gaceta*, el *Occidente*,—la *España*, el *Diario*, el *Clamor*?—al contrario, cabalmente—solo hacen verso estos dias—los pobres que los espenden.—Y por último, la misa—que el apóstol cordubense—nos celebró aquella noche,—y vimos atentamente,—¿la dijo en prosa ó en verso?—¿fueron en verso las preces?—¿Y la cena que nos diste—no fué una prosa esplendente?—¿Estaba acaso en tercetos—el jamon ó el salmonete?—¿era verso aquel trufado—ruiseñor de libras trece?—¿No nos supo como en Julio,—estando á fin de Diciembre—aquel ponche á la romana,—y el frío y rico sorbete?—¿Y el té perla, y el té negro,—y el té pardo, y el té verde,—y el Burdeos, y el Champaña,—y el Jerez y el Pajarete?—¿Estaba en verso algo de esto?—¿de qué clase? ¿de qué especie?—¿hubo algo medido en sílabas?—¿de once, de ocho ó de siete?—¿Precisamente, marqués,—lo bueno de tus banquetes,—lo bueno de lo más bueno—es que medida no tienen.—“Pues sin medida se cena,—dije yo, no se comprende—que á cenantes escritores—á medida se sujete.”—Por estas razones tantas,—yo, el de las efemérides,—no medí, y en mala prosa—apresté mi contingente.—Aquí estuvo, y aquí está;—si es contra ley, no se lee;—EL BELEM saldrá ganando,—y el redactor nada pierde.—(Que se lea, que se lea,—dijeron los concurrentes):—Pues la redaccion lo manda,—yo la obedezco obsecuente;—si no le agradan, *sibi imputet*,—y allá van mis

EFEMÉRIDES.

SIGLO I.

Año 1º.—Parte histórica.—El grande y glorioso suceso, de todos sabido, de la venida de Dios al mundo para redimir á todos los hombres.

Desde aquel dia hasta la fecha, han trascurrido mil ochocientos cincuenta y siete años. En el dia de Navidad de cada uno de estos años, han sucedido en el mundo, por un quinquenio, sobre mil quinientos casos y cosas notables, todos los cuales son objeto de las efemérides. La materia, pues, es larga; mas como yo me haya propuesto ser conciso, he determinado compendiar mi obra reduciéndola á las mas diminutas dimensiones. Este compendio constará solamente de mil ochocientos cincuenta y siete volúmenes, cada uno de los cuales comprenderá succinctamente los mil y quinientos casos correspondientes á cada año, con algunas notas y apéndices para la necesaria aclaracion é ilustracion de los hechos. La obra está corriente y voy á tener el honor de dar principio á su lectura.... Pero me ocurre que será mejor suspenderla por un poco tiempo, verbigracia, para cuando suceda la última efeméride, á fin de que salga completa la obra. Sin embargo, será preciso anticipar aunque no sea mas que un croquis efemeridial, siquiera porque la redaccion no me prive del aguinaldo.

SIGLO XII.

Año 1160.—Aguinaldo de enfermos.—Parte histórica. Dióles á los hospitalarios de S. Lázaro el capricho piado-

centes?—¿Piensas que habló el rey Gaspar—como Alfonso el de las leyes?—¿ó que hablaban los pastores—como Pastor Nicomedes?—Y viniendo ya á otros tiempos,—á los tiempos mas recientes,—están escritos en verso—la *Gaceta*, el *Occidente*,—la *España*, el *Diario*, el *Clamor*?—al contrario, cabalmente—solo hacen verso estos dias—los pobres que los espenden.—Y por último, la misa—que el apóstol cordubense—nos celebró aquella noche,—y vimos atentamente,—¿la dijo en prosa ó en verso?—¿fueron en verso las preces?—¿Y la cena que nos diste—no fué una prosa esplendente?—¿Estaba acaso en tercetos—el jamon ó el salmonete?—¿era verso aquel trufado—ruiseñor de libras trece?—¿No nos supo como en Julio,—estando á fin de Diciembre—aquel ponche á la romana,—y el frío y rico sorbete?—¿Y el té perla, y el té negro,—y el té pardo, y el té verde,—y el Burdeos, y el Champaña,—y el Jerez y el Pajarete?—¿Estaba en verso algo de esto?—¿de qué clase? ¿de qué especie?—¿hubo algo medido en sílabas?—¿de once, de ocho ó de siete?—¿Precisamente, marqués,—lo bueno de tus banquetes,—lo bueno de lo más bueno—es que medida no tienen.—“Pues sin medida se cena,—dije yo, no se comprende—que á cenantes escritores—á medida se sujete.”—Por estas razones tantas,—yo, el de las efemérides,—no medí, y en mala prosa—apresté mi contingente.—Aquí estuvo, y aquí está;—si es contra ley, no se lee;—EL BELEM saldrá ganando,—y el redactor nada pierde.—(Que se lea, que se lea,—dijeron los concurrentes):—Pues la redaccion lo manda,—yo la obedezco obsecuente;—si no le agradan, *sibi imputet*,—y allá van mis

EFEMÉRIDES.

SIGLO I.

Año 1º.—Parte histórica.—El grande y glorioso suceso, de todos sabido, de la venida de Dios al mundo para redimir á todos los hombres.

Desde aquel dia hasta la fecha, han trascurrido mil ochocientos cincuenta y siete años. En el dia de Navidad de cada uno de estos años, han sucedido en el mundo, por un quinquenio, sobre mil quinientos casos y cosas notables, todos los cuales son objeto de las efemérides. La materia, pues, es larga; mas como yo me haya propuesto ser conciso, he determinado compendiar mi obra reduciéndola á las mas diminutas dimensiones. Este compendio constará solamente de mil ochocientos cincuenta y siete volúmenes, cada uno de los cuales comprenderá succinctamente los mil y quinientos casos correspondientes á cada año, con algunas notas y apéndices para la necesaria aclaracion é ilustracion de los hechos. La obra está corriente y voy á tener el honor de dar principio á su lectura.... Pero me ocurre que será mejor suspenderla por un poco tiempo, verbigracia, para cuando suceda la última efeméride, á fin de que salga completa la obra. Sin embargo, será preciso anticipar aunque no sea mas que un croquis efemeridial, siquiera porque la redaccion no me prive del aguinaldo.

SIGLO XII.

Año 1160.—Aguinaldo de enfermos.—Parte histórica. Dióles á los hospitalarios de S. Lázaro el capricho piado-

so de servir por sí mismos en la Noche-buena de aquel año una abundante cena á los enfermos de su establecimiento.

Parte moral.—Con asombro de los médicos, que al saberlo pronosticaron que el día de Pascua el hospital seria un cementerio, el día de Pascua, merced á tan heróico remedio, la mayor parte de los acogidos se levantaron alegres como unas pascuas. Desde entonces el mas sabio de los doctores, el Dr. *Noell*, no bien pulsaba un enfermo, cogia la pluma y escribia; "*Récipe: In Noete Bona, pavi trufati uncias duodecim, jamonis optimi libram unam, salmonis fresqui rationem magnan, vini generosi copas quinque, vel circuncirca; misceatur, et consumatur usque ad satietatem.*" De la receta del Dr. *Noell* se cuentan prodigios. Séale la humanidad agradecida.

SIGLO XVI.

Aguinaldo escribanil.—Parte histórica.—En la antigua iglesia de las monjas del caballero de Gracia, habia una memoria pía, fundada por Juan Pongo Lujan, en que disponia que todos los años el día de Noche-buena se diera á los escribanos de villa un canastillo de esponjados, una percha (sic) con dos pavos y cuatro capones, y media carga de malvasía "*por el mal que no le hicieron, pudiéndoselo haber fecho;*" y que asimismo á los alguaciles se les diera cuatro cargas de cebada (se entiende, para su mula: que entonces los alguaciles, si no eran caballeros, eran cabalgantes), dos carneros desollados y una carga de vino tinto (esto no era para las mulas), "*porque no le molestaron en todos los meses del año.*"

Parte moral.—Esta memoria es un compendio de historia y filosofía. De contado, el tal Lujan, se ve que picaba un poco de dualista, á modo de los que adoraban al dios del bien para que les hiciera bien, y al dios del mal para que no les hiciera mal.—Se deduce la antigüedad de los azucarillos.—Se desprende que la malvasía era grata á los depositarios de la fé pública, como el vino tinto á los ministros de la justicia.—Lo de la cebada á los corchetes estaba muy en su lugar.—Lo de los dos carneros desollados da mas en que pensar, por la circunstancia de reservarse el fundador de la memoria los vellocinos. Pero reparemos que este buen fundador se llamaba Juan, y que se quedaba con las lanas.... ¡Si habremos tropezado en esta efeméride con el verdadero y famoso *Juan Lanas?*

SIGLO XVIII.

Año 1714.—Aguinaldo de Isabel de Farnesio.—Parte histórica.—Era la Noche-buena de aquel año, cuando la nueva esposa de Felipe V, llegó, viniendo de Italia, á hacer con el monarca español, su marido, la noche de Navidad, y la noche de novia. El rey habia salido con brillante séquito á esperarla en Guadalajara. La princesa de los ursinos, vestida de tiros largos, se adelantó á recibirla en Jadraque. Llegó Isabel, y se saludaron muy remilgadamente la nueva soberana y la antigua camarera. La reina venia tambien hecha un brazo de mar, pero con mucha cinta, y mucho lazo, y muchas flores, y muchos tufos, y muchos perifollos. La princesa, que era una elegantona de las mas superlativas, llevada del buen deseo

de que la real novia se presentara al rey *tout á fait com'il faut*, cometi6, contra lo que era de esperar de su gran talento, uno de esos horribles deslices que el sexo no perdona nunca, y que para una hembra-reina era un delito de lesa majestad, al cual no hay indulto que alcance. Estremece referir lo que fu6.... Tuvo la audacia de aconsejarle algunas modificaciones en su prendido. ¡Tú que tal dijiste! *Llebadme de aquí esta loca que se atreve á insultarme*: grit6 locamente la Farnesio. Y no par6 aquí su furia, sino que en el acto mand6 que pusieran un coche y la trasportaran sin parar con ella á Francia. Así se ejecut6. Y la noche del 24 de Diciembre, con una cuarta de nieve y escarchando, 6 como diria Martinez de la Rosa,

Cubierto el cielo de apiñadas nubes,
De nieve el suelo, el corazon de luto,

la célebre, hermosa y altiva princesa de los ursinos, aquella favorita de María Luisa de Saboya y de Felipe V, aquella mujer singular que trastornaba á Luis XIV siempre que le daba la gana; aquella politicona, que daba quince y raya á todos los diplomáticos de su tiempo; aquella poderosa influencia que por espacio de catorce años habia sido el embeleso de los reyes y el alma del gobierno español, marchaba, con el traje de gala, manga corta, descotada en grado eminente, sin un mal abrigo, y lo que es mas, hasta sin merienda, tiritando y dando diente con diente, haciendo calendarios sobre el aguinaldo de Noche-buena con que le reina acababa de obsequiarla. Entretanto Isabel Farnesio y Felipe V, unidos ya en Guadalajara, hacian juntos la colacion muy alegremente.

Parte moral.—No sino andaos criticando peinados, y proponiendo enmiendas á prendidos.

SIGLO IDEM.

Año 1800.—Aguinaldo á Napoleon.—Parte histórica.—Era la Noche-buena de aquel año, cuando al pasar el primer c6nsul de Francia por la calle de S. Nicasio, yendo á la 6pera, le obsequiaron los *chouanes* con aquella granizada de almendras y barras de turr6n que vomit6 la famosa máquina infernal.

Parte moral.—El ciudadano que conducia la máquina, se llama *Carbon*. ¡C6mo no habia de tener aquel hombre el alma negra? *Convenient rebus nomina sæpe suis*. Por fortuna Bonaparte no prob6 el aguinaldo, y se salv6 milagrosamente; y por fortuna tambien en las confiterías españolas no se conoce la fabricacion de semejantes pastas.

SIGLO XIX.

Año 1824.—Cr6nica teatral de Noche-buena.—Todo hist6rico.—Era costumbre en Valladolid representar en semejante noche los artesanos, y estos los menos sanos de cada arte, comedias alusivas á los misterios de estos días. En la del año 24, año que lo fu6 allí, como en muchas otras partes, de persecucion contra los liberales, vulgo *negros*, representaban la adoracion del Niño de Dios en Belem. Mas como tenia que salir á la escena un *Rey Negro*, viéronse los actores en grande conflicto y apuro: salv6ronle, sin embargo, perfectamente, suprimiendo el papel, y reduciendo la Epifanía á solos dos reyes, no sin

presentarse en el escenario el rey Baltasar á decir á tan respetable público: "*Señores, este año, nuestro compañero el rey Negro, no se ha atrevido á venir con nosotros por mor de las circunstancias: vdes. le disimulen.*"

Año 1836.—Aguinaldo bélico.—Parte histórica.—El sitio de Bilbao. La espada de Luchana.

Parte moral.—No es esta ocasion de moralizar sobre espadas; y vamos á la última efeméride.

Año 1857.—Aguinaldo periodístico.—Parte histórica.—Grande alboroto en la redaccion de un periódico el día de Noche-buena. Todos se alarman, todos corren azorados. ¿Qué será? ¿qué no será?—Es que se ha oido un ruido sospechoso, así como el gruñe-gruñe de un perro.— ¡Ave María Purísima! exclamé yo que me hallaba presente. ¡Y por tan poca cosa tanta alharaca y tanto susto?—Y todos nos dimos á reconocer el local.

Mi dicho, mi hecho. Allá en el rincon de una pieza encontramos un can así tamaño, gruñendo y en ademan de roer, puesto que en la redaccion no se come.—Y haciendo un esfuerzo de valor nos aproximamos más.... Observamos.... y el sobresalto y el temor se trocaron en algazara y risa al advertir que lo que roía era un papel.—"Si es un papel!" exclamamos todos, burlándonos de nosotros mismos.

Pero de nuevo nos sobrecogió una especie de estupor, cuando vimos al can levantar muy gravemente la cabeza, mirarnos de hito en hito, y tomando el habla humana, al modo de los perros dialoguistas de Cervantes, decirnos con una voz, que parecía ladrido: "Ahora veréis si es hueso ó es papel."—Y tomándole en la boca, le puso con mucha pulcritud en manos del director. Desplegó éste, y todos leímos clara y distintamente en letras gordas, "EFEMÉRIDES."—Y añadió el Berganza aquel con

mucha prosopopeya: "¿No son las efemérides el hueso de un periódico?"—Entonces todas las miradas se volvieron á mí: yo callé, tragué la especie, y me reservé decir á su tiempo al director de EL BELEM.

Parte moral.

Ya que hasta ahora el hueso me ha tocado,
Y ya que le he roído y apresado,
Justo y equitativo hallo tambien,
¡Oh ilustre director de este BELEN,
Que al de las efemérides autor
Le escojas de tu mesa lo mejor,
Y en indemnización y contrapeso,
Hagas le corresponda
Tajada limpia y monda,
Y succulenta y sólida y sin hueso.

SEGUIDILLA ADICIONAL.

Aunque esto fuera cosa
del otro jueves,
Lo repito esta noche,
cene ó no cene.

Pues que la cena
es gracia *gratis data*
de Noche-buena.

FR. GERUNDIO.

GACETILLAS.

HISTORIA DEL BESUGO.

Estando Jove de broma,—hizo una bola de lodo,—y la dejó suspendida—en dos escarpas ó polos.—Con sartenes y cazuelas—repletas de agua hasta el colmo,—formó el mar Caspio y el Negro,—y el Océano y el Rojo.—Allí puso las ballenas,—y las sardinas y el congrio,—y las truchas y los truchos,—y las ostras y los ostros.—Dió á tan dulces animales—su sociedad y buen tono,—con sus *buffets* bien provistos—de material para sorbos.—En sus cristalinos pueblos—son libres é iguales todos,—por cuya causa á los flacos—se los engullen los gordos.—Allí tienen eminencias,—capacidades de á folio:—las ballenas, por ejemplo,—animal de tomo y lomo.—Es por allá el bacalao—lo que el sabio entre nosotros,—que solo seco y difunto—vale dinero y elogios.—El guerrero pez-espada,—los tiburones heroicos,—tienen la fuerza en sus pinchos—y la razon de accesorio.—Muy compuestas las sardinas—hacen lo que aquí los pollos:—meterse por todas partes,—y ser en todas estorbo.—Mas entre tantos pescados—voy á ensalzar uno solo,—que es útil como ninguno,—y modesto como pocos.—¡Qué de veces en la mesa—le visteis llenos de gozo,—adornado de limones—con agrias bandas de oro!—¡Cuántas, mascando sus carnes,—esclamasteis cariñosos:—“¡oh qué rico!” cual esclama—madre que besa á su orro!—Mil hermosas doncellitas—quisieran tener sus ojos,—y su tiesura y su empaque,—cien sabios que yo conozco.—Envidia es de los banqueros—la

plata que hay en su lomo,—y su hablar sin decir nada,—de oradores filosóficos.—La antigüedad le adoraba,—este es un hecho notorio:—vedle en medallas grabado,—miradle esculpido en pórticos.—Y hasta en las danzas del cielo,—de Piscis con el pseudónimo,—por compañero le admiten—Aries, Tauro y Capricornio.—En él montando á la inglesa,—segun refiere Herodoto,—pasaba Juno los mares—cuando viajaba de incógnito;—y á la *Daumont* dos besugos—*malgré* Neptuno y Eolo—en *char-à-banc* condujeron—los argonautas á Colcos.—Aquel animal parlante,—que allá en las playas del Ponto—daba noticias de Roma—al poeta nada romo;—aquel animal-correo—era un besugo de á folio:—él en cuartillas á Italia—trajo de Ovidio los lloros.

Otro que vió de la Caba—y Rodrigo los retozos,—dejó al monarca cesante—yendo al papá con el soplo.—¡Por quién tomáis chocolate,—y oís charlar á los loros,—y en humo de tagarninas—se deshacen vuestros ocios?—Por un besugo *turista*:—él dió el *plus ultra* famoso,—revelando el otro mundo—á aquel genovés piloto.—Nuestras civiles contiendas—y políticos enconos—por comer besugo empiezan,—y se acaban en lo propio.—Y hay en todos los partidos—besugos sabios y tontos,—y estos sirven de escalones—por donde trepan los otros.—Y este pez de tanto *genio*,—que merece tal encomio,—llega á buscar en la corte—de las pascuas el jolgorio.—*Vivito viene y colea*,—segun las voces que oigo,—y frescas mantas de nieve—son su gaban y su forro.—Con apetito acogedle—de vuestro vientre en el fondo,—y Dios os dé buenas pascuas—sin médicos y sin cólicos.

GONZALEZ DE TEJADA.

—Anoche se hizo el drama—*Los pavos y el cuchillo*,—que fué muy bien mascado,—si no muy aplaudido;—en él salieron monas,—tambores y chiquillos,—y de turrón y frutas—hubo abundantes ripios.—Sus cenas son notables,—muy dulce su principio,—y tiene su argumento—cierto sabor á vino.—Ya nos ocuparemos—en masticar el mismo—en la sección que llenan—las muelas y colmillos.

GONZALEZ DE TEJADA.

Yo me doy el parabien
De haber sido convidado;
Porque nadie aquí ha probado
De la torta de Belen.

F. M. DE LA R.

SECCION RELIGIOSA.

SANTO DEL DIA. *S. Masco, S. Cenon y Santa Coma*.—

VIGILIA con abstinencia,—y visita de mazmorras.—

CULTOS. Es la Noche—buena—se humana el Dios de la gloria.—En la casa de MOLINS están las cuarenta Bocas,—y denantes de las doce,—las poéticas cotorras—entonarán el motete—*Me miras y no me tocas*,—sobre aparador cubierto—de finísimas estofas—magníficos *relipavios* | viendo en fuentes y en ampollas.—A media noche por

filo,—depuestos bullicio y bromas,—convertido será en templo—el salon de ROCAMORA,—y merced á Breve autógrafa—del Padre Santo de Roma,—dirá en él la santa misa—el buen prelado de Córdoba.—Terminado el sacrificio—de la Inmaculada Hostia,—quedarán libres del público—las mandíbulas devotas.—

SE MASCA de *San Gallicio* (de corpulencia golosa);—de *San Mero y Besugado*,—mártires de nuestras costas;—de *San Claro* que es patrono—de las jerezanas lomas,—y *S. Tinto de Burdeos*,—famoso en palabras y obras. Se descubrirá la imágen—del *Beato de Jijona*,—y el mazapan de Toledo—(dignidad harto notoria)—le incensará de mil frutas—con escogidos aromas.—

PREDICARÁ *Fr. Gerundio*,—y dirán jaculatorias—lós rectores y canónigos—de la *historia y la española*.—

CONTINUA el novenario—de rabeles y zambombas,—aunque son ya periodistas—los vates de arpas eólias.—Habrá procesion de pavos,—conjunto de voces roncás,—y *Santo Dios y Te Deum*,—devoradas *sexta y nona*.—Hoy se *come totum duplex*;—color de *llena-bartola*,—que el Redentor ha nacido—y está el cristiano de gorja.—

ORACIONES. *Deus meus*.—*Pro patria et regina nostra*.—*Pro principe nuper nato*,—*ad majori Regni gloriam*.—

INDULGENCIAS. Ganaránse—por MOLINS y su señora—orando, y por la ventura—de las letras españolas.

CERVINO. 

ANUNCIOS.

El momento es oportuno—para comprar muy barato,—en casa del Maragato,—el *seso* de un importuno!—y el *corazon* de un ingrato!—Sin doblez y sin amaños,—se abre pública almoneda—de todos los desengaños—que de la vida en la rueda—dan las niñas!!! y los años!!!—De la *patria* un *padre* tierno—que dispone de su eterno—fiel distrito *natural*,—solicita del gobierno—una indirecta oficial.—Habiendo cierto *marqués*,—por fingir lo que no es,—quebrantado su fortuna,—de sus *deudas* la *Laguna*—se negocia en *Lavapiés*.—A los que están en *Belen*—todo el año, sin más pena—que por *Julio* algun vaiven...—de turrón la *Noche-buena*—hoy les brinda rico Eden.

EULATE.

SIRVIENTES.—Dimas de Algarra—desea colocacion;—es fiel, y dará leccion—de cantar y de guitarra.—Sabe de hacer mazapan;—de administracion de rentas,—y toda clase de cuentas—en francés y en aleman.—Afeita, corta los callos—y guisa con perfeccion,—y guiará á la Daumont—406 caballos.

ALMONEDA VERDADERA—CON GRAN REBAJA EN LOS PRECIOS.—En la calle de la Bola,—que lleva á la del Fomento.—Hay varias telas inglesas,—de las fábricas del reino,—dentaduras de hipopótamo—para uso de ambos sexos,—pomada del doctor Calvo—para hacer crecer el pelo,—y extracto de bacalao,—que robustece los nervios.

TEJADA.

AL CLAVEL SENTIMENTAL.

ALMONEDA UNIVERSAL.

GÉNEROS DE ESPAÑA Y FRANCIA.

HAY UN SURTIDO ESPECIAL.

BARATURA Y ELEGANCIA.

OBJETOS DE SEÑORITAS.—Ahuecadores hermosos,—como lágrimas perlitas,—cordones para perritas,—y cadenas para osos.—Elixir de convulsiones,—gemelos *deslumbrante-amante*,—anzuelos de corazones—y esencia de amor constante—en pomitos sin tapones.

OBJETOS DE CABALLEROS.—De chupaseso sombreros,—guantes de pego y de salto,—cajas de juicios *sinceros*,—barras de lealtad de asfalto.—Polvos de mata conciencias.—Para coburgos *esposas*.—Para altas inteligencias,—de oro mordazas preciosas,—adornadas de escelencias.

Vamos, pues, que el tiempo pasa:—no hay que perder la ocasion;—que hace balance la casa,—y la tienda se traspasa—para un puesto de turrón.

DACARRETE. ®

PERDIDA.—Un redactor de un periódico—ha perdido una gramática:—libro en dozavo, á la rústica,—con las hojas sin cortar.—Será en el hallazgo espléndido:—que escribe artículos críticos,—y le hace falta el opúsculo—para ponerse á estudiar.

COMUNICADO.

EXMO. SR. MARQUES DE MOLINS.

Al señor marqués de Mo-
Atentamente salú-
El que suscribe transfú-
De la cena de esta nó;-
Pero de almendras la só-
Aunque es plebeya comi-
Suele por costumbre anti-
Que se conserva en su cá-
Con el besugo y cascá-
Apurar siempre en fami-

FIGUERA.

ALHÓNDIGA.

Al portal de la Estrella
Plaza de vida,
Ha llegado una carga
De maravillas;
Mientras la canto,
Oid cuatro palabras
Del que la trajo:

Es un Niño-Dios Hijo
De Eterno Padre,
Concebido en el seno
De Virgen Madre.

¡Prodigio insigne!
¡Un Dios-Hombre, nacido
De Madre Virgen!

Sobre troncos floridos
De *Fe* sencilla,
De *Caridad* regados
Con aguas vivas,

Trae en su carga
Unos frutos llamados
De la *Esperanza*.

El zumo de esos troncos
Tiene tal fuerza,
Que es pasto y medicina
De almas entecas.

Con poca dosis,
Puede, quien bien la toma,
Volcar los montes.

De las aguas que riego
Dan á esos troncos,
Viene un licor llamado
El mata-enconos;

Con otro nombre
Los ángeles lo llaman
Agua de amores.

Hecha con miel de violas
Viene en conserva
Una fruta que el mundo
Llama *Modestia*;

Pues en el cielo,
Humildad es el nombre
 Que le pusieron.
 Embutido en hojalde
 De rosas blancas,
 Viene el manjar que gustan
 Las almas *castas*;
 Vale muy caro,
 Desde que por las nubes
 Lo ha puesto el diablo.
 Sabrosa y nutritiva
 Y siempre fresca,
 Viene, en fin, de estos frutos
 Una paella,
 Que el mundo llama,
 Aunque no la conoce,
 La *Paz* del alma.
 De este turrón, amigos,
 Llenad el cesto.
 Pues lo dá á manos llenas
 El Nazareno.
 Corred aprisa
 Al portal de la Estrella
 De Palestina.

TEJADO.

FOLLETIN.

DOLORA.

TODO ES UNO, Y LO MISMO.

[Axioma de Scheling.]

A MI AMIGO EL MARQUES DE MOLINS.

PRIMERA PARTE.

A lo ideal por lo real.

I.

Juan amaba tanto á Luisa,
 Como á Luis queria Juana,
 Y aunque me esponga á la risa
 De la multitud liviana,
 Diré que su simpatía
 Rayaba en tales extremos,
 Cual la que tener podemos
 Tú á tu esposa, y yo á la mia,
 Sí, marqués, no os cause espanto
 El que ponga frente á frente
 Su encanto con nuestro encanto;
 Pues podeis creer firmemente
 Que, aunque no se amasen tanto,
 Se amaban inmensamente.

II.

Mas la muerte, esa tirana
Que siempre el mal improvisa,
Llevándose á Juan y Juana,
Solos dejó á Luis y á Luisa.

III.

Llorando la mala suerte
De los dos que se murieron,
Los vivos casi estuvieron
A las puertas de la muerte.
¡Siempre á nuestra vida humana
Es otra vida precisa!
Así Luis quedó sin Juana,
Como al perder á Juan Luisa,
Sin que nadie amenguar pueda
Las lágrimas, ¡ay! que llora;
Como se queda el que queda
Cuando al que se va se adora.

IV.

Desde entonces, poco á poco
Tan loca ella, como él loco,
Por cuantos sitios frecuentan
Marchan con pasos inciertos,
Tan tristes! tan pensativos!.....

Que parece que alimentan
Las almas de los dos muertos
Los cuerpos de los dos vivos.
Y al verlos, tan solo atentos
A su ventura ilusoria,
Sombras de dos pensamientos
Que alumbran desde la gloria,
Llama la gente liviana,
Sirviendo al vulgo de risa:
—“La loca por Juan”—á Luisa,
Y á Luis—“el loco por Juana.”—

V.

Luisa feliz! que en un duelo
Toda su delicia encierra,
Cual ángel que por la tierra
Cruza de paso hácia el cielo!
Sueña, sueña, ángel hermoso,
En tu dicha malograda;
Porque la dicha soñada
Es un sueño tan dichoso!.....
Dichoso Luis!—Sus tormentos
En su ensueño delicioso
Trueca en bellas ilusiones;
Lo que es horrible, en hermoso;
La realidad, en visiones;
Días de angustia en momentos.....
¡Una y mil veces dichoso
Aquel que sus sensaciones
Transfigura en pensamientos!

SEGUNDA PARTE.

A lo real por lo ideal.

I.

Rogar con cierto misterio
 En un cierto cementerio
 Una sombra se divisa:
 Es que por Juan reza Luisa.
 Otra sombra que hay cercana
 Es Luis que ruega por Juana.
 Se lamentan los dos vivos
 Por sus muertos respectivos
 Con corazon tan ardiente
 Que, al mirarse frente á frente,
 Dicen la una y el otro:
 —“Qué importuna!”—“¡Qué importuno!”
 Y Luis huyendo de Luisa,
 Y Luisa de Luis huyendo,
 Se marchan, casi corriendo,
 Y corren, casi de prisa.

II.

En el mismo cementerio,
 Y con el mismo misterio,
 Se hallan los dos otro dia,
 Y mientras Luisa exclamaba:

—“Cuando mi amante vivia,
 “Lo hallaba donde lo hallaba,
 “Y hoy que en la tumba me espera
 “Su sombra está donde quiera.”—
 Causando quejas amantes
 Dice Luis del mismo modo:
 —“Si todo estaba en tí antes,
 “Ahora tú estás en todo.”—
 Y esta vez menos esquivos,
 O de agradarse más ciertos,
 Despues de orar por los muertos
 Se hablaron algo los vivos.

III.

Desde entonces los amantes
 Dijeron, siempre con fuego,
 Una larga oracion antes,
 Y un corto diálogo luego;
 Mas, consignar bien importa
 Que, despues de algunos dias,
 Se fueron haciendo cargo
 Que la oracion ya era corta,
 Y el diálogo era ya largo.

IV.

Saliendo del cementerio,
 Mas ya sin ningun misterio,
 Se miraron otro dia
 Diciendo ¡quién lo creeria!

“¡Es buen mozo!”—“¡Pues es bella!”
—“Pero aquel!”—“Ay! Pero aquella!”...
Y ella de amor suspirando,
Y Luis, aun de amores loco,
Ya no corren, van marchando;
Pero marchan poco á poco.

Así el buen mozo y la bella,
Al promediar la semana,
¡Oh fidelidad humana!
—“Se parece á Juan!”—dice ella;
Y él dice—“parece Juana!”—
(¡Pobres Juana y Juan!) Dicho esto
Uno con otro se junta,
Haciéndolo él por supuesto
En honor de la difunta;
Y ella admitiéndole al lado
Con temor, aun no fingido,
Pues si el vivo era ya amado
Aun el muerto era querido.

VI.

Mas era tal la insistencia
De su enamorada mente
En dar á su amor presente,
De su muerto amor la esencia,
Que su alma, siempre indecisa,
Cree que está viendo realmente

En Luis, de Juan la presencia,
La sombra de Juana, en Luisa;
Y es que nuestro sentimiento,
Por arte de encantamiento
Haciendo cuerpo la idea,
Y lo ya muerto existente,
Transfigura eternamente
Lo que ama en lo que desea!

VII.

En conclusion: cuando se aman
Con un amor verdadero,
Así mutuamente esclaman:
—“Como á él y por él te quiero!”
—“Te amo como á ella, y por ella!”
Y así el buen mozo y la bella,
Fingiéndose vivo lo muerto,
Y haciendo falso lo cierto,
Que eran los muertos creían,
Creyendo lo que querían:
Y desde entonces, el duelo
Trocando todos en risa,
Luisa á Luis, y Luis á Luisa,
Despues de aquella semana
Se prestan mútuo consuelo;
Creyendo que Juan y Juana
Harán lo mismo en el cielo.

CAMPOAMOR.

EL PARNASILLO DE MADRID.

NOVELA ESCRITA EN CASTELLANO

POR TORRESECA Y LLANO.

CAPÍTULO FINAL.

LA QUINTA CENA QUE TUVO EL PARNASILLO EN
NOCHE-BUENA.

Diez años y otros cinco han trascurrido;
 El siglo iba á contar cincuenta y siete,
 Y el vetusto café, mal enlucido,
 Ya ni provecho ni solaz promete.
 Era una noche de Diciembre helado,
 Y el Parnasillo en masa
 Invade la ancha casa
 Donde vivió Jordan, calle del Prado.
 Allí Mariano habita,
 Y aunque hoy su escudo ostente
 Del marquesado de Molins la enseña,
 Nunca el laurel desdeña
 De insigne vate, que ciñó á su frente;
 Y dichoso en amores,
 Sus gustos satisface,
 Gozando en dulce enlace
 Beldad, hijos, quietud, bienes y honores.

Cada semana un dia
 Nuestro marqués, con generoso anhelo,
 A la apolínea grey su puerta abria,
 Y ya en pródiga mesa,
 Ya en decidor estrado,
 Con su ingenio lograba y con su agrado
 Universal aplauso la marquesa;
 Y la festiva noche, en que al estruendo
 De cánticos y címbalos sonoros,
 Los celestiales himnos repitiendo,
 Eco es Belem de pastoriles coros,
 De antemano invitados, concurrían
 A la morada susodicha: oían
 Misa con fé sincera,
 Que aunque amigos de númenes paganos,
 Ellos eran, al fin, buenos cristianos;
 Y luego celebraban
 Opíparo festin, en que apuraban
 El rigor incansable de sus dientes;
 Y en cada libacion, que eran frecuentes,
 Gracias á Dios y á su Anfitrión mandaban.

Pues la noche del año que refiero,
 Fué mayor el concurso que el postrero;
 Verdad es que la cena
 Fué de todas, si cabe, la más buena.
 ¡Cuántos rostros de jóvenes lozanos!
 ¡Qué novedad de nombres!
 Los que vimos varones, hoy ancianos;
 Los que entonces nacieron ya son hombres.
 Tal Absalon demente,
 Que ostentaba pomposa cabellera,
 Hoy hace plaza de la adusta frente,
 Y es bien apellidarle calavera.

Però viven al fin, y en su memoria,
 Como en sagrado templo,
 Blasones tienen de perenne gloria
 Los que á su lado faltan, no á su ejemplo.
 Viven, y de la suerte al trance vario
 Oponen pecho igual, ya cuando asisten
 Del trono al esplendor, ó que conquisten
 La peligrosa elevacion de Mario;
 Ya si en oscuro olvido
 Su ingenio alientan de diversos modos,
 Pues tornan al estadio apetecido,
 Ninguno rico, pero alegres todos.
 Uno de los antiguos, recordete,
 Entrecano y cenceño,
 Moreno, cejjunto y de hosco ceño,
 (No es su nombre importante)
 A quien pintó Esquivel como de paso
 En su célebre lienzo del Parnaso,
 Alcanzando un *in cuarto* de un estante,
 Dijo, "Quiero brindar;" y si bien era
 De escasa autoridad y poca maña,
 Al verle diputado de Champaña,
 Le atendieron, y habló de esta manera:
 "Sí, dejadme brindar: tambien mi lira
 Con vuelo audaz á remontarse aspira;
 Tambien arde en mi mente
 Fuego de inspiracion, y renovado
 Su ímpetu juvenil el alma siente.
 Que de ominoso hado
 Logre por fin el día
 En que pueda mi amor alborozado
 Triunfadora aclamarte, oh patria mia,
 Y de los dones llena

Con que responde á tu anhelar natura;
 Ni al Támesis su pompa mal segura,
 Ni su esplendor envidiarás al Sena.

"Vosotros, esperanza
 De la madre comun, en cuyos años
 Anticipada su ventura alcanza,
 Llevad á los confines más estraños,
 Al par que vuestro nombre, su alabanza,
 No en son de infausta guerra,
 Mas el cándido lábaro arbolando
 De bienchora paz; que ya la tierra
 De tan vil servidumbre emancipada,
 Sus frutos niega á la avarienta espada.

"De oliva vuestras manos
 Ornad: benigno el cielo
 Españoles os hizo: sed hermanos.
 Esta de altos ingenios asamblea,
 Que del más bello sol, canta la aurora,
 La fé mostrando con que á Dios adora,
 Dechado á todos de concordia sea.
 Y pues ya resplandece
 Sobre la tierra que gimió cautiva
 La paz que el nuncio del Señor ofrece,
 Gócela el mundo, y que perpetua viva."

Esto el rechoncho dijo;
 Mas su discurso pareció prolijo.
 Otros despues siguieron
 Que celebrados con justicia fueron,
 Compitiendo en aciertos y primores
 Los viejos y los nuevos trovadores.
 Media noche contaban las estrellas—
 Misántropo allí habia,
 Esperanzado en que le hallase el día

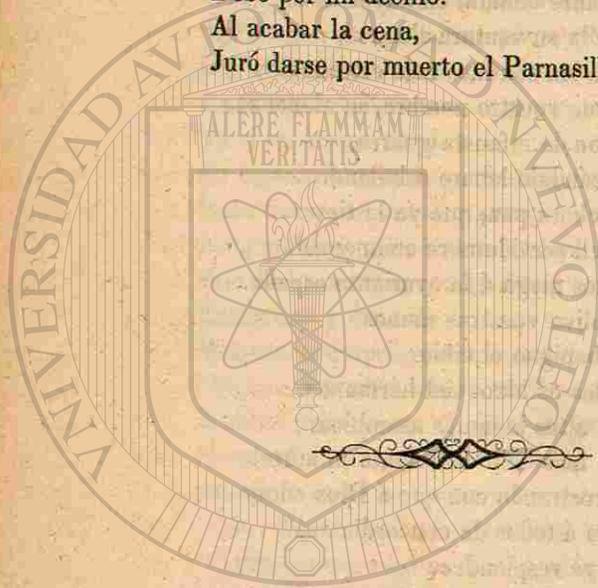
Al amor de los platos y botellas,
Y hecho un tremendo Oréstes,
Hubo de irse á las tres, lanzando pestes.

Así, lector, aunque me cueste pena,

Debo por fin decillo:

Al acabar la cena,

Juró darse por muerto el Parnasillo.—



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCION GENERAL DE

LA NOCHE-BUENA.

Si la naturaleza se regocija día por día cuando tras la noche aparece el sol, ¿cómo no deberá regocijarse la humanidad al contemplar el Sol de libertad y de justicia que apareció tras noche larguísima de esclavitud y de pecado? Por eso canta la Iglesia:

“Palpita de alegría ¡oh colina de Sion! ¡Hijos de Jerusalem, revestíos los vestidos de fiesta y entonad nuevos cantares! ¡Levantaos, Jerusalem, y sacudid el polvo del cabello; romped la cadena atada al cuello; alzaos, que el Salvador llegó! Fuisteis vendida y el Señor os rescata: cantad, Jerusalem!—Dijo el Señor: Asuero oprime al pueblo; la injusticia y la crueldad pesan sobre él, y yo he de libertarle. Otras veces yo hablaba, y ahora.... vedme aquí.—La abundancia y la paz se levantan con el día del Señor.”

¿Pero qué sol es ese que asoma en el horizonte de la humanidad? ¿Quién es ese recién nacido que inspira tales cánticos de alegría á la Iglesia? Oigamos de nuevo á la Esposa de Jesucristo.

“El Señor que ha nacido, se llama Admirable, Príncipe de la Paz, Padre de los siglos futuros. El reino del Señor no tendrá fin. ¡Bendito aquel que viene en el nombre del Señor! Dios, el Santo, el Fuerte, el Inmortal, hoy nos aparece.—Cielos, entonad cánticos de alabanza: tierra, alegraos, que el Señor tuvo piedad de su pueblo y le consuela.”

Estas son algunas de las palabras de la Iglesia cuando celebra año tras año el nacimiento del Salvador. Y la alegría que impera bajo las altas bóvedas de los templos,

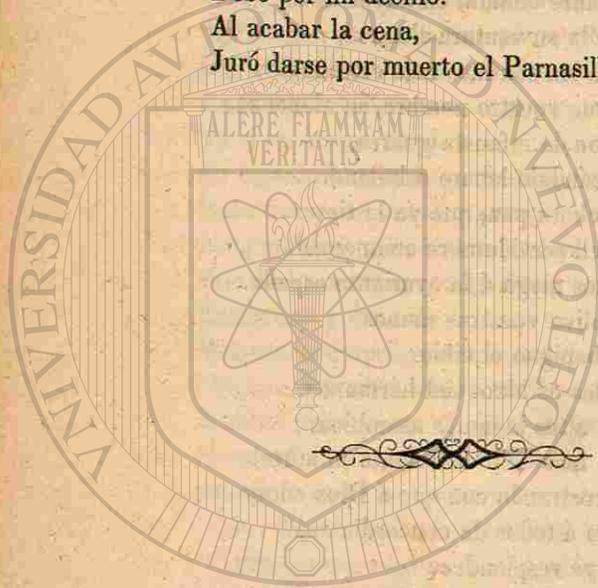
Al amor de los platos y botellas,
Y hecho un tremendo Oréstes,
Hubo de irse á las tres, lanzando pestes.

Así, lector, aunque me cueste pena,

Debo por fin decillo:

Al acabar la cena,

Juró darse por muerto el Parnasillo.—



LA NOCHE-BUENA.

Si la naturaleza se regocija día por día cuando tras la noche aparece el sol, ¿cómo no deberá regocijarse la humanidad al contemplar el Sol de libertad y de justicia que apareció tras noche larguísima de esclavitud y de pecado? Por eso canta la Iglesia:

“Palpita de alegría ¡oh colina de Sion! ¡Hijos de Jerusalem, revestíos los vestidos de fiesta y entonad nuevos cantares! ¡Levantaos, Jerusalem, y sacudid el polvo del cabello; romped la cadena atada al cuello; alzaos, que el Salvador llegó! Fuisteis vendida y el Señor os rescata: cantad, Jerusalem!—Dijo el Señor: Asuero oprime al pueblo; la injusticia y la crueldad pesan sobre él, y yo he de libertarle. Otras veces yo hablaba, y ahora.... vedme aquí.—La abundancia y la paz se levantan con el día del Señor.”

¿Pero qué sol es ese que asoma en el horizonte de la humanidad? ¿Quién es ese recién nacido que inspira tales cánticos de alegría á la Iglesia? Oigamos de nuevo á la Esposa de Jesucristo.

“El Señor que ha nacido, se llama Admirable, Príncipe de la Paz, Padre de los siglos futuros. El reino del Señor no tendrá fin. ¡Bendito aquel que viene en el nombre del Señor! Dios, el Santo, el Fuerte, el Inmortal, hoy nos aparece.—Cielos, entonad cánticos de alabanza: tierra, alegraos, que el Señor tuvo piedad de su pueblo y le consuela.”

Estas son algunas de las palabras de la Iglesia cuando celebra año tras año el nacimiento del Salvador. Y la alegría que impera bajo las altas bóvedas de los templos,

se hace extensiva á las ciudades, á las aldeas, á la choza mas humilde. Anúnciala en las ciudades la voz sonora de las campanas á media noche, y en el campo la difunden los cánticos piadosos de las gentes sencillas y buenas.

¡Qué hermoso tiempo es este! En nuestro pais no hay la costumbre de guardar en los antiguos castillos el tronco de árbol llamado de Navidad, que arde en la chimenea durante la misa y la cena, y cuyo brillo se apaga únicamente á los resplandores del alba de Pascua. Esta costumbre, que aun es observada en algunos lugares de Francia, no puede ser imitada en México, donde ni tenemos castillos, ni el clima permite que se enciendan las chimeneas. Aquí no se cubre el suelo de nieve como en Europa durante el invierno; pudiéramos decir que el cielo está mas despejado y sereno que en el estío, y que el único estrago que se nota es la falta de hojas en los árboles: hay flores de invierno, hay pájaros que cantan en el invierno, hay piadosas alegrías que solo en el invierno vienen á conmovernos: una de estas piadosas alegrías es seguramente la de Noche-buena. ¡Cómo nos regocija á la hora de media noche el repique general de las campanas armoniosas de México! ¡Cuánta gente inunda las calles bañadas por la luz de la luna de Diciembre! ¡Qué espaciosa se ve la plaza y cuán altas las torres de la catedral! Y luego, en el interior de aquel templo vasto y sombrío, magnífica obra de nuestros antepasados, cómo agrada oír los cánticos religiosos de Noche-buena! ¡Cómo se pierde casi la voz de los sacerdotes en ese bosque de columnas y de altares!

Personas algo menos piadosas se entregan á los placeres de la mesa: la cena de esta noche de alegría debe tener lugar á las doce; reúnen las familias, y al rededor de los manjares y del vino se estrechan los lazos del pa-

rentesco, la amistad y el amor; recuérdanse los años anteriores, y formúlanse votos por la felicidad de los años futuros. Entretanto, el silencio y el sueño no imperan esa noche sobre los vecinos de la capital: óyese un ruido sordo y continuo, formado por las mil y una voces de las personas que conversan, cantan ó rien: las calles están llenas de transeuntes, y por el rumbo de Corpus-Christi hay multitud de puestos de comestibles, por entre los cuales se pasean todas aquellas gentes que tratan de pasar la noche en vela, por solo el gusto de decir al dia siguiente "no me acosté anoche."

Es imposible que el tiempo de Noche-buena deje de despertar en todos los corazones cristianos el recuerdo de la infancia y de la juventud, asociado al recuerdo del lugar donde nacimos. ¡Qué alegría ha sentido uno cuando era niño y, al recorrer el huerto de la casa paterna, vió que se abrian ya las primeras flores de Pascua, ó sea las dahalias silvestres! Muchos dias antes habian venido á visitar nuestros sueños la perspectiva del nacimiento y del aguinaldo, la asistencia á la misa de gallo y las dulces horas de asueto que nos daba la maestra de amiga quitándose los anteojos, haciendo á un lado la disciplina, y deponiendo toda seriedad con los discípulos. Veíamos en las primeras horas de la noche, agitadas por el viento de Norte, las farolas de diversas formas que, desde el extremo de una vara y elevadas á mucha altura sobre los techos, indican en las ciudades cortas el lugar donde hay un nacimiento que ver, á semejanza de la estrella que condujo á los magos al humilde portal donde nació el Salvador de los hombres. ¡Pero dónde volveremos á hallar el encanto de aquellas *pastorelas* ejecutadas en el seno de las familias y á cuyos actores conociamos por sus nombres, lo cual no impedia que creyésemos salido del cielo

el cántico de "Gloria in excelsis Deo" y que nos asustase realmente la tremenda voz de Satanás! Los pastorcillos se han convertido tal vez en hombres de Estado, y siguen desempeñando el papel que les fué impuesto en la comedia humana; muchas de las tiernas pastoras son hoy madres de familia: unos son felices, otros son desgraciados, pero todos ellos dejaron de ser niños hace ya mucho tiempo y llevan adelantado largo trecho en la carrera de la vida. No queremos hablar aquí de los que han bajado al sepulcro; los compañeros y los amigos de la infancia no mueren jamas en nuestra memoria.

En las poblaciones cortas es, sin duda alguna, mucho mas animada la festividad de Noche-buena que en las grandes capitales: los lazos de amistad que unen á las familias son mucho mas estrechos y sinceros, al menos cuando las pasiones políticas no han derramado su veneno, ni sustituido los clubs á las alegres y honestas reuniones de la juventud de ambos sexos: allí se improvisan bailes llenos de animacion y de buen humor, y se procura acortar las largas horas de las últimas noches de Diciembre.

La misma alegría reina por lo comun en el campo. El mas infeliz proletario no deja de adornar con flores en esta festividad las imágenes santas, ahumadas por la leña que arde continuamente en su choza; es muy general que las familias de los hacendados ejecuten *pastorelas*, y entonces acude á presenciarlas toda la gente del campo de muchas leguas á la redonda. Pudiera aplicarse á la parte mas ignorante, aunque piadosa, de nuestros campeñinos, lo que el escritor norte-americano Washington Irving dice, hablando de las costumbres inglesas: "Algunas gentes creen que en la época en que se celebra el nacimiento del Salvador, el pájaro de la aurora canta toda la no-

che; que los espíritus malignos no se atreven á salir de sus antros; que las noches son tranquilas; que los planetas no ejercen su aciago influjo, y que las brujas y hechiceras no pueden ejercer sus sortilegios: tanta así es la santidad de esta época, llena toda de la gracia del Todopoderoso."

A causa de los recuerdos que la Noche-buena trae consigo para todos los corazones, tal parece que nos rejuvenecemos cuando llega; tal nos parece volver á la edad de la inocencia y de los juegos. El tiempo, sin embargo, nos va alejando mas y mas de aquellos dias; el corazon ha perdido acaso su frescura al contacto del mundo, y si la suerte nos ha sido contraria, obligándonos á vivir separados de nuestros padres y hermanos, se necesita el metal de una voz amada que nos anime en el seno de una sociedad indiferente y apartada de nuestra tierra natal; se necesita toda la alegría de la Noche-buena para que una nube sombría no nos venga á entristecer el alma.

¡Hermoso tiempo es éste! Tarde sale el sol por las mañanas y se pone muy temprano en el horizonte; pero las descomposiciones de la luz en el nacimiento y ocaso de aquel astro, así como el cielo azulado y sereno en que campea, no se ven ni en los dias mas hermosos del estío. Así Dios, por un especial favor á los habitantes de nuestro clima, ha querido que los pobres no sufran los horrores del frío, ni las campiñas los estragos de la nieve en la época de Noche-buena; ha querido que la naturaleza se adorne con sus mejores galas á fin de que el brillo y la animacion de los objetos exteriores, aumenten el júbilo que debe sentir todo corazon cristiano al conmemorar el NACIMIENTO DEL SALVADOR.

HIMNO

AL NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS.

CORO.

“Aromas se quemén de plácido olor:
Delante del Niño derrámense flores:
Adórenle reyes y pobres pastores,
Y cantos entonen al Dios salvador.”

Son bellísimos tus ojos,
Y rizado tu cabello,
Como alabastro tu cuello,
Pura tu boca infantil.
¡Qué agraciados son tus brazos!
Tus manos ¡qué delicadas!
Suavísimas tus miradas
Como las auras de Abril.

CORO.

“Aromas se quemén, &c.

Acostado sobre yerbas,
Estás ceñido de fajas,
Tú que el orbe desencajas
En las horas de furor.

¡En dónde apagaste el rayo?
¡En dónde dejaste el trueno?
Amor te acostó en el heno,
Te ha desarmado el amor.

CORO.

“Aromas se quemén, &c.

Juega en tu boca preciosa
Cierta inocente sonrisa,
Cual suele jugar la brisa
Con el botón de la flor.
Mas una lágrima pura
Miro rodársete ¡oh Niño!
¡Es el llanto del cariño,
O es el llanto del dolor?

CORO.

“Aromas se quemén, &c.

Tu linda y cándida Madre
Te dá besos y te mira,
Y te acaricia y suspira,
Pensando en Getsemaní.
Abrazate conmovida,
Y llora, y vuelve á los besos,
Al contemplar los escesos
De tu pueblo contra tí.

CORO.

“Aromas se quemén, &c.

Si los ángeles volando
Pasan de estrella en estrella,

Una criatura tan bella
 No han de poder encontrar.
 Desde tu rubio cabello
 Hasta tus gloriosas plantas,
 Eres hermoso y encantas
 El cielo, la tierra y mar.

CORO.

"Aromas se quemen, &c.

Mirad á ese pequenuelo
 Que tiene atadas las manos;
 Pues á griegos y romanos,
 Y al orbe dominará.
 Los héroes y los monarcas
 Son insectos á su lado;
 Y sobre el cielo estrellado
 Los luceros pisará.

CORO.

"Aromas se quemen de plácido olor:
 Delante del Niño derrámense flores:
 Adórenle reyes y pobres pastores,
 Y cantos entonen al Dios salvador."

MANUEL CARPIO.

FIN.

RELIGION CATOLICA

OPUSCULO

DEL CARDENAL DE LA LUZERNE

TRADUCIDO POR

JOSE MARIANO DAVILA Y ARRILLAGA

PRESE. DEL OBISPADO DE MICHOACAN



MEXICO

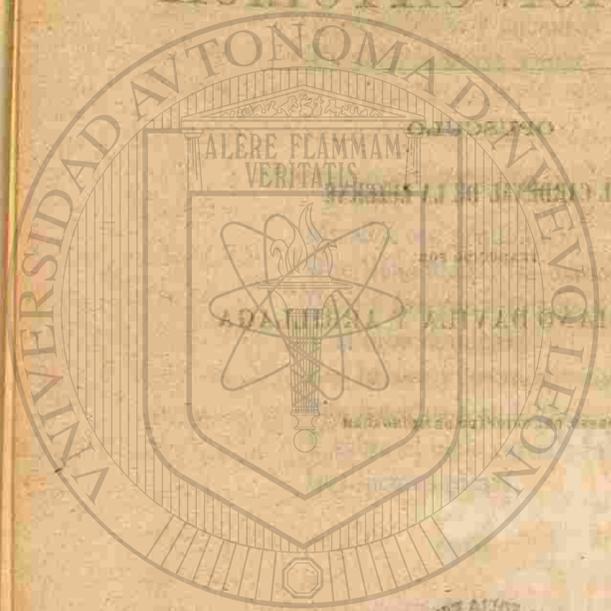
IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE

Calle de Cadena número 13

1858

DISCURSO SOBRE LA ESCOLENCIA

RELIGION CATOLICA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

MEXICO
LIB. DE ANDRADE Y ESCOBAR
Calle de Capatzen número 11

1878

por una continua de diez y ocho siglos de
se nos aguarde por las tentativas en nuestros dias
nos una heresia y de los tambien praver
que no dejemos de estar en un algun no
la mente, acerbada por el hombre enemigo en
el fértil campo que se nos ha entregado en
var. Pero caso en mente inquina las palabras
asociadas por la Fortuna a nuestros desgr
cuidos dias. No son ya hombres parciales, sino
la religion entre la que se ritos en equivo
no se limitan a un solo punto, han diri

DISCURSO SOBRE LA ESCOLENCIA

DE LA

RELIGION CATOLICA.

Al fundar Jesucristo su Iglesia, quiso que es-
tuviese siempre en un estado de guerra continua.
La ha establecido en el seno de las persecucio-
nes, y sostenido en medio de los cismas y here-
jías; le ha prometido su asistencia y vaticinado las
contradicciones. Vela sobre esta venturosa nave
y la dirige; mas no la conduce sino al través de
las tempestades y tormentas. Las puertas del in-
fierno no prevalecerán jamás contra la Esposa
amada de Jesucristo; pero la combatirán siempre.
Su historia es la de sus combates y la de sus
triumfos.

Instruidos por la palabra divina y por una es-

perencia continuada de diez y ocho siglos, debemos aguardar ver levantarse en nuestros tiempos otras herejías; y debemos tambien prever que no dejaremos de arrancar aun alguna nueva zizaña, sembrada por el hombre enemigo en el fértil campo que se nos ha encargado cultivar. ¿Pero acaso era posible imaginar las pruebas reservadas por la Providencia á nuestros desgraciados dias? No son ya dogmas particulares, sino la religion entera la que se ataca; sus enemigos no se limitan solo á estirpar las ramas, han dirigido la hacha á la raiz. Un contagio mas cruel que la herejía, ha atravesado los mares; de regiones infectadas del error, ha venido á corromper nuestras costas; de lo alto de la capital ha esparcido su funesto veneno á nuestras ciudades, y se esfuerza en difundirlo hasta sobre nuestras campiñas; su pestífero hálito se siente ya en torno de la cabaña del pobre y de los talleres del artesano. Un momento mas, y va á penetrar allí; irá á marchitar todas las virtudes y agotar todos los consuelos. ¿Y qué remedios serán practicables, cuando la masa entera estuviere corrompida? Este azote de nuestra generacion era desconocido á nuestros padres; su fé pura y tranquila ni aun sospechaba estas perniciosas máximas, tan acreditadas el dia de hoy; la religion era respetada hasta por los mismos que menos la practicaban, ó si la incredulidad existía en algun rincon del mundo

tímida y vergonzosa, se condenaba al silencio y ocultaba en el polvo su venenosa cabeza. ¡Oh oprobio del siglo presente! ¡Oh dolor de los que han sido reservados á él! Para mostrarse cristiano, es para lo que se requiere el valor; toda clase de fé es tratada de simplicidad, toda piedad de supersticion, todo celo de fanatismo; y mientras que con una libertad sin freno, la incredulidad no cesa de vomitar blasfemias contra la religion, ni injurias contra sus ministros, se queja de experimentar la intolerancia, y se representa como una víctima desafortunada de la persecucion.

¡No permita Dios que nosotros le demos la ventaja de combatirla con tales armas! La ley santa, de cuya defensa estamos encargados, nos ordena el reprender con moderacion á los que resisten á la verdad; este es el espíritu de la Iglesia de Jesucristo, este espíritu tan desconocido y calumniado en nuestros dias. Al detestar los errores, ama siempre á los que yerran; estiende los brazos hácia los que se le alejan, y los llama de nuevo á su seno; á todas sus injurias no opone sino bendiciones. No, jamas traicionaremos este ministerio de dulzura, que se nos ha confiado; defendiendo los derechos de la fé, mantendremos constantemente los de la caridad. ¡Oh hermanos nuestros extraviados! porque á pesar de vuestra oposicion, sois siempre nuestros hermanos; vuestros esfuerzos, por violentos que puedan ser, no llegarán jamas

á romper los lazos queridos y sagrados que nos unen á vosotros, y nuestra ternura será siempre mas fuerte que vuestra enemistad. ¡Que no os sea permitido ver en nuestros corazones los sentimientos fraternales que os profesamos, y que vuestra desgraciada ceguera hace todavía mas ardientes! Vuestra felicidad en el tiempo y la eternidad, hé aquí el objeto de nuestros mas vivos votos, de nuestras oraciones y cuidados, de nuestras lágrimas y tareas. Dejad de ver como perseguidores á hermanos que os aman, que desean comprar vuestra dicha con los mayores sacrificios, y enseñaros á cualquier precio cuáles son los sentimientos de que la religion los anima. ¡Oh vosotros todos, los que gozáis del inestimable bien de la fé! hacedla reconocer en sus obras; este es el auxilio que aguarda de vosotros; así es como debéis defenderla. Que sus mas encarnizados enemigos sean los primeros objetos de vuestra caridad; á fuerza de beneficios, obligadlos á confesar que la ley que han desconocido, no es ni ciega ni cruel. Así es como trabajando en la felicidad de nuestros perseguidores, alejaremos de nosotros la acusacion de fanatismo y de persecucion; é ilustrándolos, nos lavaremos de toda mancha de supersticion. Nosotros debemos fortificar la fé que se sostiene, afirmar la que comienza á vacilar, y, si es posible á nuestro celo, levantar la que ha caido. ¡Dígnese el Señor, cuya causa defendemos,

escuchar este voto de nuestro corazon! ¡Dígnese la infinita bondad que imploramos, suplir lo que falte á nuestros débiles discursos! ¡Dígnese esa gracia omnipotente, que se complace en obrar sus maravillas por los instrumentos mas viles, hacer escuchar á nuestros hermanos estraviados, la voz imperiosa que destroza los cedros, y de los mas ardientes perseguidores hace los apóstoles mas celosos. (arabasteb ob oibem origeo nam le es lat
— Nuestro objeto el dia de hoy no es el de presentaros las pruebas multiplicadas y victoriosas, que son los fundamentos de nuestra fé; ellas se encuentran espuestas en una multitud de escritos luminosos que la religion ha opuesto á la incredulidad. Nosotros creemos mas urgente todavía, haceros conocer esta ley santa que se desfigura para combatirla. En vuestros corazones es donde principalmente se la ataca; para alejaros con mas seguridad se hacen esfuerzos para hacérosla odiosa; se os pinta absurda su doctrina, su moral exagerada, su culto minucioso. Contra este género de ataque, pues, el mas peligroso de todos, vamos á fortificaros. Nuestro objeto es, menos el de haceros ver cuán verdadera es la religion, cuanto el de haceros sentir en qué grado es amable; no os daremos aquí otra prueba de su verdad sino su hermosura. Nuestros votos todos quedarán satisfechos, si podemos adheriros á ella mas fuertemente; nosotros creeremos haber alejado suficien-

temente de vosotros los peligros de la incredulidad, si llegamos á convenceros de que el cristianismo que combate, es el beneficio mas excelente que la humanidad pudo recibir; que es la religion más sublime en sus dogmas, más santa en sus preceptos y más augusta en sus ritos, que el entendimiento humano pueda concebir. Para haceros conocer mas perfectamente esta admirable ley (y tal es el mas seguro medio de defenderla), la tomaremos en sus fuentes sagradas; os presentaremos, así los oráculos divinos en que está consignada como los respetables monumentos de la tradicion que los han trasmitido hasta nosotros. De esta suerte quedaréis asegurados de que no os presentamos ninguna novedad; y estaréis al alcance de comparar las verdaderas lecciones del cristianismo con las que le atribuyen sus adversarios.

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

los manantiales de toda felicidad? Pero estas verdades sublimes que tanto importan al hombre conocer, era esencial que Dios se dignase comunicárselas. Él las ha colocado á una altura á que la razon jamás puede llegar. Solo Dios ha podido hacernos conocer á Dios. Considerad los progresos que la razon ha hecho en la religion, mientras Dios la ha dejado á su misma; juzgad de lo que puede producir, por lo que ha producido en un tan gran número de siglos, y en algunos han sido tan ilustrados. En cuales eran los dogmas de esas naciones célebres, que sobre otros tantos ob-

DOGMAS.

El primer beneficio de la religion, es el de agrandar el círculo de nuestros conocimientos. Nuestra razon es hecha para la verdad; ella lo reconoce en el ardor con que la solicita por todas partes. Orgullosa á la vez de sus luces, y corrida de su poca estension, se agita para engrandecerlas, y se esfuerza en todas direcciones para ampliar los límites que la circunscriben. Si el entendimiento humano es tan ansioso de conocimientos, por lo comun puramente especulativos, y que no tienen otro mérito que ser posesiones nuevas, agregadas á su dominio; ¿en qué estima no deberá tener aquellas verdades preciosas, que tienen con él las mas íntimas relaciones, le manifiestan su autor, le revelan su origen, le descubren su término, le marcan su carrera; son, en fin, los fundamentos de toda instruccion, los principios de toda virtud y

®

temente de vosotros los peligros de la incredulidad, si llegamos á convenceros de que el cristianismo que combate, es el beneficio mas excelente que la humanidad pudo recibir; que es la religion más sublime en sus dogmas, más santa en sus preceptos y más augusta en sus ritos, que el entendimiento humano pueda concebir. Para haceros conocer mas perfectamente esta admirable ley (y tal es el mas seguro medio de defenderla), la tomaremos en sus fuentes sagradas; os presentaremos, así los oráculos divinos en que está consignada como los respetables monumentos de la tradicion que los han trasmitido hasta nosotros. De esta suerte quedaréis asegurados de que no os presentamos ninguna novedad; y estaréis al alcance de comparar las verdaderas lecciones del cristianismo con las que le atribuyen sus adversarios.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

los manantiales de toda felicidad? Pero estas verdades sublimes que tanto importan al hombre conocer, era esencial que Dios se dignase comunicárselas. Él las ha colocado á una altura á que la razon jamás puede llegar. Solo Dios ha podido hacernos conocer á Dios. Considerad los progresos que la razon ha hecho en la religion, mientras Dios la ha dejado á su misma; juzgad de lo que puede producir, por lo que ha producido en un tan gran número de siglos, y en algunos han sido tan ilustrados. ¿En cuáles eran los dogmas de esas naciones célebres, que sobre otros tantos ob-

DOGMAS.

El primer beneficio de la religion, es el de agrandar el círculo de nuestros conocimientos. Nuestra razon es hecha para la verdad; ella lo reconoce en el ardor con que la solicita por todas partes. Orgullosa á la vez de sus luces, y corrida de su poca estension, se agita para engrandecerlas, y se esfuerza en todas direcciones para ampliar los límites que la circunscriben. Si el entendimiento humano es tan ansioso de conocimientos, por lo comun puramente especulativos, y que no tienen otro mérito que ser posesiones nuevas, agregadas á su dominio; ¿en qué estima no deberá tener aquellas verdades preciosas, que tienen con él las mas íntimas relaciones, le manifiestan su autor, le revelan su origen, le descubren su término, le marcan su carrera; son, en fin, los fundamentos de toda instruccion, los principios de toda virtud y



los manantiales de toda felicidad? Pero estas verdades sublimes que tanto importa al hombre conocer, era esencial que Dios se dignase comunicárselas. Él las ha colocado á una altura á que la razon jamas puede llegar. Solo Dios ha podido hacernos conocer á Dios. Considerad los progresos que la razon ha hecho en la religion, mientras Dios la ha dejado á sí misma; juzgad de lo que puede producir, por lo que ha producido en un tan gran número de siglos, de que algunos han sido tan ilustrados. Ved cuáles eran los dogmas de esas naciones célebres, que sobre otros tantos objetos han avanzado y parecen haber fijado los límites del entendimiento humano, y que han llevado sus artes á un grado que nosotros desesperamos alcanzar; examinad la teología de los genios profundos que esclarecieron al universo, de esos filósofos que sus siglos contemplaron con respeto, y los siguientes con admiracion, y de quienes los incrédulos de nuestros dias aun se vanaglorían ser imitadores; recorred sus incertidumbres, sus contradicciones, sus torpes errores sobre Dios y su Providencia, sobre la naturaleza, el origen y destino de la alma humana, sobre el primer principio y sumo bien: su ignorancia sobre la religion es tan asombrosa, como su superioridad en los otros géneros; de todos sus esfuerzos para llegar al conocimiento de las verdades celestiales, no hay uno solo de que el entendimiento humano

pueda gloriarse, y tal es la confesion que han hecho los mas esclarecidos de entre ellos, de su impotencia, y de la necesidad de una revelacion divina.

Esta revelacion, cuya necesidad habian reconocido los padres de la filosofia, Jesucristo la ha venido á traer á la tierra. La ha anunciado con la autoridad de un Dios, y probado por milagros. Así era como convenia que el género humano fuese ilustrado, y digno de la suprema sabiduría el sujetar la persuasion de la ley, que debe someter á todos los hombres, á pruebas de hecho, que estuviesen al alcance de todos los talentos. Así se encuentran conciliados los intereses de la razon humana y los de la fé divina. La autoridad sagrada, que es el principio de una y otra, ha marcado sus límites respectivos: los motivos de nuestra creencia, véase lo que forma el dominio de la razon; los objetos de ella, hé aquí lo que compone el imperio de la fé. Que la razon ejerza libremente su soberanía; que juzgue con independencia las pruebas del cristianismo: lejos de combatir los derechos de la razon, la misma religion los consagra. Nuestro divino Legislador exhortaba á los judíos al exámen de su autoridad; sus apóstoles invitaban á lo mismo á los paganos; nuestros padres han convidado á él constantemente á los extraviados de todos los siglos, y nosotros los oponemos todavía con confianza á la moderna incre-

dulidad. Jamas temeremos ver trastornado el cristianismo, por los medios que lo han establecido, á pesar de tantos obstáculos, y sostenido, en medio de tantos enemigos.

De esta manera, nuestros dogmas sagrados, aun los que la razon no puede comprender, se han hecho creibles por la razon. El primer carácter de nuestra fé es ser racional: no, sin duda, porque una razon muy presuntuosa descubra todos los objetos, sino porque ilustrada nos muestra los principios. La razon no limita á esto solo los servicios que presta á la religion. Como soberana absoluta en la estension de su dominio, conserva su dignidad bajo el imperio de la revelacion, la ayuda á rechazar los errores que atacan á la fé; la segunda en la reforma de los abusos que la desfiguran; contribuye á ilustrar la piedad, á acendrar el celo, á alejar de la una la supersticion, á separar al otro del fanatismo; y su útil influencia se hace sentir hasta en su sumision. ¡Admirable concierto de estas dos autoridades que Dios nos ha dado para dirigirnos! Tanto la revelacion somete sus pruebas al exámen de la razon; tanto ésta sujeta sus ideas á los decretos de aquella: con frecuencia ambas marchan unidas, se socorren, se auxilian, se prestan una fuerza mútua; y siempre su preciosa reunion tiene por objeto nuestra instruccion y nuestra dicha.

¿Qué malhadado interés ha podido, pues, en es-

tos últimos tiempos hacerlas mirar como dos potencias rivales que se disputan el imperio de los espíritus? Estas barreras eternas que la razon siempre habia considerado con respeto, la incredulidad emprende al fin echar á tierra. Orgullosa por los nuevos descubrimientos, con que el espíritu humano ha engrandecido su dominacion, osa intentar conquistas hasta sobre el dominio que Dios se ha reservado: todo lo que no puede usurpar, pretende destruirlo, y su proyecto es el de aniquilar todas las verdades que le fuere imposible reducir bajo el yugo de la razon. Tal es el sistema moderno: todos los dogmas religiosos que la razon no comprende, debe rechazarlos, y desde que les parecen serle superiores, los juzgan contrarios. Que los incrédulos contemplen, empero, lo que diariamente pasa á su vista. ¡Cuántas verdades ciertas, incontestables, á las cuales se eleva la filosofia por la fuerza del racionio, sobrepujan la inteligencia del vulgo! ¿Y esta misma filosofia podrá asombrarse de que las verdades de la religion estén por encima de todos los entendimientos humanos, como si estuviese en su poder el calcular hasta qué punto las ideas de Dios deben estar sobre las de los hombres? Sí, en vano es que se oponga á la claridad de las pruebas de nuestra fé la incomprendibilidad de sus objetos: la razon misma nos enseña que es conforme á sus principios someterse á verdades que no puede comprender.

El sentimiento mas íntimo que la razon humana tiene de sí misma, es el de su debilidad: ella no penetra la causa, que solo una luz superior puede descubrirle; pero siente el efecto. A cada paso tropieza con un misterio. Este es el ciego á quien falta un sentido para conocer la manera con que existen las cosas. Cuando nosotros emprendemos profundizar la naturaleza, sondear sus principios, sumergirnos en el exámen de las causas, nos hallamos detenidos por una impenetrable oscuridad, nuestras ideas se extravían, se pierden y disipan en la inmensa region de los sistemas. Nosotros ignoramos la esencia de la materia y sus grandes propiedades; no comprendemos ni la naturaleza del alma, ni su union con el cuerpo. Cada siglo, añadiendo algo á nuestros conocimientos, nos trae nuevas oscuridades: en este vasto campo de los conocimientos humanos, en que nuestra razon se muestra tan orgullosa, pasa lo mismo que en la tierra, cuyo dominio nos ha concedido el Criador: los hombres han recorrido en todas direcciones su superficie; pero jamas penetrarán hasta el centro. En todo género, no conocemos sino superficies. La oscuridad de nuestros conocimientos es una de las enfermedades de nuestra naturaleza; nuestra razon es limitada como nuestras fuerzas; y no tenemos mayor derecho á conocerlo todo, que á poderlo todo.

El universo que Dios abandonó á nuestras dis-

putas, está lleno de tinieblas para nosotros; ¿y su religion, que reservó para objeto de nuestras adoraciones, nõ nos presentará ninguna? ¿Será posible, pues, que percibamos todos los grados de esta escala sagrada, por cuyo medio la tierra comunica con el cielo, y que nuestros ojos atraviesen la nube que cubre la estremidad. Envuelta en materia, ligada á los sentidos por una cadena que no conoce, pero cuyo peso siente continuamente, nuestra razon aquí abajo no ve sino al través de los sentidos; ni juzga los objetos estraños, sino comparándolos á los que le ofrecen los sentidos. Cuando, pues, os prohibimos profundizar los misterios, no hacemos otra cosa que vedaros una falsa comparacion. ¿Y cuál, en efecto, qué relacion, qué medida comun puede haber entre los objetos que presentan los sentidos, y los que proponen nuestros misterios? A Dios mismo, con sus eternas operaciones, es lo que la religion ofrece á nuestra fé; ¿y esta débil razon, que no comprende la naturaleza de ningun sér, pretenderia seguir la huella del Omnipotente, y elevarse á la altura de sus perfecciones? Encerrado en una luz inaccesible, prohíbe á las miradas de los mortales penetrar hasta su trono; oprime con el peso de su gloria al que emprende sondearlo. Luego, ¿quién es el hombre, clamaba en otro tiempo el mas prudente y sabio de los mortales, rey, filósofo, profeta inspirado de Dios; quién es el hombre para osar seguir al Soberano que lo ha criado?

El Sér infinito es incomprendible por su naturaleza. La razon no puede figurárselo de otra manera: las nociones mismas que nos dá están llenas de misterios. Ella nos dice que existe necesariamente; ¿mas puede darnos la idea de un sér que encierra en sí la razon de su propia existencia? Nos lo representa eterno; ¿pero nos hace concebir una duracion sin sucesion, ó una sucesion sin principio ni fin? Nos lo pinta inmenso; mas no nos explica, ni una inmensidad sin estension, ni una estension sin materia. Nos atestigua que es inmutable, y reconoce que es libre; descubre su presencia infinita, al mismo tiempo que siente su propia libertad: todas estas verdades, y una multitud de otras tan inesplicables, son dogmas de la religion natural; la razon llega á conocerlas, mas no puede elevarse hasta contemplarlas; le es igualmente imposible negarlas y conciliarlas. Si desde los primeros pasos que dá en la contemplacion del Sér supremo, unas tinieblas tan espesas la obligan á detenerse, ¿no deberá aguardar encontrar muchas mas, cuando la revelacion la haya introducido mas adentro en este conocimiento? Una religion sin misterios, pareceria evidentemente la obra del hombre; llevaria el sello de todas sus producciones; seria hecha á su medida.

Preguntemos á nuestra vez á estos adversarios que combaten nuestros misterios con tanta confianza como altivez; preguntémosles si los sistemas

que nos oponen no encierran tambien misterios. ¿Habrá alguno entre ellos que ose vanagloriarse de presentar solamente principios claros y fáciles de comprender? ¿Será acaso el pirronista que todo lo aniquila; el testimonio de los sentidos, la autoridad de la razon, y hasta la certidumbre de su propia existencia? ¿Será el materialista? Mas él propone á nuestra inteligencia una materia eterna, un sér necesario que no tiene sino cualidades contingentes; un sér divisible, capaz de operaciones tan simples como el pensamiento. ¿Será el ateo? ¿Y cómo os hará éste comprender una série de séres sin un primer ser, y un orden admirable, efecto de una ciega casualidad? ¿Será el deista, que se cria un Dios sin providencia? Que os haga, pues, él conocer esta ociosa divinidad que ha criado el mundo, y que no lo gobierna; que ve el mal, y que no lo castiga. ¿Será el indiferentista, que mira con iguales ojos todos los cultos? ¿Nos explicará éste cómo el Sér, esencialmente verdadero, recibe con la misma complacencia los homenajes del error y de la verdad? ¿Estraña ceguedad de nuestros adversarios! mas así es como el error se traiciona siempre por sus inconsecuencias. Se rechazan nuestros misterios, se les condena, se rehusa aun examinar los motivos de su credibilidad, únicamente porque son incomprendibles; y se entrega sin ningun trabajo á dificultades mas incomprendibles todavía. Y aun hacemos

favor á la incredulidad, cuando no reprochamos á sus diversos sistemas, sino la incomprensibilidad.

Todo, pues, está lleno de misterios: la razon los encuentra por todas partes; en la naturaleza, en la religion natural, en la misma incredulidad. No le es á ella, por tanto, admisible rechazar los dogmas del cristianismo so-pretesto de su oscuridad. Nosotros vemos brillar en lo alto del firmamento, cerca del trono del Eterno, las verdades, sobre las cuales este sol de inteligencia estiende una porcion de su luz; pero no percibimos sino la parte que ilustra con sus rayos; el lado que tiene en la oscuridad escapa á nuestras miradas. ¿Y qué importa la claridad de las verdades reveladas, si la verdad de la revelacion es clara?

Forzada á reconocer en general la posibilidad de los misterios, y de confesar la obligacion de someterse á ellos, la incredulidad redobla sus esfuerzos contra los del cristianismo; los presenta como vanas especulaciones, inútiles á la felicidad del hombre, y por lo mismo indignos de la sabiduría divina, y propios para alejarnos de la religion. ¿De qué sirve esta multitud de dogmas? repiten constantemente sus defensores. ¿Nos hace mas sabios con las tinieblas de que llena nuestro espíritu? ¿Venimos á ser mejores porque nos adheramos á opiniones indiferentes en sí mismas, y que no tienen ninguna relacion con la moral?

Cuando fuese cierto que no percibiésemos ninguna ventaja en nuestros misterios, ni penetrásemos la relacion que tienen con la instruccion, la felicidad y perfeccion del género humano, ¿pudiéramos por esto creer que estamos autorizados para repelerlos? ¿Pensamos tener derecho de interrogar al Criador, pedirle cuenta de sus motivos, admitir ó rechazar á nuestro arbitrio lo que, segun nuestras limitadas luces, juzgamos conveniente ó supérfluo, útil ó dañoso? ¿Y qué vendria á ser toda especie de autoridad, si los que le están sujetos, hubiesen adquirido el derecho de someterla á su vez á una tal inquisicion? Si no conocemos la utilidad de los misterios, no será esto sino un misterio mas. Juzguemos de lo que no comprendemos en la religion, por lo que se nos ha concedido comprender. La razon es forzada á convenir (y esta confesion es del mayor número de los incrédulos), que todas las lecciones del cristianismo que están á su alcance son sublimes: ella reconoce la verdad, siente la utilidad, admira las relaciones y la union: la misma autoridad es quien le propone los dogmas que no comprende; unos y otros tienen el mismo autor; todos manan de la misma fuente, y llegan á nosotros por los mismos canales. Yo contemplo con admiracion lo exterior de este soberbio edificio, su grandeza me asombra, su majestad me aturde, sus proporciones me pasman; y la habilidad de la mano que lo ha ele-

vado, me responde de la belleza de lo interior, donde no pueden penetrar mis miradas.

¿Pero será tan cierto que nuestros dogmas sagrados solo sean especulaciones indiferentes? ¡Ah! si al traves de las nubes de que la Sabiduría eterna envuelve sus augustos decretos, algunos relámpagos, escapados por intervalos, nos dejan entrever la profundidad de sus designios, osemos seguir este resplandor saludable, y penetrando con él mas allá de las tinieblas misteriosas, elevémonos hasta el centro de luz de que partió.

Lejos de apartarnos de la religion los misterios, deben apegarnos mas á la misma; y tan distante de hacerla inverosímil, ellos contribuyen á manifestar su verdad. ¿Se osará deciros que han sido forjados por la imaginacion? Hombres sin estudios, simples pescadores, que reconocen no comprender lo que anuncian, que se asombran ellos mismos de las maravillas que refieren; ¡véase á los hombres que se acusa de haber imaginado los misterios! Y si su imaginacion hubiese sido capaz de inventarlos, ¿hubieran osado divulgarlos? ¿No habrian temido levantar contra la religion que anunciaban, nuevos enemigos, y proveerlos de nuevas armas? Para hacer á los apóstoles autores de nuestros misterios, era necesario suponerlos, por una parte, contra la evidencia de los hechos, muy ilustrados para inventarlos, y por la otra, muy insensatos para querer ellos mismos oponer obstáculos á su predicacion.

¿Y estos misterios son de tal naturaleza que puedan haber sido descubiertos por el raciocinio, ó forjados por la imaginacion? Ademas del carácter de grandeza y verdad, de que presentan la marca admirable, al que osando penetrar las primeras oscuridades se dedica á meditarlos, existe entre ellos una tal liga, un tan íntimo enlace, que aleja todavía mas la idea de una fabricacion. La Trinidad es el fundamento de los misterios del cielo; el pecado original de los de la tierra; el Hijo de Dios, descendido del seno de su Padre y revestido de nuestras enfermedades, reúne unos y otros; su sacrificio borra el pecado, obra la gracia, y se renueva todos los dias en la Eucaristía. Todos estos misterios se encadenan entre sí; forman un todo, un perfecto complejo; este es un sistema completo de religion, que no puede alterarse sin destruirla. Ellos componen la bóveda que sostiene todo el cristianismo; fuera de su sitio uno solo, haria desplomar el edificio entero. Tal es el principio de la mayor parte de los errores, y el fundamento de casi todas las objeciones contra nuestros misterios; se les divide para combatirlos; se aíslan; se separan del cuerpo entero de que hacen parte. Mas considerándolos en su conjunto, todas las dificultades desaparecen; su reunion forma un foco de luz, que disipa todas las tinieblas.

No temamos, empero, elevar nuestras miradas

hacia cada misterio en particular. La Trinidad nos presenta la divinidad, multiplicando sus personas, y derramando continuamente sobre nosotros inconcebibles beneficios.

La Encarnacion nos muestra la dignidad de nuestra naturaleza, y nos enseña el precio de nuestra alma; nos dá un Dios por legislador, un hombre-Dios por modelo; y reuniendo á la autoridad infinita del maestro que nos dá, la sublime perfeccion de sus ejemplos, nos eleva á la mas alta santidad, quita todo pretexto á la desobediencia y aparta toda excusa á la inobservancia.

El misterio de la Redencion, es el centro al que van á terminar todas las partes de la religion. Jesucristo, desde lo alto de la cruz, abraza y aproxima todos los tiempos; reúne los oráculos de los profetas y la predicacion de los apóstoles; los votos de los patriarcas y las acciones de gracias de nuestros santos; las ceremonias de la sinagoga y los sacramentos de la Iglesia; los antiguos holocaustos y el sacrificio de nuestros altares. Sobre la cruz vienen á manifestarse y á reunirse otra vez todos los atributos divinos; la santidad ofendida encuentra allí una reparacion proporcionada; la justicia suprema recibe una satisfaccion suficiente; la misericordia infinita agota sus tesoros, y la sabiduría eterna concilia todos estos grandes intereses, por los inefables medios que despliega la omnipotencia. ¡Mortales, concebid al pié de la

cruz cuán gran mal es el pecado, pues para expiarlo se ha requerido semejante sacrificio!

El dogma de la gracia nos revela el secreto de nuestra debilidad, y nos enseña de dónde debemos sacar nuestra fuerza. Impotentes por nosotros mismos al bien, tenemos por socorro el poder infinito. La necesidad de la gracia, haciéndonos sentir nuestra dependencia, nos trae continuamente á Dios. La promesa de la gracia, mostrándonos á la Divinidad ocupada de nuestra salvacion, nos anima á cooperar con ella; la necesidad de un auxilio nos obliga á implorarlo; la certidumbre de hallarlo nos escita á orar. Todo en nosotros es un beneficio del Señor: nuestra voluntad es el efecto de la suya; nuestras obras son su obra; y esta gracia saludable, este don celestial, superior á todas las espresiones de nuestro reconocimiento, lejos de alterar nuestra libertad, la anima, fortifica y remueve los obstáculos que la detienen.

Lo que todos los pueblos habian sentido, sin que ningun hombre osase jamas intentar resolver, el pecado original nos lo explica. El hombre ya no es un enigma para sí mismo. Nosotros ya no estamos pasmados de estas contradicciones tan marcadas, que parecian suponer en nosotros dos naturalezas opuestas. Este misterio concilia todo: la superioridad de los males sobre los bienes, con la sabiduría suprema que distribuye unos y otros; la inagotable bondad del Criador, con las

enfermedades que nos persiguen desde el nacimiento á la muerte; la sed ardiente de felicidad, con la esperiencia sostenida de la desgracia; la fuerza de nuestros deseos, con la debilidad de nuestros medios; el amor innato que nos atrae hácia la virtud, con la inclinacion rápida que nos arrastra al vicio. Es cierto que lo que la religion nos enseña sobre todos estos objetos, conserva todavía no poca oscuridad; pero la incredulidad que nos la echa en cara, encontrará, al fin, en ellos, una solucion mas clara.

Los hechos existen, nosotros los sentimos en nuestro interior; todas las naciones los confiesan; ellos son de una evidencia tal, que nuestros mismos adversarios no se atreven á ponerlos en duda: en el cristianismo, son esplicados de una manera oscura; mas en los demas sistemas no lo son de ninguna. ¡Injustos censores! que quisierais que la revelacion hiciese desaparecer todas las oscuridades de sus misterios; si vosotros no demandais á vuestros sentidos exteriores, á vuestro sentido íntimo, y á vuestra razon, sino que os hagan conocer los objetos que Dios ha colocado á su alcance, tampoco exijais de las santas escrituras sino lo que él se ha dignado consignar allí; y disfrutando de lo que ha querido enseñaros en el órden de la religion como en el de la naturaleza, respetad lo que quiere ocultaros. ¿Y qué, no debe bastaros encontrar en los misterios todo lo que nos impor-

ta saber? Ellos nos descubren la naturaleza de Dios y la nuestra, nuestro origen y nuestro fin, la causa de nuestras pasiones y su remedio; el principio del pecado y la fuente de los méritos. Presentándonos los atributos de Dios, nos transportan de admiracion; ofreciéndonos los beneficios, escitan nuestro amor: nos proponen á la vez en un todo los motivos mas poderosos, los ejemplos mas notables, los mas seguros medios de perfeccion. Son el fundamento de nuestra esperanza y el principio de nuestra caridad, así como el objeto de nuestra fé. ¿Cuál es la verdad útil que nos oculte su oscuridad? ¿Qué bien nos resultaria de conocerlos mas claramente? ¿Por ventura no nos basta el ver allí las relaciones que nos interesan, hallar los objetos de nuestras adoraciones, los motivos de nuestro reconocimiento, el fundamento de nuestros deberes? En todo género, Dios proporciona los conocimientos que nos dá, á nuestras necesidades. Este debe ser el término de nuestra curiosidad. Pasando de este punto, toda investigacion no tiene ya objeto legítimo, ni aun razonable; y la razon indiscreta, que osa traspasar los límites que la mano de Dios ha prescrito, es justamente castigada de su temeridad por la confusion de sus pensamientos.

La oscuridad de nuestros misterios no nos priva de ningun bien: al contrario, esta misma oscuridad nos produce positivas ventajas. Ella entra

en las miras de Dios sobre nosotros, y hace parte de la economía de la religion.

Supongamos por un momento lo que tan vivamente desea la incredulidad, que cada hombre pueda comprender todas las verdades de la religion: al instante pretenderá tener derecho de decidir las; se establecerá en juez, adoptará y rechazará á su antojo los dogmas, los preceptos y las prácticas. Tomando cada cual por medida de la religion sus propias luces, ya no habrá una religion comun; y en esta variedad y contradiccion universal, no quedará un solo dogma cierto, ni una ley sagrada, ni un rito constante. Mas colocando una parte de la religion sobre las ideas humanas, Dios reprime el vuelo temerario de la razon. El entendimiento se detiene con respeto ante estas sagradas barreras que no atravesará jamas; su impotencia lo retiene en la subordinacion; y en la nube espesa que estienden los misterios ante sus ojos, ve la necesidad de una autoridad que lo esclarezca. Así la oscuridad de los misterios engendra la sumision; y ésta, fija la doctrina, establece el imperio de la ley moral, hace observar las prácticas del culto. Mientras que estraviadas en el mar inmenso de las opiniones, las naciones que ignoran al Señor son, segun la espresion del Apóstol, como niños inquietos y arrebatados por cada viento de doctrina; el fiel, fijado por el áncora de la fé, permanece firme en su creencia, y

mira sin susto las olas de los errores venir á estrellarse contra la palabra eternamente estable, sobre la que Jesucristo lo ha fundado. La unidad de la doctrina es á la vez un dogma y una necesidad. Al enseñarla á su Iglesia, Jesucristo le ha tejido el lazo mas fuerte de su comunion; esta es la cadena con la que nos reúne á todos bajo su autoridad; y no puede separarse de ella un solo eslabon, sin quitarle toda su fuerza.

Haciendo de la fé un deber, la oscuridad de nuestros misterios hace tambien un mérito: la fé no pudiera ser una virtud, si hiciese las verdades que presenta, de una brillante evidencia: mas cubriéndolas en parte de una nube, pone un precio á nuestra creencia. Esta virtud es uno de los beneficios de nuestra religion á la humanidad. Ella era desconocida á los pueblos que ignoraban á nuestro Dios: los entendimientos no concebían la idea; los idiomas carecían de voces para espresarla. ¡Admirable disposicion de la misericordia divina! Al multiplicar los motivos de nuestra creencia, se ha dignado hacernos en esto mismo un bien. Rodea sus dogmas de luces y de tinieblas con el mas alto designio y siempre para nuestra utilidad: los circunda de luces, para que sea razonable creerlos, y de tinieblas, para darnos un mérito creyéndolos. Coloca la claridad del lado de las pruebas, que son los fundamentos de la fé; la oscuridad del lado de la naturaleza de los dogmas, que son el objeto de la misma.

De esta suerte las verdades santas que profesais, reúnen todos los caracteres que atraen y fijan la veneración. Caracteres de razón: su oscuridad no es un motivo para rechazarlos, y son sostenidos por motivos de credibilidad los más patentes. Caracteres de sabiduría: manifiestan el saber de que emanan, que nos ha unido maravillosamente consigo y adaptado á su fin. Caracteres de grandeza: asombran al entendimiento por su majestad, y por lo sublime de los objetos que le presentan. Caracteres de santidad: nos elevan á la más alta perfección. Caracteres de utilidad: son la fuente de nuestras más puras luces, y el fundamento de nuestra más sólida felicidad. Nosotros no os diremos que comparéis estos dogmas sagrados á los que presentan las otras religiones; nos ruborizamos por nuestro ministerio de proponeros semejante paralelo. Pero os diremos con confianza: investigad en vuestra razón otras doctrinas que proponer á la humanidad; imaginad, si podeis, un sistema de religión más racional, más sabio, más grande, más santo y útil, y entonces comenzaremos á permitir os dudar de la excelencia de los dogmas que proponemos á vuestra fé.

MORAL.

A los dogmas admirables que la religión nos obliga creer, agrega deberes que nos ordena practicar. Para haceros sentir la excelencia de esta parte del cristianismo, no tenemos necesidad de remontar hasta los libros sagrados, en los que el Espíritu Santo la ha consignado; ni de solicitar las explicaciones y apologías que han hecho de la misma nuestros padres en la fé. No, en verdad; en los mismos escritos de muchos adversarios de la religión, es donde se encuentran los más pomposos elogios de sus preceptos; del seno de la misma incredulidad es de donde se elevan los más fuertes testimonios, en favor de la moral cristiana. ¿Cuál es, pues, esta moral, que así sujeta á sus más ardientes enemigos, les prescribe respe-

De esta suerte las verdades santas que profesais, reúnen todos los caracteres que atraen y fijan la veneración. Caracteres de razón: su oscuridad no es un motivo para rechazarlos, y son sostenidos por motivos de credibilidad los más patententes. Caracteres de sabiduría: manifiestan el saber de que emanan, que nos ha unido maravillosamente consigo y adaptado á su fin. Caracteres de grandeza: asombran al entendimiento por su majestad, y por lo sublime de los objetos que le presentan. Caracteres de santidad: nos elevan á la más alta perfección. Caracteres de utilidad: son la fuente de nuestras más puras luces, y el fundamento de nuestra más sólida felicidad. Nosotros no os diremos que comparéis estos dogmas sagrados á los que presentan las otras religiones; nos ruborizamos por nuestro ministerio de proponeros semejante paralelo. Pero os diremos con confianza: investigad en vuestra razón otras doctrinas que proponer á la humanidad; imaginad, si podéis, un sistema de religión más racional, más sabio, más grande, más santo y útil, y entonces comenzaremos á permitir os dudar de la excelencia de los dogmas que proponemos á vuestra fé.

MORAL.

A los dogmas admirables que la religión nos obliga creer, agrega deberes que nos ordena practicar. Para haceros sentir la excelencia de esta parte del cristianismo, no tenemos necesidad de remontar hasta los libros sagrados, en los que el Espíritu Santo la ha consignado; ni de solicitar las explicaciones y apologías que han hecho de la misma nuestros padres en la fé. No, en verdad; en los mismos escritos de muchos adversarios de la religión, es donde se encuentran los más pomposos elogios de sus preceptos; del seno de la misma incredulidad es de donde se elevan los más fuertes testimonios, en favor de la moral cristiana. ¿Cuál es, pues, esta moral, que así sujeta á sus más ardientes enemigos, les prescribe respe-

to, les arranca admiracion? Nosotros rebatiremos constantemente á aquellos incrédulos que calumnian la ley de Jesucristo, por las confesiones solemnes de los propios gefes de su secta, y los oprimiremos bajo el peso de esas autoridades, que se hacen un funesto honor de respetar. Mas reservemos estos testimonios tan decisivos, para oponerlos á los enemigos del cristianismo: hablamos en este momento á cristianos, y nuestro objeto es adherirlos á nuestra santa ley, mostrándoles su sublimidad.

Toda ley tiende por su naturaleza hácia un doble objeto: ella muestra al hombre sus deberes, y lo obliga á cumplirlos. Los mandamientos, la sancion de la ley: hé aquí las dos partes que la componen. Examinemos bajo este doble aspecto la que Jesucristo ha venido á traernos: nosotros veremos que reune, mas que otra alguna que jamas haya existido ó que el espíritu humano pueda imaginar, estos dos caracteres, que concilian la veneracion: la sublimidad de los preceptos, la fuerza y la autoridad de los motivos.

Y por ahora, comparad á los preceptos de Jesucristo todo lo que el entendimiento humano habia producido antes de su venida; porque á esa época es á la que debe referirse, para juzgar nuestra moral. La moderna incredulidad no tiene derecho de oponernos los principios de virtud con que ha hermoseado sus obras: todo cuanto ha pu-

blicado de bello, de puro y santo, nosotros lo reclamamos como ministros de Jesucristo, en su nombre: esos preceptos de que se ha apoderado, son suyos; y no ha hecho otra cosa que quitarles su autoridad, sus motivos y su fin. Semejantes á esos pueblos que insultan al sol, estando bañados en un todo de su luz, los deistas toman en el Evangelio sus principios, y atacan los del Evangelio; despojan al cristianismo de su moral, y se sirven de la misma para combatirla.

Salid, pues, de los lugares ilustrados por la revelacion, vosotros los que queréis conocer hasta dónde llega la luz de la razon; trasportaos á los paises y tiempos que no han conocido á Jesucristo, y decidnos, ¿qué hallais en ellos? El conocimiento del verdadero Dios, así como los principios fundamentales de la virtud estaban estraviados en el universo; la religion, hecha para perfeccionar al hombre, concurría á pervertirlo; habia corrompido hasta la regla de las costumbres: el ejemplo mismo de la divinidad animaba al crimen; no habia pasion que no tuviese sus dioses, sus sacerdotes, sus templos, su culto, sus sacrificios, sus misterios, sus adoradores, sus iniciados, y desde lo alto de los altares los vicios se derramaban sobre las naciones. La filosofía, mas ilustrada que la religion, oponia únicamente algunos esfuerzos á este torrente de depravacion; y haciendo á los filósofos de la antigüedad la justicia que se merecen,

debe reconocerse que muchos entre ellos han adquirido derechos al reconocimiento de las naciones, por los descubrimientos importantes á que los ha elevado la sublimidad de su genio. ¿Y quién sabe si esos grandes personajes no fueron suscitados por la Providencia, para impedir que el aprecio de la virtud pereciese en la idea de los hombres? Ellos brillaban en medio del paganismo, como esas estrellas, que en una oscura noche percibimos de distancia en distancia en un cielo cargado de nubes. Nosotros consideramos todavía con respeto sus descubrimientos, como admiramos á esos atrevidos viajeros que han dejado de asombrar, desde que el Océano está abierto á nuestras navegaciones. Algunos filósofos han alcanzado diversas verdades morales; pero faltos de las nociones del verdadero principio, jamas ninguno de ellos las fundó sobre una base sólida, ó imaginó reunir las en un cuerpo de doctrina. Han emitido algunas máximas; pero siendo en muy corto número para difundirlas, muy tímidos para publicarlas, muy divididos para concertarlas, muy débiles para hacerlas recibir, muy poco virtuosos para conciliarse el respeto, ¡con cuántas fábulas no las han mezclado! No hay filósofo que no haya enseñado algún error, ni error ninguno que no haya sido enseñado por algún filósofo. Dios ha abandonado al mundo á la filosofía, y ha hecho preceder la venida de Jesucristo por

cuatro siglos de las mas brillantes luces, para hacer sentir al espíritu humano toda la insuficiencia de ellas.

Pero cuando los tiempos marcados por la Sabiduría divina, hubieron pasado, el universo atónito vió de un solo golpe eclipsada su filosofía por el resplandor de una filosofía nueva. Del centro de un pueblo pobre, desconocido ó despreciado de las demas naciones, y de la clase la mas oscura de este pueblo, un hombre simple, sin letras, sin cultura, creído el hijo de un artesano, hace salir el código de moral mas sublime que el género humano ha recibido jamas. Ni por la fuerza del raciocinio, ni por el encanto de la elocuencia, es como Jesucristo ha persuadido al universo; esto solo lo ha conseguido por la verdad de sus máximas. Mientras que inspira á sus profetas toda la pompa del idioma, toda la magnificencia de la poesía, se espresa él mismo con una sencillez todavía mas admirable. Superior á las grandes cosas que anuncia, no parece afectarse de ellas: los mas sublimes preceptos, inauditos hasta él, salen de su boca naturalmente, con una claridad, que los hace comprender á todos los talentos, con una autoridad que todo lo domina: habla (y esta es la misma confesion de sus enemigos) como ningun hombre habló jamas, y habla como Dios. Nunca, por tanto, doctrina alguna fué ni tan conocida, ni tan universalmente publicada. El artesano mas gro-

sero, entre nosotros, está mas instruido de sus deberes, que no lo estuvo jamas el mas sabio de los antiguos filósofos. Los elementos de religion que nosotros ponemos entre las manos de la infancia, encierran un cuerpo de moral más estenso, más desenvuelto, más precioso que todos los escritos tan preconizados y voluminosos de los sabios de la antigüedad. Esta moral se ha convertido, y ha debido serlo, en la ley del universo; porque ninguna ley ha sido jamas, ni podido ser, tan sábia y proporcionada á la naturaleza humana; tan útil y eficaz para la dicha de la humanidad; y en sus medios y objeto, la ley de Jesucristo es divina; ella no ha podido ser obra sino de la sabiduría y bondad infinita.

¿Puede figurarse la razon una ley mas universal en sus preceptos? Nosotros preguntamos con confianza á los que la combaten, ¿cuál es el punto por donde ella peque? los desafiamos á nombrar una virtud que el cristianismo no ordene, á indicarnos una perfeccion que no recomiende, á señalarnos un vicio, una sola falta que no proscriba. Reunid en vuestro entendimiento todos los principios de virtud, juntad en él todas las ideas de perfeccion, imaginaos aun nuevos grados de una mas elevada santidad, y no habréis formado sino el modelo del perfecto cristiano: el pensamiento humano no puede estenderse mas allá de lo que Jesucristo ha previsto y arreglado, mandado ó aconsejado.

De esta multitud de mandamientos, que abrazan todas las partes de la vida y se estienden á todas las condiciones, no hay uno solo que no sea perfectamente racional. Esto no quiere decir que la razon por sus solos esfuerzos se haya adquirido el conocimiento de todos los preceptos evangélicos; sino que al momento que ellos le han sido revelados por Jesucristo y manifestados por sus apóstoles, ha reconocido la justicia, percibido la conveniencia, experimentado la utilidad, admirado la sabiduría. Los mas ardientes enemigos de la moral cristiana, se ven forzados á reconocer que las máximas fundamentales de toda moral, estos primeros principios, nacidos con nosotros, y antes sentidos que enseñados, que, segun el grande apóstol, son la ley de los pueblos que no tienen ley, y con arreglo á los cuales la conciencia pronuncia sus juicios en este tribunal interior, donde nuestros pensamientos se acusan y se defienden los unos de los otros; han recibido en el Evangelio un desarrollo que los estiende y los fija, y una sancion que los consagra. Véase, pues, y por la misma confesion de la incredulidad, la porcion mas considerable de la moral evangélica, perfectamente conforme á la razon. No nos resta ya defender contra sus ataques, sino esos mandamientos mas sublimes que habian permanecido en el secreto de Dios, que las naciones no habian podido adivinar, ni sus legisladores dictar, ni sus fi-

lósofos descubrir, y con los que Jesucristo ha entendido el dominio de la moral. Los incrédulos presentan estos misterios de un orden superior, como inútiles, y por lo mismo reprobables; como rigurosos, y por consiguiente insoportables; como exagerando los deberes, y no produciendo sino virtudes facticias; como dando falsas ideas de perfeccion, y conduciendo al hombre á un estado de misticismo incompatible con su naturaleza.

Estas leyes santas, que se acusan de establecer un rigorismo odioso, han perseguido constantemente al rigorismo. Mirad á la Iglesia de Jesucristo repeliendo con la misma mano al libertino que, para autorizar sus pasiones, altera la santa severidad de la moral, y al novador que, para acreditar sus errores, se atavía con una santidad exagerada, lanzando contra uno y otro los mismos anatemas. Lo que de siglo en siglo nuestros padres han reprochado á los herejes, lo que no ha cesado de condenar la Iglesia, ¿se tiene la injusticia de imputarle! Así se contradicen entre sí los errores. Los incrédulos echan en cara á la Iglesia su severidad, y los herejes su indulgencia; se le hace un crimen á la vez de su exactitud y de su moderacion. La moral cristiana presenta el feliz temperamento de la severidad y de la dulzura; el punto de perfeccion siempre es tocado, y jamas escedido. El espíritu del cristianismo es la moderacion, que escluye uno y otro esceso, que tem-

pla hasta el ejercicio de las virtudes, y que recomienda la sobriedad, aun en la sabiduría.

¿Y esta moral tan moderada es, sin embargo, la que reprime mas eficazmente el vicio, la que reúne las mayores precauciones para contenerlo? Todas las demas leyes que han reinado sucesivamente sobre la tierra, han condenado los crímenes; mas aquí terminaba su accion: todo lo que no es enteramente y por sí mismo criminal, ellas lo permiten. ¿Y qué autoridad tenian para prohibirlo? La ley de Jesucristo tiene otra diversa estension: prohíbe no solamente el pecado, sino todo lo que puede conducir á él. El cristiano teme casi tanto como la falta, el peligro de caer en ella: el Evangelio va mas allá del crimen, lo previene, lo ataca aun antes de existir. Para abolir el perjurio, Jesucristo reprueba el juramento sin necesidad; para impedir el homicidio, reprime los movimientos de la cólera; para contener el adulterio, prohíbe deseirlo: el deseo es un delito, la mirada un adulterio. Él coloca su ley á la entrada del corazon humano, como una guardia inflexible, que rechace hasta la idea de todo pecado. ¿Cuál es, pues, este asombroso legislador, que ha osado dar leyes al pensamiento? ¿Quién otro que un Dios ha podido dictar este admirable mandamiento: *Tú no desearás?*

Al proscribir el pecado y todo lo que á él puede conducir, el Evangelio impone la obligacion

de practicar las virtudes mas sublimes. A su publicacion, una revolucion se ha obrado en la moral: todo lo que los mas bellos genios del paganismo habian descubierto é imaginado, se ha disipado ante su resplandor, ó ha sido aniquilado por su autoridad, así como al aspecto del astro del dia, se ven desvanecerse las sombras de la noche, y liquidarse el rocío de la mañana. Sus máximas tan preconizadas han sido, ó sobrepujadas y como absorbidas por la abundancia y la belleza de los preceptos cristianos, ó contradichas y confundidas por la santidad de la fé evangélica. Todas las ideas morales derramadas sobre la faz de la tierra, Jesucristo las ha perfeccionado ó reformado: ha consagrado las unas y fijado su justa estension; ha condenado las otras, y las ha hecho desaparecer de la opinion de los hombres; ha dado, en fin, al universo, nuevas virtudes.

La incredulidad moderna afecta desconocer estos beneficios de la religion. En sus ideas, las virtudes propias al cristianismo, y que el Evangelio ha dado al mundo, son falsas y sin objeto; igualmente incompatibles con la bondad divina y con la debilidad humana. La humildad cristiana no es sino un exceso: sobrepasa la modestia, aísla al hombre en la sociedad, lo degrada robándole el mas precioso de sus bienes, el aprecio de sí mismo, y el mas poderoso de sus motivos, la estimacion pública.

El amor de los enemigos aniquila la sociedad, entregando al hombre virtuoso sin defensa á todos los ataques injustos.

¿Puede Dios prescribir la mortificación? ¿puede querer que nosotros estemos ocupados sin cesar en hacernos infelices? ¿puede exigir privaciones y austeridades continuas?

Las abstinencias prescritas por la ley destruyen el cuerpo, sin ninguna utilidad para el alma; estos son suicidios lentos.

La abnegacion de las riquezas y honores quita á la sociedad política su principal móvil. ¿Qué vendria á ser ésta si se compusiese de hombres á quienes todos los intereses personales fueran extraños?

Refutemos todos estos errores. Enseñemos al incrédulo cuáles son estos preceptos que desfigura; hagámosle conocer su verdadero espíritu que desnaturaliza, y demostrémosle que no se puede combatir nuestra divina ley sino calumniándola.

La humildad cristiana no es el exceso de la modestia, sino su perfeccion. La una se opone al orgullo; la otra combate hasta el amor propio. El hombre es modesto, porque reconoce la justicia de no turbar á la sociedad por sus pretensiones, y la utilidad para él mismo de no irritar las pretensiones de otro. El cristiano es humilde, porque su fé le enseña que no tiene por suyo sino el pecado, y que todo lo que posee, así de dones de

naturaleza, como de bienes de fortuna y de tesoros de gracia, habiéndole sido dados por Dios, quien puede retirárselos cuando le plazca, no tiene derecho de gloriarse de nada. Así la modestia es una condescendencia loable, pero compatible con la opinion la mas mal fundada de sí mismo: la humildad, al contrario, siendo un sentimiento profundo, fundado sobre el conocimiento de nuestra nada, escluye todas las asechanzas del amor propio. ¿La modestia sola seria capaz de comprometer al hombre á esos sacrificios penosos á los que la humildad se consagra? ¿bastaria para conducirlo á las funciones mas abatidas, y sin embargo las mas útiles, que la caridad abraza, y que la humildad ennoblece? En sus efectos, como en su principio, la humildad es infinitamente superior á la modestia. ¡Se acusa de aislar al hombre, á esta virtud preciosa, que aproxima los rangos de la sociedad, y que llena los intervalos desesperantes que habian establecido las instituciones humanas! ¿Cómo despojaria al hombre del aprecio de sí mismo, una religion que le dá una tan alta idea de su ser, descubriéndole sus grandes relaciones con la divinidad? ¿Cómo le vedaria esta estimacion pública, que le ordena merecer? La edificacion del prójimo es uno de nuestros deberes; el cuidado de la reputacion uno de nuestros preceptos. ¡Y á cuántos personajes, tan célebres en los fastos de la patria como en los de la Iglesia, no

tributamos nuestra veneracion! La humildad no hace al hombre indiferente ni á su propia estimacion, ni á la del público; pero le impide toda vanagloria, enseñándole que no la debe á sus méritos. El goce del cristiano es el reconocer la mano de donde recibe estos bienes; de tributarle homenaje, de referirlos á su fuente sagrada: ninguno mejor que él sabe apreciarlos mas vivamente; puede, no hay duda, desear que se acreciente su gloria, pero tan solo para que la bondad de Dios sea mas manifiesta. El perfecto modelo de la humildad cristiana se enajenaba de alegría, previendo, que todas las generaciones celebrarian su felicidad, porque el Todopoderoso habia hecho en su favor grandes cosas.

La clemencia no ha sido desconocida á algunos sabios de la antigüedad: más; era, aun en sus ideas, la mas heroica virtud; y algunos rasgos que hallamos esparcidos en la vasta estension de los siglos paganos, han sido admirados como ejemplos de una generosidad extraordinaria. En la opinion comun, la venganza era un sentimiento noble y un placer puro. Cristianos, á vuestra religion es á la que debeis ver, en fin, las ideas de los pueblos reformadas, y las de sus filósofos perfeccionadas. El Evangelio no se contenta con recomendar el perdon de las injurias como una perfeccion; lo prescribe como un deber rigoroso; dá la medida de la clemencia, no dejándole ningunos lími-

tes; la estiende á todas las ofensas, y el perdón á todas las injurias. El cristianismo no prohíbe solamente la venganza, sino que condena hasta el odio: la arroja del corazón, poniendo en su lugar el amor de los enemigos. El cristiano tiene obligaciones que cumplir, aun hácia sus mas ardientes perseguidores: no satisface su deuda absteniéndose de dañarlos; una ley particular estiende hasta sobre ellos la caridad fraterna: les debe afectos sinceros, servicios efectivos. Jesucristo le dá el precepto de rogar por sus enemigos, y el ejemplo de vertir su sangre por sus verdugos. Pero si prohíbe la venganza, no prescribe la defensa legítima. La reparacion que no se ha podido obtener de un hermano, no prohíbe solicitarla ante la autoridad; y al prohibir el hacerse justicia, permite demandarla á la ley.

El hombre, sobre la tierra, es entregado á la desgracia. Desde el grito de dolor que arroja al entrar en el mundo, hasta su último suspiro, su vida entera es una série de adversidades. Entregad á la filosofía este ser doliente: por todo alivio le aconsejará la paciencia. ¡Triste remedio! si es que pueda llamarse así lo que no es sino una sumision á la necesidad; mas devolved este mismo desgraciado á las manos de la religion; ésta le enseñará la causa de sus dolores y su uso; él verá sobre la cruz en que su Dios ha espirado, el remedio de sus males; y uniendo sus sufrimientos á

los de Jesucristo, les dará un precio y un valor real. ¡Sublime idea, la de hacer servir á la felicidad del hombre su misma desgracia, y de hacerle un manantial de méritos de lo que habia sido la pena de su pecado! Véase el verdadero espíritu de la mortificacion cristiana; no proscribese como se le imputa, los placeres inocentes; pero refiriéndolos al verdadero objeto para que fueron dados al hombre por la Providencia, permite su uso como descansos agradables, y prohíbe apegarse á ellos como á un bien sólido. Ella recibe la desgracia con resignacion, como castigo del primer pecado; con sumision, como pena de las faltas personales; con valor, como prueba en la cual se depura y fortifica la virtud; con reconocimiento, como amonestacion por la cual Dios nos vuelve á su servicio; con alegría, como medio de asemejarse á Jesucristo sobre la tierra y de reunirse á él en el cielo. Ella encuentra dulzuras en las austeridades de que se carga; goza de las privaciones que se impone; y haciendo de todos sus sacrificios un tesoro de méritos, lo deposita con una generosa confianza en manos fieles, que algun dia se lo devolverán con usura.

Los que condenan con tanta injusticia las abstinencias prescritas por el cristianismo, no titubean en celebrar la templanza austera de los estoicos; estos filósofos famosos, los primeros moralistas de la antigüedad, habian reconocido la

necesidad de domar su carne para mortificar sus pasiones. Así es, que nuestros maestros en la religion nada nos enseñan que la razon no hubiese ya presentido, cuando nos instruyen que debe fortalecerse el espíritu por la mortificacion del cuerpo, y abstenerse de lo que es permitido, para no caer en lo que está vedado; pero miran como desordenadas esas abstinencias indiscretas que pudieran alterar la salud. Dirigid la vista sobre los sagrados asilos en que son practicados con exactitud estos santos rigores, en que los mismos consejos se han convertido en preceptos, y veréis si no se encuentran allí mas viejos que entre las devorantes fiestas del mundo. A la intemperancia del siglo es á quien deben reprocharse esos suicidios lentos, tan injustamente imputados á la abstinencia cristiana, que al contrario nos preserva de ellos.

Ni conocen mejor el espíritu del Evangelio, los que lo acusan de hacer á sus discípulos estraños á todos los intereses temporales: estos eran las recompensas terrenas que solicitaba el pueblo de Dios en la observancia de su ley; y nuestro divino Legislador no se desdeña unir estos motivos á las sublimes esperanzas que propone. Colocado en el seno de la sociedad, el cristiano no se aísla de sus semejantes; hijo, padre, esposo, magistrado, guerrero, negociante, en cualquier estado que la Providencia lo haya establecido, siempre tiene in-

tereses humanos, personales ó ajenos que arreglar, pesar, conciliar y defender, y siempre su religion pone al frente de sus deberes los de su profesion. Lejos de prohibir los bienes temporales, arregla su uso; y tan distante de hacer un crimen de su posesion, enseña á adquirir méritos en la misma. Así es como une los intereses de la tierra á los del cielo: no sacrifica los unos á los otros, sino los subordina; ¿y esta subordinacion, no es, en sí, justa, razonable y útil? ¿Qué relacion, qué medida comun puede haber entre las riquezas, los honores, los bienes todos de la tierra reunidos juntamente, y la felicidad á la que nos dirigimos? Véase el fundamento de la abnegacion que ordena el cristianismo. Ella no nos separa, sino nos despega de los bienes terrenos; nos enseña á esperarlos sin impaciencia, á recogerlos sin ansia, á poseerlos sin apego, á perderlos sin dolor, á gozar de esta suerte, segun se espresa el Apóstol, de la sombra pasajera de este mundo, como si nada se gozase. Esta sublime virtud no podia hacer parte de la moral pagana, cuyas reglas todas se circunscribian á los negocios de la tierra. Apenas esta imperfecta legislacion daba la idea del desinterés, cuyo grande objeto consiste en no hacer prevalecer los intereses propios sobre los de la sociedad. Jesucristo, es el único legislador que haya elevado al hombre sobre este sistema terreno, y colocádolo á una altura, en que el torbellino de los in-

tereses temporales no puede llegar á él y arrastrarlo tras sí.

Estos preceptos, por tanto, mas relevantes, que nosotros debemos al cristianismo, y que jamas han sido ni podido ser consignados en ninguna otra ley, porque estriban en principios propios á la ley cristiana, son presentados por la incredulidad de una manera inexacta: ella presenta falsas ideas, para combatirlos con ventaja; y afecta mirar como virtudes cristianas, los eseesos que la religion cristiana reprueba. No es, pues, la moral de Jesucristo la que atacan nuestros adversarios: persiguen un fantasma que ellos mismos se han formado, y para justificar nuestra santa ley, basta mostrarla tal cual es.

Sin duda el espíritu de estos grandes mandamientos, es el de combatir continuamente las pasiones, de dominarlas y desarraigarlas si fuera posible. ¿Pero es esta una moral falsa ó exagerada? Nuestros pretendidos filósofos quieren hacer de las pasiones mismas la base de su moral; servirse de ellas para dirigir al hombre: y concediéndoles lo que juzgan necesario á la felicidad, pretenden sustraerles así mas eficazmente lo que es dañoso para la virtud. Sistema poco reflexivo que descubre un conocimiento bien superficial, tanto del hombre como de las pasiones. El carácter peculiar de la pasion es la insaciabilidad: cuanto mas ha obtenido, tanto mas exige; se irrita con lo que

se le otorga, y sus placeres no hacen sino exaltar sus deseos: es como un fuego que se aumenta con lo mismo que devora. ¡Y así es como ministrándole alimento, se pretende contener sus estragos! ¡Directores inconsecuentes! Vosotros confesais que hay un punto en que la pasion se convierte en dañosa; y siendo negligentes en prevenir este momento funesto, la haceis aun mas peligrosa: dejais á la pasion fortificarse antes de combatirla; preparais al hombre al combate, habituándolo á ceder; comenzais por penetrar su imaginacion de todos los encantos de la pasion, á la que algun dia le diréis que resista; aguardais el momento de su embriaguez para hacerles escuchar el idioma de la razon; pensaréis, en fin, en replegar las velas, cuando el bajel, fatigado de la tempestad, estará próximo á sumergirse. ¡Ah! ¡cuánto mas sábia y consecuente es esta moral exacta, que enseña que toda pasion es peligrosa tan luego como comienza á existir; que la combate desde su nacimiento; que no le permite el menor progreso! Jamas deben celebrarse convenios con un enemigo siempre armado en nuestra contra; y tal es el objeto de esos preceptos santos, con los que Jesucristo ha sobrepujado todas las lecciones de la razon humana.

Observad, en efecto, cuáles son esos preceptos que este divino Legislador ha elevado al mas alto grado de perfeccion, y veréis que son todos aque-

llos cuya observancia es la mas penosa, porque contrarían todas las pasiones. La modestia es costosa al orgullo; la clemencia al resentimiento; la paciencia á la sensualidad; la templanza á la codicia; el desinterés á la avaricia y á la ambicion. Abandonad al hombre á la direccion de sus leyes, á las lecciones de sus filósofos, á los recursos de su ingenio; y experimentará un combate continuo entre la virtud y la pasion, entre la inclinacion que arrastra y el precepto que contiene. El tendrá sin cesar que resolver cuándo debe obedecer á éste, y cuándo puede ceder á aquella. Su vida entera se consumirá en calcular hasta qué grado debe ser modesto, clemente, paciente, templado, desinteresado; y este juicio tan delicado é importante entre la inclinacion y el deber, tendrá que pronunciarse en el momento de la pasion. Bajo la ley santa que adoramos, toda discusion es aniquilada, toda composicion con las pasiones proscribita. Jesucristo dice al hombre: tú seras modesto hasta la humildad; clemente hasta el amor de los enemigos; paciente hasta la mortificacion; templado hasta la abstinencia; desinteresado hasta la abnegacion. Para sostener la debilidad humana, refuerza su ley; coloca los mandamientos penosos de la ley natural bajo la proteccion y como la salvaguardia de los preceptos de un órden superior.

A estos preceptos de una perfeccion tan rele-

vante, se unen consejos de una santidad todavía mas sublime. Guardémonos de confundir los consejos del Evangelio con los preceptos de la ley. El grande Apóstol nos enseña á distinguirlos; y el mismo Jesucristo habia marcado la diferencia entre las obligaciones que impone, y los medios de perfeccion que presenta.

Si propone sus consejos á todos los hombres, no es para que todos se conformen á ellos, sino para que conociéndolos todos, cada uno pueda seguir lo que le convenga, y dedicarse al género de perfeccion mas acomodado á su naturaleza. ¿Y de cuánta utilidad no son estos consejos, para afirmar la observancia de los preceptos? Cuando se asigna un mérito á la pobreza voluntaria, se percibe el deber de la abnegacion: si renunciar á su voluntad es mirado como una perfeccion, el desasimiento de las cosas humanas, será fácilmente juzgado una obligacion: donde la continencia tiene honra, la castidad debe ser practicada. El espectáculo de tantas personas piadosas, que lanzándose mas allá de los límites de la ley, recorren á grandes pasos la senda de los consejos evangélicos, escita, sostiene y reanima sin cesar el fervor de los que han dejado á sus espaldas; su ejemplo quita toda escusa á la prevaricacion. ¿Qué hombre se atreverá á pensar que la observancia de los preceptos es sobre sus fuerzas, viendo á tantos hombres tan débiles como él, obrar con-

tinuamente mas allá de lo que les está mandado?

Los pretendidos filósofos tratan de exaltacion y fanatismo estas santas prácticas de los consejos evangélicos. Pero Jesucristo conocia mejor que todos estos vanos y frívolos moralistas, el corazón humano, incapaz de contenerse, marchando sin cesar de deseos en deseos, y desde que ha poseido un objeto, apresurándose al punto á correr en pos de otro. Él se sirve de esta misma agitacion de nuestro corazon, para fijarlo en la práctica de la virtud. Sus consejos presentan siempre un punto de perfeccion á que aspirar. Mientras que el hombre mora sobre la tierra oprimido del peso de su cuerpo, no puede elevarse tan alto, que aun no le queden grados que recorrer. Por lo mismo que la idea de la perfeccion no tiene límites, el cristiano es arrastrado siempre hácia una perfeccion mas grande, y sus esfuerzos continuos escluyen toda negligencia y previenen toda relajacion.

Ademas del carácter de sabiduría y de perfeccion de la ley, nosotros hemos indicado el de su bondad y utilidad. Los preceptos evangélicos no tienden menos á la dicha del hombre que á su santidad; y sea que se le aisle y se le considere en sí mismo, ó que se examinen sus relaciones con sus semejantes, se vé siempre esta ley bienhechora ocupada en hacerlo feliz. Y no os hablamos aquí, cristianos, de la felicidad á que la religion nos conduce, sino de la que nos procura en

este mundo. No solamente promete la dicha, sino que la dá. La piedad es útil para todo: contiene las promesas, así de la vida presente, como de la futura.

Considerad cuál es el mayor obstáculo á la felicidad del hombre sobre la tierra, y veréis que son sus pasiones. La ley que mas fuertemente las reprime, es la que contribuye con mas eficacia á la felicidad. ¡Cuán insensatos somos! nosotros miramos como una desgracia la obligacion que ella nos impone de resistir á nuestras pasiones, y no percibimos cuánto mayor mal seria el ceder á estas. Cuesta infinitamente mas el satisfacer una pasion, que sacrificarla. Observad en el término de la vida á dos hombres, de los cuales el uno, siempre señor de sí, ha dominado constantemente sus pasiones; y el otro, continuamente dominado por ellas, ha ido sin cesar en su seguimiento; y comparad las porciones de dicha y de desgracia que cada uno de ellos ha recibido: poned en la balanza, de una parte, el pesar de la privacion y la pena del combate; y de la otra, los largos arrepentimientos de la intemperancia, las sensibles consecuencias de la prostitucion, los ciegos arrebatos y los furiosos zelos del amor, las frecuentes humillaciones del orgullo, las bajezas, las inquietudes, los placeres emponzoñados de la ambicion, las sospechas, los terrores, las privaciones de la avaricia, las agitaciones despedazantes de la en-

vidia, las violentas convulsiones de la cólera, las horrorosas represalias de la venganza, y sobre todas estas torturas, los remordimientos perseguidores que se apegan al alma culpable, la siguen en todos los lugares, y la devoran sin tregua: y pronunciad en seguida, si os atreveis, si la ley que ordena al hombre combatir sus pasiones, lo condena á la infelicidad.

Sin duda es muy costoso arrancar del corazón las pasiones que le son tan queridas: el combate contra sí mismo, es cosa muy penosa. En el áspero sendero de la virtud, los primeros pasos son trabajosos: al principio se marcha con fatiga; pero cuando se ha llegado á una cierta altura, comienza á sentirse mas plano; las dificultades disminuyen, el ejercicio de la virtud aumenta la fuerza para sobrepajarlas. Independientemente de los socorros poderosos de la gracia, que no faltan jamas á los que la solicitan y secundan, el hábito solo de vivir bien facilita la práctica de la virtud: las pasiones constantemente reprimidas se sublevan menos violentamente, y terminan por acostumbrarse al yugo; los combates reiterados traen, por fin, la tranquilidad, y á fuerza de victorias se llega á adquirir la paz.

Esta paz interior, este bien tan precioso del alma, que S. Agustin define tan exactamente, *la tranquilidad del orden*, no la conocerá jamas el hombre entregado á sus pasiones: su corazón, ha

dicho el Espíritu Santo, es como un mar tempestuoso, en que las olas agitadas desbordan sin cesar, y van á arrojar afuera el fango impuro de que están cargados. El corazón del verdadero cristiano es el santuario de la paz: nada turba su venturosa calma; no las agitaciones de la duda, porque ellas son la herencia de los incrédulos; no tampoco el terror de los juicios de Dios, pues este es la primera pena de los malvados.

La paz con Dios es el fundamento de la paz consigo mismo: ella tranquiliza sobre lo pasado, hace gozar de lo presente, asegura para lo porvenir. Las mismas desgracias exteriores, las adversidades de la vida, los males del cuerpo no alteran la felicidad interior del perfecto cristiano. La caridad lo hace todo ligero: quita á las privaciones su amargura, á las pérdidas sus pesares, á los enfados sus disgustos, á las enfermedades sus angustias, á los padecimientos sus dolores. La pasión mas ardiente no dá para sostener las penas de la vida, un valor tan esforzado, y sobre todo tan sostenido, tan general, tan á la prueba de todo, como el que inspira la caridad. Así es, que en cualquiera situacion que se encuentre el cristiano, lleva siempre en sí la dicha en el seno de la prosperidad; sus placeres son puros y firmes, porque su religion le enseña á moderarlos. Nuestra facultad de gozar es limitada como todas las demas. Los placeres del mundo encuentran su

término en su misma multitud; el uso inmoderado los aniquila, y no deja en su lugar sino el disgusto de la saciedad y el vacío del tedio. ¡Justo juicio de la Providencia, que ha querido que todo abuso encerrase en sí su pena! Los placeres de la conciencia son los únicos eternos. El cristiano viene á ser presa de la adversidad; aquí resalta el triunfo del cristianismo. Incrédulos, ¿osaríaís poner vuestros principios desesperantes, en paralelo con los consuelos afectuosos que aquel desenvuelve? Vosotros ofreceís á la parte mas numerosa del género humano, por único recurso la nada; así le arrancaís hasta la esperanza. ¡Ah! aun cuando solo fuese por lástima á sus desgracias, dejadles bendecir una religion que les hace preciosos sus padecimientos, por su conformidad con los de su Redentor; que les ofrece inmensas compensaciones por todos sus males, que dá un precio á cada una de sus penas; que les produce tantos méritos y títulos, á una felicidad sin límites ni fin.

Seguid al hombre del seno de su vida privada, al medio de sus semejantes: allí hallaréis tambien á la religion derramando sobre él nuevos beneficios. La religion se coloca en el centro de la sociedad para aproximar todas las partes; todo lo que dividen las pasiones y los vicios, todo lo que separan las preocupaciones y las instituciones humanas, la religion lo abraza y lo reune. Ella liga

al rico con el pobre por las dádivas, y al pobre con el rico por el reconocimiento; establece entre los grandes y los pequeños una comunicacion de beneficencias y de servicios; envia al afligido consoladores; provee apoyos al huérfano y á la viuda; manda á cada desgraciado distribuidores de cada género de socorros. Dirigid la vista sobre todos esos grandes monumentos de la beneficencia del cristianismo hácia la sociedad: contemplad esos vastos edificios, donde todos los enfermos vienen á buscar la curacion, donde las enfermedades desesperadas experimentan alivio, donde la vejez indigente encuentra, en fin, el descanso despues de dilatados trabajos, y termina en paz los dias consumidos en la pena; donde el infante abandonado recibe la leche que le rehusa el pecho materno, donde el huérfano halla nuevos padres, donde el demente, alejado de la sociedad que él perturbaria, ve prodigársele socorros que no está en estado de agradecer: la religion es quien ha levantado estos preciosos asilos, quien los ha enriquecido, quien, al lado de los infelices que allí ha reunido, ha conducido á sus generosos bienhechores. ¿La sociedad se atrevería á confiar á manos mercenarias, unas funciones que solo la virtud mas pura pueden dignamente ejercitar? Solo, pues, la religion es la que puede ofrecer un digno salario á esa sangre fría, que á cada instante desprecia el contagio y la muerte; á esa sensibilidad ilustrada,

que el hábito no amortigua jamas, que los gemidos del dolor y los gritos del sufrimiento no conmueven; á esa inalterable paciencia, que no agotan ni la queja, ni la reconvencion injusta, ni los desgraciados sucesos; á ese sacrificio entero, á quien no detienen las mas viles y repugnantes ocupaciones; á esa asidua dedicacion, cuyos cuidados no conocen ningun descanso; á esa actividad continua, que los trabajos, las vigiliias y fatigas no pueden retardar; á esa reunion, á ese ejercicio perpetuo de todas las virtudes mas penosas, y que mas cuestan á la humanidad. Recorred esos numerosos establecimientos que llenan las ciudades y se estienden hasta las campiñas: á la religion es tambien á quien se deben. No hay una necesidad en la sociedad, que ella no trabaje en satisfacer, ni una desgracia que no se esfuerce en reparar: la religion penetra en la humilde choza del enfermo, y le lleva consuelos y remedios; toma bajo su autoridad á la infancia, la instruye en los elementos de las ciencias, y en las bases de los deberes; forma al trabajo á la juventud, le señala las artes, le enseña á evitar la miseria; dota al pudor indigente, y previene los peligros de la seducccion; desciende hasta esos temibles calabozos que ha fabricado la justicia, libra al deudor oprimido, consuela y asegura la inocencia sospechosa; estiende su bienhechora mano hasta sobre el criminal, y lo invita al arrepentimiento prodigándole sus

socorros; cuando todo lo abandona, ella sola permanece á su lado; cuando la sociedad lo repele, lo llama á su seno; lo sigue hasta el cadalso, y bajo la cuchilla vengadora que castiga sus delitos, lo sostiene todavia por sus esperanzas.

¿Cuál es, pues, este gran móvil que conduce al cristiano con tanta actividad hácia la felicidad de sus semejantes? ¿Cuál este poderoso resorte que dá entre nosotros tanta energía á la beneficencia? Este es el grande mandamiento de la caridad fraterna. ¡Ah! ¡Cuán admirable es este precepto nuevo que Jesucristo ha dado á la tierra, de que ha hecho el fundamento de su religion, el carácter propio de su ley, la insignia distintiva de sus discípulos! Los incrédulos modernos han ensayado separar del cristianismo ese sublime precepto, y hacer de él únicamente un sentimiento de la naturaleza. Este sentimiento precioso que liga al hombre á sus semejantes, nosotros lo experimentamos mejor que los deistas: nuestra religion lo fortifica, lo anima y lo exalta; á las relaciones establecidas por el autor de la naturaleza, ella agrega otras todavia mas íntimas. Hijos del mismo padre, no formamos sino una sola familia: Jesucristo ha derramado por nosotros todos la misma sangre, vierte sobre nosotros las mismas gracias, nos distribuye los mismos sacramentos, nos llama á todos al mismo fin, donde una caridad eterna reunirá indisolublemente en el cielo á los que ella

hubiere unido sobre la tierra. ¡Oh! ¡cuán superior es la caridad ordenada por Jesucristo, á esa humanidad que la naturaleza inspira, y tanto preconiza la incredulidad!

La humanidad es una afeccion del corazon, que nos lleva hácia los que tienen con nosotros una naturaleza comun: esta es una superabundancia del amor de nosotros mismos, que se derrama sobre todo lo que nos rodea. El amor fraterno tiene su principio en el amor de Dios; se eleva al trono del Eterno, y desde allí es de donde se derrama sobre todo el género humano: nosotros amamos en nuestro hermano la imagen del Sér que adoramos, y el objeto de sus complacencias: el nudo que estrecha al hombre con el hombre, es el mismo que une el hombre á Dios.

La humanidad es un sentimiento vivo y profundo, pero mas ó menos ardiente y siempre susceptible de relajacion. La caridad ama al prójimo como Dios lo ama, siempre igualmente ardiente, desconoce las variaciones, el resfrío, los artificios y los caprichos de la sensibilidad.

La humanidad admite exclusiones; la contradiccion la altera, la injuria la agria, la ofensa la enajena. La caridad no conoce ninguna escepcion: para un cristiano no hay indiferente ni euemigo. La humanidad, siendo un sentimiento, no puede estar sujeta á ninguna regla. Jesucristo ha dado á la caridad una medida, y es el amor que nos

tenemos á nosotros mismos: lo que deseamos para nosotros, tal es la estension de lo que debemos desear y hacer por el prójimo.

La humanidad, por lo mismo, es necesariamente limitada en sus efectos; y la caridad no pone término á los suyos: la humanidad se detiene cuando ha arrancado al hombre á la desgracia; la caridad lo sigue todavía, para derramar sobre él todos los beneficios que le son posibles; la humanidad evita lo que puede dañar, la caridad teme todo lo que puede desagradar; la humanidad se limita á no hacer sufrir, la caridad lo sufre todo; la humanidad es compatible con el genio y se liga frecuentemente con una descortés sequedad; la caridad, siempre dulce, hace amable su influencia hasta en su tono y en sus modales. El Apóstol comprende en los deberes de la caridad, las consideraciones estudiadas de la cortesanía. Indulgente para los demas, severa para consigo misma, dá siempre, sin exigir nada; todo lo sufre, y á ninguno es gravosa. La caridad lo encierra todo: abraza todos los lugares, todos los tiempos, circunstancias y personas, todos los géneros de beneficios: las dádivas, los servicios y atenciones se agotan; la caridad permanece inagotable: en la misma impotencia, conserva su actividad: lo que no puede hacer por sí misma, lo pide á Dios; y por sus ardientes votos, se esfuerza en sustituir la benevolencia infinita, á lo que la suya no puede alcanzar,

Imagínese una sociedad, en que este gran precepto de la caridad fraterna fuese observado en toda su estension. ¡Ah! el siglo en que se realizó tan feliz suposición, está muy lejos de nosotros: este siglo, el primero y mas hermoso de la Iglesia, en que la multitud de los fieles no tenían sino un corazón y una alma; en que todo era comun entre ellos, los bienes y los males, las riquezas y la pobreza, los placeres y las penas. ¡Tiempos venturosos, edad afortunada, de que la fábula ha podido presentar la imágen, y solo el cristianismo dar la realidad! ¡que no puedan nuestros ardientes votos hacerlos renacer entre nosotros! ¡por qué, al contrario, nosotros hemos de tener el dolor de ver las costumbres de los cristianos convertirse en triunfo de los enemigos del cristianismo, y la contrariedad de sus obras á las máximas de su religion, ser el fundamento de los reproches que se hacen á ésta?

La incredulidad no cesa de acusar al cristianismo de los excesos que han sido cometidos en su seno: todos los extravíos del falso celo, todas las maldades del fanatismo, todas las turbulencias, todas las guerras, todas las sediciones de que la religion ha podido ser la ocasion ó el pretexto, ella se las imputa; los acumula, forma largos catálogos, y las presenta como el verdadero espíritu de la ley cristiana.

¡Injustos acusadores! si queréis absolutamente

imputar á la religion todos esos crímenes, contad á lo menos todos aquellos de que ha preservado á la sociedad. Imaginad si os es posible á cuántos hombres capaces de ser azotes del Estado, la religion por sus principios saludables, los ha convertido en apoyos de su patria; y á cuántos talentos que hubieran dirigido sus esfuerzos contra el gobierno, ha empleado en su servicio. Calculad todos los males que ha prevenido y todas las disensiones, facciones y revueltas de que ha sofocado hasta la idea.

¿Pero podeis vosotros, con alguna apariéncia de equidad, hacer responsable al cristianismo de los excesos que él deplora? Mortales ciegos, ¿cuál es el don de Dios de que no háyamos abusado? ¡Cuántas veces la autoridad ha sido el instrumento de la vejacion; la libertad, el velo de la opresion; la ley, el pretexto de la infraccion; el tratado de paz, la señal de la guerra; la misma filosofia el preceptor del vicio! Aniquilad, pues, haced desaparecer de en medio de la sociedad la autoridad, la libertad, la ley, la paz, la filosofia; ó dejad á la religion perpetuar sus beneficios, aunque algunos fanáticos y algunos ambiciosos la hayan hecho servir de instrumento á sus pasiones, y de pretexto á sus furores.

Desde que ellos acusan al cristianismo de haber llevado la disension á los Estados, los incrédulos no han podido citar uno solo de sus manda-

mientos que autorice la division y favorezca la revuelta. Todos sus preceptos, al contrario, tienden á conservar la union entre las diversas partes del Estado; sus máximas saludables son el lazo mas poderoso de la sociedad política.

Lo que conserva la sociedad, es la observancia de todos los deberes que impone. Ella clasifica sus miembros, los coloca en diversas condiciones, les asigna funciones diferentes, y encarga á cada uno de ellos de algun bien que obrar. Del concurso de todos estos esfuerzos separados, aunque dirigidos hácia un centro comun, es de donde resulta el órden público; y éste, es decir, la armonía de todos los bienes particulares, es el que forma el bien general. Que el soberano desatienda los cuidados de la administracion, que el ministro sacrifique la causa pública á su ambicion, que el magistrado prostituya sus fallos á la iniquidad, que el militar abandone cobardemente su puesto, que el negociante funde sus especulaciones sobre el fraude, que el artesano se niegue al trabajo para entregarse á la ociosidad; se verá á la sociedad política debilitarse al momento, y disolverse muy en breve. La pérdida de las virtudes ha sido siempre el término de la prosperidad de los imperios.

Las virtudes no se perderán jamas en un Estado en que las santas reglas del Evangelio fueren observadas. Cuantas obligaciones impone la ley

política, la ley cristiana convierte en deberes religiosos. Ella se apropia todas las virtudes civiles, y las consagra por su sancion: estiende su imperio sobre todas las profesiones humanas, y dicta á cada una de ellas mandamientos particulares. Que todos los rangos, que todas las condiciones vengan á tomar en esta ley admirable las reglas de sus acciones: los grandes hallarán aquí la beneficencia, y los pequeños el paciente sufrimiento; ella formará en la humanidad á los amos, y en la obediencia á los criados; los esposos se harán fieles, los padres tiernos y esclarecidos sobre sus hijos, los niños sumisos y respetuosos; inspirará la piedad al eclesiástico, la justicia al magistrado, la moderacion al guerrero, el desinterés al recaudador de los fondos públicos, el placer del trabajo al labrador y al artesano; á todos, el desvío del lujo, y este grande amor al bien, gérmen fecundo de las acciones heroicas. Que la ley celestial sea observada, y todas las leyes de la tierra tendrán su cumplimiento, sin que sea necesario desplegar el aparato de los tribunales y el terror de las torturas. Compond una sociedad de verdaderos cristianos: ¿y podrá concebirse una mas floreciente que aquella de que el cristianismo haya desterrado todos los vicios que proscribire? Nada puede imaginarse de útil á la sociedad, que Jesucristo no ordene ó recomiende; nada tampoco de perjudicial que no prohíba.

En las máximas de la incredulidad, ¿cuál es el lazo que une al soberano y á los súbditos? Ella establece en todas las sociedades un contrato primitivo, de que hace derivar la fuente de las obligaciones recíprocas. No imputamos á la totalidad de nuestros adversarios las espantosas pero justas consecuencias, que de este peligroso principio han sacado algunos de ellos: Dios es testigo que nosotros no intentamos dañarlos, haciéndolos odiosos á las autoridades. Pero á lo menos que estos monstruosos estravíos nos hagan conocer (y pueden hacerlo tambien sentir á los incrédulos) hasta qué punto de libertinaje puede ser llevado el entendimiento humano, cuando se aleja de los principios religiosos. Si el contrato social es el único fundamento de toda autoridad, ¿á quién corresponderá determinar las cláusulas, explicarlas, hacerlas ejecutar? ¿Qué estension de poder será otorgada á los soberanos? ¿Qué medida de sumision impuesta á los súbditos? Entre la autoridad que tiende siempre á aumentarse, y la subordinacion que siempre se esfuerza en usar de franquicias, ¿qué tribunal osaria levantarse? ¿Qué mano bastante fuerte sobre la tierra comprimirá la continua pugna de una y de otra? ¿Se convertirá el monarca en juez de su propia causa, ó el pueblo en árbitro de su soberano? El despotismo ó la anarquía, reyes tiranos ó pueblos rebeldes; hé aquí la alternativa necesaria del sistema que dá

por única base al gobierno un contrato á veces ignorado, con frecuencia oscuro, y siempre ejecutado al arbitrio del mas fuerte.

En los principios del cristianismo, el gobierno encuentra un fundamento mucho mas firme. Dios, autor de la sociedad, que no puede subsistir sin una autoridad, ordena que los gefes que la rigen sean reverenciados y justos. Él estiende su imperiosa ley sobre las cabezas de los monarcas y de los súbditos; é imponiendo á unos y otros mútuas obligaciones, se hace el garante y vengador de ellas. Su religion es el yugo de los pueblos y el freno de los reyes.

¿Qué otra ley estableció jamas de una manera mas positiva la sumision á la autoridad soberana? Ella la hace una emanacion de la autoridad divina; coloca al monarca inmediatamente despues de Dios, vuelve su sagrada persona, ordena orar por él, pagarle los impuestos, dar obediencia á los encargados de su poder. Independientemente del temor de las penas temporales, propone la misma un motivo mas noble que le pertenece exclusivamente; el deber de la conciencia. Ella fortifica la sancion del mando por la autoridad del ejemplo: muestra al hombre-Dios sometiendo él mismo al poder que ha establecido, rehusando ejercer sus funciones, pagándole tributo, recibiendo de su mano los tormentos y la muerte. Abrid los fastos de la Iglesia; allí la veréis durante tres siglos en-

teros luchando contra las persecuciones: á todas las potencias conjuradas para sofocarla en su nacimiento, no opone ella sino la sumision. Multiplicáronse sus hijos; llenaron las ciudades, las campiñas, los ejércitos; pero jamas ellos se reunieron entre sí, ni desplegaron su invencible valor sino en los tormentos que se les hacian sufrir. Revoluciones continuas agitan el imperio; insurrecciones sucesivas elevan y precipitan á los Césares. En todo el discurso de estas dilatadas revueltas, ¿se ha escuchado el nombre del cristianismo? ¿El título de cristiano ha sido un solo instante la contraseña de un partido? Siempre fieles á ese trono socavado, del que partian los edictos de las persecuciones; siempre sometidos á ese cetro de hierro, que no cesaba de gravitar sobre ellos; constantemente adheridos á esos emperadores impíos y crueles, que se esforzaban en aniquilarlos; los cristianos no dejaban de orar por ellos; y sobre los cadalsos solo hacian escuchar sus votos por la prosperidad de sus perseguidores. Véase cuáles son nuestras leyes, y cuáles nuestros modelos; hé aquí los súbditos que forma la religion.

Ella es tambien la que dá al Estado reyes justos y benéficos. Sobre el monarca no hay autoridad sino en el cielo. Quítese el freno saludable de la religion: ¿quién impedirá al que lo puede todo, que se avance á todo? Si el astro bienhechor, que ilustra y vivifica al mundo, pudiera se-

pararse un momento de la órbita que Dios le ha trazado, iria, sin duda alguna, á llevar en el universo entero el incendio y la destruccion; de la misma manera, la autoridad soberana que el Omnipotente ha establecido sobre la sociedad para velar á su favor, conservarla, protegerla y servirle de defensa; la autoridad soberana, repito, este don precioso, que la sociedad política no puede reconocer lo bastante, no llevaria en su seno sino la revuelta, la confusion y el desórden, cuando infringiese las leyes santas que le ha dictado su Criador. ¿Y quién podrá saber hasta dónde se estenderian los estragos de sus inundaciones, cuando se hubiese quebrantado el sagrado dique que la retiene en sus márgenes? Pero el monarca cristiano sabe que tiene un soberano en los cielos: postrado delante de su temible trono, escucha con terror los decretos que de él emanan: Dios tiene la balanza en su mano, adonde son pesados los derechos de su pueblo y los suyos; esa cuenta formidable que sus súbditos no tienen derecho de exigirle, algun dia la dará él al Todopoderoso. El Dios del cielo advierte á los dioses de la tierra, que vendrá á colocarse en medio de ellos para juzgarlos; y les declara, que reserva sus mas terribles juicios para los que ha hecho los depositarios de su justicia.

Así es como el cristianismo asegura el reposo y concierto de todas las partes de la sociedad. El

hace la sumision mas tranquila, ordenando que sea absoluta, y mas respetable la autoridad, templándola. Investigad sobre la superficie de la tierra, los gobiernos mas moderados y menos sujetos á las revoluciones, y los encontraréis todos en los felices climas que el cristianismo tiene bajo su ley. ¡Se osa reprocharle el oponerse al progreso de los conocimientos que hacen florecer la sociedad! Por cuantas partes él ha penetrado, ha conducido las luces y la civilizacion, ha echado á tierra la barbarie y la ignorancia. ¡Franceses! si amais á las letras y á las ciencias, si ellas hacen parte de vuestra felicidad y vuestra gloria, rendid gracias á vuestra religion, de haberlas conservado entre vosotros; comparad los climas del Oriente, esas regiones otro tiempo la cuna y el teatro de todas las artes, á nuestros paisés entonces oscuros y sumidos en la barbarie, y ved la superioridad de nuestra constitucion, de nuestra legislacion, de nuestra política, de nuestra jurisprudencia, de nuestros talentos, de nuestras ciencias, de nuestras fuerzas, de nuestras riquezas. Todo florece bajo el benéfico sol del cristianismo, todo se marchita en la sombra espesa que estienden las otras religiones.

Y lo que es todavía mas admirable, y especialmente propio á nuestra santa ley, es, que asegurando á la sociedad todos los géneros de dicha, no se encarga de arreglar la sociedad. Todos los le-

gisladores que han fundado religiones, han unido íntimamente su culto á la constitucion de su estado; el objeto de su política, la obra maestra de su sabiduría, era el apoyarlas y protegerlas una por la otra; en vano se intentará unir á cualquiera otra ley civil las leyes religiosas de Minos, de Numa y de Mahoma: la religion y el gobierno han sido formados y como fundidos juntamente. No pudieran separarse, sin destruirse. Del sistema entero de la legislacion, quitad la religion; el gobierno pierde su principal apoyo: cambiad la forma del gobierno, la religion queda sin objeto. Y aun en la misma ley santa, que separaba de las otras naciones al pueblo amado de Dios, la teocracia incorporaba necesariamente uno al otro estos dos grandes móviles. El soberano del Estado era Dios: todos los deberes civiles venian á ser obligaciones religiosas, todos los deberes de religion recibian una sancion civil. Mas la ley nueva que Dios ha dictado á todos los pueblos, y que tiene por objeto reunir en un mismo culto todas las naciones de la tierra; la ley nueva tiene por carácter esencial el de conciliarse con todos los gobiernos. Ella no somete á los cristianos á una autoridad particular, los sujeta á la que encuentran establecida. El poder actualmente en posesion de regir al Estado, ha sido ordenado por Dios mismo: véase nuestra regla y el principio de nuestra sumision. Ciudadanos de las repúblicas, súb-

ditos de las monarquías, habitantes de los Estados regidos por gobiernos mistos, nosotros no tenemos en nuestra religion sino una misma ley: ésta es el lazo que nos une á nuestras diversas patrias; es una base comun sobre la cual todas las diferentes constituciones que se puedan inventar, encontrarán un fundamento sólido. ¡Cuán admirable es esta ley que, sin favorecer á ningun gobierno, los protege todos; que, no particularizando ninguna obligacion civil, las hace cumplir todas! El cristianismo forma los ciudadanos, pero no usurpa á la autoridad el derecho de dirigirlos. Jesucristo distingue espresamente lo que pertenece al César, de lo que corresponde á Dios. Su religion prescribe las virtudes de cada profesion, y no determina los deberes: ordena al soberano que gobierne con sabiduría, mas no le ofrece las reglas del gobierno; impone precepto al magistrado de no emitir sino juicios equitativos, mas no dicta las leyes según las cuales debe pronunciar; arma al guerrero en defensa de su patria, pero no le nombra el enemigo que debe combatir; hace rendir á cada uno lo que le es debido, honor, respeto, obediencia, temor, tributo, mas no fija ni el género ni la estension de cada débito. Al consolidar todos los derechos, los deja á todos en su puesto: conserva el equilibrio de los poderes, vedando las usurpaciones; mas no confiere regla ni límite á ningun poder. La única autoridad á que

pone términos, es la suya propia. Mi reino no es de este mundo, ha dicho Jesucristo. ¡Anatema al ministro ignorante ó ambicioso, que osara franquear esta barrera sagrada, introducir en el órden civil poderes puramente espirituales, y so-prestado de la ley religiosa, que ordena el cumplimiento de los deberes del Estado, convertirse en juez de estos deberes y pretender fijarlos! Nosotros lo declaramos, sin vacilar, criminal hácia todas las potestades: usurpador de la una, profanador de la otra; y lo abandonamos á las penas que ambas reunan sobre su cabeza.

Nosotros acabamos, cristianos, de esponeros la ley santa bajo la cual habeis tenido la dicha de nacer, y vosotros no habeis podido desconocer los preceptos que han sido dados á vuestra juventud, y que vuestros pastores no cesan de recordaros. Buscad ahora en todas las instituciones, ó si así lo queréis, en la imaginacion humana, otra cualquier legislacion que reúna tanta perfeccion, que forme un código tan completo, que abrace un plan tan vasto, que dirija al hombre tan seguramente á la virtud y á la felicidad, que procure tantos auxilios para el bien, tantas precauciones contra el mal; que úna igualmente á la hermosura de los mandamientos, la fecundidad de los medios; que sea tan sábia, tan proporcionada á nuestras exigencias, tan acomodada á nuestra naturaleza. Todo lo que los filósofos y los legisladores

antiguos y modernos han podido enseñar sobre los deberes del hombre, no tiene mérito sino cuando se aproxima á las lecciones de Jesucristo, y se convierte en vicioso al punto que se aparta de ellas. La conformidad con el Evangelio; véase la regla de toda moral sana, y la medida cierta de su perfeccion. Ni basta á la perfeccion de la ley, que presente preceptos sabios y útiles; es indispensable tambien que proponga motivos poderosos, eficaces, adecuados á la naturaleza de los hombres que dirige. No es, pues, bastante el mostrar al hombre lo que debe hacer; es necesario comprometerlo á observarlo. La ley no es mas que una simple especulacion: para adquirir el carácter de tal, es indispensable que obligue á la práctica: el nombre mismo de ley anuncia la obligacion que impone. Al momento en que se interpone la autoridad, comienza la ley; ésta se destruye al instante en que la sancion termina.

Y cabalmente este era el punto sobre que claudicaban las lecciones de los filósofos. Sublimidad de genio, erudicion, elocuencia, nada pudo jamas suplir la autoridad de que estaban desprovistos. Ellos podian enseñar, mas no les era concedido prescribir; dictaban instrucciones, pero no preceptos. Bien pudieron presentar algunos motivos para hacer amar la virtud; pero sus oyentes quedaron siempre como primeros jueces, así de sus lecciones, como de sus motivos. Desde entonces

su enseñanza, desnuda de autoridad, no podia pertenecer sino á la clase poco numerosa de los hombres ilustrados.

Tambien toda moral incompleta por falta de sancion, es insuficiente, porque no puede ser universal. Para llenar el doble objeto de instruir á todo el género humano y de imponerle obligaciones, es de toda necesidad que se erija en ley. La que viene de lo alto lo ilustra y sujeta todo: se hace conocer á todos los hombres igualmente, en la misma medida, de la misma manera; no exige ni genio, ni ciencia, ni estudios, ni esfuerzos, ni tiempo: basta abrir los ojos para recibir su luz; su resplandor disipa los falsos brillos de un saber presuntuoso, y ahuyenta las tinieblas de la ignorancia; entra con imperio en los palacios como en las cabañas, y poniendo al nivel á todas las cabezas, pesa igualmente sobre todas.

¿Y qué ley humana ha obrado jamas con tanto peso sobre el género humano, como la de Jesucristo? ¿Cuál le presenta una autoridad tan fuerte, y hace alarde de una sancion tan poderosa? Ella fortifica todos los motivos que la razon, la conciencia y la sociedad pueden proponer, por otros todavía mas eficaces, mas al alcance de todos los talentos, y que ella sola puede emplear. El ojo de Dios, abierto sin cesar sobre el hombre, siguiéndolo por todas partes, y penetrando aun los mas secretos repliegues de su conciencia, hasta

donde él mismo no puede llegar; la perspectiva de esa cárcel de fuego, en que se reunirán tormentos eternos sobre el alma culpable, en que ningún consuelo, ni aun la misma esperanza, penetrará jamás; la confianza de alcanzar la felicidad prometida á la virtud, en cuya sola idea la imaginación se pierde, como que cuanto podemos concebir de ella es que será eterna é infinita, como el Dios de que gozaremos; el reconocimiento de los inmensos beneficios que Dios nos preparaba aun antes de que naciósemos, y de los que no cesa de derramar sobre nosotros; la satisfacción de corresponder á la dignidad á que ha sido elevada nuestra naturaleza, y á la magnitud de nuestro destino; la certidumbre del auxilio que la gracia divina nos presta continuamente; la contemplación del modelo divino levantado delante de nosotros para conducirnos; el ejemplo de tantos grandes personajes, que han desempeñado los mismos deberes, á pesar de los mismos obstáculos, temores, esperanzas, sentimientos, auxilios, ejemplos; la religión reúne todos los motivos que pueden obrar sobre el alma. Todos son fácilmente apercibidos, y necesariamente experimentados por todos los hombres; todos pertenecen exclusivamente á la religión: ella es quien los propone, los fija, los desenvuelve, y les imprime su energía. Quitadles el apoyo de la autoridad divina, y veréis debilitarse los unos y aniquilarse los otros.

Examinad ahora, cuáles son los principios que la incredulidad pretende sustituir á estos grandes móviles, que reciben su impulso de la religión. La hermosura de la virtud y la idea esencial del órden, la noción que da la razón de las penas y de las recompensas de otra diversa vida; el testimonio que se dá la justicia y los remordimientos que siguen á la iniquidad; el sentimiento del honor; el cuidado natural de su conservación; el interés personal inherente á la práctica de la virtud; el freno de las leyes civiles y de las penas que ellas imponen: tales son los lazos por los que el deísta piensa contener al hombre en el bien, y reemplazar la cadena sagrada que desciende del trono de Dios, para apegarnos á nuestros deberes.

Preguntémosle desde luego ¿si todos estos motivos que opone á la religión, son incompatibles con los que ella presenta; si la ley cristiana los escluye; si proponiendo los unos, prohibimos el empleo de los otros? Pero si no es cierto que los motivos religiosos y los naturales se contrarían mutuamente, ¿por qué separarlos? ¿Por qué quitar á la moral su mayor autoridad? ¿Por qué despojarla de su mas fuerte sanción? ¿Conductores inespertos, vosotros teneis trabajo en dirigir al hombre reuniendo dos géneros de medios: á pesar de este doble freno, él se escapa sin cesar de la mano que lo guía; y para conducirlo con ma-

yor seguridad, imagináis sustraerlo al mas poderoso de los dos!

No, al presentar motivos de un orden superior, nuestra ley santa no escluye los que el hombre puede sacar de su propio fondo: de cuanto puede conducir á la virtud, nada es estraño á la religion. Todos esos motivos que la razon propone, la religion los adopta y los consagra: ella sustenta los unos, y les dá la fuerza de que carecen; purifica los otros, y cercena lo que allí se ha introducido de vicioso; esclarece éstos, y hace desaparecer toda oscuridad; fija aquellos, y destierra toda incertidumbre; á todos imprime su santidad, su grandeza, su autoridad, su evidencia, su universalidad, su precision y su inmutabilidad. La religion comunica á todo lo que toca su carácter, la razon no dá á la virtud sino bases estrechas, sobre las que vacila, pronta siempre á arruinarse: la religion coloca esos apoyos inciertos sobre un gran cimiento que los asegure y les preste una consistencia sólida. Examinemos, en efecto, estos diversos principios que se pretende oponer al cristianismo, y veremos ser de él de quien reciben su mayor autoridad.

Fué sin duda alguna un pensamiento bien noble el que concibieron algunos filósofos de la antigüedad, cuando imaginaron aficionar á la virtud por el solo esplendor de su hermosura, y hacer de la idea imponente del orden moral, el fundamen-

to de las acciones honestas y generosas. Compadecemos á la humanidad, de que no sea bastante perfecta para ser movida por un motivo tan puro, y lamentémonos de que un principio tan elevado, no pueda ser, por sí mismo, ni tan universal para escitar á todos los hombres, ni tan fuerte para sostenerlos en todas las pruebas, ni tan terminante para dirigirlos en todas las circunstancias. Nada existe ciertamente sobre la tierra tan amable como la virtud; pero para amarla como merece serlo, es necesario conocerla; para conocerla, estudiarla; para estudiarla, ser capaz de reflexiones estensas y abstractas. La idea admirable del orden supone relaciones, exige comparaciones. El vulgo, es decir, casi todo el género humano, ¿es acaso capaz de estas altas meditaciones, de estos discursos tan complicados? ¿Posee los conocimientos, las facultades, un tacto tan profundo, tan separado de los sentidos, para asir con ardor esta belleza espiritual de la virtud y del orden? Y cuando las tentaciones vinieren á combatirlo, las ilusiones á sorprenderlo, las pasiones á seducirlo; ¿deberá esperarse que sabrá rechazar todos estos ataques, con la sola idea de la hermosura moral? Reconozcamos, admiremos, amemos el esplendor de la virtud; pero guardémonos de exagerar los efectos; sobre todo, guardémonos de confiar nuestra vida á una guía incierta, que ella misma necesita ser dirigida. El amor de la virtud

es un sentimiento muy indefinido para conducirnos á un punto fijo: él dará una impulsión general hácia el objeto honesto; pero incapaz de indicar, no menos el término, que los medios, extravía con tanta facilidad, como conduce; si se exalta, guía al fanatismo; si pierde el camino, hace caer en el crimen.

Así es como el mas tierno amor filial, en las regiones idólatras, sume el puñal en el seno de los padres, para librarlos de las penas de la vejez. Pero déjese de abandonar á sí mismo el amor de la virtud y del orden; repóngase á su verdadero lugar, haciéndolo entrar en la religion; y se convertirá en un móvil seguro, poderoso, universal. ¡Cuánto añade el cristianismo á la hermosura de la virtud! Ella no pertenece propiamente á la tierra, no hace sino viajar con nosotros: ha bajado del cielo para conducirnos y llevarnos allá en su compañía. Yo no me encuentro ya embarazado para hacer conocer al hombre mas simple todo el precio de la virtud, cuando se la presento como un don de su Criador, y un medio de agradecerle. Estoy seguro de que el entendimiento mas grosero no desconocerá la idea del orden y de la armonía moral, cuando reuna lo que ella supone necesariamente, la idea de un Sér supremo, autor, conservador y vengador de este orden. Jamas temeré que este sentimiento tan puro y noble del amor de la virtud y del orden, se debilité ó se exalte,

deje de ser útil ó pase á ser dañoso, siempre que él fuere animado por el amor de Dios, y dirigido por su ley.

La esperanza de otra diversa vida es tambien un motivo bastante poderoso; mas él pertenece, igualmente, á la revelacion: la religion es su elemento. En su seno es donde ella ha nacido, donde se conserva y fortifica; y al momento que se emprende sacarlo de allí, queda lánguido y sin fuerza. Desde luego este motivo no puede ser propuesto por aquellos enemigos del cristianismo, que no reconocen el imperio de una providencia. Y aun aquellos mismos de nuestros adversarios, cuyos principios menos escandalosos someten, á lo menos, al hombre, á los juicios de un Sér superior, ¿pueden dar á este motivo una grande autoridad? El dogma saludable de un Dios remunerador y vengador, es ciertamente conforme á la razon: ella lo comprende fácilmente, cuando le es presentado. Convengamos, aún, en que por sus solas luces, puede llegar á percibirlo. ¿Pero abandonada á sí misma, es capaz de adquirir la certidumbre, y sobre todo de fijarla con la precision necesaria? Que los hechos den aquí testimonio. ¿Cuáles son las luces que la razon ha traído al género humano, sobre este punto importante de la moral? Véase la doctrina de otra diversa vida, este monumento precioso de las antiguas tradiciones, este testimonio ilustre de la Providencia, que

Dios no ha querido dejar perder enteramente entre los hombres, remontar en todas las naciones en los primeros tiempos conocidos; perder la memoria de su origen en la oscuridad que los cubre; preceder por todas partes las luces y la civilización; debilitarse en seguida por grados, á medida que ella se aleja de su fuente. Desfigurada, desde luego, por las fábulas del paganismo, vino á ser un problema en las escuelas de la filosofía. Absolutamente rechazada en unas, oscurecida en otras, por los diferentes sistemas sobre la duracion y destino del alma, no fué enseñada en las que la adoptaron, sino como la opinion mas verosímil, y mas bien presentada como un deseo que como una creencia. ¿Un principio oscuro é incierto podria ser el móvil universal y constante de las acciones humanas? A Jesucristo es á quien el universo debe la obligacion de ver, en fin, el interesante dogma de la vida futura, devuelto á su pureza primitiva. El ha desterrado todas las dudas, añadiendo al principio de la inmortalidad de las almas, el dogma de la resurreccion de los cuerpos; ha disipado todas las oscuridades, fijando la naturaleza y la eternidad de sus recompensas y de sus penas.

La conciencia es un tribunal donde el hombre se convierte á sí mismo á la vez en acusador, en testigo, en juez y en verdugo. Pero en nuestros principios, este tribunal interior tiene una rela-

cion necesaria con aquel en que Dios se asociará algun dia para pesar nuestras acciones. Este será el mismo juicio, pronunciado sobre la misma ley, y conforme al mismo testimonio. ¡Ah! ¡Cuán terrible debe ser este testimonio para el alma que sabe que ha de seguirlo ante el supremo Juez!

Es fácil comprender la esperanza tranquila y la calma del que mira en su juez un remunerador, y la turbacion, el terror y las agitaciones del infelice, que tiene sin cesar ante los ojos los suplicios eternos. Pero quítese al remordimiento la religion, y ya no tendrá sobre qué estribar; será un móvil sin punto de apoyo; cesarán sus tormentos, cuando ya no tema ninguna desgracia. En el cristianismo, el remordimiento es un beneficio de Dios, que invita al pecador á arrepentirse; en la incredulidad, no debe ser sino un aliento al crimen; porque, ¿qué otro interes queda al que mira sus remordimientos como su último suplicio, que el de librarse de ellos á fuerza de maldades?

Si el honor fuese constantemente lo que debia ser, el entusiasmo de la probidad; si se le hiciese consistir, mas bien en merecer que en ambicionar ser honrado; si temiese mas la falta que la afrenta; si aspirase menos á la consideracion pública que al aprecio de sí mismo; si supiese desafiar la preocupacion con tanto valor como los peligros y desgracias, seria ciertamente el resorte mas enérgico que la virtud pudiese hallar sobre la tierra.

Juzguémoslo por las acciones heroicas que produce aun en el estado de degeneracion á que lo han reducido nuestras viciosas convenciones. ¿Pero podrá ser el principal móvil de las acciones humanas, aquel falso honor que no inspira sino las virtudes de brillo, y que se jactan de ennoblecer los crímenes? ¿Deberá dominar al hombre ese esclavo de la preocupacion, que lo conduciría infaliblemente al crimen, cuantas veces el deber se encontrase en pugna con la opinion pública? Mas que el verdadero honor derroque ese ídolo, tanto tiempo há adorado por la clase mas brillante de la sociedad, así como la venida del verdadero Dios echó por tierra á las falsas divinidades; que purifique su culto, haga enmudecer sus oráculos, estinga sus sacrificios, recobre sus derechos usurpados; entonces, incorporado necesariamente en la religion, regirá con seguridad todos los órdenes del Estado, será la ley de todos los tiempos y de todas las circunstancias, no ordenará ninguna virtud que ella no prescriba, no escitará á ninguna accion generosa que no aconseje, no prohibirá ningun vicio que no condene, no presentará ningun motivo que no proponga, ni empleará ningun medio que no consagre. Y si separándose de la religion es como se extravía; ella no cesa de volverlo á llamar á la senda por donde debe entrar.

El sentimiento natural que apega al hombre á

su conservacion, es un motivo bien poco estenso para hacerlo el principio de sus acciones. El no puede impedir sino los escesos dañosos para la vida y para la salud: indiferente sobre todo lo demas, permite lo que no es dañoso sino á los otros. Pero sea cual fuere la autoridad que se le conceda, es bien notable que sea la incredulidad quien lo proponga, y todavía mas sorprendente que se atreva á oponerlo á la religion. La incredulidad anuncia voz en cuello, que su vida es propiedad suya, de que puede disponer á su antojo: la religion, prohibiéndole indistintamente todo homicidio, le quita todo derecho sobre su propia vida, como sobre la de otro. La incredulidad enseña, que desde que se deja de ser dichoso, vale mejor dejar de ser: la religion nos instruye, de que es una virtud saber sufrir. La incredulidad exime de toda pena el atentado sobre sí mismo, pues que lo hace el término de todo; la religion manifiesta que es el principio de la eterna infelicidad. Así la religion quita al suicidio la escusa, el pretesto y la confianza que le dá la incredulidad. El cristianismo inspira á la vez el valor de sacrificar su vida, cuando Dios ó la patria lo exigen, y el de soportarla, cuando no es sino una desgracia personal: concilia el deseo de la bienaventuranza, que hace desear la muerte, con la sumision á los decretos divinos, que la aguarda tranquilamente en su puesto. La incredulidad desafía á la muerte,

porque prefiere el aniquilamiento al dolor: el ánimo de que se gloria, no viene sino de un temor mas grande; su fuerza aparente no es otra cosa que la desesperacion de la pusilanimidad. Citadnos un cristiano á quien el generoso desprecio de la vida, inspirado por la religion, haya conducido á atentar á sus dias. Con las máximas de la incredulidad, es con lo que se han multiplicado los suicidios: véanse los primeros frutos que de ella ha recogido la sociedad.

La religion es únicamente la que puede hacer al hombre virtuoso, por el interes que tiene de serlo; porque ella sola pone continuamente delante de sus ojos un interes infinitamente superior á todos los que pueden inclinarlo al pecado; un interes siempre claramente apercebido, y vivamente experimentado; un interes que no puede jamas ser debilitado ni oscurecido. Pero ese interes temporal, de que se pretende hacer el gérmen de todas las acciones, ¿no es el que engendra todos los crímenes? ¡Y á esta guía ciega que sin cesar descarría á los que la siguen, es á quien se quiere confiar enteramente la direccion del género humano! Nosotros reconocemos, sin embargo, y apreciamos esta verdad tan consoladora á la humanidad, que la dicha mas verdadera que se puede tener, aun sobre la tierra, se encuentra con frecuencia en la virtud, y que ordinariamente un falso cálculo es el que separa el interes del deber.

Pero supuesto que el interes es un juez tan poco ilustrado en su propia causa, es indispensable desconfiar de él remitiéndole la sentencia. ¿La incredulidad se encargaria de hacer reconocer á todos los hombres, por ignorantes, por ciegos y arrebatados que estén, que su interes de todos los tiempos, de todos los lugares y de todas las circunstancias, es inseparable de la virtud? ¿Se lisonjearia de conciliar constantemente el interes personal y el de la sociedad? ¿de hacer siempre prevalecer sobre el interes del momento, el mas grande del porvenir? ¿de reprimir sin tregua el interes de la pasion por el del deber? Contemplad á un hombre dominado por una grande tentacion: la falta es pequeña, el deseo ardiente, las ventajas considerables, el placer próximo, el secreto seguro. ¿Cuál será el lenguaje del interes? ¿Qué consejos dará, cuando la virtud exija sacrificios? ¿Será acaso el interes quien persuadirá al avaro á restituir un bien mal adquirido? ¿al ambicioso á renunciar el puesto de que es incapaz? ¿á la inocencia indigente y sensible, á resistir á todos los géneros de seducciones? ¿al hombre solicitado al crimen á sufrir la pobreza, la afrenta, los sufrimientos, la muerte, antes que faltar á su deber? El interes solo de la salvacion da á la virtud útiles auxilios; el interes temporal es siempre para ella, ó un enemigo peligroso empleado en combatirla, ó un aliado pérfido dispuesto á traicionarle.

En fin, á la ley del cielo opone el incrédulo las leyes de la tierra, pretendiendo hacer de estas un móvil bastante poderoso para apartar al hombre del vicio, y para conducirlo á la virtud. ¡Para conducirlo á la virtud! ¿Y cuáles son estas leyes humanas que la recompensan? ¿En qué país existe esta legislación que establece premios á las acciones honradas? Yo veo en las naciones magistrados establecidos para perseguir el crimen, tribunales levantados para juzgarlo, cadalsos erigidos para castigarlo; pero á solo esto se limita la acción de las leyes. La ley tampoco puede recompensar, ni debe hacerlo; no tiene premios dignos de la virtud, y todas sus recompensas recaerian sobre las acciones ruidosas, siempre suficientemente valorizadas por la opinion: las virtudes oscuras, las mas verdaderas y necesarias de todas, no pudieran optar en ese caso, y la hipocresía obtendria sin cesar los honores de la sólida virtud¹. La ley humana carece necesariamente de una parte de la sancion que encierra la religiosa: los castigos que infiere tienen la fuerza de destruir el vicio: no puede

¹ Hé aquí la respuesta á las reflexiones que sobre este mismo punto ha hecho Eugenio Sue en sus *Misterios de Paris*. Si este irreligioso y cínico escritor conociese la religion que ha osado atacar, ya encontraria en ella el mas eficaz remedio de los males que hipócritamente lamenta para inspirar confianza y ganar el corazón de sus lectores para adherirlos á sus extraviados principios.—T.

atacar sino la acción culpable, ni tiene dominio alguno sobre el consentimiento que es su principio: detiene el brazo, y deja al corazón toda su corrupción; no prohíbe sino lo que es criminal, y no reprime lo que es deshonesto; y aun entre los crímenes no castiga sino los que turban á la sociedad, no siendo de su resorte cuanto puede dañar al prójimo. Imagínese un pueblo cuya moral no tuviese mas apoyo que las leyes; él seria bien desgraciado, porque sus leyes deberian ser no menos severas para reemplazar todos los demas móviles, que detalladas, para proscribir todos los delitos. Adonde no hubiera sino leyes, no se pudiera tener mas que una moral frecuentemente viciosa y siempre incierta, fluctuante, variable como las mismas leyes, al arbitrio de las ideas de un legislador, ó de los caprichos de la multitud. Adonde no hubiera sino leyes, ¿quién seria el que conservase las costumbres; las costumbres mas útiles todavía á la sociedad que las leyes; que pueden algunas veces suplirlas, mas nunca ser suplidas por ellas? Adonde no hubiera sino leyes, se veria á todo hombre poderoso insultarlas; ¿pues en qué naciones faltan hombres temibles á los mismos depositarios de la ley? Adonde no hubiera sino leyes, ellas serian continuamente eludidas por las astucias del fraude, los artificios de la intriga, los subterfugios de la chicana. Adonde no hubiera sino leyes, no quedaria ningun freno para los crímenes secretos;

el grande interes consistiria, no en no cometer ningun crimen, sino en ocultarlo; pues todo lo que sabe sustraerse á la vista del hombre, burla su justicia. La ley civil, abandonada á sí misma, será siempre insuficiente en su autoridad é incompleta en sus preceptos; porque siempre necesitará de un poder extraño que tenga la fuerza de hacerlos estimar y cumplir; y por tal motivo la religion constantemente será para ella un auxiliar y una defensa necesaria. Intentar contener las pasiones humanas por la ley civil, es como oponer un débil dique á un arrebatado torrente: en lo pronto detendrá algunas pequeñas piedras que arrastra la corriente, mas cuando estas se hubieren amontonado, el término será ser arrastrado él mismo. La ley divina, al contrario, es un muro invencible que rechaza el choque continuo de las aguas; es la órden que Dios ha dictado á las olas, de estrellarse sobre la ribera. Las leyes humanas, siempre débiles é imperfectas, manifiestan por todas partes la marca de la mano que las ha trazado; la ley divina es santa, poderosa é inmutable como su autor. Las leyes, las mas admiradas entre los hombres, no se aproximan mas á la ley de Dios, que los trabajos ejecutados por nuestras artes se asemejan á ese cielo que celebra la gloria del Criador.

Forzada la incredulidad á reconocer la pequeñez de cada uno de los medios que puede proponer, pretende hacer valer su número, se esmera

en reunirlos y en combinar su accion, para imprimirles mayor fuerza. Pero si cada uno de estos móviles recibe del cristianismo su grande impulso; si la ley cristiana es quien imprime á todos en particular su principal autoridad, ¿qué poder extraño se atribuirá su reunion? Unidos ó apartados, obrando junta ó separadamente, siempre será la religion quien les dará el movimiento y el valor; y el aumento de fuerza que se deberá á su reunion, será tambien uno de sus beneficios. ¿Qué pretende contra nosotros la incredulidad? ¿Aspira solamente á la gloria de hacer algunos hombres virtuosos? Nosotros no le disputaremos este frágil honor: que se gloríe cuanto quiera, de haber, por sus diferentes principios inspirado algunas virtudes, reformado algunos vicios, hecho practicar algunos deberes.

A quien debe conducirse á la virtud es á la especie humana: se necesitan vehículos que reunan todos los géneros de universalidad, que todos los hombres reconozcan, cuyo poder esperimenten todos, que abracen la totalidad de los deberes, que obren en todos los lugares, en todos los tiempos, en todas las circunstancias; y tales son todos los que hace mover el cristianismo. Pero estos motivos naturales que reúne la incredulidad, difieren especialmente de los nuestros por el punto esencial de que son todos restringidos y estrechados en un círculo reducido de personas y acciones.

Uno solo de los estímulos de la religion tiene una inmensa superioridad sobre todos los que jamas haya propuesto la razon. Deístas, á vosotros toca probar, que vuestros motivos, si son insuficientes en sí mismos y aislados, dejan de serlo cuando se acumulan; y que si la accion de algunos de ellos no se conserva en todas las circunstancias, tampoco hay ninguna de estas, en que no se haga fácilmente percibir. Véase lo que es necesario é imposible demostrar; nosotros nos atrevemos á desafiaros. Todos vuestros motivos, ó son esteriore y no llegan á la conciencia, ó son puramente espirituales y no pueden ser reconocidos por el vulgo sino cuando le son presentados por una autoridad superior.

¿Pero por qué esta moral cristiana tan bella y poderosa, no produce los admirables efectos que daban derecho de aguardar la sublimidad de sus preceptos y la fuerza de sus motivos? ¿Por qué despues que Jesucristo ha dado su ley al universo, aun permanece éste corrompido como lo estaba antes de su venida? Tal es el grande argumento de los enemigos de la moral cristiana. ¿En qué consiste, claman, la hermosura de esta ley? Ella pretende reprimir las pasiones, y el género humano no gime menos bajo su esclavitud: su objeto es corregir los vicios, y éstos ejercen siempre su funesto imperio: se gloria de inspirar todas las virtudes, y éstas, en lugar de haberse multiplica-

do, parecen disminuir todos los dias: se atribuye el poder de formar la dicha de la humanidad, y los hombres continúan hechos presa de las mismas desgracias: se apoya sobre motivos que aseguran son los mas patentes, y se les ve continuamente desconocidos y despreciados. Por los frutos, agregan, debe juzgarse el árbol: muéstrense los que ha dado la moral cristiana, y fácilmente se convendrá en su inutilidad.

No es, en verdad, sobre nuestra santa religion sobre la que recae esta censura, por desgracia tan frecuentemente fundada, de los incrédulos, y nos vemos obligados á confesarlo para nuestra confusion, sino sobre nosotros mismos, que nos hacemos indignos de la vocacion inestimable con que hemos sido preferidos; sobre nosotros, que profanamos sin cesar todos los dones que nos prodiga la mano benefactora de nuestro Dios; sobre nosotros, mas culpables que las naciones idólatras, pues que con una ley infinitamente mas perfecta, nos mantenemos casi tan depravados como ellas. Humillemonos de este odioso paralelo; gimamos de la ceguedad en que vivimos en el seno de la luz, deploremos nuestra desgraciada debilidad, nuestra funesta inconsecuencia; mas guardémonos de atribuir las á la ley que infringimos, y no suframos que se le imputen nuestras culpas. La moral cristiana no hace al hombre inculpable. El objeto de toda ley es de comprometer al bien, pero sin for-

zar; de imponer la obligacion y no la necesidad; de conducir la libertad hácia la virtud, sin destruirla. ¿Seria, acaso, mas perfecta la religion que quitara la posibilidad de cometer el crimen, y arrastrase irresistiblemente á las acciones virtuosas? ¿Y dónde estaria el mérito sin la libertad? ¿Qué precio tendria la virtud, que no fuese jamas probada por las tentaciones, ni combatida por las pasiones? Se mira como inútil la ley evangélica, porque no impide todos los crímenes: luego, deben abolirse tambien las leyes civiles; aniquilarse esa ley natural, tan exaltada por nuestros adversarios; declararse igualmente inútil la razon, á quien con tanta frecuencia ciega la ignorancia, oscurecen las preocupaciones, arrastran las pasiones, seducen los ejemplos, y corrompe la educacion. Cerremos nuestras escuelas, suprimamos las instrucciones; libertemos al hombre de todo yugo; pues cuanto puede conducirlo á la virtud, no le quita el poder de elegir el vicio. Nosotros juzgamos á la incredulidad, no segun la conducta de los incrédulos, sino conforme á sus principios; mas ellos, como injustos detractores pretenden, al contrario, juzgar la moral cristiana, no por los que la practican, sino por los que la infringen; acusando de sus descarríos á la guía que no quieren seguir. Estos son enfermos rebeldes, que se quejan de no ser curados por el remedio que ellos mismos rehusan tomar. Para juzgar la ley, la ley misma es

la que debe examinarse. Ella es santa, si sus preceptos conducen á todas las virtudes, aunque haya hombres que se hagan criminales violándola; es útil, si la observancia de sus mandamientos produce la dicha de los individuos y de la sociedad, aunque se vea algunos prevaricadores hacer, por sus infracciones, su desgracia y la de sus semejantes; es poderosa, si sus motivos son los mas capaces de determinar al bien, aunque se encuentren hombres muy ciegos para desconocerlos, ó muy insensatos para despreciarlos.

¿Pero es tan fundado en toda su estension el cargo que hacen al cristianismo sus adversarios, de no haber reformado nada en el mundo? ¿Es positivo que los hombres sean tan corrompidos en la actualidad, como lo eran antes de la venida de Jesucristo? No, y mil veces no: si tenemos sobre el Sér Supremo nociones mas seguras y claras, ¿á quién las debemos sino á este divino maestro? Si los ídolos que adoraban las naciones han sido abatidos junto con su supersticioso culto, ¿no es á la voz de sus discípulos como han caido? Si los deberes morales son conocidos mas universalmente y con mas certidumbre, ¿no es su religion quien los ha enseñado? Si los mayores ejemplos de humildad, de mortificacion, de amor á los enemigos, y de tantas otras virtudes ignoradas hasta entonces, han llenado el universo, ¿los cristianos no son los que los han dado? ¿A quién debemos la obliga-

cion de ver abolidas las máximas feroces del antiguo derecho público? El cristianismo, por sus principios benéficos, ha aproximado los soberanos á sus pueblos, y sometido los pueblos á sus soberanos: ha elevado su espíritu de caridad hasta en el furor de los combates, moderado la crueldad de las guerras, quebrantando las cadenas de la esclavitud: la mansedumbre cristiana es la que ha hecho caer el derecho bárbaro de los padres sobre la vida de sus hijos, abolido los sacrificios humanos, proscrito los juegos sanguinarios. ¡Ingratos! nosotros recibimos los beneficios de la religion, como los de la naturaleza, sin reflexionar en ellos: la continuidad de la posesion estingue en nosotros el reconocimiento; el hábito de gozarlos nos los hace mirar como bienes propios é inesplicables de nuestra existencia. Abramos, en fin, los ojos, y reconozcamos la mano bienhechora que derrama sin cesar sobre nosotros tan preciosos dones.

¡Pero qué! ¿nos limitaremos á reconocer el inestimable beneficio de la ley cristiana? ¿La belleza de nuestra sana moral, no nos escitará sino á una fría admiracion, ó á un reconocimiento estéril? La respuesta decisiva á la mas fuerte objecion de los incrédulos, está en nuestras manos; hagamos callar por nuestra conducta esas acusaciones odiosas, que se osan formar contra nuestra augusta ley. Así fué cómo en los hermosos siglos de la

Iglesia, nuestros padres impusieron silencio á sus primeros enemigos: la santidad de los cristianos era la prueba de la del cristianismo. Reproduzcamos entre nosotros esos felices tiempos. ¡Ah! la fé tan violentamente atacada, tiene necesidad de ser tambien fuertemente defendida. Hagamos conocer nuestra religion por nuestras obras; este es el testimonio mas digno de ella, más propio para hacerla respetar, y más capaz de obligar á sus mismos enemigos á confesar, que es la ley mas perfecta y escelente que el hombre pueda recibir.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE

CULTO.

Una tercera parte esencial de la religion es el culto de la divinidad. El mismo nombre de religion anuncia el lazo sagrado con lo que Dios nos une á su servicio, y nos encadena á sus mandamientos. No es, pues, por su gloria por lo que exige nuestras adoraciones: en el seno de la eterna bienaventuranza, ¿qué bien puede sacar de nuestros homenajes? Nosotros somos los que tenemos necesidad de ser reconocidos á sus beneficios, sujetos á su poder, fieles á sus preceptos. El culto es para nosotros á la vez un deber y una utilidad: reduciéndonos sin cesar á Dios, nos penetra de su amor, nos apega á sus mandamientos, nos escita á observarlos: cuantas veces nos elevamos hácia la divinidad, descendemos como Moisés, cargados con las tablas de la ley. Tributemos

gracias á la infinita misericordia, que se digna recibir nuestros votos, prescribírnoslos, trazarnos su manera, aplicar á ellos sus dones, establecer entre su bondad y nosotros una comunicacion continua de pretensiones y favores, de ruegos y de beneficios; y por las adoraciones que le tributamos sobre la tierra, prepararnos y conducirnos á la felicidad de adorarlo eternamente en el cielo.

Este culto tan necesario al hombre no es solamente el homenaje que del fondo del corazon se eleva al trono del Eterno, y que oculto á todas las miradas, no tiene sino solo á Dios por testigo; siendo como es un sentimiento tan justo, no debe temer manifestarse, y debiendo ser no menos vivo, no puede permanecer dentro de nosotros. Un culto puramente interior no conviene á esta vida: está reservado á los bienaventurados, que desprendidos de los sentidos, fijan sus miradas sobre el sol de justicia.

Sus homenajes pasan inmediatamente de sus corazones al Eterno; esta es la religion del cielo: mas á la de la tierra son indispensables signos sensibles, que le impidan deshacerse ó estraviarse.

La debilidad necesita ejemplos que la animen; la sencillez, una pompa solemne que eleve sus ideas; la ignorancia, ritos exteriores que graben en la memoria las instrucciones religiosas; la incertidumbre y la versatilidad, juntas públicas que las reunan en una creencia general y en una moral

comun. Y pues la religion nos enseña que nuestro cuerpo debe resucitar un dia, y ser participante del inestimable beneficio de la redencion; es muy justo tribute igualmente homenaje al Dios que ha tenido á bien ocuparse de su gloria; y así es como, segun nos lo dice el Apóstol, la fé interior produce la justificacion, y la confesion pública obra la salud eterna. Por eso se vé á todos los pueblos civilizados reconocer la necesidad de un culto exterior; por todas partes nos presenta la historia á la religion presidiendo al matrimonio, consagrando los juramentos, celebrando las exequias de los muertos; por donde quiera nos manifiesta rogaciones públicas, ceremonias y sacrificios; nosotros marchamos sobre el polvo de los templos y de las aras, que nuestros padres habian levantado á sus falsas divinidades. Los legisladores de los pueblos en medio de sus errores, habian reconocido lo que en el seno de la luz no ven los incrédulos de nuestros dias; que el culto público es para la sociedad, tanto un deber hácia Dios que la protege, como una necesidad para producir y conservar la reunion de sus miembros. ¿Y en cuántos paises las ceremonias religiosas no han reunido á hombres salvajes, todavía errantes en los bosques? ¿cuántas veces un templo, un altar, no han sido para las naciones, como para las tribus de Israel, un testimonio de su reunion, un fiador de sus derechos? Y para no citaros sino el

ejemplo mas célebre de esta influencia de la religion pública sobre la union de las sociedades, ¿esa confederacion famosa, que no hacia de todos los pueblos de la Grecia sino una sola nacion, no debió su nacimiento y su conservacion al tribunal establecido para el mantenimiento de la religion general, y á esos juegos cuyo origen recordaba las divinidades, y cuya celebracion formaba una parte del culto?

La humanidad necesita un culto público y esto hace en consecuencia indispensable una ley general que lo arregle, determine las fórmulas y fije las ceremonias. Los ritos exteriores dejarian de formar un homenaje comun, si cada particular pudiera arreglarlos á su arbitrio, y hubiese tantos cultos como hombres: y así como en la sociedad política hay leyes que prescriben las reglas de los actos civiles y dictan sus formalidades, á fin de evitar reclamos y prevenir sorpresas; de la misma manera, en la sociedad religiosa, es necesario que las prácticas del culto estén ordenadas, ya para hacerlas comunes y uniformes, y ya para alejar los errores. Tal es, en efecto, nuestra desgraciada situacion: colocados entre la irreligion y la supersticion, caeriamos infaliblemente en la una si descuidáramos las prácticas del culto, ó en la otra si las exagerásemos. La falta y el exceso son igualmente criminales: cada entendimiento encuentra aquí su escollo; y si el culto de la divini-

dad no es regularizado por una autoridad comun, se veria de una parte al pueblo carnal y grosero, entregándose totalmente á un vano aparato, pasar de prácticas á prácticas, y caer en el mas vergonzoso exceso de la supersticion; y de la otra á hombres ilustrados, ensoberbecidos de su razon, y midiendo todo sobre sus luces, desdeñar unos ritos cuya necesidad no percibirian, y aniquilar por grados las ceremonias, el culto, la fé, la religion entera. Y véase adónde habian llegado esas naciones, cuyas luces son hasta el dia de hoy el objeto de nuestra admiracion y de nuestro asombro: fué necesaria toda la sabiduría, toda la santidad, toda la fuerza de la ley cristiana, para aniquilar de un solo golpe la supersticion de los pueblos y la irreligion de sus filósofos: la predicacion de los apóstoles, para hacer conocer al verdadero Dios; las santas asambleas de los cristianos, para destruir los misterios impuros; el verificativo de nuestras profecías para hacer cesar la impostura de los oráculos, la sangre de Jesucristo corriendo sobre nuestros altares, para abolir los sacrificios humanos.

Que la incredulidad deje ya, en fin, de calumniar este culto sagrado, de que la humanidad ha sacado tan grandes ventajas. Que cese de presentarlo como una aglomeracion de minuciosidades indignas de la razon humana y de la grandeza divina, incompatibles con la sublimidad de los de-

beres que nos están impuestos, y aun peligrosas por la falsa confianza que ellos inspiran, y que, como dicen, apegando al hombre á vanas ceremonias, lo desvian de las obligaciones esenciales, substituyen las preces á las obras, las prácticas á las virtudes, la supersticion á la piedad.

Estos abusos, que los incrédulos nos echan en cara el dia de hoy con tanta injusticia, son precisamente los mismos con que los profetas reconvenian de parte de Dios á la antigua sinagoga. Esta nacion carnal únicamente conmovida por objetos sensibles, á quien todos los ritos de su religion recordaban sin cesar los beneficios del Señor, ponía toda su confianza en aquel templo, el mas augusto del universo, que Dios se habia hecho construir, y en esas solemnidades pomposas, cuyas fórmulas habia prescrito. Se observaban con exactitud las purificaciones legales; pero no se pensaba en purificar el interior; y haciéndose en alguna manera un baluarte de las ceremonias de la ley contra sus preceptos morales, se creía cualquiera autorizado á violarlos, cuando habia cuidadosamente observado las prácticas esternas. Pero Dios suscitaba de siglo en siglo profetas, que venian á turbar esta funesta tranquilidad, y arrancar el velo, que este pueblo grosero sin cesar reponia sobre sus ojos. Llegaron, en fin, los tiempos en que ya no debia haber sobre la tierra sino verdaderos adoradores; y en que Dios, que es un puro espíritu,

ya no fuese honrado sino en espíritu y verdad. En sus declamaciones injustas, ¡cuán distantes están los deistas de la vehemencia con que Jesucristo rechazaba este error funesto, que coloca lo esencial de la religion en lo exterior, este trastorno de todos los principios, que pierde las conciencias al tranquilizarlas, y que aniquila los deberes tanto mas eficazmente, cuanto que los reemplaza por prácticas impotentes! Nuestras santas escrituras están llenas de esta grande verdad, que el culto esterno no está prescrito sino para establecer, fortificar y animar el interno, y parece no haber sido dadas á los hombres, sino para manifestarla: tal es el espíritu que la Iglesia ha recibido de su divino Fundador. Nosotros estamos muy distantes de pretender justificar esas vanas ceremonias, esas prácticas extraordinarias que una piedad poco ilustrada, una devocion indiscreta, una falsa idea de perfeccion, el antojo de singularizarse, confesémoslo, y aun algunas veces el espíritu de interes, han mezclado con mucha frecuencia á la majestuosa sencillez del culto divino: las tradiciones de nuestros padres, si así lo hiciésemos, se levantarían al instante contra nosotros. Igualmente atenta á mantener la integridad del culto y su pureza, la Iglesia las ha prohibido siempre con un celo tan ardiente contra el error que lo ataca, y contra la supersticion que lo altera: los decretos que sujetan á los fieles á los ritos que la

autoridad ha consagrado, prohíben al mismo tiempo introducir otros nuevos, que ella no hubiese aprobado. Tal es la barrera eterna entre la religion y la supersticion: lo que es especialmente prescrito, ó universalmente practicado, véase el culto religioso; lo que el espíritu privado pretende agregar á él, hé aquí el rito supersticioso. El pastor particular no tiene derecho para admitir ritos nuevos en la parroquia confiada á su cuidado; á la prudencia de su cabeza y de sus primeros pastores, es á quien la Iglesia reserva la introduccion de nuevos ritos, el exámen de nuevas prácticas, el pesar los hechos sobre que se fundan, justificar los objetos propuestos á los homenajes públicos, autorizar las preces, permitir las ceremonias. Nada puede ser introducido en el culto, nada debe ser espuesto á la veneracion de los fieles, que no esté pertrechado con el sello de la autoridad. Si alguna vez el temor de mayores males, obliga á la Iglesia á tolerar ritos que desaprueba, gimiendo de su condescendencia, aguarda el momento de suprimirlos; pide á Dios lo acelere; nos encarga de prepararlo. Exhortaciones, prohibiciones, amenazas, censuras, precauciones, la Iglesia emplea todos los medios de separar de su culto las prácticas inútiles ó minuciosas. ¡Y se la acusa de favorecerlas! ¡Se le hace un crimen de las que se deslizan á pesar de su vigilancia! ¡Y por la mas irritante de las injusticias se le echan

en cara los abusos, que todos sus esfuerzos no pueden impedir!

No es, pues, en esas prácticas extraordinarias que la Iglesia desaprueba, que deplora y condena, donde debeis buscar su verdadero espíritu; sino en los ritos que propone á vuestra veneracion, y cuya práctica os ordena. El exámen de nuestro culto es la respuesta mas terminante á los reproches que se le dirigen. Cada parte de este culto tiene su espíritu propio: de esta multitud pomposa de ceremonias, que la incredulidad y la herejía se reunen á combatir, no hay una sola que no tenga un objeto espiritual: todas llevan por fin, ó afirmar los dogmas de la fé, ó recordar los preceptos de la moral. Nuestros ritos sagrados se refieren á nuestros dogmas; constituyen una profesion de fé sensible y pública, al alcance del mas sencillo; y reunen en la misma doctrina, al sabio que se estraviaria en sus ideas, y al ignorante que no retendria ninguna. Conservando la creencia, la difunden, la perpetúan, precaven su alteracion, y sirven de monumentos siempre subsistentes y sin cesar renovados de las verdades que profesamos. Cuando Arrio osó combatir el primero de nuestros misterios, nuestros padres lo confundieron mostrándole los sacramentos universalmente administrados en nombre de la Santísima Trinidad; y cuando los sacramentarios intentaron negar la presencia de Jesucristo en la Eucaristía, la

adoracion de toda la Iglesia á este augusto sacramento, se levantó de todas partes contra ellos, y fué su primera condenacion. Ved, si no, á esas sectas, que abandonando las tradiciones de sus padres, han suprimido tambien sus ceremonias; ¿por ventura, han podido conservar la perpetuidad de su enseñanza, y permanecer estables en sus errores? La falta de este lazo comun de su creencia, ha sido una de las causas de esas variaciones que han conducido por grados á sus sectarios al socinianismo y al deismo. Nuestras ceremonias están igualmente unidas á la moral que la religion nos enseña. Tomadas en su conjunto, su objeto inmediato es elevar nuestras almas á la altitud de las cosas divinas, sostener la piedad dispuesta siempre á abatirse y reanimar el fervor, que necesita de un alimento continuo para no apagarse. Consideradas en particular, cada una de ellas nos recuerda deberes especiales, nos conduce á su práctica, nos alienta á cumplirlos. Recorred estos ritos sagrados que habeis practicado hasta el dia de hoy, acaso sin la debida atencion; penetraos, en fin, de su espíritu; ved cómo entran en el sistema de la religion; considerad el lugar que tienen en este gran todo; examinad sus relaciones, su íntimo enlace con las otras partes del cristianismo, y os convenceréis de lo irracionales que son, el incrédulo que las ridiculiza y el hereje que las condena.

La Iglesia ha consagrado desde su establecimiento, un dia de cada semana especialmente al culto divino, y es aquel en que Dios dió principio á la obra de la creacion, y en el que Jesucristo resucitado, consumando la obra aun mas preciosa de nuestra redencion, confirmó nuestra fé y fundó nuestra esperanza: de esta manera, el domingo nos presenta á la vez los dos mayores beneficios de la Divinidad. En este dia solemne en que solo Dios debe ser exaltado, se suspenden las ocupaciones profanas; y aun cuando únicamente hubiera esta ventaja, su santificacion mereceria ser respetada de los incrédulos. El pueblo pobre, agotado de fatigas, encuentra en él descanso á sus trabajos, adquiere fuerzas para nuevas tareas, y especialmente por esta utilidad los filósofos paganos tenian consideracion á las fiestas de sus falsas divinidades. Empero el descanso del domingo es el menor de los bienes que este santo dia acarrea al pueblo cristiano: en la disipacion en que viven la mayor parte de los hombres, es importante que haya un dia consagrado con particularidad á reconducirlos á Dios. Los resortes de nuestra alma tienden, por su esfuerzo continuo, á relajarse; y muy pronto quedarian sin accion, si no fuesen continuamente templados. Cada domingo, la Iglesia reúne á los fieles en el templo; los coloca mas cerca de la Divinidad; los pone mas inmediatamente bajo su mano; y en el sa-

grado lugar, donde todo recuerda los beneficios y preceptos del Altísimo, los cristianos, obedeciendo sus órdenes, se presentan á ratificar el compromiso de servirlo todavía con mas fidelidad. El niño es instruido allí de las verdades de la religion, al mismo tiempo que se predicán á la edad madura. La voz del pastor, la pompa de las ceremonias, la santidad de los misterios, el comun ejemplo, todo concurre á elevar á el alma, sostener la piedad, escitar el fervor y reanimar todas las virtudes. No, diga lo que quiera la incredulidad, no puede ser perdido para la sociedad el dia en que todos sus miembros aprenden á ser mejores, en que los niños se hacen más obedientes, los padres más tiernos, los esposos más fieles, los grandes más humanos, los ricos más caritativos, los pobres más laboriosos, los desgraciados más pacientes: el dia mas útil á la sociedad, es aquel en que se estrechan más los lazos que la unen.

A esta fiesta del Señor, que la Iglesia reproduce cada semana, se agregan otras que distribuye en el discurso del año. Estas son épocas sagradas que recuerdan al pueblo las grandes verdades de la religion; que representan continuamente los hechos principales de la vida de Jesucristo; que por este espectáculo, reaniman en los corazones el reconocimiento, el amor, la piedad, la sumision, todas las virtudes de que la vida del Salvador ha sido constantemente la leccion y el modelo. No

hay, pues, una sola de estas fiestas que no presente al alma algunos motivos particulares de consagrarse al servicio de Dios. Ellas son tambien entre nosotros monumentos preciosos de los hechos que celebran. Establecidas en su mayoría en los tiempos inmediatos á esos sucesos, por testigos oculares, en medio de naciones interesadas en contradecirlas, han sido solemnizadas, sin interrupcion, por la Iglesia católica y por todas las sectas cristianas. Las generaciones las han transmitido fielmente á las generaciones siguientes, y los padres cristianos, de siglo en siglo, han contestado á sus hijos como los del pueblo de Israel: "Estas fiestas que celebráis, y estas ceremonias con que las veis solemnizadas, son los testimonios que Dios quiere perpetuar de sus diversos beneficios."

Las fiestas de la Santísima Virgen y de los santos estriban en el dogma de la invocacion de estos amigos de Dios, y en el deber de nuestra santificacion. Es en verdad, una doctrina bien preciosa, aquella que pone á la tierra en comercio con el cielo, y á la Iglesia militante en sociedad con la triunfante; que nos presenta á los bienaventurados en la morada de la gloria, interesándose todavía en las regiones que habitaron, que regaron de su sangre, convirtieron por su predicacion, instruyeron por sus lecciones, edificaron por sus virtudes. ¡Cuán consolador es para

el fiel, pensar que los hombres virtuosos que lo han precedido sobre la tierra, se dignan dirigir sobre él algunas miradas; que los padres, parientes y amigos que han muerto con el signo de la fé, no están perdidos para él, que velan sobre sus acciones, secundan sus esfuerzos, unen sus ruegos á los suyos, y desde el seno de la felicidad le alargan los brazos para atraerlo á su compañía! ¡Qué estímulo mas poderoso para la virtud, que la contemplacion de estos grandes modelos, que han llegado al término al que nosotros nos dirigimos, al través de los mismos obstáculos y mediante los mismos auxilios! Sus solemnidades los devuelven en alguna manera á nosotros; sus ejemplos reviven para nuestra edificacion; sus imágenes, espuestas en nuestras iglesias, son para el pueblo ignorante libros en que se instruye de las grandes acciones de su vida: sus reliquias, presentadas á la veneracion pública, son monumentos auténticos de los hechos que admiramos: invocando á los santos nos escitamos á imitarlos, y nos hacemos dignos de seguirlos.

Con suma injusticia, pues, se acusa á la Iglesia católica de haber abusado de la institucion de las fiestas, haciéndolas muy comunes; y de haber quitado, por la indiscreta multiplicacion de los dias consagrados al descanso, brazos al trabajo, dias al comercio y riquezas al Estado. Supongamos la realidad del abuso; no disputemos ni aun la exa-

geracion: pero que á lo menos observen nuestros adversarios cuáles fueron el tiempo, las causas y los efectos. La multiplicacion de las fiestas remonta á esa época desgraciada en que el gobierno feudal regia, ó mas bien, desolaba á la Europa; en que vasallos insolentes habian usurpado los derechos del monarca, para invadir los de la nacion, é introducido la anarquía para ejercer el despotismo: en el seno de la desgracia los pueblos oprimidos y despojados, volvian sus miradas hácia el único consuelo que les quedaba; corrian de todas partes á los piés de los altares, á buscar alivios y consuelos; y era muy natural que se esforzasen en multiplicar los dias en que el yugo, pesando menos duramente sobre sus cabezas, les dejara la libertad de respirar. Los mismos soberanos favorecian por otra parte el establecimiento de las fiestas nuevas; y uniéndolas al bien de su Estado, se aprovechaban del concurso que atraian las solemnidades, para ampliar el solo recurso que quedaba al comercio, circunscrito en términos muy estrechos. ¿Fueron acaso culpables nuestros padres de haber secundado esta política bienhechora? En el mismo tiempo tambien se suspendia, en nombre de Dios, el furor de las guerras privadas, y se publicaban esas treguas sagradas, convertidas despues en una paz uiversal. El mismo espíritu que consagraba dias á la paz, los concedia igualmente al descanso del pueblo. Tal

es el origen de la mayor parte de nuestras fiestas. Lejos de procurar multiplicarlas, la Iglesia desea y ordena su disminucion. Luego que abatida la tiranía feudal ha dejado de hacer útiles las fiestas á la felicidad del pueblo, la Iglesia es quien se ha empeñado en reducir las; sus concilios los que han prevenido las supresiones; sus pontífices quienes las han efectuado; y por lo comun sus miras han sido mas bien contrariadas que secundadas por los intereses temporales.

Los principales ritos que emplea la Iglesia para la santificacion de los fieles, son los sacramentos instituidos por Jesucristo, para ser á la vez los signos y los instrumentos de su gracia. La ceremonia obra lo que ella significa, su accion exterior recuerda al espíritu la gracia que produce, y las disposiciones que exige. Los sacramentos son, ademas, para la comunidad de los fieles, un medio y un signo de unidad; el bien comun de todos los hijos de la Iglesia católica; el lazo visible con que los une en una misma fé, entre sí y con Jesucristo; el sello con que los marca, para distinguirlos de las sectas que ha lanzado de su seno y privado de su comunión. En el bautismo la Iglesia tributa un homenaje solemne al misterio de la Santísima Trinidad, á cuyo nombre lo administra; profesa ademas manifestamente el dogma del pecado original, del que nos absuelve este sacramento, y el de la Encarnacion, cuyos mé-

ritos nos aplica: de esta suerte el bautismo es para la Iglesia católica un fiador perpetuo y subsistente desde Jesucristo, de los dogmas fundamentales de su fé. El cristiano sale de las aguas del bautismo, adornado de toda su inocencia: como hijo de Dios y hermano de Jesucristo, tiene derecho á todos los bienes que la Iglesia posee, y á todos los que promete; y no puede perder este derecho sagrado sino por su falta. Mas adquiriendo derechos ha contraido tambien obligaciones; á la autoridad general del deber, ha reunido la fuerza particular del compromiso. El bautismo es un pacto entre Dios y el hombre. El recuerdo de sus votos, la vista de la recompensa, la certidumbre de los socorros, todo es para el que ha recibido este carácter sagrado, un motivo de mas y un estímulo á la perfeccion. Las diversas ceremonias que la Iglesia emplea en este sacramento, son todas relativas á la gracia que confiere: ellas recuerdan al que las contempla, los dones que allí ha recibido y las obligaciones que ha contraido: nuevos padres se encargan especialmente de recordarlas sin cesar á nuestra memoria. ¿Y cuántos bienes no ha producido en todos tiempos esta adopcion espiritual? ¡Oh, vosotros, que no apreciáis las cosas mas santas sino por su relacion con el bien de la sociedad, advertid atentamente que el dogma de la necesidad del bautismo, y el celo de la salud eterna de los niños, son los que han

elevado esos asilos en que la religion recoge en su seno á los que el crimen repele! Todas las sublimes instituciones de la Iglesia católica están ligadas unas á otras; y sus saludables influencias se hacen sentir en todas las partes de la sociedad cristiana.

El sacramento de la confirmacion es un monumento de aquel día célebre en que el Espíritu Santo descendió visiblemente sobre los apóstoles, se abrió su mision, y se dió principio á la conversion del universo; y recuerda tambien el dogma de la gracia, que el mismo Espíritu divino derrama en los corazones. La confirmacion, que en otro tiempo se administraba despues del bautismo, como su complemento, renueva los compromisos en la edad en que estamos mas capaces de sentir su peso; reitera los beneficios y agrega nuevos auxilios en el momento de la vida en que nos son mas necesarios. Sus admirables efectos no hieren ya nuestros ojos, como en el tiempo de los apóstoles, y no obran sino sobre los corazones; porque nuestra fé no debe ya tener necesidad, como en los primeros tiempos, de ser confirmada por prodigios sensibles; porque la bajada milagrosa del Espíritu Santo es un hecho de tal manera auténtico, que ya no es necesario reiterarlo; y porque todas las naciones convertidas á la fé, son testigos suficientes de la presencia y de la virtud del Espíritu Santo en la confirmacion, sin que se necesite todavía añadir otras pruebas.

Todos los pueblos, todas las religiones, han tenido sacrificios, en mayor ó menor número. La religion católica no tiene mas que uno: él ha comenzado sobre la cruz; se ha difundido sobre toda la tierra, y se perpetuará hasta el fin de los siglos. El sacrificio del altar es el mismo que el de la cruz; el mismo pontífice quien lo ofrece; la misma víctima la que es inmolada; el mismo Dios quien lo recibe. La representacion es tan perfecta, que se identifica á su modelo. Sobre el altar, como sobre el Calvario, este sacrificio reúne todos los caracteres anunciados y figurados por los sacrificios de la antigua ley. Las ceremonias que lo acompañan traen á la memoria las diferentes circunstancias de la pasion. El sacrificio de la misa coloca diariamente al cristiano al pié de la cruz de Jesucristo, y lo trasporta al momento más importante y más augusto que ha existido jamas, que ha aproximado la tierra con el cielo, y reunido el tiempo á la eternidad. Mas todavía no es este el término de la bondad divina. No contento con reiterar todos los dias el sacrificio de nuestra redencion, Jesucristo descende dentro de nosotros, para aplicarnos sus méritos; se hace nuestro manjar, se une á nuestra sustancia. ¡Qué sentimientos de adoracion, de amor y reconocimiento, no deben inspirar al alma fiel unos beneficios, que nunca se hubiera atrevido no solo á apetecer, pero ni aun á imaginar! ¡Qué sublimes instruccio-

nes no adquiere en esta fuente divina! Este sacrificio, al que la fé nos hace presentes, es aquel en que Jesucristo llevó el amor de los hombres hasta morir por su salvacion: ¡y no amaremos á nuestros hermanos que, como nosotros, están bañados de su sangre! El Salvador oró por sus verdugos; admitió al apóstol que debia entregarlo: nos ha correspondido el ósculo de paz: ¡y nosotros conservaremos resentimientos! Véase en esta mesa santa, cómo se confunden los rangos, desaparecen las distinciones, se disipan las grandezas, y toda elevacion humana se abate á los piés de la majestad suprema. ¡Leccion profunda y preciosa de esa igualdad primitiva, que las instituciones sociales pueden suspender, pero no aniquilar; de la que hemos salido, y á la que deberemos volver; que habia establecido la naturaleza, que restablecerá la religion! ¡Lejos del altar en que el Cordero immaculado se digna comunicarse á las almas, cualquiera que se halle mancillada con algun pecado: porque comeria allí su juicio y sacaria su reprobacion! La Eucaristía adhiere á el alma fiel á la virtud, y exige que sea santa, para santificarla todavía mas. La Iglesia, convidando á sus hijos á frecuentar la sagrada mesa, y ordenándoles el precepto de acercarse á ella á lo menos una vez al año, les impone la mas estrecha obligacion de conservar, ó de reparar su inocencia.

Aunque el bautismo ha puesto remedio á la

culpa, nos dejó empero la concupiscencia, como una cicatriz que nos recuerde sin cesar nuestra llaga; arrancó los frutos, pero no ha sofocado el gérmen. El hombre, conducido hácia el bien por sus principios, arrastrado al mal por sus inclinaciones, pasa su vida entera flotando entre la virtud que lo atrae, y el vicio que lo seduce. ¿Y cuál será su suerte, cuando su debilidad lo haya hecho caer en la culpa? ¿No podrá ya volver á entrar en las sendas de la virtud, si una vez se ha descarriado en las veredas del vicio? ¿Si faltando á la ley se ha hecho pecador, queda acaso condenado á serlo para siempre? No, cristianos: la justicia suprema, dispuesta á desarmarse por nuestro arrepentimiento, desea mas que nosotros mismos nuestro perdon. ¿Pero esta inagotable clemencia no será tambien por sí misma un perjuicio para la virtud? ¿No animará á nuevos crímenes, por la esperanza, jamas estinguida de una nueva indulgencia? Tal es en cualquiera otro sistema, diverso del cristianismo, la desgraciada situacion del que ha cometido una falta: el transgresor se encuentra colocado entre la desesperacion que produce la imposibilidad del indulto, y la escesiva confianza que inspira la facilidad del perdon: aquella lo mantiene en el pecado, por la impotencia de evitar el suplicio, y ésta lo envalentona por lo seguro de la impunidad: una lo priva de toda esperanza, otra lo libra de todo temor; y bien se fi-

gure un Dios implacable, ó se forje una divinidad que fácilmente se apacigua, ya no le queda motivo alguno para volverse sólidamente á la virtud. ¡Cuán diferentes son las ideas del cristiano! La ley santa que ha infringido, pero que siempre está á sus ojos, previene su desesperacion, contemplando la misericordia divina; y reprime su falsa confianza, así por la incertidumbre del arrepentimiento diferido, como por la severidad de la penitencia. La consoladora certeza de la clemencia divina, y la impenetrable oscuridad del porvenir, son dos áncoras por cuyo medio la religion nos mantiene fijos entre los dos escollos de la desconfianza y de la presuncion. La misericordia del Señor es sin límites, pero su sufrimiento tiene un término. Él nos asegura que lo hallaremos siempre; pero no nos promete ni el tiempo necesario para poder, ni la gracia de que necesitamos para querer buscarlo: antes nos declara que el dia de su justicia nos sorprenderá, y que hará pesar sobre nosotros su mano, en el momento en que menos lo aguardemos. Los antiguos defensores del paganismo y los nuevos apóstoles de la incredulidad, conocen, por otra parte, muy mal las santas reglas de la penitencia, cuando la han acusado de multiplicar los crímenes por su facilidad, é ignoran las rigurosas condiciones que Dios ha fijado á su indulgencia. Unicamente por su propia severidad es como el pecador puede evitar la de

Dios: es necesario que suba al tribunal de su conciencia y pronuncie allí su condenacion, para huir de la del supremo Juez; que castigue en sí mismo todo lo que desea que el Señor deje impune: y supuesto que no puede proporcionar su castigo á la grandeza del Dios á quien ha ofendido, á lo menos debe medirlo por el tamaño de su falta. El dolor mas profundo no basta para ponerse en gracia de Dios, el pecador debe agregarle la resolucion firme y permanente de evitar los pecados que lo han hecho objeto de la cólera divina. Todavía mas: la Iglesia nos prohíbe imprimir sobre el penitente el sello de la reconciliacion, mientras no rompa los lazos que lo atan al pecado: exige que se aparte de las ocasiones que lo conducen á él: que venza las inclinaciones que lo arrastran á los delitos, contraríe los hábitos que lo retienen, sofoque las afecciones que lo adhieren á la culpa. Si su corazon nutre enemistades, lo obliga á reconciliaciones; si su lengua ha hecho daño al prójimo, le prescribe repararlos; si su mano retiene los bienes ajenos, le impone restituirlos: véase el precio que pone la Iglesia á la remision de los pecados; las condiciones bajo las cuales nos permite pronunciarla. Ella pasa mas adelante: ordena al pecador satisfacer á la justicia divina, aun despues de haberla apaciguado; y esta práctica saludable de imponer á los pecadores una satisfaccion personal, es una consecuencia del antiguo dogma,

mantenido por la Iglesia desde sus primeros siglos, que nos enseña que la sentencia celestial, al aniquilar nuestros pecados y remitir la pena eterna que habian merecido, nos abandona á sufrir un castigo temporal; y que para borrar hasta las últimas huellas de nuestras faltas, debemos unir nuestra satisfaccion á la de Jesucristo. Así es como, apartándonos de las prácticas del vicio, la penitencia cristiana nos ejercita á todas las obras de la virtud, y opone la práctica de acciones santas, al hábito de las criminales. No contenta con abatir el vicio en nuestros corazones, lo desarraiga por los actos reiterados de las virtudes contrarias; y al levantarnos de nuestra caída, la penitencia nos dá nuevas fuerzas; y por sus máximas austeras y santas precauciones, convierte en saludables á nuestras mismas faltas.

Los mismos protestantes, al rechazar la antigua tradicion de la Iglesia sobre la confesion auricular, han reconocido su utilidad. ¡A cuántos pecadores no ha contenido este freno saludable! ¡Cuántas veces la santa confusion que ella inspira, ha fortificado el pudor pronto á estraviarse! La vergüenza de tener un crimen que revelar, frecuentemente tuvo mas fuerza que la de cometerlo. Véase á ese jóven, dispuesto ya á dar en la carrera del vicio ese primer paso, que con tanta frecuencia dá impulso á toda la vida: el guía ilustrado á quien abre su corazon, lo detiene á la en-

trada de esta funesta senda, y dirige su marcha por el camino seguro de la religion: á sus sabios consejos deberá la virtud de toda su vida. Ese pecador desgraciado, á quien una fuerte pasion detiene en el delito, pero que un sentimiento interior impele al arrepentimiento, ama la virtud que lo atrae con su hermosura; mas permanece apegado al vicio, á quien conserva todo su afecto; cada esfuerzo que hace para levantarse está marcado por nuevas caidas; y si con una mano impotente levanta su cadena, ésta gravita nuevamente con mayor peso sobre sus espaldas. Que recurra, empero, al tribunal de la confesion: el confidente de sus faltas y de sus penas, de sus combates y de sus derrotas, vendrá á su socorro, secundará sus trabajos, sostendrá sus resoluciones, lo animará con sus exhortaciones, lo dirigirá con sus consejos, lo asistirá con su oracion, y sus esfuerzos reunidos llegarán, en fin, á romper los lazos de su vergonzosa esclavitud. Calcúlese si es posible, la suma de bienes que ha hecho en la Iglesia católica el ministerio de la confesion, por los que no cesan de echarnos en cara el abuso que alguna vez haya podido cometerse, y se conocerá fácilmente que si tales abusos, que en vano se procura sacar de la oscuridad que impide comprobarlos, han sido positivos, á lo menos han debido ser raros, pues todos los intereses espirituales y temporales, todos los tribunales ecle-

siásticos y civiles están reunidos y armados contra esta profanacion sacrílega. Al rigor de los castigos, añade la Iglesia la exactitud de las precauciones; ella no da á todos los que honra con el sacerdocio el derecho de penetrar en el interior de las conciencias; ni permite sentarse sobre el tribunal de Jesucristo, sino á los que han merecido por sus virtudes llegar á ser pastores de los pueblos, ó por su prudencia, ser revestidos de este terrible ministerio.

El hombre no ha sido criado para vivir solo. Dejemos á los filósofos investigar en su constitucion, en su naturaleza é inclinaciones las pruebas de esta verdad: una autoridad mas cierta nos enseña á nosotros que hemos sido formados para la sociedad. Este es el oráculo que Dios pronunció sobre el hombre tan luego como lo crió: *No es bueno que el hombre esté solo*; y en consecuencia, establece la primera de las sociedades, que es el fundamento de todas las demas. El matrimonio es en todas las naciones el compromiso mas importante de la vida; entre el pueblo fiel, es tambien un lazo sagrado: Dios mismo es su autor. ¡Y cuánto mas augusto é imponente no ha venido á ser, desde que Jesucristo lo elevó á la dignidad de sacramento! Ante los ojos de Dios es donde los cristianos pronuncian sus obligaciones, y se comprometen hácia él, como entre sí; él recibe las promesas, las ratifica, las bendice, y se hace su

garante y vengador. Fórmase entre Dios y los esposos un contrato, y las gracias del sacramento son el precio de la observancia de los deberes que impone. Jesucristo imprime al matrimonio un nuevo carácter de santidad, ó para hablar con mas exactitud, le devuelve su pureza primitiva y lo restablece á la dignidad de su institucion. El divorcio, este monumento vergonzoso de la depravacion de las sociedades, y de la imperfeccion de sus leyes; el divorcio, que en el estado de degradacion en que el pecado habia reducido á la naturaleza humana, llegó á ser el derecho general de todas las naciones; el divorcio, que la dureza de corazon de los hijos de Israel habia obligado á tolerar entre ellos; el divorcio es proscrito, y bajo la ley santa que borra el pecado, y repone á la naturaleza humana en todos sus derechos, el matrimonio recobra su antigua indisolubilidad. Los esposos católicos, cargados de una cadena eterna, saben que el medio de disminuir su peso es el de llevarla concordes; y ya no queda interés al crimen, y la esperanza de una separacion no alienta al adulterio. Ya no se ve entre nosotros, como en las sectas que han tratado de multiplicar sus partidarios favoreciendo el divorcio, padres, que rompiendo los lazos que los unen, relajan los que los estrechan á sus hijos, apartarse conformes de los objetos de su primer amor, poner entre ellos y los frutos preciosos de su union

padres que no los conocen, y obligar á estas desgraciadas víctimas de sus divisiones, á ir á buscar en diversas familias estrañas á los autores de sus días. Suprimiendo Jesucristo el divorcio, abolió tambien la poligamia, aun mas contraria al voto de la naturaleza, que hace nacer un número casi igual de individuos de ambos sexos; y los corifeos de la pretendida reforma no han dejado de reconocer cuán importante era la unidad al matrimonio, cuando ni por debilidad ni por interes, se han atrevido á otorgar en este punto una sola dispensa. La union conyugal hace un solo todo de lo que pertenece á cada uno de los esposos: placeres, penas, sentimientos, todo es comun entre ellos: todos los afectos del esposo se reunen en su esposa; todos los intereses de ésta se concentran en aquel. La poligamia, al contrario, divide el corazon del uno, aísla los intereses de la otra, y destruye la comunidad multiplicándola. Véase si no entre los pueblos que han creído encontrar su dicha en la pluralidad de las mujeres, al amor conyugal sofocado por la brutalidad de la pasion, á la concordia turbada incesantemente por las divisiones é intrigas, y un feroz despotismo sustituido á la autoridad maridal. Esta autoridad de los esposos es tambien una ley del cristianismo (¿y no es indispensable una autoridad en toda sociedad?); pero es moderada por el amor. Mujeres, dice la religion, estad sujetas á vuestros maridos:

maridos, amad á vuestras mujeres: y hé aquí nuevamente, ha la S. Crisóstomo, al matrimonio devuelto por el cristianismo á su institucion natural, y la razon porque el autor de la naturaleza dotó al hombre de la fuerza, y adornó con la hermosura á la mujer. ¡Venturoso concierto de dependencia y de ternura, que modera la vivacidad de un sexo, y suaviza la aspereza del otro; y pone en una mano la autoridad de la ley, y en la otra el imperio mucho mas poderoso de la dulzura! La sumision es balanceada por la deferencia, y la inclinacion á ceder es el contrapeso del derecho de mandar. Al someter á las esposas á esta autoridad tan dulce, que solo el amor conyugal tiene derecho de ejercer, la ley cristiana ha roto las cadenas con que las otras leyes lo habian oprimido; devolviéndole aquellas virtudes, de que lo habian privado esas religiones injustas, que tanto abusaron de la debilidad para reducirla á servidumbre. Ellas no conocen esta piedad mas tierna, esta sensibilidad mas comunicativa, este trato comun mas activo, esta benevolencia mas constante, esta caridad mas industriosa, de que nosotros gozamos en la sociedad cristiana. La libertad del cristianismo desenvuelve todas las virtudes del sexo; la esclavitud de las otras religiones no le deja sino sus faltas. Fijando los derechos de los esposos, nuestra santa ley regulariza sus deberes: la fidelidad recíproca, el respeto hácia los nuevos padres que

adquieren, la ternura á los hijos que Dios les concederá, y que la religion les confia como un depósito, el cuidado de su casa y la vigilancia doméstica sobre su interior, la asistencia todavía mas importante de sus personas y de la consideracion que se deben; la religion lo arregla todo, y cimenta sus santas disposiciones, haciendo del matrimonio un sacramento. El rito exterior conserva el dogma; y éste consagra los principios, nos adhiere á ellos, y afirma todos los efectos religiosos y civiles.

No puede haber religion sin sacerdotes, ni templos sin ministros. En la Iglesia de Jesucristo, el ministerio es un sacramento. A los que elige para esta obra santa, los consagra por la unción celestial; no tanto para advertir al pueblo fiel el respeto que les debe, cuanto para instruir á ellos mismos de las virtudes por las cuales deben obtenerlo. Ella exige para este gran sacramento una vocacion superior; dispone á los que lo reciben por largas preparaciones, y los forma, por pruebas severas, á la perfeccion que demanda. Cánones multiplicados, penas rigurosas, recompensas sobre todas las ideas humanas, la espectacion pública, la sublimidad de sus funciones, todo, en las miras de la Iglesia, concurre á elevar á sus ministros á la alta santidad que requieren los grandes deberes que les impone. Pueblos, que os complacéis en censurar á vuestros pastores, y que los

juzgais, por lo comun, con la mayor ligereza; nosotros abandonamos á vuestros clamores á esos ministros infieles á la santidad de su vocacion, y juzgamos y condenamos mas severamente, que lo que podeis hacerlo, á esos sacerdotes criminales para con Dios, á quien ofenden, para con la Iglesia, á quien traicionan, para con su ministerio, que profanan, para con sus pueblos, á los que pierden por sus escándalos, en lugar de salvarlos por sus ejemplos. Pero guardaos bien de imputar á la religion los errores que deplora, las faltas que condena, los vicios que se esfuerza en precaver, los crímenes que no deja de castigar; y haciendo justicia á los ministros, hacedla igualmente al ministerio. Mirad todos los bienes que ha causado á todas las clases de la sociedad, y haced reflexion en las muchas maneras con que la Iglesia ha hecho útil al sacerdocio. La sucesion de vuestros primeros pastores remonta hasta los apóstoles, y de esta suerte los jueces de vuestra fé os enseñan las verdades que les han sido trasmitidas de generacion en generacion: esta es una cadena no interrumpida, que liga vuestra doctrina á la de Jesucristo; y la continuidad de los canales por los que os llega la enseñanza, os responde de la fuente pura de que emana. La religion ha formado, además, el establecimiento mas sublime de que antes no se tenia la menor idea. Por cuantas partes se encuentran hombres reunidos, les dá un

pastor: en cada pueblo, levanta un altar, coloca allí uno de sus ministros, y reúne en su persona todas las funciones que pueden ser útiles á la humanidad. Sí; estos pastores á quienes la Iglesia os confía, ejercen, aunque sea uno solo, todos los ministerios que puedan apetecerse; y son á la vez, ministros del culto, ministros de la verdad, ministros de los santos preceptos, ministros de las costumbres, ministros de la beneficencia; y gracias á la religion cristiana, el pobre pueblo ya no es abandonado, la instruccion penetra en los desiertos mas espantosos, la caridad descende á la cabaña mas retirada, y nada es inaccesible al ministerio eclesiástico, que es autor, promovedor y agente de todo bien. Colocado el sacerdote entre el vestíbulo y el altar, como intercesor de los hombres ante Dios, y embajador de Dios para con los hombres, lleva vuestros votos al pié del trono sempiterno, y hace descender sobre vosotros las verdades celestiales: conserva en la sociedad, así las virtudes privadas, que son su fundamento, como las públicas que la hacen floreciente: hace observar los deberes generales de cristiano, y las obligaciones particulares de cada estado; fortifica sus lecciones por la primera de todas, su propio ejemplo; y así es como caminando al frente de su rebaño, lo conduce en las sendas de la virtud. Desgraciados de todo género, corred á nosotros: nuestro primer deber es socorreros; nuestra felicidad

será que recobréis la vuestra; y si oprimidos del dolor, encerrais en vuestro pecho las penas que lo desgarran, no temais, abrid vuestros corazones al consolador que la Iglesia os envia: su mano va á enjugar vuestras lágrimas, y su voz llevará á vuestras almas los únicos consuelos eficaces, los de la religion. Pobres de Jesucristo, nuestros tesoros son vuestra propiedad: para vosotros los ha recibido la Iglesia, y si no bastaren á vuestras necesidades, ella misma nos encarga de solicitar tambien la caridad de los ricos. Ciudadanos divididos, reunios al derredor de los ángeles de la paz: el ministerio que hemos recibido de Dios, es de reconciliacion; y es una magistratura sagrada, que concilia mas desavenencias que los tribunales pueden juzgar, así como precave mas crímenes que aquellos pueden castigar. Nosotros lo confesamos, nosotros nos hacemos una gloria de reconocer la deuda inmensa que hemos contraido para con vosotros, al recibir las órdenes sagradas: todo lo que os es útil, es para nosotros un deber: imaginaos nuevos bienes que hacer todavía á la humanidad, y ampliaréis la esfera de nuestras obligaciones.

Sobre todo, en los momentos dolorosos en que el hombre es presa de la enfermedad, es cuando la Iglesia envia sus ministros á su socorro, los coloca á la cabecera del lecho de la muerte, y les encarga derramar allí alivios y consuelos. La in-

credulidad, siempre injusta hácia nosotros, trata de crueldad la funcion mas tierna, penosa y útil de nuestro ministerio. Si es una dureza presentar al enfermo sus mas grandes intereses, que de un momento á otro se hacen mas ejecutivos, que se repela igualmente lejos de él la mano que debe marcar sus últimas voluntades. Pero no, no es una voz dura para el desgraciado que sufre, la que le inspira la paciencia, y la hace penetrar en su corazon por los motivos mas atractivos y eficaces. La resignacion á la voluntad suprema contiene sus murmuraciones, la confianza en Dios que le hace sentir su mano, apacigua sus inquietudes; y devolviendo la paz á su conciencia, devolvemos tambien la tranquilidad á su alma. Que la incredulidad invente, si le es posible, consuelos mas poderosos. La nada es la única reparacion que propone al moribundo por todas sus pérdidas, mientras que la religion le abre las puertas de la eternidad, y le muestra la dicha sin medida ni término, que está próximo á adquirir. Todo lo que es mortal se desploma al derredor del moribundo; cuanto hay sobre la tierra huye lejos de él; mas á proporcion que el mundo se aleja, la religion se adelanta: lleva en su mano el sacramento que Jesucristo ha reservado para los instantes mas críticos de la vida; unge al fiel como á un atleta, para fortificarlo en su último combate: el óleo santo que derrama sus miembros, atrae en

su corazon la uncion del Espíritu Santo, borra sus pecados, hace desaparecer sus tristes restos; y fortalecido así, las angustias de la enfermedad ya no abatirán su alma, ni la vencerán los asaltos de la tentacion. Aun hay mas: Dios se ha dignado conceder á la uncion que ha instituido, la virtud de devolver al cuerpo la salud, si lo exigen las necesidades del alma. Este sacramento es, en fin, una profesion de fé pública, en que los fieles declaran manifiestamente, querer morir en la comunion santa en que han tenido la dicha de vivir, y aproximándose de esta suerte los dos términos de la vida, nuestro último suspiro es la espresion de la fé que hemos recibido al nacer, reparando en la extremauncion la inocencia que adquiriéramos en el bautismo.

Ni temais que la Iglesia abandone á su hijo en estos postreros momentos, tan decisivos para la salvacion. Cuando todos los otros auxilios le faltan, ella redobla los suyos: calma su desesperacion con dulces esperanzas, tranquiliza sus penas con tiernos consuelos, reanima su valor con el espectáculo de Jesucristo muerto por salvarlo; y de esta suerte en medio de las oraciones de la Iglesia pasa el cristiano á la eternidad. Nuestros votos le siguen todavía, le acompañan al pié del tribunal eterno y van á solicitar la clemencia del juez supremo. La misma muerte no pone un término á la caridad de la Iglesia. Naciones de to-

dos los países y siglos, no habeis errado, no, en tributar homenajes fúnebres á vuestros difuntos: el sentimiento que os conducia al derredor de sus inanimados despojos, no os engañaba, aunque desconocias el principio; ignorásteis siempre el motivo porque la Providencia habia infundido en vuestros corazones ese respeto á los muertos; y esa afeccion, que os hacia multiplicar los honores á un cadáver, marchitada por la idea de su inutilidad, solo podia aumentar vuestros pesares. La religion católica únicamente nos ha revelado este grande secreto del Criador. El golpe que despedaza los lazos del alma y del cuerpo, no rompe siempre los que unen á la Iglesia: en el seno de la gloria, y en medio de las expiaciones, nosotros le pertenecemos todavía; no es una ceniza insensible la que baña el fiel con sus lágrimas estériles y cubre de vanos honores, sino un alma inmortal, que alivia con sus oraciones y ofrendas, con sus sacrificios y limosnas. Ni tan solo son útiles á los difuntos esas preces que la Iglesia, instruida por las santas escrituras, no ha dejado jamas de ofrecer por su felicidad, sino que ademas nos procuran grandes bienes á nosotros mismos. Ellas conservan en los pueblos el dogma de las penas temporales; recuerdan la promesa de la resurreccion de los cuerpos y conducen á nuestra alma al pensamiento saludable de la muerte. Al contemplar todas estas generaciones sepultadas

unas sobre otras, mira el cristiano el lugar que le está destinado; y esta idea profunda de la muerte, es la leccion mas enérgica de su vida. Estas santas oraciones establecen una sociedad entre nosotros y los que nos han precedido sobre la tierra; reaniman en nuestros corazones un tierno recuerdo de aquellos á los que estuvimos unidos por la sangre, ó con quienes tuvimos conexiones por sus beneficios; consolidan, en fin, y aumentan nuestro respeto por sus últimas voluntades. Prostrado sobre el túmulo de los autores de sus dias, el hijo fiel recuerda con sensibilidad todos los rasgos de su vida que han podido interesarle: las lecciones que le dieron, los ejemplos de virtud que recibió de ellos, se reproducen fuertemente en su memoria: se tiene por feliz en reconocer que sus oraciones y limosnas satisfacen la deuda de su gratitud: puede últimamente devolverles mayor bien que el que recibió de ellos. En este momento en que invoca á favor de los que amó sobre la tierra la eterna misericordia, se dice con trasporte, que acaso le responden desde la morada del dolor, y ha podido penetrar en sus corazones una idea dulce al través de las llamas expiadoras. Quién sabe tambien si este instante es el que desarma á la justicia suprema, en el que comienza su eterna bienaventuranza, y se asegura á sí mismo los mas celosos protectores ante el trono celestial.

A los ritos sagrados que instituyó Jesucristo, su Iglesia, en diferentes siglos, ha agregado otras ceremonias, que tienen igualmente por objeto recordar al pueblo fiel las verdades que debe creer, y los preceptos que debe observar. Por todas partes les presenta la cruz de Jesucristo: la levanta sobre los templos, la coloca sobre los altares, cubre con la misma los ornamentos de sus ministros, la multiplica en nuestros campos, adorna con ella nuestras casas. No damos ningun paso que no nos muestre el monumento de nuestra redencion, el instrumento de nuestra salud, la prenda de nuestra felicidad, el objeto de nuestro eterno reconocimiento; nosotros mismos nos cubrimos con este saludable signo; y las palabras de que lo acompañamos, invocan á la Santísima Trinidad. La señal de la cruz es la profesion pública de nuestros misterios: la colocamos al principio de todas nuestras acciones, para acordarnos sin cesar que tienen á Dios por autor, que deben tenerlo por objeto, y que todo su mérito deriva de la cruz de Jesucristo. El agua santa con que la Iglesia nos rocía, representa aquella con que la misma nos ha bañado en el bautismo, recuerda los dones que allí hemos recibido, y los compromisos que hemos contraído: es, al mismo tiempo, el símbolo de la pureza que nuestra alma debe incesantemente mantener y renovar. La ceniza de que cubre nuestras frentes, nos impide olvidar lo que es el cuerpo de que estamos vestidos, lo que fué, lo que

será. El pan que distribuye en los dias solemnes, nos presenta la imágen del mas augusto de nuestros sacramentos, nos recuerda la idea edificante de la comunion de los fieles, y la memoria de aquellos primeros tiempos, los mas hermosos de la Iglesia, en que sus hijos, no teniendo sino un corazon y una alma, iban todos reunidos á tener en comun sus comidas. Igualmente, así para reproducir el recuerdo de esos siglos de persecucion, en que se reunian los fieles en cavernas inaccesibles á los rayos del sol, como para manifestar su alegría, acompaña con luces artificiales hasta el dia de hoy sus misterios. El fuego que brilla en nuestros templos, y el incienso cuyo humo se eleva hácia el cielo, son el antiguo emblema del ardor con que deben elevarse nuestras oraciones hasta el trono del Omnipotente. Las bendiciones que empleamos, ya consagran los instrumentos de nuestro culto, los separan de todo uso profano, y aumentan de esta suerte nuestro respeto por el culto mismo; ya invocan y atraen las gracias y las bendiciones celestiales sobre nosotros, sobre nuestras obras, sobre nuestras posesiones, sobre las autoridades que nos gobiernan, sobre nuestros ejércitos que nos defienden. Los exorcismos, recordándonos la caída de los ángeles rebeldes y su malicia, el poder de Dios y su bondad, nos advierten que seamos vigilantes sobre nosotros mismos y atentos contra las tentaciones. Cada año la Iglesia os conduce al derredor de vuestros cam-

pos, al sonido de sus cánticos, para haceros reconocer que de Dios viene la fertilidad y la abundancia de vuestras cosechas. Ella conduce con solemnidad el cuerpo de Jesucristo por nuestras plazas y calles, y ostenta en su festejo todo el aparato de la pompa; y así es como sostiene nuestra fé, reanima nuestra piedad, escita nuestro reconocimiento.

Tal es esta religion augusta, que la incredulidad se esfuerza en aniquilar; tales los dogmas que pinta como absurdos, los preceptos que declara exagerados, los ritos que mira como minuciosos: hé aquí en qué consiste verdaderamente este cristianismo, que no cesa de desfigurar. Vosotros habeis hallado todas sus partes admirables en sí mismas; pero su mútua relacion aun lo es mucho mas. La mano que las formó las ha encadenado unas á otras: las verdades especulativas y prácticas se corresponden y sostienen mútuamente: la fé es el fundamento de las obras, y las obras la manifestacion de la fé. No hay un solo precepto, ni un motivo especialmente propio á la religion, que no tenga su fundamento en los dogmas, y que no sea su consecuencia; tampoco hay rito ordenado por la Iglesia, que no sea la espresion fiel de los unos ó de los otros. Este es un conjunto en que todo es consecuente, unido y esencialmente ligado entre sí: en este gran todo nada puede imaginarse por la razon humana, que sea digno de añadirse ni apercibirse cosa que merezca cercenarse.

Considerad cómo se han formado las artes, las ciencias, los diversos sistemas, todos esos frutos del ingenio que admiramos, y de que nuestra razon se enorgullece: todos se han establecido sucesivamente y por partes: una generacion planta las primeras ideas que una série de siglos viene á fecundar, á desenvolver y difundir. Así es como se avanzan á pasos lentos todas las obras de los hombres hácia el grado de perfeccion que les es permitido tocar. Mas el carácter propio de las obras de Dios, es el de ser en el instante de su nacimiento, todo lo que deben ser: la creacion, sacando á los seres de la nada, los conduce al punto donde permanecerán. Y véase cómo ha aparecido el cristianismo: Jesucristo lo ha dado á nuestros padres todo entero, tal como nosotros lo poseemos, y como subsistirá hasta la consumacion de los siglos: ha salido del seno de Dios, de un solo golpe, como el universo.

Deistas! vosotros confundís á los ateos, presentándoles el espectáculo magnífico del mundo, y el concierto armonioso de sus diversas partes; les abris los ojos, hiriéndoselos con esa luz, que no ha podido brillar sin que un Dios le hubiese ordenado ser: el espectáculo todavia mas admirable de la religion, el órden más perfecto, más sublime de todas sus partes, se os ha presentado; ¡y afectais desconocerlo! ¡rebeldes á la luz que os cerca, cerrais tambien los ojos, para impedirle la entrada! Salid, en fin, de vuestras inconsecuen-

ciás; dejad de estar en contradiccion con vuestros propios principios, y reconoced la mas bella de las obras de Dios, en la grandeza, la perfeccion, la armonía y la proporcion de cuanto la compone.

Oh vosotros, que habeis dado oído á los susurros de la incredulidad, y á quienes acaso sus vanos discursos habian comenzado á seducir; nosotros acabamos de desempeñar un deber muy importante de nuestro ministerio, y muy grato á nuestro corazon, porque tiene por objeto vuestra santificacion y felicidad. Podemos deciros ahora, como el conductor de Israel, cuando dió la ley de Dios á la nacion que se le habia confiado: "El cielo y la tierra nos son testigos que hemos puesto delante de vosotros la vida y la muerte, la bendiccion y la maldiccion:" elegid, pues, la vida; arrojad lejos de vosotros esos principios de muerte, que desecarian en vuestros corazones las fuentes preciosas y sagradas de la virtud y de la felicidad; adheríos fuertemente á esta religion santa, que despues de tantos siglos han adorado vuestros padres con una sencillez ilustrada; que fué mucho tiempo la vuestra; que lo es todavía. Que sea siempre el objeto de vuestra fé, el fundamento de vuestras esperanzas, el principio de todas vuestras virtudes, y la prenda segura de vuestra felicidad en el tiempo y en la eternidad. Así sea.

FIN.

Tomada de algun

LA MENTIRA

LIGERA OJEADA

SOBRE LAS

IMPIEDADES PROCLAMADAS POR EL PROTESTANTISMO
Y EL FILOSOFISMO

EN PERJUICIO DE LA FE CATOLICA

OPUSCULO QUE DEDICA A SU M. I. Y R. PRELADO D. PEDRO LOZA
DIGNISIMO OBISPO DE SONORA

EL PRESBITERO D. S.



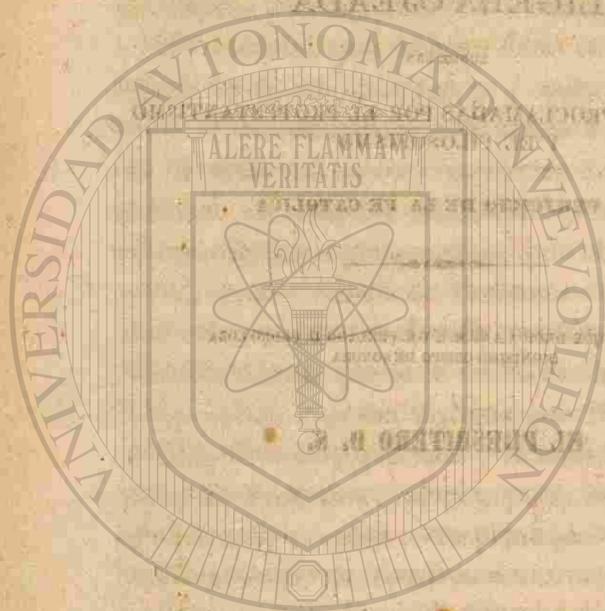
MEXICO

IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE

Calle de Cadeua número 13

1858

LA MENTIRA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO
IMP. DE ANDRÉS Y ROSALES
Calle de Capatzen No. 13

1888

DEDICATORIA.

Al Illmo. Sr. Dr. D. Pedro Loza, dignísimo obispo de Sonora.

Rosario, Diciembre 10 de 1857.

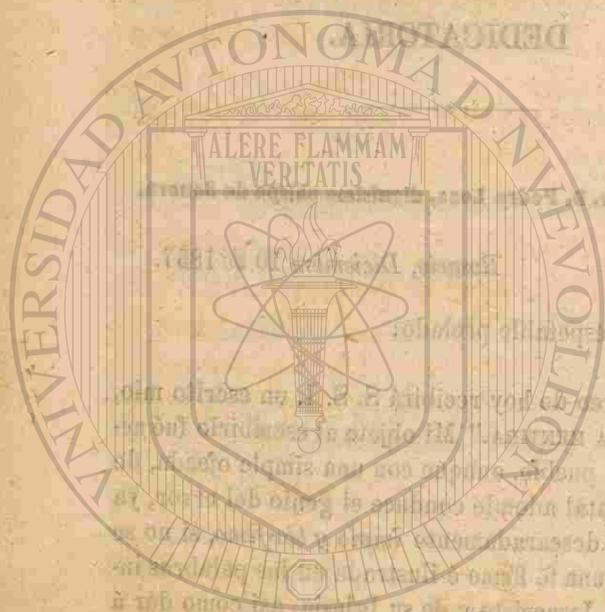
Mi respetable prelado:

Por el correo de hoy recibirá S. S. I. un escrito mio, intitulado: "LA MENTIRA." Mi objeto al escribirlo fué actuar á nuestro pueblo, aunque con una simple ojeada, de la perdicion fatal adonde conduce el genio del error, ya *reformista*, ya descaradamente *impío y blasfemo*, si no se le resiste con una fé firme é ilustrada en las palabras indefectibles de Jesucristo y de su Iglesia; así como dar á S. S. I. una prueba de mis respetos, hácia su persona, en la dedicatoria que de él le hago.

De V. S. I. obediente súbdito,

Presb., Dámaso Sotomayor.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

... la boca que miente mata el alma.—SAP. I. 11.

LA MENTIRA.

... la boca que miente mata el alma.—SAP. I. 11.

La verdad tiene su origen en Dios; por eso es tan pura, tan santa, tan esplendorosa y de tan benéficos resultados para la humanidad. ¡Felices los pueblos donde ella tiene su asiento! Ahí se ilustra el entendimiento y se desarrollan todas las virtudes, y la paz que la acompaña imprime el sello del orden, del progreso y de la verdadera cultura en los actos humanos. Todo, con ella, respira grandeza y majestad.

La mentira, por el contrario, tiene su origen en el ángel maldito: por esto le acompañan las tinieblas, le sigue la perfidia, y causa los mayores estragos. ¡Desgraciados los pueblos donde ella ha sentado su trono! Ahí la razón se ofusca, alimen-

tada por aquella savia infernal: el corazon se endurece y se obceca, imprimiendo un sello detestable á los actos humanos. No esparce en derredor de sí, sino luces fugaces, que lejos de ilustrar conducen al escepticismo.

El primer hombre se hallaba en posesion de la verdad, y fué feliz; la naturaleza entera le rendia vasallaje como á su señor: el mismo Dios, inconmensurable en su grandeza, no tenia á mengua el acercársele y dirigirle palabras de consuelo. Mas desgraciadamente prestó oído á la voz de la mentira, y desde aquel momento, la naturaleza toda se le rebeló, Dios se alejó de él como de un objeto repugnante á su santidad, y descendió instantáneamente á un abismo de miserias. ¡Qué prodigio tan estupendo no fué necesario para volverlo á unir á su Criador! El "*eritis sicut dii*," de la astuta serpiente, hubiera para siempre perdidonos, si la Verdad Eterna, compadeciéndose de nuestra caída, no se hubiera dignado descender al trono que tan audazmente habia usurpado la mentira.

El entendimiento se penetra bien de estas verdades; mas las pasiones, apoderándose del corazon humano, le previenen contra la virtud y la verdad, haciéndole á veces hasta maldecirlas. ¡Ceguedad funesta que conduce á la perdicion! ¡Obcecacion fatal que lleva á los pueblos entre precipicios! ¡Rebeldía satánica que rompe el lazo de union entre Dios y las criaturas, y hace de los

hombres, hechos á imágen y semejanza de su Criador, unos monstruos dignos de execracion!

¿Para qué damos oído á los labios manchados con la mentira? ¿Para qué prestamos atencion á las pérfidas instigaciones del error?

Mas ¡ay! que si todo esto es evidente, no por eso somos mas cautos.

IMPIEDADES DEL PROTESTANTISMO.

¿Qué anunciaba el protestantismo al aparecer sobre el mundo en el siglo XVI?

"Que venia á anatematizar los abusos, y á conservar ileso el depósito sagrado de la fé."

"Que su mision era destruir las preocupaciones y mantener en su pureza las doctrinas del Crucificado."

"Que su objeto, por último, era civilizar á los pueblos y hacerlos verdaderamente felices."

¿Y cuáles fueron los abusos que estinguió? *

Las indulgencias, ¹ la supremacia de Pedro sobre la Iglesia, ² la autoridad docente de ésta y su infalibilidad, ³ el pecado original, ⁴ el libre albedrío del hombre, ⁵ el purgatorio, ⁶ los sacramentos, ⁷ la misa, ⁸ la institucion divina del sacerdocio, ⁹ &c., &c.

¿Pues qué diremos de lo que escribia San Pa-

blo á los Corintios, relativamente al incestuoso de aquella ciudad, á quien antes habia anatematizado y despues perdonaba *indulgente?* ¹⁰ ¿Qué sobre estos testimonios: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.” ¹¹ “*El que no oyere á la Iglesia, tenlo por gentil y publicano.*” ¹² “Yo estaré con vosotros *hasta la consumacion de los siglos.*” ¹³ Donde se ven anunciadas, así la supremacía de Pedro, como la autoridad é infalibilidad de la Iglesia? ¿Qué de estas palabras del Apóstol: “Por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte; y de este modo pasó la muerte á todos los hombres *por aquel en quien todos pecaron?*” ¹⁴ Así como de las que dirigió el Señor al envidioso Cain: “¿No es cierto que *si bien hicieres, serás recompensado; y si mal, estarás luego á las puertas del pecado?*” ¹⁵ Y de aquellas del Eclesiástico: “Ante el hombre la vida y la muerte, y el bien y el mal; *lo que pluguiere á él, le será dado.*” “Te puse delante el agua y el fuego: *alarga tu mano á lo que quisieres?*” ¹⁶ ¿Qué del dogma del purgatorio de que nos habla el libro II de los Macabeos, por estas palabras: “Es, pues, santa y saludable la obra de rogar por los muertos *para que sean libres de sus pecados?*” ¹⁷ ¿Qué de los sacramentos, que *causan gracia y justicia*, en el que los recibe con las disposiciones debidas, y que vemos confirmados por estos testos sagrados: “En verdad, en verdad te digo, que no puede entrar

en el reino de Dios, sino aquel que fuese *renacido* de la agua y de Espíritu Santo.” ¹⁸ “Entonces ponian las manos sobre ellos, y *recibian el Espíritu Santo.*” ¹⁹ “Recibid el Espíritu Santo: á quienes perdonáreis los pecados, *perdonados les serán*, y á quienes se los retuviéreis, les serán retenidos.” ²⁰ “Este es mi cuerpo..... Esta es mi sangre.” “El que coma de este pan *vivirá eternamente.*” ²¹ “¿Enferma alguno entre vosotros? Llame á los presbíteros de la Iglesia y hagan oracion sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor. . . . si está en pecado *se le perdonará.*” ²² “No quieras tener ociosa la gracia de Dios *que hay en tí*, la cual se te dió por institucion, con la imposicion de las manos del presbiterado.” ²³ “Este *sacramento* (hablando del matrimonio) es grande?” ²⁴ ¿Y qué, finalmente, de estos otros: “Y habiendo tomado el pan, dió gracias, y lo partió, y se los dió, diciendo: *Este es mi cuerpo*, que es dado por vosotros; *esto haced en memoria de mí.* Y asimismo el cáliz, despues de haber cenado, diciendo: Este cáliz es el nuevo Testamento *en mi sangre*, que será derramada por vosotros.” ²⁵ “Así como el Padre me envió, *así yo os envío á vosotros,*” ²⁶ en donde se ven instituidos, así el tremendo sacrificio de la misa, como la potestad divina con que investia Jesucristo á los sacerdotes de la Nueva Ley?

Si hemos de creer á las predicaciones del protestantismo, que venia á ilustrar al mundo aun en

materias de fé, diremos ~~que~~ que “son abusos de la corte de Roma.”

“Venía á combatir las preocupaciones.” Y ¿sabeis cuáles fueron éstas? Nada menos que la necesidad de las buenas obras ²⁷ y los preceptos del decálogo; ²⁸ en suma, la moral y la virtud en sus aplicaciones prácticas, que tanto ennoblecen y subliman al hombre.

Cierto es que encontramos con estos testos: “Así tambien la fé, si no tuviere obras, muerta es en sí misma.” ²⁹ “Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno. . . . Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; era huésped, y no me hospedásteis; desnudo, y no me cubristeis; enfermo y en la cárcel, y no me visitásteis;” ³⁰ “Si quieres entrar á la vida eterna, guarda los mandamientos.” ³¹ Mas ¿quién lo creyera? á la Reforma estaba reservada la célebre distincion de “Jesucristo Redentor” y “Jesucristo Legislador;” distincion que quita ya toda dificultad, aceptándolo y bendiciéndolo bajo el primer carácter, y maldiciéndolo en cuanto al segundo. ³² Por lo demas, y bajo este mismo concepto, despues de la muerte de Jesucristo, “quedó ya libre el género humano del yugo de la ley moral;” á tal grado, que el hombre que obre el bien, “comete una abominacion papista.”

¿Queréis, por último, saber cuáles fueron los bienes y felicidad que trajo al mundo el protestan-

tismo? Preguntádselo á la Alemania, la Suiza, la Alta Sajonia, &c., &c., que fueron de las primeras que se filieron bajo el estandarte de la Reforma, y que por lo mismo cosecharon antes que otras, sus ópimos frutos; la mala fé, el perjurio, la calumnia, el fraude, el pillaje, el robo con asalto, el asesinato, la matanza; en suma, el estermio y la desolacion. ³³ Bienes inestimables de que carecerán los que obstinados en sus preocupaciones religiosas, rechacen las luces de la herejía, y en cuyo pleno goce entrarán por el contrario, los *espíritus fuertes*, los *hombres libres*; en suma, los *despreocupados*.

IMPIEDADES DEL FILOSOFISMO.

Aun no satisfecho el genio del error del fruto de sus afanes, pretendió dar la última mano á su obra; y si antes se presentó á los pueblos á nombre de la religion para burlarse de la religion, á nombre del Evangelio para escarnecer el Evangelio, y á nombre de Jesucristo para maldecir á Jesucristo; ahora, dando una mirada de satisfaccion á sus triunfos, cobró ánimo, y con toda la gravedad de un filósofo pagano, se presentó ante el mundo á nombre de la razon y divinizando la débil razon del hombre. Nada estraño era, pues, que como el impío de que nos hablan las Escri-

turas, por el salmo LII, vociferase estas palabras altamente blasfemas y profundamente desconsoladoras: ¡NO HAY DIOS! ¿No habia ya minado las bases del edificio? ¿No habia negado la autoridad de la Iglesia? Este último paso, pues, no era sino la consecuencia de aquellas premisas. La demolicion de la casa de Dios habia comenzado; natural era que no quedase de ella piedra sobre piedra.

Hobbes, ³⁴ Locke, ³⁵ Bayle, ³⁶ Hume, ³⁷ D'Argens, ³⁸ Diderot, ³⁹ D'Alembert, ⁴⁰ Holbach, ⁴¹ Voltaire, ⁴² Rousseau, ⁴³ &c., &c., fueron los nuevos apóstoles de la mentira, los que tomaron á su cargo la destruccion del magnífico santuario en que morara la Divinidad, adonde ocurriera la miseria para fortalecer su corazon desfallecido, donde por último, se predicara á los hombres la paz, el orden y la moral, fuentes de donde fluyen todo género de bienes sobre los pueblos, y de donde emanan las virtudes que tanto honran á las naciones que las cultivan. Grande debia ser la lucha, poderosa la resistencia, pues se trataba nada menos que de romper todo lazo de union entre el Criador y sus criaturas, y de abandonar á éstas á una cruel y desconsoladora orfandad; mas ya todo previsto, todo de antemano preparado, lanzáronse los filósofos sobre la Iglesia de Dios, como otras tantas furias desencadenadas, exclamando con la rabia de los réprobos: "Arrojemos por los suelos

las estatuas del *infame*, ⁴⁴ mancillemos sus altares, caigan sus templos á nuestros redoblados golpes; y la Iglesia de Jesucristo, que se creia imperecedera, que pretende confundir nuestra razon con la esclavitud de la fé, sirva de irrision á todos los pueblos de la tierra." Vomita al efecto la prensa impía todo género de impiedades, toda clase de mentiras, toda especie de absurdos y monstruosidades: en vano la conciencia clama, en vano la ciencia testifica, en vano la historia reclama, y el buen sentido opone sus derechos; ella en su pertinacia satánica, rechaza los incesantes gritos de la conciencia sobresaltada, llamándolos *preocupaciones*, falsifica impudente los hechos mas bien comprobados de la historia, y reniega de la ciencia y hasta del sentido comun, bajo su espresion favorita de *fanatismo*, que lo saca airoso de las mayores dificultades en el campo de la discusion. Los pueblos, vilmente adulados por el filosofismo en sus mas vergonzosas y detestables pasiones, prestaron oído atento á aquel oráculo, respondiendo á su llamamiento. Lanzáronse, pues, por los caminos de perdicion, y los templos fueron destruidos, detestado el nombre de Dios, deificada y públicamente adorada la "*Diosa de la Razon*;" escarnecida la moral, llevada en triunfo la guillotina, estableciéndose en regla la matanza, y ébria en su inícuca victoria la canalla de la humanidad, ejercia sus actos de barbarie, al son de im-

precaciones y blasfemias, solo dignas de aquellas almas que entrega Dios al poder de las tinieblas. ⁴⁵ ¿Mas la Iglesia de Dios cayó? ¿Por qué, pues, subsiste? ¿Por qué aumenta sin cesar el número de sus creyentes? ¿Por qué los mismos que la maldijeran, vuelven á su seno pidiéndole perdón y retractándose públicamente de sus errores é ingratitud? Mas ¿cómo habia de faltar porque así se lo habian prometido los *espíritus fuertes*, los *filósofos embusteros*, los *enemigos*, en suma, *de la humanidad*? No, la Iglesia de Dios, esa navecilla misteriosa encomendada á Pedro y gobernada por él con una vigilancia paternal, bregó, cierto es, por entre las tempestades de las pasiones, contra las desencadenadas olas de las persecuciones, y por entre los escollos del error, donde el filosofismo le hubiera de antemano cavado su tumba; mas salió sana y salva de tan dura prueba porque la acompañaba nada menos que el Hijo del Altísimo, quien, á solo el imperio de su poderosa voz, acalla las tempestades. La Iglesia, lejos de sucumbir, dió pruebas de su divinidad, del brazo que la rige, de las inspiraciones que recibe, y del poder incontrastable de que se halla investida, y con el cual vence y echa por tierra á todos sus enemigos. En vano, pues, se lucha contra la Iglesia.

RESUMEN Y CONCLUSION.

Recapitulemos.— Hemos visto que la mentira del protestantismo apareció sobre el mundo acusando á la Iglesia de *abusos, preocupaciones, fanatismo, &c., &c.*; abusos que no eran otra cosa que los dogmas, la doctrina, los medios de salvacion, y los misterios establecidos y anunciados por el mismo Hijo de Dios, para el bien del género humano: *preocupaciones* que constituian y basaban la moral, los mas hermosos actos de virtud, en el espléndido desarrollo de la caridad, así como el orden, la paz y tranquilidad de los Estados: y *fanatismo*, que consistia en la sumision á la autoridad y enseñanza de la Iglesia. Vimos igualmente, que tras el protestantismo surgió el filosofismo, dando la última mano á la obra de Lutero, que negó resuelta y descaradamente la revelacion divina, que propagó el escepticismo, hasta un grado vergonzoso para el hombre, en su origen, dignidad y futuros destinos; y por último, y para colmo de la iniquidad, blasfemó de Dios, negó la creacion, como obra de sus manos, su providencia paternal y vigilante, y. . . . ¡hasta su misma existencia que tan altamente proclaman en su magnífico lenguaje las criaturas todas, y cuya presencia, gloria y poder, nuestra propia conciencia nos aun-

cia á cada paso! Dando por resultado tan pestilentes doctrinas, desde la "*Reforma*" hasta el "*Reinado de la Razon*," en vez de las utopias y felicidad que á los pueblos pronosticaran, la mas espantosa depravacion de costumbres, el indiferentismo, que todo lo avasalla con su insultante desprecio, la impiedad que se levanta contra Dios y las cosas santas y el derrumbe por completo del edificio social. La época fatal que lleva por sobrenombre "*El Terror*" es una imágen viva del hombre en su mayor degradacion, del réprobo bajo la ira de Dios, de los pueblos, finalmente, que esclamando en su delirio satánico: "NO HAY DIOS, NO HAY IGLESIA, no hay mas autoridad que *nuestra propia razon*, postrémonos ante ella como ante una divinidad," reportaran sobre sí las maldiciones del cielo.

Recordemos que del GRAN PROFETA, anunciado por el Señor, ⁴⁶ está escrito que, "el que no escuchase su voz, atraería sobre sí las venganzas del PADRE." ⁴⁷ Que este Gran Profeta es JESUCRISTO. ⁴⁸ Que Jesucristo nos manifiesta á su Iglesia santa, como la única depositaria de la verdad: "Y estad ciertos que *yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos*." ⁴⁹ Que debemos someter nuestra débil y enfermiza razon á la autoridad de la Iglesia: "*El que á vosotros oye, á mí me oye, y el que á vosotros desprecia, á mí me desprecia*." ⁵⁰ "*El que no oyere á la Iglesia, sea tenido por gentil y pu-*

blicano." ⁵¹ Creamos, pues, al GRAN PROFETA de Dios, que vino á enseñarnos el camino de la *verdad y la vida*, ⁵² y escuchemos á la Iglesia santa establecida por él. Y si vemos que como nos lo anuncia el Apóstol, se levantan hombres "*que causan divisiones y escándalo contra la doctrina que se nos ha enseñado*" y que "*con dulces palabras y con bendiciones engañan los corazones de los sencillos*," ⁵³ y que acusan, finalmente, á la Iglesia de Dios, de *abusos, preocupaciones, fanatismo, &c., &c.*, tomemos estas atrevidas, á la par que frívolas palabras, por el eco funesto de la primera mentira con que el ángel rebelde perdió á la humanidad; y que así como "la boca que miente mata el alma," así la verdad salva á las naciones.

Rosario, Junio de 1857.

Presbítero D. S.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

NOTAS.

* Para simplificar las notas, por medio de este signo † me refiero á la excelente obra de César Cantú: "Historia universal" (edición mexicana), y por este otro †† á la intitulada: "El protestantismo y todas las herejías," de A. Nicolás. Fuera de éstas, y con relación á esta materia, pueden consultarse á Bossuet en sus "Variaciones," las historias eclesiásticas, &c., &c.

1 "Prefiere á tu hermano, que es pobre, á S. Pedro y á las indulgencias (decía Lutero). La indulgencia no es ni de precepto ni de consejo divino, no es ni un mandato ni una obra que produzca salvacion.—† T. IV. p. 703.

2 Entablada una discusión pública en Leipsick, entre el célebre Eck y Lutero, fué derrotado este último por el primero, con relación á la supremacía del Papa; Lutero, sin embargo, no quiso retractarse.—† Ibid, p. 704.—Si causaran admiración las inconsecuencias del error, nos llamaría la atención la conducta de Lutero, que al mismo tiempo que escribía á Roma: "Santísimo Padre. . . vivifica, mata, llama, recuerda, aprueba y re-

prueba como quieras (hablaba de su nueva doctrina); yo reconoceré tu voz como la voz de Cristo, que habla por tu órgano....” escribía también á Spalatino: “No podría yo decidir si el Papa es el Antecristo, ó es el apóstol del Antecristo.” Ibid. p. 703 y 704.—Es cierto, sin embargo, que la *bondad* de la causa que sostenía, le hacía exclamar á veces: “¡Oh, cuántas penas y esfuerzos he necesitado, aun fundándome en la Sagrada Escritura, para justificarme ante mi conciencia de haber osado alzarme solo contra el Papa, mirarle como el Antecristo, á los obispos como á sus apóstoles, y las universidades como sus casas de prostitucion! ¡Cuántas veces me lo ha vituperado mi corazón desfallecido! &c.”—†† T. I, p. 248.—¡Cómo se deja ver aquí la indomable rebeldía de la conciencia, cuando no quería callar, á pesar de haberla emancipado, la *Reforma*, de toda ley moral!

3“declaró (Zwingle) que se sujetaría *únicamente al Evangelio*. . . comenzó á declamar contra las malas costumbres. . . y la *autoridad de la Iglesia*. Contestó á las admoniciones del obispo de Constanza, que desechara toda decision *por parte de los hombres* en materia de fé.”—† T. IV, p. 719.

4 “Pero hé aquí otro reformador mas independiente con relacion á Lutero, Zwingle, que ha dado pruebas de esta independencia tomando lo contrario de la doctrina de Lutero sobre el pecado original; porque en vez de que, segun éste, el pecado original ha viciado completa y radicalmente toda la naturaleza humana, segun aquel no le ha hecho daño alguno, ni aun existe.”—†† T. I, p. 266.

5 “La divina predestinacion (dice el blasfemo Melancton, siendo el mas cuerdo de los reformadores) quita la *libertad* al hombre; porque todo llega segun sus de-

cretos en todas las criaturas, y no solamente las obras exteriores, sino aun los pensamientos internos.”—“El adulterio de David y la traicion de Judas, son obra de Dios, lo mismo que la conversion de S. Pablo.—†† T. I, p. 265.—“La voluntad del hombre es semejante á un caballo, dice Lutero, y con él todo el protestantismo. Món-tela Dios, é irá y querrá como Dios quiera y la lleve; há-galo el diablo, y correrá adonde la lleve el diablo. Todo proviene de los inmutables decretos de Dios. Él hace en nosotros el mal y el bien; y así como nos salva sin que tengamos mérito para ello, así nos condena sin que tengamos culpa.”—Ibid., p. 244.—¿Qué comentarios podrán hacerse de doctrinas que hablan tan alto? Cuanto uno pudiera discurrir, seria nada al lado de tan estupendas blasfemias.

6 Sobre el purgatorio, así como sobre los demas puntos, no habia concordancia de pareceres entre nuestros *reformadores*.—Véanse las obras citadas.

7 Los sacramentos fueron abolidos por la *Reforma*.... “Estos eran la aplicacion del cristianismo al hombre; la herejía del siglo XVI se volvió contra ellos, como protesta del espíritu moral contra los abusos de la Iglesia, que decian habia multiplicado los medios de redencion aumentando el número de los sacramentos.”—† T. IV, p. 710.—Hay, pues, que renegar de los sacramentos, aunque *causen gracia y justificacion* en el que los recibe dignamente, que fué el objeto de su institucion. Ciertamente que Lutero conservó el Bautismo y la Eucaristía, aunque negando en ésta la transustanciacion; mas la puerta ya estaba abierta, y con la facultad que Lutero, obró Calvino, al negar la necesidad del Bautismo. Segun éste, “no era ya necesario, supuesta la inadmisibilidad de la justicia.” así es que se niega á concederle que redima los

pecados é infunda gracia.—†† T. I, p. 268.—Nada agregaremos sobre el absurdo de que “el hijo de padres fieles nacia en gracia,” porque ocurren reflexiones que no podrian resolver los *reformadores*.—¿Qué diriamos del hijo de padres fiel por una parte é infiel por la otra? . . . Por lo demas y refiriéndonos al sacramento de la Penitencia, hubo de célebre una cosa, y fué, que al despojar de la potestad de atar y desatar, á los sacerdotes, invistieron con ella á los legos de ambos sexos. (Esposicion del nuncio apostólico, Alejandro, á la dieta de Worms.—† T. IV, p. 707.)—Ya en México hemos visto tambien predicada en parte esta doctrina por algun escritor lego que se ha tomado la tarea de ilustrar á los pueblos en materia de fé.

8 “Propagóse el incendio, dice C. Cantú; el canton de Zurich dispuso un coloquio entre ambos partidos (el de Luteranos y Zwinglios); Zwingle emitió en sesenta y siete tésis las siguientes proposiciones (1523): “que la misa no era un sacrificio; que no habia en ella otro mediador que Cristo,” &c.—Zwingle, como se ve, dictaminaba así, segun su razon; en esto no fué tan feliz como el patriarca del protestantismo; éste tuvo una revelacion. ¿Qué mayor autoridad se puede pedir para justificar su procedimiento? Oigámoslo: “Una noche, como á las doce, sucedió que desperté sobresaltado, y en aquel mismo instante Satanás empezó á trabar conversacion conmigo. —“Escucha, Lutero, sabio doctor, me dijo, no ignoras que hace cerca de quince años que casi todos los dias celebras misas privadas; ¿qué dirias si supieses que esas misas privadas son una herejía enorme?” Así habló el diablo. Y Lutero, el sabio doctor, se sintió tan profundamente convencido por estas razones, que pidió perdon humildemente á su maestro. . . . y se apresuró á mandar

á Wurtemberg una relacion de cuanto le habia ocurrido, y la universidad de aquella ciudad promulgó que se aboliesen las misas privadas.” Historia universal de la Iglesia y de los Papas, por el abate Jorry, cap. LXV.—¡Cáspita para el teólogo consultor de la *Reforma!*

9 Zwingle consideraba como una institucion humana á la divina institucion del sacerdocio; por esto no es de extrañarse que encomendase las materias de fé á los fieles de su Iglesia.—† T. IV, p. 720.

10 II. Cor. II. 7.

11 Matth. XVI. 18.

12 Matth. XVIII. 17.

13 Ibid. XXVIII. 20.

14 Roman. V. 12.

15 Génes. IV. 7.

16 Eccli. XV. 18.

17 II. Machab. XII. 46.—Aludiendo á este testo, dice el Ferraris: “Cuyas palabras no pudiéndose referir ni á los bienaventurados, ni á los condenados, se sigue necesariamente, que deben entenderse de aquellos que, saliendo en gracia de esta vida, no habian satisfecho plenamente.” (Véase purgatorio).—Bien sé que el protestantismo no tiene por canónico éste como otros libros de las Escrituras; mas esto ¿qué obsta? ¿No vemos que en el Nuevo Testamento, por ellos aceptado, está autorizada la tradicion, y que ellos, sin embargo, la desecharon?—“Y así, hermanos, escribia San Pablo á los tesalonicenses (II Tesal. II. 14.), estad firmes y conservad las tradiciones que aprendísteis, ó por palabra, ó por escrito nuestro.” Vemos, pues, que San Pablo dá igual autoridad á la palabra escrita que á la *no escrita*.—Por lo demas, este dogma se encuentra en otros lugares de las Sagradas letras.

18 Joann. III. 5.

19 Actor. VIII. 17.—Aquí vemos de nuevo á la Iglesia haciendo uso de la tradicion. San Clemente, tercer sucesor de San Pedro, nos dice haber recibido de viva voz de San Pedro, este sacramento de la confirmacion, “porque así lo habia ordenado el Señor.”—Conócese la tradicion, por la uniformidad en alguna doctrina, por parte de todas las Iglesias, en todos tiempos.

20 Joann. XX. 23.

21 Luc. XXII. 19 y 20.—Joann. VI. 59.—Lo que sobre el particular niega la *Reforma*, es la transustanciacion; transustanciacion en que tampoco creyeron los judíos, á pesar de asegurárselos el Salvador por estas palabras: “Porque mi carne *verdaderamente* es comida, y mi sangre *verdaderamente* es bebida.” (Joann. VI. 56.) Misterio que no acomodándose á su incredulidad, los hizo irse alejando de él con esta murmuracion: “Duro es este razonamiento.” (Ibid. 61.) Dura es, en efecto, la fé para todo aquel que la quiere someter á su razon.

22 Jacob. V. 14 y 15.

23 Tim. IV. 14.

24 Ephes. V. 32.

25 Luc. XXII. 19 y 20.—El genio del error, consecuente consigo mismo, no contento con haberse burlado de las verdades mas consoladoras de la fe, y de haber echado por tierra los sacramentos, que santifican y fortalecen al débil corazon del hombre; no pudiendo ver con ojos serenos aquel augusto sacrificio, anunciado por los profetas, en que se ofreceria al Padre á su mismo santísimo Hijo, como hostia pura y sin mancha, en desagravio de nuestras culpas, y hostia de agradable olor, que le inclinaria propicio hácia nuestras necesidades, le abolió con mano sacrílega.—¿Conque la misa no es un verdade-

ro sacrificio?—“En la consagracion, el cuerpo y la sangre están místicamente separados, porque Jesucristo dijo distinta y separadamente: *Este es mi cuerpo: Esta es mi sangre*; lo cual contiene y comprende una viva y eficaz representacion de la muerte violenta que padeció y sufrió. Y de este modo se pone el Hijo de Dios sobre la sagrada mesa, en virtud de estas poderosas palabras, revestido de los signos que representan su santísima muerte. Esto es lo que obra la consagracion. Y esta accion religiosa lleva consigo el reconocimiento de la soberanía de Dios, en cuanto, presente Jesucristo en ella, renueva y perpetúa en algun modo la memoria de su obediencia hasta la muerte de cruz; de tal suerte que *nada le falta para ser un verdadero sacrificio*.”—“Esposicion de la doctrina de la Iglesia católica por Bossuet.” Vemos, pues, cómo el protestantismo reniega del Evangelio; presto le veremos renegar de Jesucristo y de su doctrina.

26 Joan. XX. 21.

27 “Y ciertamente, decia Lutero, que ni la contricion, ni la caridad, ni ninguna otra virtud, sino solo la fé, como medio é instrumento, es la que nos alcanza la gracia de Dios, los méritos de Jesucristo, y la remision de nuestras culpas.”—¶¶ Nota á la pág. 237.—“El Evangelio no predica lo que debemos hacer ó no hacer; *nada exige de nosotros*.”—“El Evangelio no nos pide obras para nuestra justificacion, antes bien, las condena.” (Ed. Walch. III. 4.)—“Los que se molestan en practicar obras, no hacen mas que oponer obstáculos á su camino; porque en tanto el alma y la conciencia se ocupan de obras, no hacen otra cosa que ejercitarse en desconfiar de Dios.—No cometiera el hombre mayor locura, en artículo de muerte, que la de desear haber hecho mucho bien, ó estar limpio de pecados, porque sintiéndose así, el hombre

no espera en Dios, sino en sus propias obras. . . . Por eso es peligroso que le sorprenda al hombre la muerte en estado de gracia y en posesion de gran copia de méritos.” —Loescher, Actas de la Reforma. I. 346.—†† Notas á la pág. 240.—¡Hé aquí santificados todos los crímenes!

28 “Lo que mas se halla, en efecto, en los escritos de Lutero, lo que sobresale en cada página, y lo que mas favorablemente acogieron y repitieron los doctores y discípulos de la Reforma, es que Jesucristo, á fin de dispensar al hombre de la obligacion de cumplir la ley divina, la cumplió él mismo en su nombre, y que al hombre no le toca ya mas que imputarse por la fé este cumplimiento de la ley. (Opp. Ed. Walch. X. 1461.) Es que el Evangelio ha venido desde entonces á librarnos de toda ley moral, y sustituir á nuestros méritos y obras, los méritos y obras de Jesucristo (Ibid., III. 4); de tal modo que no solamente estos autorizan, sino que mandan que despreciemos la ley y las obras, porque mediante este desprecio y todas las transgresiones que engendran, mas altamente proclamamos la omnipotencia de los méritos de Jesucristo, y damos mas materia á su eficacia.”—Con razon tras doctrinas tan altamente morales y filosóficas: “*Civitates aliquot Germaniæ implentur erroribus, desertoribus monasteriorum, sacerdotibus conjugatis, plerisque famelicis ac nudis; nec aliud quam saltatur, editur, bibitur ac cubatur, nec docent, nec discunt; nulla vitæ sobrietas, nulla sinceritas. Ubi cumque sunt, ibi jacent omnes bonæ disciplinæ cum pietate.*” (Erasmii, cap. 902, 1527.—† T. IV, p. 720.—†† T. I, págs. 239 y 240.)

—¿Qué colorido le falta á un cuadro tan animado por las mas vehementes pasiones del flaco corazón del hombre? ¡Oh empirismo filosófico de los reformadores!

29 Jacob. II. 17.

30 Matth. XV. 41, 42 y 43.

31 Ibid., XIX. 17.

32 “Si nos representamos á Cristo como á un juez irri-tado que viene á pedirnos cuenta de nuestra conducta, tengámosle ciertamente por un demonio furioso y no por Cristo.”—“Ejercitémonos en distinguir cuidadosamente, no solo con palabras, sino por medio de nuestras acciones y conducta, al Cristo legislador, á fin de que si el diablo se nos presenta bajo la figura de Cristo, sepamos conocer que no es tal Cristo, sino el verdadero diablo.” (Com. in Galat. ed. Ismischer.)—¿Hubieran inventado los mismos demonios imprecaciones mas detestables contra el Hijo de Dios? ¿Habrá alguno que no se horripile á vista de semejante abominacion?—¡Tan cierto es que el que da un solo paso fuera de la Iglesia, se desploma en los abismos!

33 Presentemos, aunque sea en bosquejo, las hermosas escenas que tenian lugar en los países libres en materia de fé.—Castigad, esclamaba Lutero; castigad príncipes; ¡a las armas! herid, matad; ha llegado el maravilloso tiempo en que un príncipe puede, dando muerte á los villanos (es decir, á la gente del pueblo, á quien antes adulaba para crearse un poder, y ahora impropera y maldice porque no le necesita), merecer el paraíso con mas facilidad que otros orando.”—A tales instigaciones los poderosos se vuelven contra el pueblo; mas éste se levanta con ardor, y “declara la guerra al órden, á la propiedad, á la ciencia, como enemiga de la igualdad; á las bellas artes, como á una idolatría.”—En el Rhin, en Alsacia, en Lorena, en el Tirol, en la Corintia, y en la Estiria acudió el pueblo á las armas, derrocó á los magistrados, arrebató sus tierras á los nobles, á quienes precisaron á cambiar de nombre y de traje, &c.”—No se es-

cucha mas que esta voz fatídica: "¡A las armas! ¡Fuera trincheras!" Despertad, hermanos, despertad los que dormís: coged vuestros martillos, no permanezcan ociosos; ¡pink! ¡pink! Redoblad los golpes sobre el yunque de Nembrod."—"Entonces los nuevos creyentes se lanzaron de las minas; toda la Franconia se subleva; derribanse las iglesias, Munzer incita á los insurrectos á la matanza. ¡Dran, dran, dran! Ha llegado la época, los malos serán arrojados como perros. No haya compasion. Rogarán, dadles caza. Llorarán como niños, no tened lástima. ¡Dran, dran, dran! Que arda el fuego: que no se enfríe la sangre en vuestras espadas; que sucumban las torres á vuestros golpes; ha llegado el día; Dios marcha delante de vosotros, seguidle."—¡ T. IV, págs. 712 y 713.—Y los pueblos, al imperio de estas voces diabólicamente poderosas, se lanzan á la matanza, sin dejar en pos de sí mas que lágrimas, sangre y desolacion!

34 Hobbes, Tomas: fué natural de Malmesbury, nació en 1578, y murió en 1679. Para él todos los hombres tenemos igual derecho á todas las cosas. Estableció por principio aquello de: "*Lo que agrada es lícito,*" y como consecuencia necesaria de él, da por inevitables las guerras. En su concepto, la verdad y la falsedad consisten en las relaciones de los términos del lenguaje, ó en las definiciones. Solo lo finito puede ser conocido; lo infinito, ni aun imaginado; no es extraño, pues, que descendiera al materialismo y ateísmo.—Véase La Mennais: "Defensa del Ensayo sobre indiferencia en materia de religion."

35 Locke, Juan: nació en Wirington, cerca de Bristol, en 1632; murió en 1704. Segun este filósofo, toda idea viene por medio de los sentidos. Favoreció la indiferencia abriendo así una entrada fácil al materialismo y al

escepticismo: su moral empírica estaba basada sobre la *felicidad*.—Ibid.

36 Bayle, Pedro: nació en Carlat, condado de Foix; año de 1647, y murió en 1706. Fué escéptico, sofista é impío. Con sus rudos ataques á la religion dió materia á los enciclopedistas. Encontraba dificultades en las cuestiones de Dios, la creacion, la Providencia, &c., &c.—Ibid.—Véase tambien á C. Cantú: "Historia de cien años." (Literatura filosófica.)

37 Hume, David: nació en Edimburgo en 1711; murió en 1776. Llevó el escepticismo de Locke á un término mucho mas avanzado. Segun él, nuestras ideas no son otra cosa que copia de nuestras impresiones ó sensaciones: nuestra creencia con respecto á la realidad de un hecho se funda en la sensacion, en la reflexion y en una induccion de la relacion entre causa y efecto. Puso el principio de la virtud en el sentimiento moral, que establece *como análogo al gusto*. Este escritor, cuyo escepticismo mina profundamente la realidad del conocimiento humano, dirigió con particularidad sus argumentos contra la existencia de Dios, la Providencia, los milagros, la inmortalidad del alma, y sostiene que estas creencias no están apoyadas en algun principio evidente y sólido.—La Mennais, obra y lugar citados.

38 D'Argens, J. B. Bayer, marques de: nació en Aix en 1704; murió en 1771. En su juventud siguió la carrera de las armas y tuvo una vida muy licenciosa, por lo que fué desheredado de su padre: herido al frente de Filipsburgo (1734), dejó el servicio y se retiró á Holanda, donde vivió con el producto de sus escritos. Por el atrevimiento de sus ideas filosóficas atrajo la atencion de Federico el *rey filósofo*, protector de los filósofos impíos; este príncipe lo llamó á su corte y lo hizo camarero mayor.

Fué enemigo encarnizado del cristianismo. "Diccionario de historia y geografía.... obra dada á luz en España.... y aumentada para su publicacion en México &c."

39 Diderot, Dionisio: nació en Langres en 1713; murió en 1784. Dotado de talento, se dedicó á escribir; desde el principio, sin embargo, se hizo notable por la impiedad que acompañaba á sus obras: algunos de sus escritos le merecieron su encierro en Vincennes; cuando salió de él, proyectó la "Enciclopedia," esa obra monstruo en que campearan la impiedad, la licencia y la negacion de todo principio de orden, al lado del progreso de las artes y ciencias físicas, uniéndose al efecto con D'Alembert. Entre sus obras hay novelas muy licenciosas: con sus doctrinas contribuyó á publicaciones anti-religiosas, como "El sistema de la naturaleza," por Holbach: fué uno de los mas encarnizados enemigos, no solo del cristianismo, sino aun de toda idea religiosa: profesaba descaradamente el materialismo y ateismo: predicaba con entusiasmo y fanatismo estas desconsoladoras doctrinas: tuvo grande amistad con los escritores principales de su tiempo, como Voltaire, Rousseau, Holbach, &c., &c.—Ibid.

40 D'Alembert: segun la exacta pintura que de él nos hace C. Cantú en su obra "Historia de cien años" (véase Literatura filosófica), era un hombre digno de aprecio, de conducta moderada, de vastos conocimientos y de corazon recto; cualidades todas que le hubieran merecido un puesto preferente, si no se hubiera obstinado en ser el jefe del partido filosófico, y en pregonar las utopias dogmáticas de moda. Nació en Paris, en 1717 y murió en 1783: fué hijo natural de la señora de Tenecin, y recogido por un comisario de policía, fué entregado á la mujer de un vidriero, á quien profesó él un cariño filial, despreciando á su legítima madre, cuando ésta, llevada del renombre que aquel se habia adquirido, lo quiso reconocer.

41 Holbach, P. Tiri, baron de: nació en Hildesheim, en el Palatinado, en el año de 1723 y murió en 1789. Cultivó las ciencias en Paris, y abrazó con ardor y fanatismo las opiniones filosóficas mas exageradas: escribió excelentes obras sobre química, mineralogia y metalurgia, pero se dió á conocer particularmente por sus escritos filosóficos antireligiosos, en los que atacó, no solo la religion establecida, sino toda creencia religiosa; fué el autor de la peligrosa obra: "El sistema de la naturaleza," que encierra en su fondo el materialismo y ateismo.—Diccionario citado.

42 Voltaire: nació en el año de 1694 y murió en 1778. Fué el mas célebre de los filósofos por sus talentos, y el mejor poeta de su tiempo. Escritor notable, se sabia mantener en aquella justa medianía que está tan lejos de la hinchazon como de la trivialidad: enérgico, moderado, natural y correcto, debe á su estilo gran parte de sus triunfos: fué el grande agitador de su siglo, y el mayor enemigo de la Iglesia, porque á las dotes que reunia, acompañaba la mala fe: vició la historia á fuerza de falsedades, anotó á su sabor la Biblia para burlarse de su autoridad: relajó las costumbres y debilitó las creencias: su objeto fué combatir, con una ironía fecunda é inimitable, la política, la religion y los usos, así como inspirar la *moral del deleite*.—Véase á C. Cantú. "Historia de cien años." (Literatura filosófica).—Sus obras inmorales é impías circulan desgraciadamente con profusion, pervirtiendo á los incautos, corrompiendo las costumbres y burlándose de las cosas mas santas, por medio del sofisma y de la sátira: su nombre, aunque funesto, es conocido de todos: ¡triste celebridad! ¡fatal influencia la de sus obras, que desecan el corazon para las virtudes, y lo convierten en una cloaca inmundada, donde fermentan las mas vergonzosas pasiones!

43 Rousseau, Juan Jacobo: nació en 1712 y murió en 1778. A pesar de que al traerse á la memoria á los filósofos del siglo XVIII, siempre se nos presenta Rousseau como uno de los mas célebres, es necesario confesar que no fué tan impío como ellos, el que nos dejó en sus escritos testimonios en favor del cristianismo. Él, en efecto, repugnaba aquella absoluta negacion moral y religiosa, que era de moda en su época. Su pecado capital fué el libertinaje descarado de algunos de sus escritos ("Confesiones," "Nueva Eloisa"), así como las ridículas paradojas políticas que estampó en su "Contrato social," que lejos de servir de base á las sociedades, las minaría en sus cimientos. Cuando se discurre *libremente*, se descende á semejantes escollos.—Pueden verse la obra y lugar antes citados.—Muy justo es mencionar la deuda de gratitud que contrajo la humanidad con los filósofos de que hemos hablado; pues gracias á un estudio tenaz y *profundo*, despues de haber quitado de por medio á Dios, de haber declarado *inconciábiles* á la fe é inteligencia, alcanzaron á averiguar que el hombre existe por sí mismo y para sí mismo; y que se elevó desde el estado de salvaje, inventando el lenguaje, la sociedad, las ideas del derecho y del deber. La Mettrie resuelve la dificultad que naturalmente surge sobre el lenguaje, atribuyendo su invención á un genio desconocido salido de en medio de la humanidad *brutal*, como puede surgir uno entre los perros y los monos.—¡Oh doctrinas eminentemente filosóficas, que explicais de una manera *digna* á la humanidad en su origen!

44 Así llamaban estos malvados á Jesucristo.

45 Daremos una idea, aunque sucinta, de los bellos tiempos de la filosofía enemiga de Dios, en Francia, teatro de sus hazañas.—"En todas partes, decia Laplanche, he puesto el terror á la órden del dia, he sometido á con-

tribucion á los ricos y á los aristócratas.... he hecho fundir las campanas.... destituido á los federalistas, encarcelado á los sospechosos, dado mayor fuerza á *los descamisados*. . . he hecho guillotinar á un *sinnúmero* de realistas, y me he portado como buen montañés, lleno de entusiasmo y como verdadero representante revolucionario."—Marat, el tierno Marat (así se calificaba él mismo), pedia se cortasen 500 cabezas y se proscribiesen 60.000 ciudadanos, y decia con mucha gravedad: "Me acusan de proclamar el asesinato, á mí que no he pedido mas que *unas gotas* de sangre impura. . ."—"Los bienes de los proscritos fueron una mina inagotable. En la junta de salvacion pública se proyectó demoler los castillos, las iglesias, los palacios y quintas reales, &c., &c."—Mas esto es nada; vamos adelante.—"La ciudad de Lyon fué bárbaramente bombardeada el 9 de Octubre de 1793. Tomada esta infeliz ciudad por los revolucionarios, despues de haber opuesto una fuerte resistencia, se convirtió en teatro de horrible carnicería, y se pretendió tambien borrar su nombre de la historia. Coutton, general popular. . . hizo derribar veinticinco mil casas; Collot, que habia servido de blanco durante diez años á los silbidos y escarnio, en público teatro, mandaba diariamente á la guillotina, cincuenta ó sesenta víctimas. . . esclamando: "¡Cuán taciturna es la venganza de la patria! . . . es menester que hiera como el rayo. . ." hizo descargar contra los culpados metrallas."—Mas estas son localidades. —"Doscientas mil personas fueron aprisionadas en calidad de sospechosas hasta Noviembre de 1793, convirtiéndose en cárceles los palacios, los colegios, los monasterios. . . Entonces se hacian prisiones *en masa* por barrios, por religiones, por familias, por paises, por opiniones manifestadas ó presuntas. En una sola noche fueron presas

trescientas familias del barrio de San German; fueron mandados de una vez á la guillotina cuarenta y cinco magistrados de Paris; en otra ocasion treinta y tres individuos del parlamento de Tolosa, y en otra veintisiete comerciantes de Sedan. No se tomaban los jueces el trabajo de averiguar delitos, bastando el parentesco, las riquezas, la categoría, el tener apellidos históricos, parlamentarios, episcopales, y toda superioridad se castigaba por la recelosa y sombría *igualdad*. Perecieron los antiguos ministros, los miembros de los parlamentos, los mariscales, los hacendistas. Doscientos miembros de la constituyente fueron enviados al cadalso. "Conducianse á carretadas los presos, los acusados, los sentenciados á muerte, y no era poco comun incurrir en errores. En una ocasion fué presentado al tribunal un individuo que no estaba en lista: *¿qué importa?* dijo Fouquier, y lo envió al patíbulo." Llamábanse al tribunal á personas ya ejecutadas y enviábanse al cadalso unas personas por otras, todo con la mayor indiferencia. En la imprenta estaban ya impresas las sentencias con los motivos y no había que hacer mas que llenar el nombre. Matábanse de cincuenta á sesenta personas cada dia, y decia Fouquier: "*Bueno va, las cabezas caen como piedras: más ligereza en la década futura, es preciso que caigan á lo menos cuatrocientas cincuenta.*" Billaud esclamaba: "Un número siempre igual no espanta, es preciso duplicarlo." Vadier añadía: "Es necesario poner un muro de cabezas entre el pueblo y nosotros." "Se elevó el número á ciento cincuenta al dia y hubo que construir un canal para dar salida á la sangre!" "Las numerosas ejecuciones de la guillotina solo se suspendian para dar lugar á centenares de otras en las cárceles." A falta de todo delito aparente, se suponía que los encarcelados desearian la

libertad, y deseándola la intentarían; así es que, ya supuesto como consumado este hecho, "tenian lugar centenares de ejecuciones en las cárceles." De suerte que "desde Marzo á Junio de 1793, las víctimas fueron noventa y cuatro mil quinientas setenta y siete."
"Carrier, cuya filosofia consistía en el asesinato, y que mataba sin saber por qué, mataba en la Vendée á pelotones de á ciento y doscientas personas inermes. Casi diez mil individuos había en las prisiones de Nantes, y porque el fusilamiento le parecia largo, y difícil sepultar tantos cadáveres, los ahogó á centenares en el Loira. Hizo perecer á cosa de cuatro á cinco mil niños de los vendeanos. En Burdeos, en Marsella, en Tolon, se ametrallaba á los sentenciados. y si se reclamaba contra tantos abusos, la junta de salvacion respondía: "*La libertad es una vírgen de quien no se debe alzar el velo.*" Para dar una mas cabal idea de estos monstruosos hechos, es necesario añadir que al suplicio acompañaba el escarnio. — "Una muchedumbre ébria esperaba todas las mañanas la lúgubre carreta y la seguía atravesando las populosas calles de Paris, ultrajando, escarneciendo, escupiendo, llenando de fango á los que iban en ella." — Veamos el papel que hacia la mujer bajo los auspicios del filosofismo. — "Mirabeau había dicho desde el principio: "Si las mujeres no se mezclan en esto, nada se conseguirá." "Lanzáronse, pues, á la sublevacion y perpetraron profanaciones que en audacia sobrepusieron á las de los hombres. Fueron las primeras que violaron el palacio del rey; las primeras que llevaron en triunfo las cabezas: que vilipendiaron en la reina la honestidad de mujer y el afecto de madre; que escitaron á los asesinatos ya necesarios para ellas. Leonas en la batalla, hienas despues de la victoria, mutilaban los cadáveres, les ha-

NUEN
LIOTE